

Nikos Kazantzakis

ZORBA EL GRIEGO

I

Me encontré con él por vez primera en El Pireo. Había bajado yo al puerto para embarcarme con destino a Creta. Era un amanecer lluvioso. Soplaban fuertemente el siroco; hasta el cafetín portuario llegaban las salpicaduras del oleaje. Las puertas vidrieras estaban cerradas, el local olía a emanaciones humanas y a infusión de salvia. Afuera hacía frío; el aliento empañaba los vidrios. Cinco o seis marineros, que habían estado en vela toda la noche, abrigados con blusas de piel de cabra, bebían café o salvia y contemplaban el mar a través de los turbios cristales. Los peces, aturcidos por la violencia del oleaje, habíanse refugiado en las aguas tranquilas de las profundidades y esperaban que arriba renaciera la calma. Los pescadores aglomerados en los cafés aguardaban, también, que amainara la borrasca y que los peces, tranquilizados, asomaran a la superficie y mordieran los anzuelos. Los lenguados, racazos y rayas regresaban de sus expediciones nocturnas. Amanecía.

La puerta vidriera se abrió dando paso a un trabajador del puerto, rechoncho, atezado, de cabeza descubierta, descalzo, embarrado.

—¡Hola, Kostandi! —gritó un viejo lobo de mar envuelto en una capa grisazulada— ¿qué es de tu vida, viejo?

Kostandi escupió.

—¿Qué quieres que sea? —respondió ásperamente—. Por la mañana, a la taberna, por la noche, a casa. ¡Por la mañana, a la taberna, por la noche, a casa! Ésa es mi vida. ¡Trabajar, nada!

Algunos se rieron, otros se encogieron de hombros echando juramentos e imprecaciones.

—El mundo es cárcel perpetua —afirmó un bigotudo que estudiara filosofía en Karagheuz —, sí, señor, cárcel perpetua. ¡El demonio se la lleve!

Un suave fulgor azul verdoso iluminó los vidrios sucios y penetró en el café. Avanzó prendiéndose a las manos, a las narices, a las frentes, saltó al cinc del mostrador y puso una lucecita en las botellas. Las bombillas eléctricas daban ya una luz muy débil, y el tabernero, soñoliento luego de haber pasado esa noche en vela, alargó la mano y la apagó.

Hubo un instante de silencio. Todas las miradas se alzaron para observar afuera la aparición del día nebuloso. Oyéronse las olas que rompían rugientes y, dentro del local, el borboteo de algunos narguiles.

El viejo lobo de mar suspiró:

—¡Decidme! ¿Qué habrá sido del capitán Lemoni? ¡Que Dios le ayude! —Echó una mirada severa hacia el mar.

»—¡Hu! ¡Maldito creador de viudas! —exclamó mordiéndose el bigote gris.

Yo estaba sentado en un rincón, sentía frío y pedí salvia por segunda vez. Tenía deseos de dormir. Luchaba por vencer el sueño, la fatiga y la tristeza de ese amanecer. Mi-raba tras los vidrios empañados el despertar del puerto, con el clamor de todas las sirenas, los gritos de los carreteros y barqueros. Y a fuerza de fijar en él la vista, una red oculta, tejida por el mar, la lluvia y la inminente partida, me estrujó el corazón con sus apretadas mallas.

Había posado la mirada en la proa negra de una embar-cación grande; el resto del casco se perdía aún en la sombra. Llovía y yo estaba viendo cómo los hilos de la lluvia unían el cielo con el lodo del muelle.

Contemplaba el barco negro, las sombras y la lluvia; en tanto, la tristeza de mi ánimo se acrecentaba. Acudían a mí recuerdos de otras horas. En el aire húmedo, hecho de lluvia y de congoja, se iba reconstruyendo el rostro del amigo que-rido. ¿Fue el año pasado? ¿Fue en otra vida? ¿Ayer? ¿Cuán-do estuve yo en este mismo puerto para despedirlo? También llovía aquella mañana, lo recuerdo, y el frío y el amanecer melancólico también nos acompañaban. Yo, entonces como hoy, sentía el corazón angustiado.

¡Qué amargura la de separarse lentamente de los seres que han ganado nuestro afecto! Más vale cortar por lo sano, quedarse uno en su soledad, que es el ambiente natural del hombre. Sin embargo, aquella mañana lluviosa, yo no podía separarme de mi amigo. (Más tarde comprendí ¡ay, demasia-do tarde! la razón de tal resistencia.) Había subido al barco con él y estaba sentado en su camarote, entre valijas des-parramadas. Yo lo observaba largamente, con insistencia, mientras mi amigo atendía a cualquier otra cosa, como si me hubiera propuesto anotar en la memoria cada uno de sus rasgos: los ojos luminosos de color verde azulado, el joven rostro carnoso, la expresión distinguida y distante, y, por sobre todas las cosas, las manos aristocráticas de afilados dedos.

En cierto momento, advirtió cómo lo examinaba mi mira-da, ávida y lenta. Se volvió con la expresión burlona con que solía disimular sus emociones. Me miró a su vez. Y para disipar la tristeza de la separación:

—¿Hasta cuándo? —me preguntó sonriendo irónico.

—¿Hasta cuando qué?

—...¿Seguirás mordisqueando papeles y manchándote de tinta? Vente conmigo, mi buen maestro. Allá, en el Cáucaso, miles de hombres de nuestra raza peligran. Vayamos en su ayuda.

Rió como para mofarse de su noble empeño.

–Puede ocurrir que no los salvemos –agregó–. Pero nos salvaremos a nosotros mismos al esforzarnos por salvar a los demás. ¿No es ésa la doctrina que predicas, maestro? «La única manera de salvarte reside en la lucha por la salva–ción de los demás...» Así, pues, ¡adelante, maestro, tú que predicas tan bien! ¡Vente conmigo!

No respondí. Tierra sagrada de Oriente, anciana madre engendradora de dioses, clamor orgulloso de Prometeo en–cadenado a la roca. Clavada de nuevo a esas mismas peñas, nuestra raza pedía socorro. Una vez más la amenazaban peli–gros. Y pedía socorro a sus hijos. Y yo la escuchaba, pasi–vamente, como si el dolor fuera sólo un sueño y la vida sólo una tragedia cautivadora, en la que sería dar muestras de grosería y de ingenuidad el arrojar a la escena con inten–ción de tomar parte en la acción.

Mi amigo, sin esperar respuesta, se levantó de su asiento. La sirena silbaba por tercera vez. Tendióme la mano, ocul–tando de nuevo su emoción tras la burla.

–¡Hasta más ver, rata papiróvora! –me dijo.

Le temblaba la voz. Sabía que no es digno perder el domi–nio del corazón. Lágrimas, palabras conmovidas, gestos arre–batados, familiaridades vulgares, todo esto lo tenía por de–bilidad impropia del varón. Nosotros, que nos queríamos tanto, jamás cambiamos palabras afectuosas. Jugábamos y nos arañábamos como cachorros de fieras. Él, hombre fino, irónico, civilizado. Yo, bárbaro. Él, capaz de dominarse, de encubrir todos los movimientos de su alma con una sonrisa, airosamente. Yo, brusco, ocultándolos con una carcajada inoportuna y salvaje.

Quise, a mi vez, disimular la turbación que me embargaba con alguna palabra dura, pero me dio vergüenza. No, no me sonrojé, sino que no logré hallar la palabra oportuna. Le estreché la mano. La conservé en la mía, sin soltarla. Él me miró con sorpresa.

–¿Conmovido? –me dijo tratando de sonreír.

–Sí –le respondí calmosamente.

–¿Por qué? ¿En qué habíamos quedado? ¿No estábamos de acuerdo desde muchos años atrás? ¿Qué dicen los japo–neses, tus predilectos? «¡Fudoshin!» Ataraxia, calma olímpi–ca; el rostro: máscara sonriente e inmóvil. Lo que ocurre detrás de la máscara, es asunto nuestro.

–Sí –repetí nuevamente, esforzándome por no compro–meterme con una frase larga. No tenía la seguridad de que sabría dominar la voz.

Sonó el gong a bordo, y su vibración expulsaba, de cama–rote en camarote, a los visitantes. Llovía blandamente. Lle–nóse el aire de patéticos adioses, de juramentos, de besos prolongados, de recomendaciones precipitadas y jadeantes. La madre se arrojaba a los brazos de su hijo, la mujer a los de su marido, el amigo a los de su amigo. Como si se sepa–raran para siempre. Como si esta breve separación les recor–dara la otra, la definitiva. Y el sonido tan suave del gong, repercutió, de pronto, de popa o proa, como un toque fúnebre. Me estremecí.

Mi amigo se inclinó.

–Oye –dijo en voz queda– ¿algún mal presagio?

–Sí –respondí otra vez.

–¿Y tú crees en tales futilidades?

–No –afirmé resueltamente.

–¿Entonces?

¿Para qué preguntar «entonces»? Yo no creía en esas cosas; pero sentía miedo.

Mi amigo apoyó la mano en mi rodilla, como solía hacerlo cuando se confiaba. A veces, si lo incitaba a que adoptara alguna determinación, comenzaba él por oponerse, tapándose los oídos, negándose obstinado; pero, al fin, aceptaba y entonces me tocaba la rodilla, como diciéndome: «Haré lo que quieres, por amistad...»

Parpadeó dos o tres veces. Posó de nuevo la mirada en mí. Comprendió mi congoja y vaciló antes de emplear nuevas armas predilectas: la risa, la sonrisa, la burla...

–Bien –dijo–. Dame la mano. Si uno de nosotros se hallara en peligro de muerte...

Se interrumpió, como avergonzado. Tantos años hacía que nos mofábamos de los raids metafísicos y considerábamos con el mismo desdén a los vegetarianos, a los espiritistas, a los teósofos y a los ectoplasmas...

–¿Y bien? –pregunté esforzándome por adivinar.

–Tomémoslo como un juego ¿quieres? –dijo precipitadamente, como para liberarse de la peligrosa frase en que se había metido–. Si uno de nosotros se hallara en peligro de muerte, pondrá su pensamiento en el otro con tal intensidad como para comunicarse con él, hállese donde se hallare... ¿Conforme?

Trató de reír; pero sus labios, como si estuvieran congelados, no se movieron:

–Conformes –dije yo.

Mi amigo, temiendo quizás que su turbación se hubiera manifestado con demasiada claridad, apresuróse a decir:

–Por supuesto, no creo en absoluto en tales comunicaciones telepáticas entre las almas...

–No importa –murmuré–. Sea como tú dices.

–Bien, entonces, sea. Juguemos. ¿Conformes?

–Conformes –repetí nuevamente.

Fueron ésas las últimas palabras que nos dijimos. Nos estrechamos las manos sin hablar, nuestros dedos se unieron calurosamente, se separaron con brusquedad, y me marché con paso rápido, sin volver la cabeza, como si alguien me persiguiera. Sentí el impulso de volverme para ver por última vez a mi amigo; pero lo dominé, diciéndome: ¡No mires atrás! ¡Sigue andando!

El alma humana es pesada, se hunde en el barro de la carne. Tiene antenas groseras como cuernos. Sus ojos son soñolientos y turbios. Ella no logra adivinar nada con claridad, con certeza. Si adivinara ¡cuán distinta hubiera sido aquella separación!

La luz del día aumentaba paulatinamente. Ambas mañanas, la actual y la del recuerdo, se confundieron. El rostro querido de mi amigo, que veía yo con mayor nitidez ahora, permanecía entre los hilos de la lluvia, inmóvil, desolado, en el aire del puerto. Abrióse la puerta del café, bramó el mar y un marino entró: rechoncho, de piernas separadas, de bigote caído. Estallaron voces alegres:

–¡Salud, capitán Lemoni!

Me acurruqué en mi rincón, tratando de concentrarme nuevamente. Pero ya se había borrado en la lluvia el rostro de mi amigo.

La luz del día aumentaba; el capitán Lemoni extrajo un rosario de ámbar y comenzó a pasar las cuentas, austero y taciturno. Yo me esforzaba por no ver, por no oír, por retener un instante aún la visión que se esfumaba. Quería sentir de nuevo la irritación que me causaran, irritación y vergüenza, las palabras de mi amigo, «rata papiróvora». Más tarde, bien lo recuerdo, en esa expresión se encarnó todo el asco que me daba la existencia que yo llevaba. Yo, que tanto amaba a la vida, ¿cómo pude dejarme trabar por ese fárrago de libros y papel ennegrecido? Aquel día de nuestra despedida, mi amigo me ayudó a ver claro. Me sentí aliviado. Como sabía ahora el nombre del mal que me aquejaba, podría quizás vencerlo más fácilmente. No era ya un mal disperso e incorpóreo; había encarnado en una palabra, tenía cuerpo visible; era, pues, para mí cosa fácil iniciar la lucha con él.

Esas palabras, sin duda, se habían abierto camino en mi fuero íntimo, calladamente, y desde entonces yo había estado buscando un pretexto para apartarme de la papelería y entregarme de lleno a la acción. Repugnábame que en mis armas figurara ese mísero roedor. Y he aquí que un mes atrás se me presentó la oportunidad deseada. Había arrendado en la ribera cretense, hacia la parte del mar de Libia, una antigua mina de lignito abandonada y en lo sucesivo viviría junto a hombres sencillos, obreros, campesinos, lejos de la especie de las ratas devoradoras de papel.

Lié mis bártulos muy conmovido, como si el viaje que iba a emprender tuviera algún significado oculto. Tenía decidido cambiar de vida. «Hasta hoy, alma mía», díjeme, «sólo esta-bas en presencia de un reflejo y te regocijabas; ahora te lle-varé hasta la presa.»

Al fin, estuve pronto. La víspera de la partida, rebuscando entre mis papeles, encontré un manuscrito inconcluso. Lo tomé y lo contemplé vacilante. Desde hacía dos años, en las profundidades de mi ser palpitaba un intenso deseo, madu-raba una simiente: Buda. Sentíalo a toda hora en mis entra-ñas, devorador en su germinación. Crecía, moríase, comen-zaba a dar golpes en el seno con el afán de salir a luz. Ya no tenía el valor necesario para suprimirlo. Ya no podía. Era demasiado tarde para proceder a semejante aborto espiritual.

De pronto, mientras tenía en las manos el manuscrito, indeciso, dibujóse en el aire la sonrisa de mi amigo, toda ironía y ternura. «¡Lo llevaré», dije ofendido, «lo llevaré, no sonrías!» Envolvilo cuidadoso, como a un niño en los pañales, y lo traje conmigo.

Oyóse la voz del capitán Lemoni, grave, ronca. Presté oído. Hablaba de duendecillos y aseguraba que durante la tempestad se habían trepado a los mástiles de su caique y los lamían.

–Son blanduzcos y pegajosos –decía–. Cuando uno los toma se le ponen las manos como fuego. Yo me alisé el bigote y he aquí que en la noche fulguraba como un demo-nio. Entonces, pues, el mar se me entró en el caique y la carga de carbón se mojó. Llegó a pesar mucho. El caique co-menzó a tumbarse; pero en ese momento intervino la mano de Dios y nos envió un rayo que abrió las escotillas y cubrió el mar de carbón. Alivianado el caique, se enderezó: está-bamos a salvo. ¡No hablemos más de eso!

Saqué del bolsillo mi tomito del Dante, el «compañero de viaje». Encendí la pipa, me apoyé de espaldas a la pared, en cómoda posición. Flotó un instante indeciso mi deseo: ¿Qué versos elegiría? ¿Los de la pez ardiente del Infierno, los de la llama refrescante del Purgatorio, o me lanzaría impetuoso hacia la capa más alta de la Esperanza humana? Podía escoger a mi gusto. Con el minúsculo ejemplar de Dante en la mano, saboreaba yo el placer de mi libre arbitrio. Los versos que ahora escogiera darían un ritmo a todas las horas del día que comenzaba a vivir.

Incliné la cabeza ante la densa visión del poeta para de-cidir qué Canto leería: pero no tuve tiempo. De repente, inquieto, alcé la cabeza. No sé cómo, sentía que dos agu-jeros se me abrían en lo alto del cráneo; volvíme bruscamen-te, mirando hacia la puerta vidriera. Como un relámpago cruzó por mi alma una esperanza loca: «Volveré a ver ahora a mi amigo.» Estaba pronto para acoger el milagro. Pero el milagro no se produjo; un desconocido, aparentemente sexagenario, de muy alta estatura, seco, de ojos desencajados, tenía pegada la nariz al vidrio y me miraba. Traía un envol-torio sujeto entre el brazo y el costado.

Lo que me causó mayor impresión fueron sus ojos: bur-lones, ávidos, fulgurantes. Por lo menos, así me parecieron.

No bien se cruzaron nuestras miradas –dijérase que con–firmaba la creencia de que yo era precisamente la persona que él buscaba–, el desconocido alargó con firme movi–miento el brazo y abrió la puerta. Pasó por entre las mesas con paso vivo y elástico y se detuvo ante mí.

–¿De viaje? –me preguntó–. ¿Para dónde? ¿A la ventura?

–Voy a Creta. ¿Por qué tal pregunta?

–¿Me llevas contigo?

Lo observé con fijeza. Mejillas hundidas, mandíbula fuerte, pómulos salientes, cabellos grises rizados, ojos brillantes y avizores.

–¿Por qué? ¿Para qué me servirías?

Se encogió de hombros.

–¡Por qué! ¡Por qué! –dijo desdeñoso–. ¿Acaso no puede el hombre, a fin de cuentas, hacer algo sin por qué? ¿Sólo por gusto? Pues bien, empléame, digamos, como co–cinero. ¡Sé preparar muy buenas sopas!

Me eché a reír. Agradábanme sus modales y sus palabras cortantes. Las sopas también me gustaban. No estaría mal, pensaba yo, que me llevara a este desmadejado hombretón hasta aquella lejana costa solitaria. Sopas y charlas... Daba la impresión de no haber rodado poco por esos mares de Dios: algo así como un Sinbad el Marino... Me gustó.

–¿En qué piensas? –me dijo sacudiendo la cabezota–. Llevas tú también unas balanzas ¿no? Tienes que pesar las cosas, gramo por gramo ¿verdad? ¡Vamos, hombre, decí–dete, ánimo!

Estaba de pie, frente a mí, el flaco gigantón, y me cansaba levantar la cabeza para hablar con él. Cerré el Dante.

–Siéntate –le dije–. ¿Tomas una salvia?

Se sentó, posando cuidadosamente el envoltorio en una silla cercana.

–¿Salvia? –dijo con desprecio–. ¡Patrón, un ron!

Se bebió el ron a sorbitos, conservándolo un tiempo en la boca para saborearlo, luego dejándolo bajar lentamente para que le calentara las entrañas. Sensual, pensé, perito re–finado.

–¿Qué oficio tienes? –le pregunté.

–Cualquier oficio: los que exigen el uso de los pies, o de las manos, o de la cabeza, todos. ¡No faltaría sino que uno escogiera oficio!

–¿Dónde trabajabas últimamente?

–En una mina. Yo soy buen minero ¿sabes? Entiendo en metales, sé hallar las vetas, abrir galerías. Bajo a los pozos sin miedo. Trabajaba bien, me desempeñaba como capataz, no podía quejarme. Pero el diablo hizo de las suyas y echó a perder las cosas. El sábado último, por la noche, estando un tanto alumbrado, no lo pensé dos veces y me puse en marcha; fui en busca del amo, llegado ese día en gira de inspección, y le encajé una paliza.

–¿Una paliza? ¿Por qué? ¿Qué te había hecho?

–¿A mí? ¡Nada! ¡Absolutamente nada, te lo aseguro! Era la primera vez que yo veía a ese tipo. Hasta nos había obsequiado con cigarrillos, el pobre.

–¿Y entonces?

–¡Oh, mira que eres preguntón! Me dio por ahí, viejo. Tú conoces la historia de la molinera ¿no es cierto? ¡Pues bien! ¿Acaso el trasero de la molinera sabe ortografía? Ahí tienes: el trasero de la molinera es la razón humana.

Yo había leído muchas definiciones de la razón humana. Ninguna me causó mayor estupor que ésta. Me gustó. Miré a mi nuevo compañero con vivísimo interés. Tenía el rostro cubierto de arrugas, carcomido, como si se lo hubieran roído las borrascas y las lluvias. Otro rostro, algunos años más tarde, me produjo la misma impresión y me pareció, también, tallado en madera y doloroso: el de Panait Istrati.

–¿Qué llevas en ese envoltorio? ¿Viveres? ¿Ropas? ¿Herramientas?

Mi compañero se encogió de hombros, riéndose.

–Mira que eres hombre razonable, lo digo con toda conciencia.

Acarició el envoltorio con sus largos dedos duros.

–Nada de eso –agregó–. Es un santuri.

–¿Un santuri? ¿Tocas el santuri?

–Cuando ando de malas recorro las tabernas con el santuri. Entono viejas canciones kléfticas de Macedonia. Y tiendo el platillo. El platillo es esta gorra, que me llenan de monedas.

–¿Cómo te llamas?

–Alexis Zorba. También me llaman «Pala de panadero», en broma, porque soy tan largo y tengo achatado el cráneo como una galleta. ¡Que digan lo que quieran! Otros me llaman passa-tempo porque en un tiempo vendí semillas de calabaza asadas. Me llaman, también «Mildiú» porque por donde quiera que vaya, según dicen, hago de las mías. ¡Al diablo con todo! Muchos otros apodos me ponen, pero dejémoslo para otra vez...

–¿Cómo has aprendido a tocar el santuri?

—A los veinte años. En una fiesta de mi aldea, allá al pie del Olimpo, oí tocar el santuri por primera vez. Me dejó pasmado. Durante tres días no pude engullir bocado. «¿Qué te pasa a ti?», me preguntó mi padre. ¡Dios haya su alma! «Quiero aprender a tañer el santuri.» «¿No te da vergüenza? ¿Eres, acaso, un gitano? ¿Te harías músico am-bulante?» «Lo que yo quiero es aprender el santuri.» Tenía ahorrados unos sueldos para casarme cuando llegara la oportu-nidad. Ya ves si sería muchacho todavía, sin seso, y de sangre caliente: ¡quería casarme, yo, pobre diablo! Así, pues, con todo lo que tenía y algo más, me compré un santuri. Este mismo que aquí ves. Con él me marché a Salónica y me en-camino en busca de un turco, Retsep Effendi, un conocedor, un maestro de santuri. Me arrojé a sus plantas. «¿Qué quie-res joven “rumi”?», me dice. «Quiero aprender el santuri.» «Bien, ¿y por qué te echas a mis plantas?» «¡Porque no tengo un céntimo con qué pagarte!» «Así que ¿te ha dado la chifladura por el santuri?» «Sí.» «Pues bien, quédate, entonces, muchacho; yo no tengo necesidad de que me pa-gues.» Me quedé un año estudiando en su casa. ¡Dios lo tenga en su guardia! porque debe de haberse muerto a estas horas. Si Dios permite que los perros entren en el paraíso, que le abra las puertas también a Retsep Effendi. Desde que aprendí el santuri soy otro hombre. Cuando me entra la mu-rria o cuando ando de malas, toco el santuri y me alivio. Cuando estoy tocando, nadie puede hablarme, pues no oigo nada, y si oigo, no puedo responder. ¡Por más que quiera, nada, no puedo!

—¿Y por qué eso, Zorba?

—¡Eh! ¡La pasión!

Abrióse la puerta. El rumor del mar entró nuevamente en el café; se helaban los pies y las manos. Me hundí un poco más en el rincón, arrebujado en mi gabán, sintiendo una voluptuosidad reconfortante.

«¿Adónde iría yo ahora?», pensé. «Estoy bien aquí. Ojalá durara años este minuto.»

Contemplé al rarísimo individuo que estaba delante de mí. Él me clavaba la mirada de unos ojuelos redondos, muy negros, con venillas rojas en lo blanco. Yo sentía que me atravesaba esa mirada indagadora, insaciable.

—¿Y entonces? —dije—. ¿Qué ocurrió después?

Zorba se encogió de nuevo de hombros:

—Dejemos eso —replicó—. ¿Me das un cigarrillo?

Se lo di. Sacó del chaleco un pedernal y una mecha y lo encendió. Entornó los párpados, satisfecho.

—¿Estás casado?

—¿Acaso no soy un hombre? —contestó con fastidio— ¿Acaso no soy un hombre? Que es decir: ciego. Yo tam-bién di de cabeza en el hoyo en que cayeron los que me han precedido. Me vine

cuesta abajo. Me convertí en padre de familia. Edifiqué una casa. Tuve hijos. Y mucho engorro. ¡Pero bendito sea el santuri!

—¿Tocabas en tu casa para alejar las preocupaciones, no es así?

—¡Ah, viejo! ¡Cómo se nota que no tocas ningún instru—mento! ¿Qué demonios estás diciendo? En casa, uno se halla con toda suerte de fastidios: la mujer, los muchachos, lo que se ha de comer, la necesidad de vestir, el infierno... No, no, el santuri exige que uno esté bien dispuesto, en estado de pureza. Si mi mujer me dice una palabra de más ¿cómo quieres que toque el santuri? Si los chicos tienen hambre y lloriquean ¡ponte a tocar! Para tañer el santuri, es preciso que la mente no se ocupe de otra cosa más que del santuri ¿comprendes?

Sí, sí, yo comprendía que este Zorba era el hombre que había estado buscando tanto tiempo sin hallarlo. Un corazón viviente, una boca ancha y glotona, una gran alma en bruto todavía unida por el cordón umbilical a la madre Tierra.

El sentido de las palabras arte, amor, belleza, pureza, pasión, me lo estaba aclarando este obrero con las voces hu—manas más sencillas.

Miré las manos que sabían manejar el pico y el santuri, manos callosas y agrietadas, deformadas y nerviosas. Con la mayor precaución y con ternura, como si desnudaran a una mujer, abrieron el envoltorio y extrajeron un viejo santuri, al que los años habían sacado brillo, lleno de cuerdas, de adornos de cobre y marfil, y con una borla de seda roja. Los gruesos dedos lo acariciaban de largo a largo, lentamente, apasionadamente, como si lo hicieran a una hembra. Luego lo envolvieron de nuevo tan cuidadosamente como cuando se cubre un cuerpo querido para que no tome frío.

—¡Éste es mi santuri! —murmuró dejándolo con precau—ción en la silla.

Ahora los marineros entrechocaban los vasos, riendo a car—cajadas. El viejo le dio unas amistosas palmadas en la espalda al capitán Lemoni.

—¡Buen susto pasaste, eh, capitán Lemoni, di la verdad! ¡Sabe Dios cuántos cirios le has prometido a san Nicolás!

El Capitán frunció las espesas cejas.

—¡Lo juro por el mar, muchachos: cuando me vi frente al Arcángel de la Muerte, no pensé yo en la Santísima Virgen ni en san Nicolás! Volví la mirada hacia Salamina, recordé a mi mujer, y exclamé: ¡Ah, Catalina de mi alma, si pudiera ahora estar en tu cama!

Una vez más, los marineros estallaron en carcajadas y el capitán Lemoni rió como ellos.

—¡Mira, pues, qué misterio es el hombre! —dijo—. El Arcángel tiene suspendida su espada sobre la cabeza del hombre, pero éste tiene el espíritu puesto allí, precisamente allí y no en otra parte. ¡Puah! ¡Qué el diablo se lo lleve al grandísimo puerco!

Dio una palmada.

–Patrón –dijo–. ¡Trae bebida para toda la compañía!

Zorba escuchaba, parando las orejotas. Giró sobre su asiento, contempló al marinero, luego me miró a mí.

–¿Dónde allí? –preguntó–. ¿Qué quieres decir con eso?

Pero de pronto comprendió y dio un brinco:

–¡Muy bien, viejo! –exclamó con tono de admiración–. Estos marinos saben más que el demonio. Probablemente porque se lo pasan luchando día y noche con la muerte.

Sacudió en el aire su manaza:

–¡Bueno! Ésa es otra historia. Volvamos a la nuestra. En qué estamos; ¿me voy o me quedo? Decídete.

–Zorba –le dije, aguantando el deseo de echarme en sus brazos–, Zorba, estamos de acuerdo, te vienes conmigo. Tengo lignito en Creta, tú vigilarás a los obreros. Por la noche nos echaremos ambos en la arena: no tengo en este mundo ni mujer, ni hijos, ni perros; comeremos y beberemos juntos. Luego tú tocarás el santuri.

–Si me encuentro en disposición ¿entiendes? si me encuentro en disposición. Trabajar para ti, todo cuanto quieras. Soy tu hombre. Pero en lo que se refiere al santuri, es cosa diferente. Es un bicho silvestre, requiere libertad. Si me hallo dispuesto, toco. Y hasta canto, también. Y bailo. Bai–laré el zeimbekiko, el hasapiko, el pentozali, siempre que, te lo digo de veras, me encuentre dispuesto para ello. Cuenta y razón sustentan amistad. Si quieres forzarme, todo habría terminado. Porque, en cuanto a eso, ya lo sabes, soy todo un hombre.

–¿Todo un hombre? ¿Qué quieres decir?

–Pues ¡vaya! Que soy libre.

–Patrón –llamé–. ¡Otro ron!

–¡Dos! –exclamó Zorba–. Te beberás uno, tú también, para que choquemos los vasos. La salvia y el ron no hacen liga. Tú has de beber ron, para que quede concertado nuestro acuerdo.

Chocamos los vasitos. La alborada ya había dado paso al día. Sonaba la sirena del buque. El barquero que llevara mis valijas a bordo me hizo una señal.

–¡Que Dios nos acompañe! –dije levantándome–. En marcha.

–¡Dios y el diablo! –completó tranquilamente Zorba.

Inclinóse, echó el santuri bajo el brazo, abrió la puerta y salió delante.

II

Mar, dulzura del otoño, islas bañadas en luz, diáfano velo de garúa que cubre la inmortal desnudez de Grecia. Dichoso del hombre, iba yo pensando, al que antes de morirle le haya sido dado navegar por las egeas aguas.

Muchos son los goces de este mundo: mujeres, frutas, ideas. Pero hender las aguas de este mar, en el tierno otoño, murmurando el nombre de cada isla, supera a toda otra alegría y abre en el corazón del hombre un paraíso. En ninguna otra región pasa uno tan serena, tan fácilmente, de la realidad al ensueño. Todo límite se sutaliza y en los mástiles de la más vetusta embarcación brotan ramilletes y racimos. Dijérase que aquí, en Grecia, el milagro es la flor de la necesidad.

A mediodía cesó de llover, desgarró las nubes el sol, que se mostró suave, tierno, recién lavado, al acariciar con sus rayos a las aguas y a las tierras bien amadas. Yo estaba en la proa, y dueño del horizonte hasta en su más apartada lejanía, me embriagaba con la contemplación del milagro.

En el barco ¡ay! había griegos, endiabladamente astutos, de ojos de ave rapaz, de sesos como piano destemplado donde suenan las cuerdas mercantescas, politiqueras y pleitistas, y había honestas y venenosas remilgadas. Ganas entraban de coger el barco por ambos extremos, hundirlo en el mar, sacudirlo con fuerza para que cayeran todas las alimañas que lo emporcaban –hombres, ratas, chinches– y luego volverlo a flote, limpio y vacío.

Sin embargo, a ratos me embargaba un sentimiento de compasión. Compasión búdica, fría como la deducción de un silogismo metafísico. Compasión no sólo por los hombres, sino por el mundo entero que lucha, clama, llora, espera y no comprende que todo no es más que una fantasmagoría de la nada. Compasión por los griegos y por el barco, y por el mar, y por mí, y por la mina de lignito, y por el manuscrito de mi «Buda», por todas esas vanidades hechas de sombra y de luz que de pronto agitan y maculan el aire puro.

Lo miraba a Zorba, mareado, ceroso, sentado en un rollo de cuerdas en la proa. Mientras olía un limón, paraba las orejotas para escuchar las disputas de los pasajeros, unos puestos en favor del Rey, otros de Venizelos. Sacudía la cabeza y escupía.

–¡Lunaciones idas! –murmuraba despectivo–. ¡No les da vergüenza!

–¿Qué es eso de «lunaciones idas», Zorba?

–Pues todo lo que nombran: reyes, democracias, plebis–citos, diputados ¡pura faramalla!

En la mente de Zorba los acontecimientos contemporáneos no eran ya más que antiguallas, tanto los había sobre–pasado su espíritu. Sin duda alguna, sólo concebía al telégra–fo, al barco de vapor, al ferrocarril, a la moral corriente, a la patria, a la religión, como viejas carabinas enmohecidas. Su alma avanzaba mucho más ligero que el mundo.

El cordaje crujía en los mástiles, las costas danzaban, las mujeres se habían puesto más amarillas que el limón. Habían abandonado sus armas: afeites, alfileres, peinetas. Los labios se les habían puesto pálidos, las uñas azules. Las viejas urracas se pelaban, caían las plumas postizas, cintas, cejas pintadas, simulados lunares, corpiños apretados, y, viéndolas al borde del vómito, sentía una repugnancia y honda com–pasión.

Zorba también fue poniéndose amarillo, verde, y se le apagaron los ojos fulgurantes. Sólo a la noche volvió a reani–marse su mirada. Extendió el brazo, señalando a dos delfines que daban botes en el agua, sin perder la velocidad de su avance que igualaba a la del barco.

–¡Delfines! –dijo alegremente.

Entonces fue cuando por primera vez advertí que tenía el índice de la mano izquierda cortado por la mitad. Me sobre–salté, presa de vago malestar.

–¿Qué ocurrió con tu dedo, Zorba? –exclamé.

–¡Nada! –contestó, resentido porque no me veía suficientemente contento con el espectáculo de los delfines.

–¿Te lo llevó alguna máquina? –insistí.

–¿A qué viene hablar de máquinas? Yo mismo me lo corté.

–¿Tú mismo? ¿Por qué?

–No puedes entenderlo, tú, patrón –dijo encogiéndose de hombros–. Ya te conté que trabajé en todos los oficios. Así, pues, en una ocasión hice también de alfarero. Es un oficio que me gustaba con locura. ¿Sabes lo que significa eso de tomar un puñado de barro y hacer con él lo que se te antoje? ¡Frrr! Haces girar el torno y el barro gira enloquecido, mientras tú, inclinado sobre él, te dices: haré un cántaro, haré un plato, haré una lámpara ¡O el demonio! Eso es lo que se llama ser hombre: ¡Libertad!

Se había olvidado del mar, no mordisqueaba el limón, la mirada lucía clara.

–¿Entonces –pregunté–, y el dedo?

–Pues, verás: me molestaba en el torno. Se me metía en lo mejor y desconcertaba mis planes. Entonces, un día cogí la hacheta...

–¿Y no te dolió?

–¿Cómo no iba a dolerme? No soy de leña, soy un hombre. Pero ya te digo, me molestaba en el trabajo. Y lo corté.

Se puso el sol, el mar se calmó un tanto, las nubes se dispersaron. Brilló en lo alto el lucero vespertino. Dirigí la mirada al mar, luego al cielo, y medité... Amar con tal intensidad, cortar, sufrir el dolor... Sin embargo, oculté la emoción que me dominaba.

–¡Mal sistema ése, Zorba! –dije sonriendo–. Me recuerda el caso del cenobita que, según refiere la leyenda áurea, tuvo un día la visión de una mujer que lo turbaba, cogió un hacha...

–¡Que los demonios se lo lleven! –interrumpió Zorba, adivinando la continuación del cuento–. ¡Cortarse eso! ¡Que se vaya al diablo, el muy necio! Si ese pobrecito inocente no es impedimento para nada.

–¡Cómo! –insistí–. Si es el obstáculo mayor...

–¿Para qué?

–Para ganar el reino de los cielos.

Zorba me miró de soslayo, burlonamente.

–¡Si es ésa, idiota –dijo–, la llave del paraíso!

Alzó la cabeza, contemplándome atento, como si tratara de discernir cuáles eran mis opiniones al respecto: vida futura, reino de los cielos, mujeres y curas. Mas no pudo, al parecer, sacar mayor cosa en limpio y sacudió la cabezota gris gravemente.

–¡Los lisiados no tienen entrada en el paraíso! –dijo. Y luego no habló más.

Tendido en mi camarote, tomé un libro; Buda ocupaba aún mis pensamientos. Leí, pues, el Diálogo entre Buda y el pastor, que en los años últimamente transcurridos, me traía siempre paz y seguridad.

EL PASTOR. – Mi cena está pronta, ordeñé las ovejas. Corrido está el cerrojo de la cabaña, con lumbre el hogar. ¡Y tú, puedes llover cuanto quieras, cielo!

BUDA. – Ya no he menester de alimento ni de leche. Los vientos están en mi cabaña, la lumbre extinguida. ¡Y tú, puedes llover cuanto quieras, cielo!

EL PASTOR. – Poseo bueyes, poseo vacas, poseo los prados que fueron de mis padres y un toro que cubre a mis vacas. ¡Y tú, puedes llover cuanto quieras, cielo!

BUDA. – No poseo bueyes, ni vacas. No poseo prados. No tengo nada. A nada temo. ¡Y tú, puedes llover cuanto quieras, cielo!

EL PASTOR. – Quiero a una pastora dócil y fiel. Años ha que es mi mujer y soy feliz jugando de noche con ella. ¡Y tú, puedes llover cuanto quieras, cielo!

BUDA. – Tengo un alma dócil y libre. Años ha que la ejercito enseñán-dole a jugar conmigo. ¡Y tú, puedes llover cuanto quieras, cielo!

Ambas voces seguían hablando todavía cuando me venció el sueño. Soplaba de nuevo el viento y las olas se quebraban contra el grueso vidrio del tragaluz. Yo flotaba como una nubecilla de humo entre el sopor y la vigilia. Un violento temporal estalló: los prados se sumergieron, los bueyes, las vacas, el toro, se ahogaron. El ventarrón arrancó el techo de la cabaña, la lumbre se apagó; la mujer, lanzando un alarido, cayó muerta en el barro. Y el pastor inició un canto de lamentación a gritos, sin que yo lograra entender lo que decía, mientras a cada instante me hundía más en el sueño, deslizándome en él como un pez en el mar.

Cuando desperté, al alba, la gran isla señorial se extendía a nuestra derecha, altiva y silvestre. Las montañas de color de rosa pálido sonreían tras la bruma, bajo el sol de otoño. En torno de nosotros, el mar azul oscuro hervía, inquieto aún.

Zorba, envuelto en una manta parda, miraba insaciablemente la isla de Creta. Su vista corríase de la montaña a la llanura, luego a lo largo de la ribera, explorándola como si todas aquellas tierras y aquellas aguas fueran para él fami- liares y como si se regocijara de hollarlas nuevamente en pensamiento.

Acercándome, le toqué la espalda.

–¡Por cierto que no ha de ser la primera vez que llegas a Creta, Zorba! La contemplas como si miraras a una vieja amiga.

Zorba bostezó como quien se aburre. Comprendí que no se hallaba en modo alguno dispuesto a entablar conversación.

Sonreí.

–¿Te fastidia hablar, Zorba?

–No es que me fastidie, patrón –me respondió–, sino que no puedo hacerlo.

–¿No puedes? ¿Por qué?

No contestó enseguida. Volvió a pasear lentamente la mi-rada a lo largo de la ribera. Había dormido en el puente y en sus cabellos grises y rizados brillaban gotas de rocío. Todas las arrugas hondas de sus mejillas quedaron ilumina-das hasta el fondo por la luz del sol naciente.

Al fin, el grueso labio colgante, como el de un macho cabrío, se movió.

–Por la mañana, me cuesta mucho abrir la boca. Mucho. Discúlpame.

Calló y sus redondos ojuelos dirigieron de nuevo la mirada hacia Creta.

La campana llamó para el desayuno. Caras ajadas, de color amarillo verdoso, fueron emergiendo de los camarotes. Mu- jeres con trenzas deshechas se arrastraban, vacilantes, de mesa en mesa. Olían a vómitos y a agua de colonia, y sus miradas eran turbias, asustadas, tontas.

Zorba, sentado frente a mí, sorbía el café con voluptuosi- dad por entero oriental. Untaba el pan con manteca y miel y lo comía. El rostro, poco a poco, aclarándosele, apaciguado, suavizado. Yo lo miraba a escondidas mientras iba saliendo lentamente de su vaina de sueño y mientras llameaban sus ojillos con mayor intensidad paulatina.

Encendió un cigarrillo, aspiró deleitado, y las fosas peludas de la nariz arrojaron nubes de humo azul. Dobló la pierna derecha bajo el cuerpo, acomodándose a modo oriental. Aho- ra se hallaba en condiciones para la charla.

–¿Que si es ésta la primera vez que vengo a Creta? –comenzó... (Entornó los ojos y miró a lo lejos el monte Ida que se esfumaba a popa)–. No, no es la primera vez. En 1896, yo ya era hombre maduro. Tenía el bigote y los cabellos con el color verdadero, negros como ala de cuervo. Iría por

los treinta y dos años de edad y cuando había em–pinado el codo, mis tragaderas empezaban por devorar los entremeses y acababan por injerir el plato. Sí, sí, lo pasaba como el ratón dentro del queso. Pero de repente el diablo hubo de meter la cuchara y he aquí que estalla otra revo–lución en Creta.

»–En aquel tiempo, yo era buhonero. Recorría la Macedonia yendo de una aldea a otra y vendía cosillas menudas. En lugar de dinero, aceptaba quesos, lana, manteca, conejos, maíz; volvía a venderlos y sacaba doble ganancia. Al llegar la noche, yo sabía en qué casa acogerme, fuera el que fuere el lugar donde paraba. En toda aldea existe alguna viuda compasiva ¡que Dios la bendiga!, a quien le daba un carrete de hilo, o un peine, o una pañoleta, negra a causa del di–funto, y me acostaba con ella. ¡No me resultaba caro!

»–En verdad, patrón, no salía cara la buena vida. Pero he aquí que, como te decía, el diablo asoma y Creta empuña de nuevo el fusil. «¡Puah! ¡Maldita suerte!», me dije. «¿No acabará por dejarnos en paz, a la postre, esa Creta?» Echo a un lado carretes y peines, tomo un fusil, me incorporo a los rebeldes y ¡en marcha hacia Creta!

Zorba calló. Pasábamos en ese momento a lo largo de una ensenada redonda, arenosa, tranquila. Las olas se movían suavemente, sin romper, y dejando sólo una espuma liviana en la playa. Las nubes se habían dispersado, brillaba el sol y la recia Creta sonreía, apacible.

Zorba volvió el rostro hacia mí con una mirada burlona.

–Por cierto que te imaginas, patrón, que ahora me mete–ré en el cuento de las cabezas turcas que corté y de las orejas que puse en alcohol, como suele hacerse en Creta... ¡No diré nada de eso! Me fastidia y me avergüenza. ¿De dónde surgirá ese impulso rabioso, me lo pregunto ahora con los sesos un poco más asentados, de dónde surgirá ese impulso que nos lleva a arrojarnos contra otro hombre, que no nos causó daño alguno, para morderlo, cortarle la nariz, arrancarle la oreja y destriparlo, al mismo tiempo que in–vocamos la ayuda de Dios? ¿Por ayuda entendemos que Él también se ponga a nuestro lado y corte narices y orejas y abra vientres en canal?

»–Pero en aquella época, ya lo ves, me hervía la sangre, ¿cómo, entonces, detenerme a considerar este asunto? Para que uno piense justa y honradamente, es menester la calma, la edad y la carencia de dientes. Cuando te faltan los dientes, fácil es decir: «¡Qué vergüenza, muchachos, no mordáis!» Pero cuando aún tienes treinta y dos dientes fuertes... El hombre es una fiera, cuando joven. ¡Sí, patrón, un animal carnicero, devorador de hombres!

Meneó la cabeza.

–Se come también a los carneros, a las gallinas, a los cerdos, pero si no devora hombres, no, no le queda satisfecho el apetito.

Y agregó, aplastando la colilla en el platito de su taza de café:

–No, no le queda satisfecho el apetito. ¿Qué dices tú de eso, sapientísimo?

Y sin esperar respuesta:

–¿Qué podrías decir tú? –dijo, como si me sopesara con la mirada–. A lo que entiendo, tu señoría nunca sintió hambre, nunca mató a nadie, nunca robó, nunca cometió adulterio, ¿qué puedes saber, pues, del mundo? Sesos de inocente, carne que no sabe del sol... –murmuró con evidente desdén.

Y yo sentí vergüenza pensando en mis manos delicadas, en mi rostro pálido y en mi vida sin salpicaduras de sangre y lodo.

–¡Sea! –dijo Zorba pasando la pesada mano sobre la mesa como quien borra con una esponja–. ¡Sea! Sin em–bargo, una sola cosa querría preguntarte. Tú has hojeado muchos libros, quizás lo sepas...

–Pregunta, Zorba, ¿de qué se trata?

–Ocurre aquí una cosa milagrosa patrón... Un curioso milagro, que me desconcierta. Porque todo eso, canalladas, rapiñas, matanzas, que cometimos nosotros, los rebeldes, acabó por traer al príncipe Jorge a Creta, es decir ¡la libertad!

Me miró abriendo mucho los ojos, con estupor.

–¡Ése es el misterio –murmuró–, un hondo misterio! Así pues, para que haya libertad en el mundo, ¿es necesario que haya también tantos asesinatos, tantas canalladas? Por–que si me diera por ponerte a la vista todo cuanto hemos hecho en materia de atrocidades y crímenes, se te pondrían de punta los pelos. Y, sin embargo, el resultado de aquello, ¿cuál fue? ¡Pues la libertad! En lugar de consumirnos con un rayo del cielo, Dios nos concede la libertad. ¡Yo no lo entiendo!

Me miró como pidiendo socorro. Comprendíase que aquel problema lo había torturado sin hallarle explicación.

–¿Tú lo entiendes, patrón? –preguntó con tono angustioso.

¿Comprender qué? ¿Decirle qué? O bien que lo que llamamos Dios no existe, o bien que lo que llamamos crí–menes y atrocidades son imprescindibles en el combate para la liberación del mundo.

Esforcéme en dar, para Zorba, con una expresión más sencilla.

–¿Cómo germina una planta y da flores en el estiércol y en la inmundicia? Debes decirte, Zorba, que el estiércol y la inmundicia son el hombre, y la flor, la libertad.

–¿Pero la semilla? –dijo Zorba dando un puñetazo en la mesa–. Para que nazca una flor es necesaria la semilla. ¿Quién sembró esa semilla en nuestras sucias entrañas? ¿Y por qué la semilla no germina y da flores en un campo de bondad y de honradez? ¿Por qué requiere sangre e inmundicias?

Sacudí la cabeza.

–No lo sé –dije.

–¿Quién lo sabe?

–Nadie.

–Pues entonces –gritó Zorba con desesperado acento, echando en torno miradas salvajes–, ¿para qué barcos, y máquinas, y cuellos postizos?

Dos o tres pasajeros maltratados por el mar y que bebían café en la mesa cercana, se reanimaron sospechando la inminencia de una disputa y prestaron oído.

Eso desagradó a Zorba. Bajó la voz:

–Dejémoslo –dijo–. Cuando medito en ello me dan ganas de romper lo que tenga a mano, una silla, una lám–para o mi propia cabeza contra la pared. ¿Y con eso? ¿Qué conseguiría? ¡Así me lleve el diablo! Tendría que pagar lo roto o ir a que el farmacéutico me vende la cabeza. Y si Dios existe, ¡oh, entonces, peor que peor: fastidiados esta–mos! Porque sin duda Él me estará mirando desde lo alto del cielo, riéndose a carcajadas.

Sacudió la mano bruscamente como para espantar una mosca importuna.

–¡En fin! –dijo con enojo–, lo que quería decirte es esto: cuando la embarcación regia llegó toda empavesada y comenzaron los cañonazos de saludo y el Príncipe puso su planta en el suelo de Creta... ¿Nunca viste a un pueblo entero súbitamente enloquecido por la visión de su libertad? ¿No? ¡Oh, entonces, pobre amo mío, ciego naciste y ciego morirás! Yo, aun cuando viviera mil años, aun cuando no quede de mí sino un bocadito de carne viviente, eso que he visto aquel día no podré olvidarlo. Y si a cada hombre le fuera dado el elegir un Paraíso a su gusto en el cielo, que es lo que haría falta, lo que yo llamo verdadero Paraíso, pues bien, yo le diría a Dios: Señor, que mi Paraíso sea una Creta empavesada de mirtos y pabellones y que dure siglos el minuto en que el príncipe Jorge holló el suelo de Creta. Con eso me basta.

Calló otra vez Zorba. Afiló el bigote, llenó hasta el borde un vaso de agua helada y la bebió de un sorbo.

–¿Qué ocurrió en Creta, Zorba? ¡Cuéntame!

–No vamos a ponernos en discursos –me contestó fas–tidiado–. Viejo, lo que yo te digo es que este mundo es un misterio y el hombre nada más que un bruto.

»–Un verdadero bruto y un dios. Un cochino rebelde, llegado conmigo de Macedonia, Yorga lo llamábamos, un tipo digno de la horca, un infecto cerdo, pues bien, lloraba «¿Por qué lloras, condenado Yorga?», le dije, y yo también lloraba a lágrima viva. «¿Por qué lloras, so marrano?» Y he aquí que se arroja en mis brazos, sollozando como un niño. Y enseguida, el grandísimo

avariento saca la bolsa, vuelca sobre las rodillas las monedas de oro saqueadas a los turcos y las arroja al aire a manos llenas. ¿Comprendes, patrón? ¡Eso es la libertad!

Levantéme, subí al puente para que me azotara el áspero soplo marino y medité:

«Eso es la libertad. Tener una pasión, amontonar monedas de oro, y repentinamente dominar la pasión y arrojar el tesoro a todos los vientos. Liberarse de una pasión para someterse a otra, más noble. Pero, ¿no es ésta, también, una forma de esclavitud? ¿Brindarse en aras de una idea, de la raza, de Dios? ¿O es que cuanto más alto se halle el amo más se alarga la cuerda de nuestra esclavitud? Podremos así holgarnos y retozar en unas arenas más amplias y morir sin haber hallado el extremo de la cuerda. ¿Acaso sería eso lo que llamamos libertad?»

Al caer la tarde llegamos a la ribera arenosa. Una arena blanca, muy fina; laureles rosas todavía en flor, higueras, algarrobos, y, más allá, a diestra, una colinita baja y gris, semejante a un rostro de mujer acostada. Y por debajo de la barbilla, en el cuello corrían las venas pardas del lignito.

Soplaba el viento de otoño desgarrando las nubes que pasaban lentas y suavizaban la aspereza de la tierra con la sombra que proyectaban. Otras nubes subían del horizonte, amenazadoras. El sol se cubría y descubría a ratos y la faz de la tierra se aclaraba o se oscurecía como un rostro vivo y turbado.

Me detuve un instante en la playa para mirar en torno. La santa soledad se extendía ante mí, triste, fascinadora, como el desierto. El poema búdico se alzó del suelo y se infiltró hasta lo hondo de mi alma. «¿Cuándo, pues, me retiraré al fin a la soledad, solo, sin compañeros, sin alegrías ni tristezas, acompañado solamente de la santa certidumbre de que todo no es más que sueño? ¿Cuándo, con mis andrajos –sin deseos–, me retiraré feliz a la montaña? ¿Cuándo, viendo mi cuerpo reducido sólo a enfermedad y crimen, vejez y muerte –libre, sin temor, lleno de regocijo–, me retiraré a la selva? ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Cuándo?»

Zorba con el santuri bajo el brazo se aproximó, vacilante aún en su andar.

–¡Allí está, el lignito! –dije por disimular mi emoción. Y tendí el brazo hacia la colina con forma de rostro fe-menino.

Pero Zorba frunció las cejas sin moverse:

–Más tarde, no es ahora el momento, patrón –dijo–. Antes tiene que detener su vaivén la tierra. Se mueve toda-vía, ¡ojalá el diablo se la lleve!, se mueve, la muy zorra, como el puente de un barco. Vayamos pronto al pueblo.

Y así diciendo, se marchó a zancadas resueltas, esforzándose por dejar en salvo el buen parecer.

Dos chiquillos descalzos, bronceados como campesinitos egipcios, se nos acercaron para cargar con las valijas. Un aduanero gordo de ojos azules fumaba un narguile en la barraca que hacía las veces de aduana. Nos echó una mirada oblicua, la deslizó luego negligentemente hacia las valijas y

movióse un tanto en la silla como si estuviera por levantarse de ella. Pero no le alcanzó el ánimo para tanto. Sólo alzó lentamente el tubo del narguile:

–¡Sed bienvenidos! –nos dijo, soñoliento.

Uno de los chicuelos se me acercó. Guiñó los ojos negros como olivas.

–¡No es cretense! –dijo guasón–. ¡Un pachorrudo, vamos!

–¿Acaso los cretenses no son pachorrudos?

–Lo son... lo son... pero de otra manera...

–¿Queda lejos el pueblo?

–¡No, qué! ¡A tiro de fusil! Mira, ahí, pasando los huer–tos, en la barranca. Lindo pueblo, patrón. Tierra de Jauja: hay algarroba, judías, garbanzos, aceite, vino. Y allá, en la arena, salen cohombros, tomates, berenjenas, las más preco–ces sandías de Creta. El viento de África es el que las hincha, patrón. Si pasas de noche por la huerta, las oyes que crujen ¡crr! ¡crr! y que crecen.

Zorba iba delante. Todavía con mareos, escupía a menudo.

–¡Ánimo, Zorba! –le grité– ¡Estamos fuera de peligro, no tengas miedo!

Caminábamos con paso rápido. La tierra estaba mezclada con arena y conchillas. De cuando en cuando veíamos algún taray, una higuera silvestre, una mata de juncos, unas mola–nas amargas. El tiempo se ponía pesado. Las nubes estaban cada vez más bajas; el viento calmaba.

Pasamos por junto a una gran higuera de tronco bifurcado, retorcido, que comenzaba a ahuecarse de vejez. Uno de los muchachos se detuvo. Moviendo el mentón me señaló al viejo árbol.

–La higuera de la Señorita –dijo.

Me sobresalté. En esta tierra de Creta, cada piedra, cada árbol, tiene su trágica historia.

–¿De la Señorita? ¿Por qué así?

–En tiempos de mi abuelo, la hija de un notable del pueblo se enamoró de un joven pastor. Pero el padre no consentía; la niña lloraba, clamaba, suplicaba, sin que el viejo cambiara de canción: no quería. Pues ocurrió que una tarde ambos jóvenes desaparecieron. Los buscaron durante un día, dos, tres, una semana. ¡Nada lograban saber de ellos! Pero comenzaron a heder: entonces, yendo hacia el lugar que apestaba dieron con ellos al pie de esta higuera, podridos y abrazados. ¿Comprendes? Los encontraron por el hedor.

El chico se echó a reír. Oíase el rumor del pueblo. Algu–nos perros ladraron, algunas mujeres chillaban, los gallos anunciaban con su canto que estaba por cambiar el tiempo. En el aire flotaba el olor del orujo de uvas que exhalaban las calderas donde se destilaba el raki.

–¡Ahí está el pueblo! –gritaron los chicos echando a correr.

En cuanto doblamos la colina de arena, el pueblecillo se nos apareció, trepado al borde de la barranca. Casitas bajas de techos planos, encaladas, pegadas unas a otras. Y como las ventanas abiertas eran unas manchas negras, parecían cráneos blanqueados, acuñaos entre las piedras.

Me acerqué a Zorba.

–Cuida, Zorba –le recomendé en voz baja–, de por–tarte como es debido cuando entremos en el pueblo. ¡Es pre–ciso no despertar sospechas, Zorba! Portémonos como per–sonas serias: yo, el dueño; tú, el capataz. Los cretenses, has de saberlo, no admiten bromas. En cuanto te echan la mira–da encima, al punto notan por dónde flaqueas y te ponen un mote, y luego no hallarás modo alguno de librarte del mismo. Tendrás que seguir corriendo con él a cuestas, como un can al que le atan una cacerola al rabo.

Zorba se tomó el bigote con toda la mano y sumióse en meditación.

–Oye, patrón –me dijo al fin–, si hay una viuda en el pago no tienes por qué temer, si no la hay...

En ese momento, a la entrada del pueblo, una mendiga cubierta de andrajos se acercó tendiendo la mano; atezada, mugrienta, con unos pelos negros y duros en el labio superior.

–¡Eh, compadre! –le gritó a Zorba–. ¡Eh, compadre! ¿Tienes tú alma?

Zorba se detuvo.

–Sí, la tengo –contestó con toda seguridad.

–Entonces, dame cinco dracmas.

Zorba extrajo del bolsillo una cartera de cuero muy ajada.

–¡Toma! –le dijo.

Y una sonrisa borró la amargura que todavía aparecía en sus labios.

–Por lo que veo –comentó–, las cosas no están caras acá: cinco dracmas el alma.

Los canes de la aldea se arrojaron contra nosotros, las mujeres se asomaron a las azoteas, los niños nos siguieron chillando. Algunos imitaban el ladrido de los perros, otros las bocinas de autos, otros se nos adelantaban mirándonos con ojazos extasiados.

Llegamos a la plaza del pueblo: dos inmensos álamos blan–cos, rodeados de troncos groseramente cortados a escuadra, servían de asientos; en frente, el café con la amplia muestra descolorida: «Café-Carnicería El Pudor».

–¿De qué te ríes, patrón? –me preguntó Zorba.

Pero no me dieron tiempo para contestarle. De la puerta del café-carnicería surgieron cinco o seis colosos, de bragas azul oscuro y faja roja.

–¡Bienvenidos, amigos! –exclamaron–. Tengan la bondad de entrar a beber un raki. Todavía está caliente, recién salido de la caldera.

Zorba chasqueó la lengua:

–¿Qué te parece, patrón?

Me miró, guiñando el ojo:

–¿Bebemos uno?

Bebimos uno, que nos quemó las entrañas. El cafetero--carnicero, un viejo fortachón, bien conservado y ágil, nos trajo sillas.

Yo pregunté dónde podríamos hallar alojamiento.

–Vean a madame Hortensia –gritó alguien.

–¿Una francesa? –dije sorprendido.

–¡Vaya uno a saber de dónde viene! Aventuras, las pasó a montones. Después de sortear mil escollos, se quedó en-ganchada en el último, este pueblo, y aquí ha puesto un mesón.

–¡Vende también confites! –exclamó un niño.

–¡Se pone harina y se pintarrajea! –chilló otro–. Lleva una cinta en el cuello... también tiene un loro.

–¿Viuda? –preguntó Zorba–. ¿Es viuda?

Nadie respondió.–

–¿Viuda? –volvió a preguntar, relamiéndose.

El cafetero se tomó la espesa barba cenicienta.

–¿Qué más da eso, amigo? ¿Qué? Pues digamos que es viuda de muchos. ¿Comprendes?

–Comprendo –contestó Zorba, rebotante de esperanzas.

–Puede que te deje viudo a ti.

–¡Ten cuidado, amigo! –gritó un viejo y todos se rieron a carcajadas.

El cafetero volvió con una bandeja en la que traía lo que nos brindaba: pan de cebada, queso de cabra, peras.

–¡Vamos! Dejen en paz a esta gente. ¡Aquí no hay madame que valga! Yo los alojaré.

–Se vendrán a mi casa, Kondomanolio –dijo el viejo—. No tengo hijos, la casa es grande, sobra lugar.

–Perdone, tío Anagnosti –gritó el cafetero inclinándose hacia el oído del viejo—. Yo lo he dicho antes.

–Pues quédate tú con uno –dijo el viejo Anagnosti–; yo me llevaré al viejo.

–¿Qué viejo? –dijo Zorba picado en lo vivo.

–Nosotros no nos separamos –dije, indicándole con un ademán a Zorba que no se irritara—. No nos separaremos. Iremos a ver a madame Hortensia.

–¡Sed bienvenidos! ¡Sed bienvenidos!

Una mujercilla menuda, rechoncha, regordeta, de cabello descolorido, como hebras de lino, apareció entre los álamos contoneándose con las piernas tuertas, tendidos los brazos.

Un lunar erizado de cerdas porcinas le adornaba la barbilla. Llevaba cinta de terciopelo rojo en torno del cuello y las agostadas mejillas enyesadas con polvos malva. Un mechón-cito rebelde brincábale en la frente, dándole cierto parecido con Sara Bernhardt, anciana, en El Aguilucho.

–¡He tenido gran placer en conocerla, madame Hortensia! –contesté yo disponiéndome a besarle la mano, impulsado por repentino buen humor.

La vida se me presentó de pronto como un cuento, como una comedia de Shakespeare, La Tempestad. Acabábamos de desembarcar, empapados tras el supuesto naufragio. Estábamos explorando la ribera sorprendente y saludando con toda ceremonia a los habitantes del lugar. Esta doña Hortensia se me antojaba la reina de la isla, algo así como una foca rubia y luciente que hubiera venido a encallar, medio podrida, en estas playas. Detrás de ella, con sus múltiples cabezas crasas, peludas y pletóricas de buen humor, Calibán el pueblo, que la mira con orgullo y desprecio.

Zorba, el príncipe disfrazado, la contempla también con ojos muy abiertos, como a antigua compañera, vieja fragata que había combatido en lejanos mares, a veces victoriosa, a veces vencida, con las troneras hundidas, rotos los mástiles, desgarrado el velamen, y que ahora, surcada de fisuras que calafateaba con cremas y polvos, se había acogido a esta costa y esperaba. Sin duda, lo esperaba a Zorba, el capitán de las mil cicatrices. Y era un placer para mí el ver cómo se encontraban de nuevo ambos comediantes en esta decoración cretense, sencillamente montada y pintada con brocha gorda.

–Dos camas, madame Hortensia –dije inclinándome an-te la vieja comediante de amor–. Dos camas sin chinches...

–¡No hay chinches, no, no hay chinches! –exclamó echándome una mirada provocativa.

–¡Las hay! ¡Las hay! –gritaron entre risas las bocas de Calibán.

–¡No las hay! ¡No las hay! –insistía ella golpeando las piedras con el regordete piececillo, envuelto en gruesa media celeste. Calzaba gastados escarpines, adornados con un nudito muy pulido de seda.

–¡Hu! ¡Hu! ¡El demonio sea contigo, «prima donna»! –burlóse Calibán.

Pero doña Hortensia se marchaba ya, muy dignamente, mostrándonos el camino. Olía a polvos y jabón baratos.

Zorba la seguía devorándola con la mirada.

–Oye, patrón, mira eso –me confió–. ¡Cómo se menea la zorra: «plaf», «plaf», lo mismo que esas ovejas que tienen de pura grasa el rabo!

Cayeron dos o tres gotas gordas; el cielo se cubrió. Algu-nos relámpagos azules tajearon la montaña. Unas niñas, pro-tegidas por las capitas blancas de piel de cabra, traían de regreso, apresuradamente, la cabrilla y el cordero de la familia. Las mujeres, en cucullas ante el hogar, encendían la lumbre de la noche.

Zorba mordía nervioso el bigote sin dejar de mirar la grupa temblequeante de la dama.

–¡Hum! –murmuró suspirando–. ¡Demonio con la vi-da! ¡No para de tendernos lazos, la tunantona!

Las que otrora fueron casetas de baño, unidas unas a otras, formaban ahora el albergue de propiedad de doña Hortensia. La primera caseta era la tienda. Había allí confites, cigarrillos, cacahuetes, mechas para lámpara, alfabetos, cirios y benjuí. Cuatro casetas más, en fila, servían de dormitorios. Detrás, en el patio, estaban la cocina, el lavadero, el gallinero y la conejera. En torno, plantados en la fina arena, grupos de cañas de Indias e higueras chumbas. Todo el conjunto olía a mar, a estiércol y a orines. Pero de tanto en tanto, cuando pasaba doña Hortensia, el aire variaba de olor, como si hubieran volcado ante vuestras narices la jofaina de un peluquero.

En cuanto estuvieron aprontadas las camas nos acostamos y dormimos de un tirón hasta la mañana. No recuerdo con qué soñé; pero al levantarme me hallaba tan liviano y bien dispuesto como recién salido de un baño en el mar.

Era domingo; los obreros habían de venir al día siguiente de las aldeas cercanas para iniciar los trabajos en la mina. Quedábame, pues, sobrado tiempo para dar unas vueltas y averiguar en qué riberas me había arrojado la suerte. Asomaba apenas el alba cuando salí. Dejé atrás a los huertos, recorrí la orilla del mar, trabando rápida relación con el agua, la tierra, el aire de la región, recogiendo plantas silvestres, de tal modo, que llevaba las palmas perfumadas con ajedrea, salvia y menta.

Subíme a una altura y miré en torno. Un paisaje austero de granito y de caliza muy dura, con algarrobos oscuros, olivos argentados, higueras y viñas. En las hondonadas, al abrigo, huertos de naranjos, limoneros y nísperos; cerca de la orilla, las huertas. Al sur, el mar irritado aún, inmenso, cuyas aguas rugientes, viniendo de las costas africanas, se arrojaban contra Creta y la roían. Muy cerca, un islote bajo, arenoso, aparecía pintado de rosa virginal por los primeros rayos solares.

Este paisaje cretense se asemejaba, pensé entonces, a la buena prosa: bien cincelada, sobria, exenta de superfluas riquezas, potente y contenida. Expresaba lo esencial con los más sencillos medios. No se chanceaba, negábase a todo artificio. Decía cuanto había de decir, con viril austeridad. Pero entre las líneas severas se advertían una sensibilidad y una ternura imprevistas; en las hondonadas, los limoneros y los naranjos embalsamaban el aire, y, más allá, del infinito mar emanaba inagotable poesía.

«Creta», murmuré, «Creta...», y latíame el corazón.

Bajé de la colina y seguí por el borde del agua. Unas mozas parteras aparecieron con sus pañoletas albas como nieve, altas botas amarillas, sayas recogidas; iban a misa, al monasterio que se veía allá a la distancia, deslumbrante de blancura, a la orilla del mar.

Me detuve. En cuanto advertieron mi presencia cesaron las risas. A la vista de un extranjero, nublóse huraña la expresión de sus rostros. De los pies a la cabeza, el cuerpo adquirió defensiva tensión y los dedos se contrajeron nerviosos en los corpiños cerrados. Alarmábaseles la sangre. En

todas estas costas cretenses, fronteras de África, durante siglos, en sorpresivas correrías, los corsarios vinieron en busca de ovejas, de mujeres, de niños. Los ataban con sus fajas rojas, los arrojaban en la cala y levaban anclas para ponerlos luego en venta en los mercados de Argel, de Alejandría, de Beirut. Durante siglos, en esta ribera festoneada de trenzas negras, el mar resonó con clamores desesperados. Miraba yo cómo iban acercándose las mozas hurañas, muy juntas unas a otras, formando infranqueable barrera. Movimientos seguros, indispensables en épocas pasadas, que renacían hoy al ritmo de una necesidad desaparecida.

Pero cuando las jóvenes llegaron ante mí, apartéme muy tranquilamente, sonriéndoles. Y al instante, cual si comprendieran de pronto que desde hace siglos no existe ya el temido riesgo, despiertas repentinamente en nuestra época segura, se les iluminaron las caras, la línea de batalla en fila cerrada se espació, y todas juntas me dieron los buenos días con voz alegre y límpida. En el mismo momento, las campanas del lejano monasterio, felices, juguetonas, llenaron la atmósfera con sus jubilosos llamados.

El sol estaba alto, el cielo puro. Me agazapé entre los peñascos, anidado como una gaviota en una concavidad de la roca, para sumirme en la contemplación del mar. Sentía el cuerpo rebosante de energías, fresco, dócil. Y mi espíritu, mecido por las olas, se hacía ola y sometíase, también, sin resistencia, al ritmo del mar.

Pero de pronto sentí el corazón angustiado. Voces oscuras clamaban en mí, imperiosas y suplicantes. Yo sabía quién llamaba. No bien me quedaba a solas un instante, subía dentro de mí el clamor de esas voces, acongojado por horribles presentimientos y locos temores, enajenado, esperando que yo lo liberara.

Sin pérdida de tiempo abrí el «Dante», el «compañero de viaje», para no oír y exorcizar al terrible demonio. Lo hojeaba, iba leyendo un verso aquí, otro allá, ora un terceto, ora otro, recordando con ellos el canto entero. De las ardientes páginas surgían rugiendo los condenados. Más alto, en el segundo círculo, las almas lastimadas intentaban escalar abrupto monte. Más alto aún, vagaban en praderas de esmeralda las almas de los bienaventurados, semejantes a luminosas luciérnagas. Iba y venía yo de arriba abajo por el tremendo edificio del destino, ambulando a mis anchas por el infierno, por el purgatorio, por el paraíso, como por mi casa propia. Y vibraba padeciendo, esperaba la beatitud o gozaba de ella al azar de los versos maravillosos.

De pronto, cerré el «Dante», dirigiendo la mirada a la lejanía. Una gaviota, con el vientre apoyado en una ola, subía y bajaba con ella, saboreando feliz la dulce voluptuosidad del abandono. Un mozo de bronceado rostro apareció en la orilla, descalzo y cantando canciones de amor. Quizás tenía conciencia del dolor expresado en ellas, pues la voz comenzaba a ponerse ronca como la de un gallo joven.

Durante años, siglos, los versos de «Dante» se cantaban así en la patria del poeta. Y como el canto de amor prepara para el amor a mozos y mozas, así los ardorosos versos florentinos preparaban a los efebos italianos para la lucha por la liberación. Todos ellos, de generación en generación, comulgaron con el alma del poeta, cambiando su esclavitud en libertad.

Oí una risa detrás de mí. Bajé de un brinco de las alturas dantescas, me volví y pude ver que allí estaba Zorba, de pie, riéndose con toda la cara.

—¿Qué maneras son ésas, patrón? —gritó—. Hace horas que te busco, sin dar contigo.

Y como viera que yo quedaba silencioso, inmóvil:

—Ya pasó la hora del mediodía —exclamó—, la gallina está pronta; se pasará de cocida, la pobrecilla. ¿Entiendes?

—Entiendo; pero no tengo apetito.

—¡Que no tiene apetito! —dijo Zorba golpeándose el muslo—. Si no has comido nada desde esta mañana. El cuer-po tiene su propia almita, también, ten compasión de ella. Dale de comer, patrón, dale de comer; es el borriquillo que nos lleva ¿sabes? Si no lo alimentas, te dejará plantado en lo mejor del camino.

Desde hacía años menospreciaba yo los goces de la gula, y, de haberme sido cómodo, hubiera comido a escondidas, como si cometiera una acción vergonzosa. Pero para evitar los rezongos de Zorba, le dije:

—Bueno, ya voy.

Nos dirigimos juntos al pueblo. Las horas transcurridas entre los peñascos de la costa habían pasado como horas de amor, en un relámpago. Yo sentía aún que se posaba en mí el aliento ardiente del florentino.

—¿Estabas pensando en el lignito? —preguntó Zorba con alguna vacilación.

—¿En qué otra cosa había de pensar? —le respondí rien-do—. Mañana comenzaremos los trabajos. Tenía que concluir con ciertos cálculos.

Zorba me miró de reojo y calló. Nuevamente comprendía yo que me estaba sopesando, sin saber todavía lo que era de creer y lo que no lo era.

—¿Y qué sacaste de esos cálculos? —volvió a preguntar, adelantándose en la averiguación con prudencia.

—Que dentro de tres meses debemos extraer diez toneladas de lignito diarias para cubrir los gastos.

Zorba volvió a mirarme, aunque esta vez con cierta inquietud. Luego al breve rato:

—¿Y por qué demonios has ido a la orilla del mar para trazar cálculos? Perdóname, patrón, si te interrogo acerca de esto; es que no comprendo. Yo, cuando ando a trompicones con los números, querría hundirme en un hoyo para no ver nada. Si alzo los ojos y veo el mar, o un árbol, o una mujer, por vieja que sea ¿eh?, ¡a la porra con todo! Ahí se van cálculos y números al diablo. Les salen alas enseguida ¡y échales un galgo!...

—La culpa es tuya, Zorba —dije burlándome—. No tienes fuerzas como para concentrar el pensamiento.

—¿Acaso lo sé yo, patrón? Depende del modo de ver las cosas. Hay ocasiones en que hasta el mismo sabio Sa-lomón... Mira, un día pasaba yo por una aldehuela. Un viejo abuelo nonagenario estaba plantando un almendro. «¡Eh, padrecito!», le digo, «¿plantando un almendro?» Y él, todo doblado como estaba, se vuelve hacia mí y me dice: «Yo, hijo, obro como si no hubiera de morir nunca.» «Y yo», le respondo, «obro como si mi muerte fuera inminente.» ¿Quién de los dos acertaba, patrón?

Me miró con expresión triunfante:

—¡Aquí te quiero ver! —dijo.

Yo callaba. Dos senderos igualmente cuesta arriba pueden llevar a la cima. Obrar como si no existiera la muerte, obrar con el pensamiento puesto sin cesar en la muerte, quizás sea la misma cosa. Pero en el momento en que Zorba me le preguntó, yo no lo sabía.

—¿Entonces? —inquirió Zorba con sorna—. No te requemes la sangre, patrón, que no hay solución. Hablemos de otra cosa. Yo, en este momento, pienso en el almuerzo, en la gallina y en el pilaf con canela espolvoreada. Comamos primero, lastrémonos primero, después veremos. Cada cosa a su tiempo. Por ahora, ante nosotros se halla el pilaf, pues que nuestro espíritu se haga pilaf. Mañana será el lignito el que esté frente a nosotros; pues ¡que mañana sea lignito nuestro espíritu! Nada de cosas a medias, ¿comprendes?

Entrábamos en el pueblo. Las mujeres sentadas en los umbrales charlaban; los ancianos, apoyados en bastones, permanecían en silencio. Bajo un granado grávido de frutas una viejecilla arrugada despiojaba a su nieto.

Frente al café se hallaba un anciano muy erguido, de facciones severas y expresión concentrada, de nariz aguileña, con presencia señorial; era Mavrandoni, el decano de la aldea, el que nos había arrendado la mina. La víspera se había presentado en casa de doña Hortensia con el propósito de llevarnos consigo a la suya.

—Es vergonzoso que los dejemos en un albergue, como si no hubiera almas hospitalarias en el pueblo.

Era persona grave, de hablar ponderado. Nosotros no aceptamos su invitación. Se sintió ofendido, aunque no insistió.

–Cumplí con mi deber –dijo al retirarse; ustedes son libres y obran como mejor les parezca.

Poco después nos envió dos bolas de queso, un cesto de granadas, una jarra de pasas de uva y de higos y una dama-juana de raki.

–Saludos de parte del capitán Mavrandoni –dijo el criado al descargar el borrico–; dice que es poca cosa, aunque enviada de todo corazón.

Saludamos al notable de la aldea con abundantes palabras cordiales. –

–¡Larga vida os sea concedida! –contestó apoyando la mano en el pecho.

Y calló.

–No le agrada mucho hablar –murmuró Zorba–; es hombre insociable.

–Altivo –corregí yo–; a mí me gusta.

Llegábamos ya a casa. Las ventanas de la nariz le palpiaban a Zorba alegremente. Doña Hortensia, en cuanto nos vio en el umbral, lanzó un grito y volvió a entrar en la cocina.

Zorba tendió la mesa en el patio, bajo la parra sin hojas. Cortó grandes rebanadas de pan, trajo el vino, puso los platos y los cubiertos. Volvióse hacia mí con maliciosa mirada, señalando la mesa: ¡en ella había tres cubiertos!

–¿Comprendes, patrón? –susurró.

–Comprendo –respondí–, comprendo, viejo libertino.

–Las gallinas viejas dan caldo gordo –dijo lamiéndose los labios–. ¡Si lo sabré yo!

Corría de un lado a otro, ágil, con ojos destellantes, tarareando canciones de amor.

–Esto es vida, patrón. Buena vida, y gallina regalada. Mira, en estos momentos estoy obrando como si hubiera de morirme dentro de un minuto. Y me doy prisa para que no me lleve Mandinga antes de haberme comido la gallina.

–¡A la mesa! –ordenó doña Hortensia.

Levantó la olla y vino a posarla ante nosotros. Pero se quedó boquiabierta al advertir que en la mesa había tres cubiertos. Roja de placer, lo miró a Zorba, y sus ojillos ácidos, de color azul pervinca, parpadearon con repetido aletear.

–Se le abrasan los pantalones –díjome Zorba en voz queda.

Luego, con extremada cortesía, volvióse hacia la dama:

—Hermosa ninfa de las ondas —díjole—, somos náufra-gos y el mar nos ha arrojado a tu reino. ¡Dígnate compartir nuestro alimento, sirena mía!

La vieja cantante abrió los brazos y volvió a estrecharlos contra su pecho, como si quisiera encerrarnos en ellos a los dos; se meció graciosamente, lo rozó a Zorba, luego a mí, y, cloqueando, corrió a su habitación. Al poco rato volvía con—toneándose y meneándose, con el vestido número uno de su ajuar: un viejo traje de terciopelo verde, ajado, con lazos amarillos deshilachados. La blusa estaba hospitalariamente abierta y llevaba prendida en el escote una rosa de paño muy desplegada. Traía en la mano la jaula del loro, que colgó del parral.

Hicimos que se sentara entre ambos, Zorba a su derecha, yo a su izquierda.

Nos arrojamos los tres sobre la comida. Durante largo rato nadie dijo una palabra. Nutríamos a la bestia, calmába—mos con vino su sed; pronto el alimento se transformaba en sangre, el mundo embellecía, la mujer sentada a nuestro lado parecía a cada instante más joven, sus arrugas se borraban. El loro colgado frente a la mesa, de librea verde y chaleco amarillo, se inclinaba para mirarnos y se nos aparecía ya como un hombrecillo embrujado, ya como el alma de la vieja cantante, que reproducía sus vestiduras amarillas y ver—des. Y, por encima de nuestras cabezas, el parral deshojado se cubría de pronto de gruesos racimos de uvas negras.

Zorba meneó los ojos, abrió los brazos alzándolos a lo alto, como si quisiera abrazar al mundo entero.

—¿Qué ocurre, patrón? —exclamó sorprendido—. Se be—be uno un vasito de vino y el mundo baila enloquecido. ¡Mira, lo que es la vida, patrón! Por tu alma, dime ¿son uvas las que penden sobre nuestras cabezas, o son ángeles? Yo no lo distingo bien. ¿O, acaso, no hay nada allí, y nada existe, ni gallina, ni sirena, ni Creta? ¡Habla, patrón, habla, que no quede yo turulato!

Zorba comenzaba a achisparse. Había dado buena cuenta de su porción de gallina y contemplaba ahora a doña Horten—sia con mirada glotona. Cierta, su mirada se arrojaba sobre ella, subía, bajaba, se deslizaba en el pecho hinchido y lo palpaba como una mano. Los ojillos de la buena señora bri—llaban también; gustaba ella evidentemente del vino y había—se bebido no pocos vasos. Y el turbulento demonio de la vid la llevó de nuevo a los felices tiempos de antes. Enterne—cida, jovial, expansiva, se levantó, echó el cerrojo a la puerta que daba a la calle, con intención de evitar las miradas de los aldeanos —«los bárbaros», como los llamaba—, encendió un cigarrillo y su naricilla respingada a la francesa fue expul—sando largas volutas de humo.

En tales ocasiones, todas las puertas femeninas se entre—abren, los centinelas se duermen y una palabra amable resulta tan eficaz como el oro o el amor. Encendí, pues, la pipa, y dije la palabra amable.

—Me recuerdas, doña Hortensia, a Sarah Bernhardt... cuando era joven. Tanta elegancia, gracia y cortesía, tanta belleza, no esperaba yo por cierto hallarlas en este lugar sil—vestre. ¿Qué Shakespeare te ha enviado, pues, aquí, entre los bárbaros?

–¿Shakespeare? –dijo ella abriendo los ojillos deslava–dos–. ¿Qué Shakespeare?

Su espíritu voló, ágilmente, hacia los teatros que había conocido, en un abrir y cerrar de ojos recordó los cafés–can–tantes, de París a Beirut, de ahí a lo largo de las costas de Anatolia, y, bruscamente, despertó la memoria: era en Ale–jandría, una gran sala con arañas de muchas luces, asientos de terciopelo, hombres y mujeres, espaldas desnudas, per–fumes, flores. De pronto, el telón se alza y un negro terrible apareció...

–¿Qué Shakespeare? –dijo otra vez, orgullosa por haber recordado–. ¿El que también llaman Otelo?

–El mismo. ¿Qué Shakespeare, joh flor de lis!, te aban–donó en estos peñascos salvajes?

Echó una mirada en torno. Las puertas estaban cerradas, el loro dormía, los conejos se reproducían, estábamos solos. Conmovida, empezó a abrirnos su corazón, como abrimos un viejo cofre lleno de especias, de cartas de amor agostadas, de antiguos vestidos...

Hablaba el griego más o menos bien, retorciendo las palabras, confundiendo las sílabas. Sin embargo, la entendía–mos perfectamente, y a ratos nos costaba contener la risa, a ratos –no pocas veces habíamos empinado el codo– esta–llábamos en llanto.

–Pues bien (esto es aproximadamente lo que nos contaba la vieja sirena en su patio perfumado), pues bien, yo tal como me veis, no era una cantante de café concierto, no, no. Era una artista renombrada y llevaba enaguas de seda con puntillas legítimas. Pero el amor...

Suspiró hondamente y encendió un cigarrillo con el de Zorba.

–He amado a un almirante. Hubo una nueva revolución en Creta y las fuerzas navales de las grandes potencias echa–ron anclas en el puerto de Suda. Unos días después yo tam–bién anclé allí. ¡Ah! ¡Qué magnificencia! Hubierais visto a los cuatro almirantes: el inglés, el francés, el italiano y el ruso. Oro por todas partes, esarpines de charol lustrado, y plumas en la cabeza. Como gallos. Unos gallos grandes de ochenta a cien kilos cada uno. ¡Y qué barbas! Rizadas, sedo–sas, morena, rubia, gris, castaña, y ¡qué bien olían! Cada uno usaba un perfume particular, y por eso yo los distin–guía de noche. Inglaterra olía a agua de colonia, Francia a violetas, Rusia a almizcle e Italia, ¡ah, Italia se apasionaba por el ámbar! ¡Qué barbas, Dios mío, qué barbas!

»–Varias veces, a bordo del buque almirante, reunidos los cuatro jefes y yo, hemos charlado sobre la revolución, ellos con las chaquetas desprendidas, yo con una camisa de seda que se me pegaba al cuerpo, porque me la empapaban con champaña. Era verano, ¿comprendes? Hablábamos, pues, de la revolución, y eran las nuestras conversaciones serias, y yo les cogía las barbas y les rogaba que no bombardearan a los pobres queridos cretenses. Se les veía con los catalejos, sobre una roca, cerca de la Canea. Chiquitos, chiquititos, como hor–migas, con las bragas azules y las botas amarillas. Y gritaban, gritaban, y tenían una bandera...

Las cañas de Indias que formaban el cercado del patio se movieron. La antigua combatiente se detuvo, aterrorizada. Entre las hojas, brillaban unos ojillos maliciosos. Los chicos del pueblo habían olido nuestra francachela y nos espiaban.

La cantante trató de levantarse, pero no pudo: había comido con exceso, había bebido mucho y hubo de quedarse sentada, toda sudorosa. Zorba recogió una piedra: los niños desaparecieron chillando.

–Continúa, hermosa mía, continúa, tesoro –dijo Zorba, acercando la silla un poco más.

–Decíale, pues, al almirante italiano, con quien tenía mayor confianza; decíale cogiéndole la barba: Mi Canavaro –era éste su nombre–, mi Canavarito, no hacer ¡bum! ¡bum!, no hacer ¡bum! ¡bum!

»–¡Cuántas veces, yo que os hablo, he salvado de la muerte a los cretenses! ¡Cuántas veces, estando listos los cañones para abrir el fuego, yo le cogía la barba al almirante y no lo dejaba que hiciera ¡bum! ¡bum! Pero ¿quién me lo tuvo en cuenta? En materia de condecoraciones...

Estaba de veras disgustada, doña Hortensia, por la ingratitude de los hombres. Golpeó la mesa con el puño blando y arrugado. Y Zorba, tendiendo la mano experta sobre las rodillas separadas de la dama, las apretó a impulsos de simulada emoción, exclamando:

–¡Mi Bubulina, por favor te lo pido!, no hagas ¡bum! ¡bum!

–¡Quietas las manos! –cloqueó la buena señora–. ¿Por quién me has tomado, viejo?

Y a la vez le dirigía una mirada lánguida.

–Dios existe –decíale el pícaro libertino–, no te aflijas, mi Bubulina. ¡Cuenta con nosotros, queridita, no temas!

La vieja sirena, alzando al cielo la mirada de sus ojillos azules acídulos, vio al loro dormido en la jaula, envuelto en su verde librea.

–¡Mi Canavaro, mi Canavarito! –arrulló con amoroso acento.

El loro al reconocer la voz abrió los ojos y comenzó a gritar con la voz ronca de un hombre que se está ahogando:

–¡Canavaro! ¡Canavaro!

–¡Presente! –exclamó Zorba, apoyando de nuevo la mano en las viejas rodillas que tanto habían servido, cual si quisiera tomar posesión de ellas. La añosa cantante se meneó en la silla y abrió otra vez la boquita arrugada:

–Yo también he combatido, pecho a pecho, valientemente... Pero llegaron los días nefastos. Creta fue liberada y en consecuencia las naves de guerra recibieron orden de levar anclas. «¿Y yo? ¿Qué será de mí?», clamaba prendiéndome de las cuatro barbas. «¿Dónde piensan ustedes

dejarme? Yo me he habituado a esta esplendidez, me he habituado al champaña y a los pollos asados, me he habituado a ver cómo me saludan militarmente los lindos marineritos de a bordo. ¿Qué será de mí, viuda cuatro veces, mis señores almirantes?»

»—Ellos ¡se reían! ¡Ah, los hombres! Me cubrieron de libras inglesas, de libras italianas, de rublos y de napoleones. Los ponía yo en las medias, en el corpiño, en los zapatos... La última noche, era yo un mar de lágrimas y un lamento continuo. Entonces los almirantes tuvieron compasión de mí, llenaron el baño de champaña, me sumergieron en él —ya ven con qué familiaridad nos tratábamos— y enseguida se bebieron todo el champaña en honor mío. Se emborracharon y apagaron las luces...

»—Por la mañana yo tenía encima una mezcla de perfumes: violetas, agua de colonia, almizcle y ámbar. A las cuatro grandes potencias: Inglaterra, Francia, Rusia, Italia, las tenía yo en las rodillas y jugaba con ellas, mira, así...

Doña Hortensia arqueó los regordetes bracitos, moviéndolos de arriba hacia abajo, como si tuviera montada a una criaturita en las rodillas.

—¿Ves? ¡Así! ¡Así!

»—En cuanto amaneció, se oyeron salvas de cañón, por mi honor lo juro, se oyeron salvas y una barca blanca con doce remeros llegó en mi busca y me trasladó a tierra.

Sacando un pañuelito, se echó a llorar desconsoladamente.

—Mi Bubulina —exclamó Zorba entusiasmado—, cierra los ojos... Cierra los ojos, tesoro mío. ¡Yo soy Canavaro!

—¡Quietas las manos, te digo! —chilló de nuevo nuestra buena amiga desatándose en arrumacos—. ¡Vea usted la cara bonita! ¿Y dónde quedaron las charreteras de oro, el tricornio, la barba perfumada?... ¡Ah! ¡Ah!

Apretóle suavemente la mano a Zorba y volvió a llorar. El tiempo refrescó. Nos callamos un instante. El mar, detrás de las cañas de Indias, suspiraba, al fin apacible y tierno. No soplaban ya el viento y el sol se puso. Dos cuervos nocturnos pasaron por sobre nuestras cabezas y en el vuelo las alas silbaron como si se desgarrara una tela de seda, la camisa de seda de una cantante.

Caía el crepúsculo como polvillo de oro y rociaba el patio. El bucle suelto de doña Hortensia se encendió agitándose con la brisa vespertina, como si tratara de evadirse y llevar el incendio hasta las cabezas cercanas. El pecho semidescubierto, las rodillas separadas, endurecidas por la edad, las arrugas del cuello, los zapatos gastados, se cubrieron de polvo de oro.

Nuestra vieja sirena tiritó. Entornando los ojuelos enrojecidos por las lágrimas y el vino, miróme un rato a mí, miró un rato a Zorba, que con los labios secos estaba suspenso de su pecho. Mirónos a ambos con aire interrogador, esforzándose por aclarar cuál de los dos era Canavaro.

–Mi Bubulina –arrullaba apasionado Zorba, apretando la rodilla contra la rodilla de la mujer–. ¡No hay Dios, no hay diablo, no te preocupes! Alza la cabecita, pon la mano en la mejilla, y sin más entónanos una bonita canción, y que reviente la Muerte.

Zorba ardía. Con la mano izquierda retorciase el bigote y con la derecha acariciaba a la cantante achispada. Hablábale, jadeante, con lánguido mirar. Por cierto, no era esa vieja momificada y cubierta de afeites lo que en realidad veía ante él, sino la «especie hembra», como solía llamar a la mujer. La individualidad desaparecía, la cara se borraba; jo–ven o decrépita, hermosa o fea, no eran más que variantes sin importancia. Detrás de cada mujer se erguía, austero, sagrado, lleno de misterio, el rostro de Afrodita.

Ése era el rostro que Zorba veía; a él le hablaba; sólo a él deseaba; doña Hortensia no significaba más que una máscara efímera y transparente que Zorba rasgaba para besar la boca inmortal.

–Alza el cuello de nieve, tesoro mío –repitió su voz suplicante y anhelosa–, ¡alza el cuello de nieve, canta una canción!

La vieja cantante apoyó la mejilla en la mano regordeta y agrietada por la lejía; sus miradas languidecieron. Lanzó un grito lamentable y salvaje y comenzó a cantar la canción que prefería, mil veces entonada, mirándole a Zorba –ya había decidido cuál de nosotros elegiría– con ojos desmayados, húmedos:

Al azar de mis días,

¿Por qué hube de encontrarte?...

Zorba de un brinco corrió en busca de su santuri, se sentó en el suelo a la turca, desnudó el instrumento, lo acostó en las rodillas, alargó las manazas.

–¡Ohé! ¡Ohé! –berreó–. ¡Empuña un cuchillo y de–güéllame, Bubulina de mi alma!

Cuando empezó a caer la noche, a brillar en el cielo el lucero, a surgir, lisonjera y cómplice, la voz del santuri, doña Hortensia, atracada de gallina y arroz, de almendras tostadas y de vino, zozobró pesadamente en el hombro de Zorba y suspiró. Frotóse suavemente contra el huesudo costado del músico, bostezó, suspiró nuevamente.

Zorba con un ademán atrajo mi atención y bajando la voz:

–Le arden los pantalones, patrón –murmuró–. ¡Vete!

IV

Amaneció el día, y al despertar vi que, frente a mí, Zorba, sentado con las piernas encogidas en el extremo de su pecho, fumaba abismado en profunda meditación. Los ojillos redondos se fijaban en el tragaluz teñido de blanco lechoso por la claridad primera y aparecían hinchados; tendíase el cuello desnudo y descarnado, desmesuradamente largo, como cuello de ave de presa.

La víspera yo me había retirado temprano, dejándolo a solas con la vieja sirena.

—Me voy —le dije—, diviértete a tu gusto, Zorba, ¡y que no te falte el ánimo, valeroso campeón!

—Hasta luego, patrón. Deja que demos fin a nuestro asunto, buenas noches. ¡Que duermas bien, patrón!

Por lo visto, le había dado fin al asunto, pues entre sueños me pareció oír unos arrullos ahogados y luego unos fuertes sacudones en la caseta contigua. Después me rindió el sueño. Ya muy pasada la medianoche, regresó Zorba descalzo y se tendió sin ruido en su cama, para no despertarme.

Ahora, a la luz del alba, se hallaba allí, con la mirada perdida a lo lejos, hacia la claridad del día, sin brillo los ojos. Se le veía sumido aún en el embotamiento, presa todavía del sueño. Tranquilamente, apasionadamente, se abandonaba a una corriente de penumbras densas como la miel. El universo huía —tierras, aguas, pensamientos, hombres— hacia un mar lejano, y Zorba flotaba con ellos, sin resistencia, sin interrogaciones, feliz.

Comenzaba el despertar del pueblo: confuso rumor de gallos, de cerdos, de asnos, de gente. Quise saltar de la cama, exclamar: ¡Eh, Zorba, hoy nos espera el trabajo! pero yo mismo experimentaba una gran dicha al entregarme sin palabras, sin gestos, a las inciertas, a las bermejas insinuaciones del alba. En esos minutos mágicos, la vida entera parece liviana como plumón. Como una nube, ondeante y blanda, la tierra se modela y remodela al sople del viento.

Extendí el brazo, con ganas de fumar yo también, y cogí la pipa. La miré conmovido: gruesa, preciosa, made in England. Era un regalo de mi amigo, aquél que tenía ojos de color gris verdoso y manos de dedos afilados. Hacía años ya, un mediodía, en tierras extranjeras. Él había terminado sus estudios y se marchaba a Grecia ese día. «Deja el cigarrillo», me dijo; «lo enciendes, lo fumas por la mitad y lo arrojas. El amor sólo te dura un instante. Es vergonzoso. Cásate con la pipa. Ella es la esposa fiel. Cuando regreses a casa, la hallarás esperándote sin moverse. Y tú la encenderás, y mirando cómo sube el humo por el aire, te acordarás de mí.»

Era mediodía; salíamos de un museo, en Berlín, donde había ido a despedirse de su querido Guerrero de Rembrandt, el de yelmo de bronce, mejillas demacradas, mirada dolorosa y enérgica. «Si alguna vez llego a realizar en mi vida una acción digna de un hombre», murmuró contemplando al guerrero implacable, «a él se lo deberé.»

Estábamos en el patio del museo, recostados en una columna. Frente a nosotros una estatua de bronce —una amazona desnuda— cabalgaba con indecible gracia en un caballo bravío. Un pajarito gris, un aguzanieve, posóse un instante en la cabeza de la amazona, se volvió hacia nosotros, meneó la cola con breves sacudones vivos, silbó dos o tres veces con aire chancero y emprendió vuelo.

Yo me estremecí y miré a mi amigo.

—¿Oíste el pájaro? —le pregunté—. Parecía que intentaba decirnos algo, y se fue.—

Mi amigo sonrió.

—Es un pájaro, déjalo que cante, es un pájaro, déjalo que diga —respondióme citando unos versos de nuestras elegías populares.

¿Cómo, pues, en este instante, al nacer el día en esta costa cretense, ese recuerdo afloró en mi memoria junto con el verso fúnebre que me embargaba de amargura?—

Llené lentamente la pipa y le di lumbre. Todo tiene un sentido oculto en este mundo, pensé. Hombres, animales, árboles, estrellas, todos son jeroglíficos; desdichado de aquel que empieza a descifrarlos y a entender lo que dicen... Cuando los tenéis ante la vista, no los comprendéis. Pensáis que son sólo hombres, animales, árboles, estrellas. Tienen que pasar muchos años para que, demasiado tarde, comprendáis...

El guerrero del casco de bronce, mi amigo recostado en la columna, el aguzanieve y lo que nos dijo en su canto, los versos de la canción fúnebre, todo eso, pienso hoy, puede tener un significado oculto. Sí, ¿pero cuál?

Seguía con la mirada las volutas de humo que se enrollaban y se desenrollaban en el claroscuro antes de esfumarse lentamente. Y mi alma se enlazaba al humo, se perdía lentamente en espirales azules. Largo rato pasó, mientras yo iba comprendiendo, sin ayuda de la lógica, con indecible certidumbre, el origen, el desarrollo y la desaparición del mundo. Como si estuviera inmerso de nuevo, aunque ahora sin palabras falaces ni juegos acrobáticos y descarados del espíritu, en el alma de Buda. Este humo es la esencia de su enseñanza, estas espirales moribundas son la vida, que desemboca impaciente, feliz, en el nirvana azul...

Suspiré suavemente. Y como si el suspiro me hubiera trasladado al minuto presente, miré en torno de mí y apareció a mi vista la mísera barraca de leño y, colgado a la pared, un espejito sobre el que caía, deshaciéndose en chispas, el primer rayo del sol. Enfrente, sobre el jergón, Zorba, sentado, me daba la espalda y fumaba.

De golpe surgió en mi recuerdo, con todas sus peripecias tragicómicas, la jornada de la víspera. Olores de violetas agi-tadas en el aire –violetas, agua de colonia, almizcle y ám-bar–; un loro, un ser casi humano transformado en loro, que golpeaba con las alas los alambres de la jaula, al tiem-po que llamaba a un antiguo amante; y una vieja mahona, galera desvencijada, único resto de perdida armada, que rela-taba remotos combates navales...

Zorba oyó mi suspiro, sacudió la cabeza y se volvió hacia mí.

–No hemos obrado bien –murmuró–; no, no hemos obrado bien, patrón. Te divertiste, yo también, y ella nos ha visto, la pobrecilla. Y esa manera de retirarte, sin cortejarla siquiera una pizca, como si fuera una vieja de mil años, ¡qué vergüenza! No es tener cortesía, eso, patrón, no es así como debe comportarse un hombre, permítame que te lo diga. Al fin de cuentas, ella es una mujer, ¿no? Una criatura débil, quejumbrosa. Menos mal que me quedé yo a consolarla.

–¿Qué me estás diciendo, Zorba? –respondí–. ¿Crees de veras que todas las mujeres no piensan más que en eso?

–Sí, no piensan más que en eso, patrón. Escucha lo que te digo, yo que he visto cosas y las he hecho de todos colo-res... La mujer sólo piensa en eso, te aseguro; es una cria-tura enferma, melindrosa. Si no le dices que la amas y que la deseas, llora. Puede que ella, a su vez, no te desee, y hasta es posible que le asquee, y que esté decidida a decirte que no. Pero ésa es otra historia. Cuantos la ven tienen que desearla. Es lo que quiere, la pobre. Entonces, ¿qué te cuesta darle gusto?

»–Mira, yo tenía una abuela que debía de andar por los ochenta años. Una verdadera novela la historia de la vieja aquella. Pero, bueno, esto también pertenece a otro capí-tulo... Así, pues, como te digo, debía de contar ya sus ochenta añitos, y enfrente de nuestra casa vivía una joven fresca como una flor. Kristalo era su nombre. Cada sábado por la noche, nosotros, los boquirrubios del pueblo, nos reu-níamos para beber unas copas y el vino nos ponía alegres. Nos colocábamos una ramita en la oreja, un primo mío traía su guitarra y nos íbamos a brindarle serenatas. ¡Qué ardor! ¡Qué apasionamiento! Berreábamos como búfalos en celo. Todos la queríamos y cada sábado por la noche íbamos en tropel para que ella escogiera.

»–Pues bien, ¿lo crearás, patrón? Es un misterio que lo deja a uno azorado: existe en la mujer una llaga que no cierra nunca. Todas las llagas cicatrizan, pero ésa, a pesar de lo que te afirmen tus libracos, no cicatriza jamás. ¿Qué, aun cuando la mujer tenga ochenta años? Pues sí, señor, esa llaga queda siempre abierta.

»–De manera, pues, que todos los sábados la vieja acer-caba su jergón a la ventana, tomaba a ocultas su espejito y, ¡anda!, se peinaba las pocas crines que le quedaban, sepa-rándolas cuidadosamente con una raya en el medio. Obser-vaba de soslayo en torno para que no la sorprendieran; si alguien se acercaba se apelotonaba tranquilamente como una mosquita muerta y simulaba estar dormida. ¡Pero qué dormir! Si estaba esperando la serenata... ¿A los ochenta años? Ya ves qué misterio es la mujer, patrón. A mí ahora eso me da ganas de llorar. Pero en aquel

tiempo era un atolondrado que no comprendía y me causaba risa. Un día me irritó su conducta. Me reprendía por mi inclinación a las faldas, en-tonces yo le canté las verdades que le cuadraban, sin lástima: «¿Para qué te frotas los labios con hojas de nogal todos los sábados y te peinas de raya al medio? ¿Te imaginas, acaso, que para ti es la serenata? Nosotros a quien queremos es a Kristalo, tú no eres sino un cadáver ¡apestas el aire!»

»—¡Créelo, patrón! Ese día comprendí qué cosa es la mu-jer. Dos lágrimas brillantes manaron de los ojos de la abuela. Se enroscó como una perra y la barbilla le temblaba. «¡Kris-talo!», le grité acercándome a ella para que me oyera bien, «¡Kristalo!» Es una bestia feroz el joven, la juventud es in-humana y cerrada a toda comprensión. Mi abuela alzó al cielo los descarnados brazos y exclamó: «¡Te maldigo desde lo más hondo del corazón!» Y desde aquel día fue rodando cuesta abajo. Se debilitó visiblemente y dos meses después entregó el alma al demonio. En la hora de su agonía me vio cerca; sopló como una tortuga y tendió la mano seca para cogerme: «¡Tú me diste el golpe mortal, Alexis maldito! ¡Que mi maldición caiga sobre ti! ¡Que padezcas lo que yo he padecido!»

Zorba sonrió.

—¡Ah! ¡No falló la maldición de la vieja! —dijo acari-ciándose el bigote—. Ya entré, supongo, en los sesenta y cinco años de mi edad, pero aun cuando hubiera de vivir cien, nunca sentaría juicio. Siempre llevaré un espejito en el bolsillo y no pararé de perseguir a la especie hembra.

Sonrió de nuevo, arrojó el cigarrillo por el tragaluz y se desperezó.

—Tengo muchos defectos —dijo—; pero ése es el que me matará.

Salióse de la cama.

—Dejemos estas historias, basta de charla. ¡Hoy se tra-baja!

Se vistió en un santiamén, calzóse y salió.

Yo rumiaba las palabras de Zorba, con la barba apoyada en el pecho, y de repente acudió a mi memoria una lejana ciudad cubierta de nieve. Me había detenido en la contem-plación de una enorme mano de bronce, en una exposición de obras de Rodin, la Mano de Dios. La palma a medio cerrar contenía a un hombre y a una mujer, enlazados, extáticos, que luchaban y confundían en una sola masa ambos cuerpos.

Allegóse una joven y se detuvo a mi lado. Ella también, miraba, turbada, el inquietante y eterno enlace del hombre y la mujer. Era una joven delgada, bien vestida, de espesa cabellera rubia, mentón saliente, labios estrechos. Había en ella algo como decisión y virilidad. Y yo, que me resisto a entablar conversaciones fútiles, no sé a qué fuerza superior hube de ceder, pues volviéndome hacia ella, le pregunté:

—¿Qué le sugiere a usted?

–¡Si uno pudiera librarse! –murmuró con despecho.

–¿Para ir adónde? La mano de Dios está en todo lugar. No hay salvación. ¿Lo lamenta usted?

–No. Puede ser que el amor resulte el goce más intenso que se sienta en este mundo. Puede ser. Pero viendo esta mano de bronce, deseo evitarlo.

–¿Prefiere usted la libertad?

–Sí.

–¿Y si resultara al fin que sólo cuando obedecemos a la mano de bronce somos libres? ¿Si la palabra «Dios» no tuviera el sentido cómodo que le atribuye el vulgo?

Me miró intranquila. Sus ojos eran grises, metálicos, y sus labios secos y amargos.

–No comprendo –dijo, y se alejó.

Así como entonces desapareció de mi vista, lo mismo había desaparecido de mis recuerdos. Sin embargo, vivía sin duda en mí, bajo la losa de mi pecho, y hoy, en esta costa desierta, surge de pronto desde lo íntimo de mi ser, pálida y dolorida.

Sí, me había comportado mal, Zorba estaba en lo cierto. Buen pretexto aquella mano de bronce. El primer contacto había sido feliz. Puesto el cebo de las primeras palabras dulces, poco hubiera costado después que nos enlazáramos y nos uniéramos en la mano de Dios. Pero yo me había lanzado impetuosamente en un vuelo de la tierra al cielo, y la mujer asustada había huido de mí.

El viejo gallo cantó en el patio de doña Hortensia. Ya había entrado el día, todo blancura, por la ventanuca. Me levanté de un salto.

Comenzaban a llegar los obreros con picos, palancas y azadones. Oía cómo Zorba estaba dando órdenes. Él se había entregado sin demora a su tarea; advertíase en él al hombre que sabe mandar y tiene sentido de su responsabilidad.

Asomé la cabeza por el ventanillo y lo vi, de pie, alto y firme, entre unos treinta hombres flacos, rudos, atezados, de angostas cinturas. Tendía el brazo imperiosamente, las palabras surgían de sus labios breves y precisas. En cierto momento cogió del cuello a un menudo mocito que estaba murmurando y se adelantaba vacilante:

–¿Tienes que decir algo, tú? –le gritó–. ¡Pues dilo en alta voz! Los refunfuños no me agradan. Para el trabajo, es necesario estar bien dispuesto. Si no lo estás, márchate a la taberna.

Entonces apareció doña Hortensia, despeinada, caídas las mejillas, sin afeites, llevando una holgada camisa poco limpia y arrastrando unas chancletas de talón torcido. Tosió con esa tos de las viejas cantantes, ronca como un rebuzno, se detuvo, lo miró a Zorba con orgullo. Enturbiáronsele los ojos. Tosió de nuevo para que él la oyera y pasó meneándose, con marcado contoneo de las ancas, muy junto a él. Por el espesor de un cabello no lo rozó al pasar. Pero Zorba

ni siquiera se volvió a mirarla. Le quitó a uno de los obreros un trozo de galleta de cebada y un puñadito de aceitunas.

—¡Vamos, muchachos —gritó—, persignaos, en nombre de Dios!

Y a largas zancadas se llevó consigo al equipo directamente hacia la montaña.

No he de describir aquí el trabajo en la mina. Para eso sería necesaria mucha paciencia y yo carezco de ella. Habíamos alzado, con cañas, mimbre y latas de nafta vacías, una barraca cerca del mar. Al amanecer, Zorba se levantaba, cogía el azadón, entraba en la mina antes que los obreros, cavaba una galería, la abandonaba, encontraba una veta de lignito que brillaba como hulla y poníase a bailar jubiloso. Algunos días después la veta se agotaba y Zorba se echaba al suelo, de espaldas, y con los pies y las manos en alto le hacía la higa al cielo.

Había tomado a pecho el trabajo. Ya ni me consultaba. Desde los primeros días, toda preocupación, toda responsabilidad, habían pasado de mi persona a la suya. Él se encargaba de decidir y de ejecutar. Yo, de pagar los platos rotos. Lo que, por lo demás, no me disgustaba. Pues, bien lo advertía yo, esos meses habrían de quedar señalados en mi vida entre los más dichosos. Así, habida cuenta de todo, tenía clara conciencia de estar pagando mi felicidad a muy poco precio.

Mi abuelo materno vivía en una aldea de Creta. Cada año—cheer tomaba la linterna y se iba a dar una vuelta por el pueblo, para ver si acaso algún forastero había llegado; si así era, lo llevaba consigo a su casa, le servía abundante comida y buena bebida, y, luego, acomodándose en el diván, encendía el largo chibuquí, y se dirigía a su huésped —para el que había llegado el momento de satisfacer la deuda— diciéndole imperiosamente:

—¡Cuéntame!

—¿Contarle qué, tío Mustoyoryi?

—Lo que eres, quién eres, de dónde vienes, qué ciudades y aldeas vieron tus ojos, todo, cuéntamelo todo. ¡Vamos, habla!

Y el huésped comenzaba a contar, revueltamente, verdades y mentiras, mientras mi abuelo fumaba en el chibuquí, lo escuchaba atento y viajaba en su compañía, tranquilamente sentado en el diván. Y si el huésped le agradaba, decíale:

—Mañana te quedas conmigo, no te marchas. Tienes todavía muchas cosas que contar.

Mi abuelo no había salido nunca de su aldea, ni siquiera habíase llegado hasta Candía o hasta La Canea. ¿Para qué ir allá?, decía. Hay caniotas y candiotas que pasan por aquí, Candía y La Canea vienen a mí, i que la paz sea con ellas! ¿Para qué he de ir yo hasta allá?

Yo reproduzco hoy en esta ribera cretense la manía de mi abuelo. Yo también he dado con un huésped, como si lo hubiera buscado a la luz de la linterna. No lo dejo que se vaya. Me cuesta mucho más que una cena, pero lo merece. Noche a noche lo espero después del trabajo, hago que se siente frente a mí, comemos juntos, y llegado el momento en que ha de pagar, le digo: ¡Cuenta! Fumo en mi pipa y escucho. ¡Cómo ha explorado la tierra, este huésped mío, cómo ha explorado el alma humana! No me canso ni me harto de escucharlo.

—¡Cuéntame, Zorba, cuéntame!

Y al instante, evocada por esas palabras, toda la Macedonia se tiende ante mí, se instala en el breve espacio que media entre Zorba y yo, con sus montañas, sus bosques y sus torrentes, sus comitadjis, sus mujeres infatigables en el trabajo, sus hombres sólidos. El Monte Atos, también, con sus veintiún monasterios, sus arsenales y sus holgazanes nalgudos. Zorba meneaba el cuello al fin de sus cuentos de monjes y exclama con una carcajada:

—¡Dios te guarde, patrón, del trasero de los mulos y del delantero de los monjes!

Cada noche, Zorba me lleva de paseo por Grecia, Bulgaria y Constantinopla; cierro los ojos y veo. Ha recorrido los Balcanes embrollados y atormentados, lo ha observado todo con sus ojillos de halcón, que abre desmesuradamente a cada instante, llenos de estupor. Las cosas a las que nosotros nos hallamos acostumbrados y ante las cuales pasamos indiferentes, se le presentan a Zorba como tremendos enigmas. Si ve a una mujer que pasa, se detiene estupefacto:

—¿Qué misterio es éste? —pregunta—. ¿Qué es una mujer y por qué nos sorbe el seso tan fácilmente? ¿Qué significa eso, dímelo tú?

Con idéntico estupor plantea el interrogante en presencia de un hombre, de un árbol en flor, de un vaso de agua fresca. Zorba ve cada día a todas las cosas por vez primera.

Ayer nos habíamos sentado ante la barraca. Después de beber un vaso de vino me preguntó alarmado:

—¿Qué viene a ser, en verdad, esta agua enrojecida, patrón? Dilo. Una vieja cepa echa ramas, hay en ellas unos como adornos ácidos colgados, y pasa el tiempo, y el sol los madura: se ponen dulces como miel y se les llama entonces uvas; se las pisa, se pone el zumo extraído en unos toneles; allí fermenta solo, se le destapa el día de San Jorge-bebedor ¡Y es vino! ¡Qué prodigio! Bebes el zumo rojo y tu alma se te acrecienta, no cabe ya dentro de tu pellejo, se siente con ánimos de desafiar a Dios mismo a que lidie contigo. ¿Qué significa eso, patrón? Explícamelo tú.

Yo no hablaba. Sentía, al escucharlo, que se renovaba ante mí la virginidad del mundo. Todas las cosas cotidianas y descoloridas volvían a adquirir el brillo con el que se habían presentado los

primeros días, recién salidas de las manos de Dios. El agua, la mujer, la estrella, el pan, retornaban a la misteriosa fuente primitiva y el torbellino divino se desen-cadenaba de nuevo en el aire.

Y ésta es la razón por la cual cada noche, tendido en el guijarral de la ribera, esperaba a Zorba impacientemente. Lo veía en cuanto daba los primeros pasos largos con su andar desmadejado, cubierto de barro, manchado de carbón, apenas surgía de las entrañas de la tierra. Desde lejos, yo me enteraba de cómo había resultado la tarea del día, y me enteraba por la actitud de su cuerpo, por la cabeza gacha o erguida, por el balanceo de sus brazos desmesurados.

Al principio, iba yo con él; observaba la labor de los mi-neros. Me esforzaba por encaminarme en una nueva senda, por hallar interés en las ocupaciones prácticas, por conocer al material humano que me había caído entre manos y encari-ñarme con él, por sentir la tanto tiempo deseada alegría de apartarme de las palabras para tratar con hombres vivos. Y planeaba románticos proyectos –si la extracción del lignito marchaba bien– de organizar una suerte de comuna donde trabajaríamos todos, donde todo sería de todos, donde co-meríamos juntos los mismos alimentos y llevaríamos iguales ropas, como hermanos. Iba creando en mi espíritu una nueva orden religiosa, la levadura de una nueva vida...

Pero no me animaba aún a hablarle a Zorba de tales pro-yectos. Él me miraba mientras yo iba y venía por entre los trabajadores, los interrogaba, intervenía en las disputas incli-nándome siempre a favor del obrero.

Zorba fruncía los labios:

–Patrón, ¿por qué no das unas vueltas por afuera? Ahí tienes el sol, ahí tienes el mar janda!

Pero yo, en los primeros tiempos, insistía, no me iba. Pre-guntaba, charlaba, me enteraba de la vida de todos ellos: de cuántos hijos habían de alimentar, de cuántas hermanas ha-bían de casar, de los padres inválidos; de sus preocupaciones, de sus enfermedades, de sus tormentos morales.

–No indagues tanto acerca de sus historias, patrón –me decía Zorba enfurruñado–. Se te irá el corazón tras ellos, llegarás a quererlos más de lo que la prudencia aconseja y de lo que requiere nuestro trabajo. Hagan lo que hicieren, les hallarás disculpas... Y entonces ¡ay de nosotros!, el tra-bajo marchará a los tumbos. Y ¡ay de ellos, también, patrón! Tienes que saberlo. Cuando el amo es duro, los obreros lo temen, lo respetan, trabajan. Cuando el amo se muestra débil, le echan la brida al cuello y ellos se refocilan como el ratón dentro del queso. ¿Comprendes?

Otra vez, al terminar la jornada, arrojó el azadón ante la barraca, con gesto de cansancio.

–Oye, patrón –exclamó–, te ruego que no te metas en nada. Yo me lo paso construyendo y tú derribando. ¿Qué historias son ésas que les estabas contando hoy? ¡Socialismo, hojarasca! ¿Acaso eres predicador o eres capitalista? Habría que escoger entre una y otra cosa.

¿Cómo escoger? Si me devoraba el ingenuo deseo de unir ambas cosas, de hallar una síntesis donde fraternizaran las oposiciones irreductibles, y ganar a la vez la vida terrestre y el reino de los

cielos. Era algo que estaba en mí desde hacía muchos años, desde mi tierna infancia. Cuando aún era escolar, había organizado con mis amigos más íntimos una «Fraternidad Amistosa» –tal es el nombre que le habíamos dado–, y habíamos jurado, encerrados bajo llave en mi pieza, que consagraríamos la totalidad de nuestra vida a combatir la injusticia. Grandes lagrimones rodaban por nues–tras mejillas mientras prestábamos, puesta la mano sobre el corazón, semejante juramento.

¡Pueriles ideales! Sin embargo, ¡desdichado de aquél que se ría de ellos! Cuando veo en qué han venido a parar los miembros de la «Fraternidad Amistosa» –medicastros, abo–gadillos, tenderos, políticos trapaceros, periodistas de poca monta–, se me encoge el corazón. Áspero y rudo es, al pare–cer, el clima de esta tierra, si las simientes más valiosas no germinan o perecen agostadas entre malezas y ortigas. Yo, bien lo entiendo hoy, no me veo ahogado por la razón, ¡Loado sea Dios! ¡Todavía me siento con fuerzas como para arrojarme a las empresas más quijotescas!

El domingo nos emperejilábamos ambos como novios: nos afeitábamos, nos poníamos camisa blanca recién planchada y nos íbamos al caer de la tarde, a casa de doña Hortensia. Ese día sacrificaba por nosotros una gallina, nos sentábamos los tres juntos nuevamente, comíamos y bebíamos; Zorba alar–gaba los desmesurados brazos hacia el pecho hospitalario de la buena señora y tomaba posesión de él. Cuando ya en–trada la noche, regresábamos a nuestra ribera, la vida nos parecía sencilla y llena de buenos propósitos, vieja sí, pero muy agradable y acogedora, como lo era doña Hortensia.

Uno de esos domingos, al volver del copioso ágape, deci–díme a hablar y confiarle a Zorba mis intenciones. Me escu–chó boquiabierto, forzando su paciencia. De cuando en cuan–do, tan sólo meneaba irritado la cabezota. Las primeras palabras que le dije al respecto le habían despejado la mente, ahuyentando los vapores del vino. Cuando terminé de expo–nerle lo que proyectaba, se arrancó nerviosamente dos o tres pelos del bigote.

–Si me permites, patrón –díjome–, te diré que no creo que tengas todavía los sesos muy maduros. ¿Qué edad tienes?

–Treinta y cinco años.

–¡Oh, entonces no madurarán nunca! –y se echó a reír. Me molestó.

–¿Conque tú no crees en el hombre? –exclamé.

–No te enojas, patrón. No, no creo en nada. Si hubiera de creer en el hombre, creería también en Dios, creería también en el diablo. Y eso es asunto engorroso. Las cosas se me embrollan, patrón, y sólo saco en limpio una cantidad de disgustos.

Calló, se quitó la gorra, se rascó la cabeza con frenesí, se tironeó los bigotes como si hubiera resuelto arrancarlos. Quería decir algo, pero se contenía. Me miró de reojo, volvió a mirarme, y al fin se decidió:

—El hombre es una bestia! —exclamó golpeando las piedras con el bastón—. Una gran bestia. Tu señoría no lo sabe, a lo que parece; todo te ha resultado fácil, a ti; pero pregúntame a mí. ¡Una bestia, te digo! Si eres malo para con él, te respeta y te teme. Si eres bueno para con él, te arranca los ojos.

»—¡Conserva las distancias, patrón! No les permitas demasiado atrevimiento a los hombres, no les digas que todos somos iguales, que todos tenemos iguales derechos. Porque al instante patearán el derecho tuyo, te robarán el pan y dejarán que te mueras de hambre. ¡Guarda las distancias, patrón; te lo recomiendo por lo bien que te quiero!

—¿Pero tú no crees en nada? —exclamé exasperado.

—No, no creo en nada ¿cuántas veces he de decírtelo? No creo en nada ni en nadie; solamente en Zorba. Y no porque Zorba sea mejor que los demás. ¡De ningún modo! Es una bestia él también. Pero creo en Zorba porque es el único que tengo en mi poder, el único que conozco, todos los demás son fantasmas. Yo veo con los ojos de Zorba, escucho con sus oídos, con sus tripas digiero. Todos los demás, te digo, son fantasmas. Cuando yo muera, todo morirá. ¡El mundo zorbesco se irá a pique por entero!

—¡Vaya egoísmo! —dije sarcástico.

—¡No puedo evitarlo, patrón! Es así y no de otro modo: he comido habas, hablo de habas; soy Zorba, hablo a la manera de Zorba.

No dije nada. Sentía en la piel como latigazos las palabras de Zorba. Lo admiraba por ser tan fuerte, porque despreciaba hasta ese extremo a los hombres y al mismo tiempo podía tener tan intenso deseo de vivir y de trabajar con ellos. En su lugar, yo me hubiera hecho asceta o hubiera adornado a los hombres con plumas postizas para poder soportarlos.

Zorba se volvió para mirarme. Al fulgor de las estrellas veíale la boca extendida en una sonrisa hasta las orejas.

—¿Te he ofendido, patrón? —dijo deteniéndose de golpe. Estábamos llegando a la barraca. Zorba me miró con ternura e inquietud.

No le contesté. Comprendía que en espíritu estaba de acuerdo con él; pero el corazón se resistía, quería volar, huir fuera de la bestia, abrirse una senda hacia la altura.

—No tengo sueño, ahora, Zorba. Ve a acostarte tú.

Las estrellas centellaban, el mar suspiraba y lamía la playa, una luciérnaga encendió en el abdomen su fanalito erótico. Los cabellos de la noche goteaban rocío.

Me tendí boca abajo, sumergiéndome en el silencio, sin pensar en nada. Confundí mi cuerpo en uno con la noche y el mar; sentía el alma como una luciérnaga que tras haber encendido su fanalito se posa en la tierra húmeda y negra, esperando.

Las estrellas giraban en el cielo; las horas iban pasando, y cuando me levanté tenía grabada en mí, sin saber cómo, la doble tarea que me esperaba en aquellas costas:

Liberarme de Buda, apartar juntamente con las palabras todas mis preocupaciones metafísicas y dejar a salvo el alma de una vana angustia.

Establecer, desde ese instante, contacto hondo y directo con los hombres.

«Quizás», me decía, «me quede aún tiempo para hacerlo.»

V

«El tío Anagnosti, decano de la aldea, lo saluda y le pregunta si le sería grato molestarse en venir hasta su casa para la merienda. El capador ha de llegar hoy a la aldea para capar los cerdos; Kyra Marulia, la mujer del decano, asará para usted las “partes”. De paso podrá usted felicitar al nieto de Anagnosti, Minas, pues hoy es su día.»

Es un gran placer el de entrar en una casa de campesinos cretenses. Todo lo que os rodea es patriarcal: la chimenea, la lámpara de aceite, las jarras alineadas contra la pared, una mesa, algunas sillas y, a la izquierda de la entrada, el cántaro de agua fresca. De las vigas cuelgan rosarios de membrillos, granadas, hierbas aromáticas: salvia, menta, pimientos...

En el fondo, tres o cuatro peldaños de madera llevan a la alcoba, donde está el lecho montado sobre caballetes y los santos iconos con la lamparilla siempre encendida. La casa os impresiona como vacía y, sin embargo, hay en ella cuanto es indispensable: tan cierto es que el hombre verdadero necesita de muy pocas cosas.

El día estaba espléndido, tibio el sol de otoño. Nos sentamos frente a la casa, en el huerto, bajo un olivo cargado de frutos. Por entre las hojas argentadas, a lo lejos, brillaba el mar, tranquilo, denso. Vaporosas nubes pasaban por sobre nosotros. Iban cubriendo a ratos el sol y descubriéndolo luego, de modo que la tierra, ya alegre, ya melancólica, parecía como si respirara.

Al fondo del huertecillo, en un corto cercado, el cerdo sometido a reciente operación gritaba dolorido, ensordeciéndonos. Desde la chimenea nos llegaba el apetitoso olor de sus «partes» que se asaban en las brasas.

Charlábamos de cosas eternas: de las mieses, de las viñas, de las lluvias. Nos veíamos forzados a hablar a voz en grito: el viejo notable era duro de oídos. Según su decir, tenía la oreja orgullosa. La vida del anciano cretense había transcurredo recta y tranquila, como crece un árbol en el barranco abrigado de los vientos. Había nacido, había crecido, se había casado. Tuvo hijos y le fue concedido ver a los hijos de sus hijos. Algunos habían muerto, otros vivían, su descendencia quedaba asegurada.

El anciano cretense recordó los tiempos idos, la época de los turcos; volviéronle a la memoria las palabras de su padre, los milagros que se daban entonces, porque las mu-jeres tenían el temor de Dios y conservaban incólume la fe.

–Mire usted, yo mismo, el que ahora le habla, yo, el tío Anagnosti, debo mi venida al mundo a un milagro. Sí, señor, a un milagro. Y cuando le haya referido cómo aconteció, quedará usted maravillado y no podrá menos que exclamar: ¡Señor Misericordioso!, e irá al monasterio de la Virgen a ofrendarle un cirio.

Se persignó y comenzó calmosamente con su voz suave:

–En aquel tiempo, pues, había en nuestra aldea una rica turca, ¡sea el demonio con ella! Un buen día hela embaraza-da, la maldita, y el momento del alumbramiento cae apu-rándola. La colocan en el asiento de las parturientas y allí se está bramando como una becerro tres días y tres noches. Pero el niño no salía. Entonces una amiga suya ¡condenada sea ella también! le dio un consejo: «Zafer Hanum ¡debías llamar a la Madre Meiré en tu ayuda!» Madre Meiré es el nombre que los turcos dan a la Virgen ¡infinita es la gracia suya! «¿Llamar a ésa?», berreó la perra de Zafer, «¿a ésa? ¡Prefiero morirme!» Mas los dolores se ponían intolerables. Pasó, sin embargo, un día, pasó otra noche. Bramaba sin cesar, pero no daba a luz. ¿Qué podía hacer? Ya no sopor-taba los dolores. Entonces comenzó a llamar: «¡Madre Meiré! ¡Madre Meiré!» Pero por mucho que llamara los dolores no la abandonaban ni venía el niño. «No te oye», le dijo la amiga, «sin duda no sabrá el turco. Llámala con el nombre cristiano.» «Virgen de los rumís», gritó entonces la perra. «¡Virgen de los rumís!...» ¡Que si quieres! Los do-lores se presentan más fuertes. «No la llamas como se debe, Zafer Hanum», díjole la amiga, «no la llamas como se debe y por eso no viene.» Entonces la perra infiel, vién-dose en peligro, lanzó un grito clamoroso: «¡Santísima Vir-gen!» Y de golpe, he aquí que el niño se desliza de su vientre como una anguila.

»–Ocurría esto un domingo y el siguiente domingo mi ma-dre a su vez se hallaba en igual trance. Sentía gran dolor, también, la pobrecilla, sentía gran dolor y clamaba, mi pobre madre. Gritaba: «¡María Santísima! ¡María Santísima!» Pero no veía el fin de su padecer. Mi padre estaba sentado en el suelo, en medio del patio, sin poder comer ni beber, a causa de la aflicción que lo embargaba. Estaba enfadado con la Santísima Virgen. La otra vez ¿ve usted?, aquella perra de Zafer la llamó y la Virgen se precipitó a librarla de su mal. Ahora, en cambio... El cuarto día, ya no pudo contenerse mi padre. Sin pensarlo más, cogió el cayado y se marchó decididamente hacia el monasterio de la Virgen de la Dego-llación, ¡así quiera Ella concedernos su amparo! Llega, entra en la iglesia sin persignarse siquiera, tanto era el furor que lo agitaba. Corre el pestillo de la puerta y se planta ante el icono: «Oye, Santísima Virgen», exclama, «mi mujer Krinio, Tú la conoces, puesto que te trae todos los sábados el aceite y enciende las lámparas, mi mujer Krinio está con los dolores del parto desde hace tres días y tres noches y te llama ¿no la oyes, acaso? Es preciso que hayas quedado sorda, creo yo, para que no llegues a oírla. Sin duda, si ella fuera alguna perra como Zafer, alguna porquería de turca, veríamos cómo te precipitas para acudir en su ayuda. Pero para con mi mujer Krinio, la cristiana, tienes oídos sordos ¡no la oyes! ¡Mira, si no fueras la Santísima Virgen, yo, con este palo que aquí ves, te daría una lección!»

»—Después de lo cual, sin postrarse, se vuelve para marcharse. Pero ¡infinito es el poder del Señor! en el mismo momento el icono cruje con fuerte ruido como si se partiera en dos. Así crujen los iconos, sépalo usted ahora si antes no lo sabía, cada vez que se disponen a realizar un milagro. Mi padre lo comprendió al instante. Se vuelve, se arrodilla ante la imagen, se persigna y exclama: «¡Pequé, Santísima Virgen, pongamos que todo lo dicho se lo llevó el viento!»

»—Apenas llegó a la aldea le comunicaron la buena nueva: «Que Dios te lo conserve, Kostandi, tu mujer ha tenido un varón.» Era yo, el que ustedes ven aquí, yo, el viejo Anagnosti. Pero nací con la oreja un tanto orgullosa. Mi padre, ve usted, había blasfemado al tratar de sorda a la Virgen. «¿Conque ésas tenemos?», debe de haber dicho la Virgen. «Pues espera y verás cómo tu hijo te sale sordo ¡así aprenderás a no ser blasfemo!»

Y el tío Anagnosti se santiguó.

—Y eso no tiene importancia —dijo—, ¡loado sea Dios! Porque la Virgen pudo dejarme ciego o cretino, o corcovado, o si no ¡guárdanos, Dios mío, de todo mal! pudo hacer que yo naciera niña. Lo mío no es nada ¡y me postro ante su gracia infinita!

Llenó los vasos.

—¡Que la Virgen nos ampare! —dijo alzando el suyo.

—A tu salud, tío Anagnosti. Hago votos porque vivas cien años y conozcas a tus bisnietos.

El anciano vació la copa de un sorbo y se secó el bigote.

—No, hijo —repuso—, con esto basta. He conocido a mis nietos, con esto basta. No hay que pedir demasiado. Me ha llegado la hora, ya estoy viejo, amigos, tengo los riñones secos, no puedo ya, y no porque me falten ganas, no puedo ya sembrar hijos. Entonces, ¿para qué quiero vivir más?

Llenó de nuevo los vasos, de la faja extrajo nueces e higos secos envueltos en hojas de laurel, y los repartió entre nosotros.

—Todo lo que poseía lo di a mis hijos —continuó luego—. Hemos pasado alguna vez por serios aprietos, pero eso nunca me afligió mayormente. En las manos de Dios está lo necesario.

—En las manos de Dios está lo necesario, tío Anagnosti —dijo Zorba inclinándose hacia la oreja del anciano—, en las manos de Dios, sí, pero no en las nuestras. No nos da nada, el muy mezquino.

Pero el anciano notable frunció las cejas.

—¡Alto ahí, no lo maltrates, amigo! —dijo con tono severo—. ¡No lo trates con aspereza! ¡Que Él también cuenta con nosotros, pobrecillo!

En aquel momento, la tía Anagnosti, silenciosa, sumisa, traía en un plato de barro las «partes» del cerdo y una gran jarra de cobre llena de vino. Dejó todo en la mesa, quedóse de pie, cruzó las manos y bajó los ojos.

Me repugnaba un tanto ese manjar, aunque, por otra parte, no me animaba a rechazarlo. Zorba me miró de reojo con maliciosa sonrisa.

–Es la carne más sabrosa, patrón –aseguró–. No pon–gas cara de asco.

El viejo Anagnosti dejó oír una risilla.

–Lo que dice es cierto, lo que dice es cierto, Pruébalo y verás. ¡Se te derrite en la boca! Cuando el príncipe Jorge ¡toda hora le sea grata! pasó por nuestro monasterio, allá en lo alto de la montaña, los monjes brindaron en su honor un festín regio y ofrecieron platos de carne a todos los pre–sentes, menos al príncipe, a quien le dieron un plato de sopa. El príncipe toma la cuchara y empieza a remover la sopa. «¿Habichuelas?», preguntó sorprendido, «¿habichuelas blan–cas?» «Come, Príncipe mío», le dice el viejo higúmeno, «come y después nos dirás qué opinas.» El príncipe prueba una cucharada, dos, tres, deja el plato limpio y se relame. «¿Qué maravilla es ésta?», dice. «¡Nunca comí más sabrosas habichuelas! Tan sabrosas como sesos.» «No son habichuelas, Príncipe», le dice riéndose el higúmeno, «no son habichue–las. ¡Hemos mandado que castraran a todos los gallos del contorno!»

Y riendo, el anciano pinchó con el tenedor un trocito de las «partes» del cerdo.

–¡Manjar de príncipe! –dijo–. ¡Ea, abre la boca!

Abrí la boca y él me metió en ella la porción.

Volvió a llenar los vasos y bebimos a la salud de su nieto. Los ojos del abuelo brillaban.

–¿Qué querrías tú que fuera tu nietecillo, tío Anagnosti? –le pregunté–. Dilo y elevaremos nuestros votos porque se cumplan tus deseos.

–¿Qué podría yo querer, hijo? Pues, que siga por el buen camino, que llegue a ser un hombre honrado, un buen jefe de familia, que se case, y tenga como yo hijos y nietos, y que uno de sus hijos se parezca a mí. Para que los viejos digan al verlo: «¡Oye, cómo se parece al viejo Anagnosti, Dios haya su alma, que era un hombre bueno!»

–Marulia –agregó, sin mirar a la mujer–. Marulia, ¡lle–na de nuevo esta jarra!

En ese momento, tras fuerte empellón, la puertecilla del cercado se abrió y el cochino se metió precipitadamente en el huerto gruñendo.

–Le duele, pobre animal... –dijo Zorba compasivo.

–¡Claro está que le duele! –exclamó el viejo cretense riendo a carcajadas–. Si te hicieran lo que a él, ¿no te dolería?

Zorba se meneó con brusquedad en la silla.

–¡Que se te seque la lengua, viejo sordo! –murmuró espantado.

El cerdo iba y venía por delante de nosotros mirándonos furibundo.

—¡A fe mía, parece que comprendiera que lo estamos comiendo! —agregó el tío Anagnosti, a quien el poquillo de vino bebido volvía locuaz.

En tanto, nosotros, tranquilamente, muy satisfechos, comíamos cual caníbales bebiendo el rojo vino, y contemplábamos, al través de las hojas plateadas del olivo, el mar que el sol poniente estaba pintando de rosa.

Cuando al caer la noche, dejamos la casa del decano de la aldea, Zorba, también locuaz, sentía que le hormigueaba la lengua.

—¿Recuerdas lo que hablamos anteayer, patrón? Tú decías que te gustaría iluminar el espíritu del pueblo, abrirle los ojos. Pues bien ¡mira! Para tu placer no tienes sino que abrirle los ojos al tío Anagnosti. ¿Viste cómo su mujer se estaba delante de él, esperando órdenes, como un perrillo amaestrado? Ve tú, ahora, a predicarle que la mujer tiene iguales derechos que el hombre y que es una crueldad inaudita el que te comas un trozo de la carne del cerdo mientras el cerdo vivo se queja de dolor en tu presencia, y que es una gran idiotez el dar gracias a Dios por el hecho de que Él lo posea todo y tú te mueras de hambre. ¿Qué saldría ganando ese pobre diablo del tío Anagnosti con todas tus ridiculeces explicativas? Sólo disgustos le traerías con ellas. ¿Y qué beneficio podría obtener la tía Anagnosti? Sería el comienzo de riñas enconadas, la gallina pretendería convertirse en gallo y la pareja habría de trenzarse en lucha a picotazos, desplumándose mutuamente... Deja en paz a la gente, patrón, no les abras los ojos. Si acaso se los abrieras, ¿qué verían? ¡La miseria propia! Déjaselos, pues, bien cerrados, para que sigan con sus sueños.

Se calló un minuto, rascóse la cabeza. Meditaba.

—A menos, dijo después, a menos que...

—Veamos adónde nos lleva ese «a menos que...»

—A menos que cuando abran los ojos puedas mostrarles un mundo mejor que el de las tinieblas en que ahora se pavonean... ¿Puedes mostrárselo?

Yo no lo sabía. Sabía qué cosas se derribarían, pero no lo que se construiría después sobre las ruinas. Eso nadie puede saberlo con certeza, pensé. El mundo viejo está ahí, palpable, sólido, lo vivimos y luchamos con él a brazo partido, existe. El mundo futuro no ha nacido todavía, es inasible, fluido, forjado con la luz con que se tejen los sueños, nube que los soplos violentos del aire sacuden: el amor, el odio, la imaginación, la casualidad, Dios... El más grande de los profetas sólo puede dar a los hombres una palabra que les sirva de santo y seña y cuanto más vaga la palabra, más grande el profeta.

Zorba me observaba sonriendo burlonamente. Sentí enojo:

—Tengo uno —respondí, picado.

–¿Tienes uno? ¿Cuál?

–No puedo decírtelo, no comprenderías.

–¡Eh, es porque no lo tienes! –dijo Zorba meneando la cabeza–. No creas que me chupo el dedo, patrón. Te engañó quien te lo dio a entender. Es cierto que soy tan igno–rante como el tío Anagnosti, pero no tan tonto, ¡oh, no! De manera pues, que si yo no lo entiendo, ¿cómo supones que lo entienda él, pobre hombre, o la borrica de su mujer? ¿Ni todos los Anagnosti que haya en el mundo? Lo que les mostrarías ¿son otras tinieblas? Entonces, déjales aquéllas a que están habituados. Hasta ahora lo han pasado bien, ¿no te parece? Viven y viven bien, tienen hijos y hasta nietos. Dios los cría sordos, ciegos, y ellos exclaman: ¡Loado sea Dios! Entonces, déjalos y cierra el pico.

Me callé. Pasábamos ante el huerto de la viuda, Zorba se detuvo un instante, suspiró, mas no dijo nada. Debía de haber llovido en algún lugar. Olor a tierra mojada, lleno de frescura, perfumaba el aire. La luna nueva brillaba, tierna, amarillo-verdosa; el cielo rebosaba suavidad.

Este hombre, pensé, no ha ido a ninguna escuela y su ce–rebro no se le ha dañado. Ha visto las más diversas cosas, la inteligencia se le ha despejado, el corazón se le ha ensan–chado, sin que perdiera la audacia original. Cualquier pro–blema complicado, que para nosotros es insoluble, él lo resuelve cortando el nudo, como su paisano Alejandro Mag–no. No es fácil tumbarlo puesto que todo el cuerpo lo tiene apoyado en la tierra, de pies a cabeza. Los salvajes de África adoran a la serpiente porque toca con todo el cuerpo a la tierra y conoce de este modo los secretos del mundo: palpa a la madre nutricia, se confunde con ella, es una sola unidad con ella. Lo mismo ocurre con Zorba. En cambio, nosotros, la gente culta, no somos sino atolondradas avecillas del aire.

Multiplicábanse las estrellas. Ariscas, desdeñosas, duras, desprovistas de toda compasión para con los hombres.

Ya no hablábamos. Mirábamos ambos el cielo con espanto, veíamos encendidas nuevas estrellas en oriente, unas tras otras, y el incendio celeste se extendía con rapidez.

Llegamos a la barraca. No sentía yo el menor deseo de comer y me senté en una de las rocas de la orilla. Zorba encendió el fuego, comió, pareció a punto de venirse a mi lado, pero desistió de tal intento y acostándose en su catre se quedó dormido.

El mar estaba quieto. También inmóvil bajo el tiroteo es–telar callaba la tierra. Ni un perro ladraba, ni un lamento de ave nocturna. Silencio total, solapado, peligroso, cuya sustan–cia eran miles de gritos, tan lejanos o tan ocultos en nuestro ser, que no se los oía. Sólo notaba el latir de la sangre en las sienas y en el cuello.

«¡La melancolía del tigre», pensé estremecido.

En la India, al caer de la noche, los habitantes cantan en voz queda una tonada dolorosa y monótona, un canto salvaje y lento, como el lejano bostezo de la fiera, la melodía del tigre. El corazón del hombre desborda temblorosa expectativa.

Mientras recordaba la terrible melodía, el vacío de mi pecho fue llenándose poco a poco. Los oídos despertaban, el silencio se convertía en clamor. Hubiérase dicho que el alma, amasada con aquella misma melodía, se salía del cuerpo para escuchar.

Inclinándome, llené la palma de agua de mar y me mojé la frente y las sienes. Me sentí refrescado. En lo hondo de mi ser retumbaban gritos amenazadores, confusos, impacientes; el tigre estaba en mí y rugía.

Y, de pronto, oí clara la voz:

–¡Buda! ¡Buda! –exclamé levantándome de un salto.

Eché a andar rápidamente, por la orilla del agua, como fugitivo. Hace un tiempo, cada vez que me hallo solo por la noche, rodeado de silencio, oigo su voz, triste al principio, suplicante como elegía funeral, y que poco a poco se irrita, rezonga, ordena. Y se mueve en el seno cual niño a punto de nacer.

Sería la medianoche. Nubarrones negros amontonábanse en el cielo, gruesas gotas me daban en las manos. Yo no me cuidaba de ello. Movíame en atmósfera de fuego, sintiendo a derecha e izquierda, en las sienes, dos ardientes tenazas.

«Ha llegado el momento», me dije estremecido; «la rueda búdica me arrastra; ha llegado el momento de descargar el maravilloso peso.»

Regresé pronto a la barraca y encendí la lámpara. Cuando le dio la luz, Zorba parpadeó, abrió los ojos, me miró mien-tras me inclinaba sobre el papel blanco y comenzaba a escri-bir. Rezongó algunas palabras que no entendí, y volviéndose bruscamente cara a la pared hundióse nuevamente en el sueño.

Yo escribía velozmente, con toda prisa. «Buda» en su tota-lidad se hallaba listo en mi espíritu; yo lo veía extenderse fuera de mí como una cinta azul llena de signos. Se extendía con rapidez y yo me apuraba por alcanzarlo. Escribía, todo me resultaba fácil, todo era muy sencillo. En realidad, no escribía, sino copiaba en limpio. Un mundo entero se brindaba a mi vista, mundo hecho de compasión, de renuncia-miento, de aire; los palacios de Buda, las mujeres del harem, la carroza de oro, los tres fatales encuentros: el del anciano, el del enfermo, el del muerto; la fuga, la vida contemplativa, la liberación, la salvación. Cubríase la tierra de flores ama-rillas, los mendigos y los reyes vestían ropajes amarillos; las piedras, la madera, las carnes adquirirían levedad aérea. Las almas se convertían en un soplo, se volvían espíritu alado, el espíritu se fundía en la nada. Se me fatigaron los dedos; pero no quería, no podía dejar de escribir. La visión pasaba veloz, huía; era menester que me esforzara para ir a la par de ella.

Por la mañana, Zorba me encontró dormido, puesta la cabeza sobre el manuscrito.

VI

El sol estaba alto cuando desperté. Tenía anquilosada la mano derecha de tanto escribir y no podía juntar los dedos. El temporal búdico había pasado sobre mí, dejándome ago-tado y huero.

Me incliné para recoger del suelo las hojas desparramadas. No me quedaban ganas ni fuerzas para releerlas. Como si la impetuosa inspiración sólo hubiera sido un sueño, no quería verme apresado por las palabras, envilecido por ellas.

Llovía esa mañana, sin ruido, blandamente. Antes de mar-charse, Zorba dejó encendido el brasero y todo el día per-manecí sentado, con las piernas encogidas, extendidas las manos hacia el fuego, sin comer, inmóvil, oyendo cómo caía la lluvia suavemente.

No pensaba en nada. El cerebro, hecho una bola como un topo en su madriguera, descansaba. Llegaban hasta mí leves rumores, el roer de la tierra, la lluvia que tecleaba y las si-mientes que se hinchaban. Percibía que el cielo y la tierra copulaban como en los tiempos primitivos, cuando unidos como hombre y mujer engendraban hijos. Delante de mí, a lo largo de la ribera, mugía el mar y lamía la playa como fiera que saca la lengua para beber.

Era feliz y lo sabía. Mientras estamos viviendo una dicha, es raro que lo percibamos. Sólo cuando ya pasó y volvemos atrás la mirada, comprendemos de pronto –a veces con sor-presa– cuán felices hemos sido. Pero yo, en esa costa cre-tense, vivía la dicha y sabía que era feliz.

Mar azul oscuro, inmenso, que iba a bañar las costas afri-canas. A menudo, el viento del sur soplaba muy cálido, el livas, viniendo de lejanos arenales ardorosos. Por la mañana el mar embalsamaba el aire como un melón de agua; a me-diodía, humeaba, tranquilo, con leves ondulaciones como pechos de mujer apenas dibujados; por la noche, suspiraba, tiñéndose de rosa, de color de vino o de berenjena, y al fin de azul sombrío.

Me entretenía, a la hora de la siesta, en llenarme la mano de fina arena rubia y sentía cómo se deslizaba y huía, cálida y blanda, por entre los dedos. La mano, clepsidra por donde la vida se

desliza y se pierde. Se pierde la vida, y yo miro el mar, oigo la palabra de Zorba, siento que las sienas me crujen de felicidad.

Un día, lo recuerdo, mi sobrinita Alka, niñita de cuatro años, mientras estábamos mirando un escaparate de juguete-ría, la víspera de año nuevo, dirigiéndose a mí me dijo estas sorprendentes palabras: «Tío Ogro ¡estoy tan contenta de que me hayan salido cuernos!» Quedé pasmado. ¡Qué prodigio es la vida y cómo todas las almas, cuando hunden profundamente sus raíces, se encuentran y no forman más que una sola alma! Pues inmediatamente recordé una cabeza de Buda, tallada en ébano, vista en un lejano museo. Buda liberado sentía infinita, suprema alegría, después de haber agonizado durante siete años. Las venas de su frente, a derecha e izquierda, se le habían hinchado al punto que rompían la piel y se convertían en cuernos fuertes, enroscados como resortes de acero.

Al anochecer la garúa había parado, el cielo estaba límpido. Sentía apetito y me alegraba, pues ahora llegaría Zorba, encendería el fuego e iniciaría el rito cotidiano de la cocina.

—¡Ésta es otra historia que no tiene fin! —decía a desnudo Zorba, mientras ponía la marmita a la lumbre—. No sólo la mujer ¡maldita sea! es una historia que no acaba nunca; también la comida lo es.

Por vez primera percibí en estas riberas el encanto de sentarme a comer. Al llegar la noche, Zorba preparaba el fuego entre dos piedras, cocinaba, nos poníamos luego a manejar y beber un vasito de vino, la conversación se animaba; al fin llegaba yo a comprender que la comida es también una ocupación espiritual, pues la carne, el pan, el vino, son la materia con que el espíritu se configura.

Antes de comer y beber, carecía Zorba, por la noche, tras las fatigas de la jornada laboriosa, de toda animación; las palabras le asomaban trabajosamente a los labios y sonaban ásperas. Sus movimientos eran pesados y torpes. Mas en cuanto le echaba carbón a la caldera, como él decía, la máquina entorpecida y fatigada de su cuerpo recobraba vida, y con renovado brío volvía a la actividad habitual. Se le encendían las miradas, despertábasele la memoria, surgían alas de sus pies y danzaba.

—Dime en qué conviertes lo que comes y te diré quién eres. Gente hay que lo transforman en grasas y excrementos; otros, en trabajo y buen humor; algunos, según he oído, en Dios. Existen, pues, tres clases de hombres. Yo, patrón, no cuento entre los peores, como tampoco entre los mejores. Me conservo en el término medio. Lo que como, lo convierto en trabajo y buen humor. Y no está mal así.

Me miró maliciosamente, riéndose.

—En lo que a ti respecta, patrón, supongo que te afanas porque el alimento te alcance hasta Dios. Pero no lo consigues y es una tortura para ti. Te ocurre lo que al cuervo.

—¿Qué le ocurrió al cuervo, Zorba?

–Que al principio, ¿sabes?, andaba por el mundo decen–temente, tal como conviene, como debe andar un cuervo ¡vaya! Mas un día se le antojó sacar pecho y menearse como la perdiz. Y desde entonces el pobre tiene olvidada su ma–nera natural de andar, no sabe lo que se hace, ¿ves? Y ca–mina renqueando.

Alcé la cabeza. Oía los pasos de Zorba que acababa de salir de la mina. Poco después, vi que se acercaba, hosco el semblante, cejjunto, sacudiendo los largos brazos.

–...noche patrón –dijo entre dientes.

–Salud, viejo. ¿Cómo marchó la tarea hoy?

No respondió.

–Prepararé la lumbre –dijo al rato–, y haré la comida.

Tomó una brazada de leña de un rincón, salió, colocó hábil–mente las ramas cruzadas entre dos piedras y las hizo arder. Puso la olla en el suelo, le echó agua, cebollas, tomates, arroz y comenzó a guisar. Yo, en tanto, ponía un mantel en la mesa redonda y baja, cortaba rebanadas gruesas de pan de trigo y llenaba de vino, con la damajuana, la calabaza vinatera, deco–rada con dibujos, que el tío Anagnosti nos regalara en los primeros días de nuestra llegada.

Zorba se había arrodillado frente a la olla, miraba el fuego con ojos dilatados y callaba.

–¿Tienes hijos, Zorba? –le pregunté de pronto.

Se volvió.

–¿Por qué me lo preguntas? Tengo una hija.

–¿Casada?

Zorba se rió.

–¿Por qué ríes, Zorba?

–¿Acaso es necesario preguntarlo? Por supuesto, está ca–sada. No es una chica idiota. Estaba yo trabajando en una mina de cobre, en Pravitsa, en la Calcídica. Un día me llega una carta de mi hermano Yanni. Es cierto que olvidé decirte que tengo un hermano, hombre casero, sensato, beatón, usu–rero, hipócrita, un hombre de bien, pilar de la sociedad. Ven–de comestibles en Salónica. «Alexis, hermano», me decía en la carta, «tu hija Froso tomó mal camino, ha deshonrado nuestro nombre. Tiene un amante y le ha nacido un hijo de él, nuestra reputación ha quedado por los suelos. Pienso llegar a la aldea y degollarla.»

–¿Y tú, qué hiciste, Zorba?

Zorba se encogió de hombros.

–«¡Puf, las mujeres!», me dije, y rompí la carta.

Removió el arroz, le echó sal y rió sarcásticamente.

–Espera, ahora oirás lo más gracioso. Dos meses más tarde, recibo del muy tonto de mi hermano otra carta: «¡Sa-lud y júbilo, querido hermano Alexis!», escribía el imbécil. «Ha sido reparada la honra, ahora puedes llevar alta la fren-te, el hombre de marras se casó con Froso.»

Zorba se volvió a mirarme. Al fulgor de su cigarrillo le veía brillantes los ojos. Nuevamente se encogió de hombros.

–¡Puf, los hombres! –dijo con profundo desprecio.

Y al rato:

–¿Qué cabe esperar de las mujeres? Que tengan hijos con el primer llegado. ¿Qué cabe esperar de los hombres? Que caigan en el lazo como chorlitos. ¡Apúntalo en la memoria, patrón!

Retiró la olla del fuego; comimos.

Zorba volvió a sumirse en sus meditaciones. Alguna pre-ocupación lo atormentaba. Me miraba, entreabría la boca, la cerraba de nuevo. A la luz de la lámpara de aceite yo le veía los ojos inquietos, que reflejaban interior turbación.

No pude aguantar.

–Zorba –le dije–, tú quieres decirme algo, pues dímelo. ¡Ea, amigo, desembucha!

Zorba callaba; cogió una piedrecilla y la arrojó con fuerza por la puerta abierta.

–¡Deja esas piedras y habla!

Zorba alargó el arrugado cuello.

–¿Confías en mí, patrón? –preguntóme con tono an-sioso, clavando la mirada en mis ojos.

–Sí, Zorba. Hagas lo que hicieras, no puedes equivocarte. Aunque lo quisieras, no lo podrías. Eres, digamos, como un león, o como un lobo. Estas bestias no proceden jamás al modo de carneros o de asnos, no se apartan nunca de los ca-rriles en que los puso su natural compleción. Igualmente tú: eres Zorba hasta el extremo de las uñas.

Zorba meneó la cabeza.

–Bien, pero no entiendo ya adónde diablos vamos.

–Lo sé yo, no te preocupes. ¡Sigue adelante!

–Repítelo otra vez, patrón, para que me entre valor.

–¡Sigue adelante!

Los ojos le fulgaron.

–Ahora puedo hablarte –dijo–. Desde hace días alien-to un gran proyecto, una idea descabellada que se me anidó en la cabeza. ¿La realizamos?

–¿Y lo preguntas? Para eso estamos aquí, Zorba, para ejecutar ideas.

Zorba, alargando el cuello, me contempló con alegría y con temor a la vez:

–¡Habla claro, patrón! ¿No hemos venido aquí por la mina?

–La mina es un pretexto, para no intrigar a la gente. Para que nos tengan por serios industriales y no nos acribi–llen arrojándonos tomates. ¿Comprendes, Zorba?

Zorba quedó boquiabierto. Esforzábese por comprender, sin atreverse a creer en tamaña dicha. De pronto, iluminólo la comprensión y se arrojó hacia mí, cogiéndome de los hombros.

–¿Bailas? –me preguntó apasionadamente–. ¿Bailas?

–No.

–¿No?

Dejó los brazos caídos, asombrado.

–Bueno –dijo al rato–. Entonces bailaré yo, patrón. Siéntate un poco más allá, que no te atropelle. ¡Ohé! ¡Ohé!

De un brinco saltó afuera de la barraca, se quitó los zapatos, la chaqueta, el chaleco, arremangóse los pantalones hasta las rodillas y comenzó a bailar. La cara, aún sucia de carbón, parecía negra. Los ojos brillantes, blancos.

Entró en el torbellino de la danza dando palmadas, brin-cando luego, girando como una peonza en el aire, dejándose caer en elásticas flexiones de las piernas, volviendo a dar botes con las piernas dobladas, como si fuera de goma. Alzá–base de repente en un impulso que parecía destinado a que–brantar las leyes de la naturaleza para echarse a volar. Advertíase en el carcomido cuerpo la lucha del alma por liberar a la carne y lanzarse con ella, como un meteoro, en las tinie–blas. Sacudía con fuerza el cuerpo, que volvía a caer por no hallar cómo sostenerse en lo alto; sacudíalo nuevamente, des–piadado, y conseguía llevarlo esta vez un poco más arriba; pero el pobre volvía a caer, jadeante.

Zorba, cejjunto, mostraba inquietante gravedad. Ya no salían gritos de su boca. Con las mandíbulas apretadas em–peñábase en lograr lo imposible.

–¡Zorba! ¡Zorba! –exclamé–. ¡Basta ya!

Temía que, de repente, no resistiendo el gastado cuerpo tal impetuosidad, se disgregara en mil trozos a los cuatro vientos.

Pero era inútil que gritara. ¿Cómo podía oír Zorba los gritos de la tierra? Sus entrañas eran ahora las de un pájaro.

Observé con ligera inquietud la prosecución de aquella danza salvaje y desesperada. Cuando niño, mi imaginación rodaba sin freno: les contaba a mis amiguitos los mayores absurdos, siendo yo el primero en creerlos.

–¿Y tu abuelito cómo murió? –me preguntaron un día mis compañeritos de la escuela comunal.

Y yo, al instante, imaginé un mito, y a medida que lo desarrollaba, yo mismo creía en la verdad del relato.

–Mi abuelito tenía zapatos de suela de goma. Un día, cuando ya la barba se le había puesto blanca, saltó desde el techo de nuestra casa. Pero al tocar el suelo dio un bote como una pelota y subió más alto que la casa, y siguió su–biendo más, hasta que se perdió entre las nubes. Así murió mi abuelito.

Desde el día en que inventé ese cuento, cada vez que visitaba la capilla de San Minas y veía en la parte baja del iconostasio la Ascensión del Señor, alargando la mano les decía a mis camaradas:

–Miren, ahí está mi abuelo con los zapatos de suela de goma.

Esta noche, tantos años después, viéndolo a Zorba en aquel brincar y saltar, revivía el cuento pueril con angustia, como si me dominara el temor de que Zorba también se per–diera entre las nubes.

–¡Zorba! ¡Zorba! –exclamé–. ¡Basta ya!

Zorba se hallaba ahora en cuclillas, sin aliento. Brillábale el rostro, feliz. Los cabellos grises se le pegaban a las sienes y le corrían gotas de sudor por las mejillas arrastrando con-sigo el negro polvo.

Me incliné hacia él, inquieto.

–Me siento aliviado –dijo al cabo de un instante–, como tras una sangría. Ahora puedo hablar.

Entró de nuevo en la barraca, sentóse junto al brasero, me miró con rostro radiante.

–¿Qué te dio por meterte en esa danza?

—¿Qué querías que hiciera, patrón? Me ahogaba la alegría. Era necesario que le diera expansión. ¿Y cómo puede uno desahogarse? ¿Con palabras? ¡Pff!

—¿Qué alegría?

Se le oscureció el semblante. Le tembló el labio.

—¿Cómo qué alegría? ¿Entonces lo que dijiste no eran sino palabras echadas al viento? ¿Ni tú mismo las comprendías? No estamos aquí, dijiste, por la mina. ¿Has dicho eso, no? Hemos venido para pasar el tiempo, para disimular nuestros propósitos ante la gente, de modo que no nos tomen por chiflados y no nos arrojen tomates. Pero nosotros, cuando nos hallemos a solas, cuando nadie nos vea, nos reiremos a carcajadas. Eso es, palabra de honor, lo que yo también quería, aunque sin entenderlo claramente. A veces pensaba en el carbón, a veces en la tía Bubulina, a veces en ti... ¡un embrollo! Cuando iba abriendo alguna galería, decíame para mi colete: ¡Lo que yo quiero es carbón! Y de los pies a la cabeza me convertía en carbón. Pero después, al fin de la jornada, mientras retozaba con la vieja marrana, ¡séanle propicias todas las horas!, mandaba al infierno a todo el lignito y a todos los patronos del mundo, y con ellos al mismo Zorba. Se me iba a pique el seso. Y al encontrarme solo, sin nada entre manos, pensaba en ti, patrón, y se me partía el alma. Pesábame el corazón: ¡Qué vergüenza, Zorba, decíame, qué vergüenza que te mofes de ese buen hombre y le estés comiendo el dinero! ¿Hasta cuándo seguirás siendo un cochino, pedazo de Zorba? ¡Me cansas!

»—Te lo digo, patrón, se me iba a pique el seso. Tironeábame el demonio por un lado, Dios por el otro, y entre ambos me partían por el medio. Ahora ¡bendito seas, patrón!, has dicho la gran palabra y yo veo claro. ¡He visto! ¡He comprendido! Estamos de acuerdo. Y desde ahora ¡que-mamos las naves! ¿Cuánto dinero te queda? ¡Sácalo y comámonos el capital!

Secóse el sudor, mirando en torno. Los restos de la cena estaban aún desparramados en la mesita. Alargó hacia ellos el brazo.

—Con tu permiso, patrón —dijo—. Me ha vuelto a dar apetito.

Cogió una rebanada de pan, una cebolla, un puñado de aceitunas.

Comía con avidez; dejaba caer en la boca el vino de la calabaza sin tocarla con los labios y el vino gorgoteaba ruidosamente. Zorba chasqueó la lengua, satisfecho.

—El pecho recobró la calma —dijo.

Me guiñó un ojo.

—¿Por qué no te ríes? —preguntóme—. ¿Por qué me miras de ese modo? Yo soy así. Existe en mí un demonio que grita y yo hago lo que me manda. Cada vez que me encuentro a punto de ahogo, me ordena: ¡Baila!, y yo bailo. ¡Y me siento aliviado! Una vez, cuando mi pequeñín Dimi-traki se me murió, en Calcídica, me levanté y me puse a bailar. Los parientes y amigos que me veían que danzaba ante el cuerpecito yacente se precipitaron con la intención de contenerme: «¡Zorba se ha

vuelto loco!», exclamaban. «¡Zorba se ha vuelto loco!» Pero si no hubiera bailado en ese momento, entonces sí, hubiera enloquecido de dolor. Porque era el primero de mis hijos y tenía tres años y yo no podía soportar su pérdida. ¿Comprendes lo que te digo, patrón, o estoy predicando en desierto?

–Comprendo, Zorba, comprendo; no predicas en desierto.

–En otra ocasión, estaba en Rusia, porque también estuve allí, siempre a causa de alguna mina; y esta vez era de cobre, cerca de Novorossisk. Había aprendido cinco o seis palabras en ruso, lo imprescindible para mis negocios: «no, sí, pan, agua, te quiero, ven, ¿cuánto?» Y he aquí que trabo amistad con un ruso, un bolchevique furioso. Nos íbamos todas las noches a una taberna del puerto y empinábamos no pocas garrafas de vodka, lo que nos animaba bastante. En cuanto nos sentíamos un poquitín achispados, se nos abría el corazón. Él quería contarme con todo detalle lo que le había ocurrido durante la revolución y yo, por mi parte, quería enterarlo de todas mis hazañas. Nos emborrachábamos juntos, ya ves, éramos hermanos.

»–Mediante gestos y ademanes nos entendíamos más o menos y habíamos convenido en esto: él hablaría primero; cuando yo no entendiera lo que me decía, le gritaría: ¡stop! Entonces él habría de levantarse para bailar. ¿Comprendes patrón? Para bailar lo que quería decirme. Y yo, de igual manera. Todo lo que no pudiéramos expresar con la lengua, lo diríamos con los pies, con las manos, con el vientre o con gritos salvajes: «¡Ay! ¡Ay! ¡Ala, ala! ¡Ohé!»

»–El ruso comenzó: me dijo cómo habían empuñado las armas, cómo había estallado la lucha, cómo habían llegado a Novorossisk. Cuando no lograba entender lo que me contaba, yo alzaba la mano gritando: ¡stop! Y al instante el ruso de un brinco, ¡hala! ¡A bailar! Danzaba como un poseso. Y yo le miraba las manos, los pies, el pecho, los ojos, y todo lo comprendía: cómo entraron en Novorossisk, cómo saquearon las tiendas, cómo asaltaron las casas y se llevaron a las mujeres. Al principio lloraban, las muy zorras, se arañaban y arañaban; pero poco a poco se iban domesticando, cerraban los ojos, y acababan por chillar de gusto... Mujeres ¡vaya!...

»–Luego me tocó a mí el turno. Desde las primeras palabrass, quizás porque era un tanto obtuso y no le funcionaban bien los sesos, el ruso gritaba: ¡stop! Yo no esperaba sino eso. De un salto, tras apartar sillas y mesas, me ponía a bailar. ¡Ah, viejo! ¡Hasta qué extremo han decaído los hombres, puah!, ¡que mal rayo los parta! Han dejado que se les enmudezca el cuerpo y sólo saben hablar con la boca. ¿Y qué quieres que diga la boca? ¿Qué puede decir? Si lo hubieras visto tú, ¡cómo me escuchaba el ruso de la cabeza a los pies, y cómo lo comprendía todo! Yo le iba refiriendo, con el baile, mis desdichas, mis viajes, cuántas veces me casé, qué oficios aprendí: cantero, minero, buhonero, alfarero, comitadji, sonador de santuri, vendedor de passatempos, herrero, contrabandista; cuántas veces me metieron preso, cómo huí, cómo llegué a Rusia...

»–Todo lo comprendía, todo, a pesar de lo obtuso que era. Le hablaba con los pies, con las manos, hasta con los cabellos y con las ropas que vestía. Y un cortaplumas que colgaba de la faja, le hablaba también. Cuando terminaba, el muy tonto me estrechaba entre los brazos, me besaba,

vol-víamos a llenar de vodka los vasos, riendo y llorando abra-zados uno a otro. Al alba, nos separábamos e íbamos a acos-tarnos con vacilante paso. Y por la noche nos reuníamos de nuevo.

»-¿Te ríes? ¿No crees lo que te cuento, patrón? Te dices para ti: ¿Qué fábulas nos está endilgando este Sinbad el Ma-rino? ¿Acaso puede ser eso de hablar danzando? Y, sin em-bargo, yo pondría la mano en el fuego, que ésta ha de ser, sin duda, la manera que tienen de hablar entre sí los dioses y los diablos.

»-Pero advierto que te caes de sueño. Eres muy delicado, no hay en ti resistencia. Vamos, duérmete y mañana hablaremos. Tengo un proyecto, un proyecto magnífico, mañana te lo diré. Yo me quedaré fumando un cigarrillo; quizás me zambulla en el mar. Me siento hecho un fuego y es preciso que me apague. ¡Buenas noches!

Tardé en conciliar el sueño. Está perdida mi vida, pensé. Si pudiera pasar una esponja y borrar todo cuanto aprendí, todo cuanto he visto y oído, para entrar en la escuela de Zorba y comenzar de nuevo el aprendizaje del grande, del verdadero alfabeto... ¡Qué distinta sería entonces la senda que seguiría! Ejercitaría los cinco sentidos, la piel entera, para que gocen y comprendan. Aprendería a correr, a luchar, a nadar, a montar a caballo, a remar, a dirigir un auto, a tirar con fusil. Llenaría con carne mi alma. Llenaría de alma a la carne. Reconciliaría, en fin, dentro de mí, a estos dos ene-migos seculares...

Sentado en la cama, meditaba sobre mi vida que transcu-rría a pura pérdida. Por la puerta abierta percibía confusa-mente la figura de Zorba, al fulgor de las estrellas, acurruca-do en una roca como un ave nocturna. Lo envidiaba. ¡Él sí que ha dado con la verdad, pensaba yo, la buena senda es la que él ha emprendido!

En otras épocas primitivas y creadoras, Zorba hubiera sido jefe de tribu. Hubiera avanzado al frente de los suyos, abriendo camino con el hacha. O bien, hubiera sido un tro-vador renombrado que visitara castillos donde todos queda-ran con el ánimo suspenso de sus labios, así los señores como las nobles damas y sus servidores... En nuestra ingrata época, rueda, hambriento, en torno de los cercados, como un lobo, o decae al extremo de convertirse en bufón de cual-quier garrapateador de papeles.

De pronto vi que Zorba se levantaba, se desvestía arro-jando las ropas sobre el guijarral, y se lanzaba al mar. A ratos advertía a la luz de la naciente luna, la cabezota que salía del agua y volvía luego a desaparecer. De cuando en cuando lanzaba un grito, ladraba, relinchaba, cacareaba: su alma en la noche desierta retornaba hacia la vida animal.

Suavemente, sin notarlo, me fui hundiendo en el sueño.

Al siguiente día, apenas amaneció, Zorba, sonriente, descansado, me llamaba tirándome de los pies.

–Despierta, patrón, que tengo que contarte mi proyecto. ¿Escuchas?

–Escucho.

Se sentó en el suelo, a la turca, y empezó a explicarme de qué manera bajaría un cable teleférico desde la montaña a la costa; nos vendría por él la madera necesaria para las galerías y podríamos vender la sobrante a los constructores de viviendas. Teníamos ya decidido arrendarle al monasterio un pinar de su pertenencia, pero el transporte nos salía muy caro y no hallábamos suficientes mulos. Zorba imaginó, pues, la instalación de un cable aéreo con sus pilares y poleas, todo completo.

–¿Estás de acuerdo? –me preguntó al terminar la exposición–. ¿Firmas?

–Firmo, Zorba, de acuerdo.

Dio lumbre al brasero, puso la caldera en él, me preparó café, me echó una manta sobre los pies para que no tomara frío y se marchó satisfecho.

–Hoy –dijo–, abrimos una galería nueva. ¡He dado con una veta riquísima, verdadero diamante negro!

Abrí el manuscrito de «Buda» y me hundí, también yo, en mis propias galerías. Trabajé hasta la noche, y a medida que adelantaba, me sentía liberado, experimentaba una emoción compleja: de alivio, de orgullo, de desagrado. Pero me dejaba dominar por el afán de trabajo, pues sabía que en cuanto hubiera dado fin al manuscrito y lo dejara atado y sellado, estaría libre.

Tenía hambre. Comí algunas uvas pasas, algunas almen-dras y un bocado de pan. Esperaba que viniera Zorba, portador de todos los bienes que alegran al hombre: la risa clara, la buena palabra, los manjares sabrosos.

Al anochecer apareció. Preparó la comida, comimos; pero su ánimo estaba distraído. Se arrodilló, hundió unos palillos en la tierra, tendió por ellos un hilo, colgó de minúsculas poleas una cerilla, esforzándose por dar con la inclinación que debía tener el hilo para que no se le desmoronara todo.

–Si la pendiente es demasiado pronunciada lo embroma a uno. Si es menos pronunciada de lo necesario, lo embroma también. Hay que hallar la inclinación justa, sin fallar en un pelo. Y para eso, patrón, se necesita cerebro y vino.

–Vino tenemos de sobra –dije riendo–, pero cerebro...

Zorba estalló en una carcajada.

–Hay cosas que tú también pescas, patrón –dijo mirán-dome con ternura.

Sentóse para descansar y encendió un cigarrillo. Se hallaba de nuevo con humor jovial y se le desató la lengua.

–Si el cable aéreo resulta –dijo–, haríamos bajar por él el pinar entero. Instalaríamos un aserradero, cortaríamos tablas, postes, maderas de construcción y de carpintería, re-cogeríamos dinero a espuestas, montaríamos un astillero para construir un buque de tres mástiles, y, a continuación, toma-ríamos las de Villadiego, arrojando una piedra por sobre el hombro ¡y a correr mundo!

Le brillaban los ojos, rebosando visiones de mujeres le-janas, de ciudades, de luces, de casas gigantescas, de má-quinas, de barcos.

–Ahora los cabellos me blanquean, los dientes se mue-ven, no me queda tiempo que perder. Tú eres joven todavía, podrías aguardar con paciencia. Yo no. Palabra de honor: cuanto más viejo me voy poniendo, más intensos son mis deseos. ¡Que no me vengan a mí con que la vejez calma al hombre! ¡Ni con que al acercarse la muerte tiende el cuello diciéndole: «Córtame la cabeza para ir cuanto antes al cielo»! Yo, cada día que pasa me siento más rebelde. ¡No arrío pa-bellón, quiero conquistar el mundo!

Se puso de pie y descolgó de la pared el santuri.

–Ven conmigo un momentito –le dijo–. ¿Qué haces allí, colgado, sin hablar? ¡Cántame algo!

No me cansaba de ver con cuántas precauciones, con qué ternura, desenvolvía Zorba el instrumento de las telas que lo cubrían. Parecía que estuviera mondando un higo, o desnu-dando a una mujer.

Apoyó el santuri en las rodillas, acarició ligeramente las cuerdas, inclinóse sobre él como si lo consultara acerca de la melodía que había de sonar, como si le rogara que despertase, solicitándolo por las buenas para que se dignara acom-pañar a su alma afligida, fatigada de la soledad. Inició una canción: no le salía; la abandonó; comenzó otra; las cuerdas rechinaban como si sintieran un dolor, como si se negaran. Zorba, apoyado de espaldas en la pared, enjugóse el sudor que de pronto le bañaba la frente.

–No quiere... –murmuró, mirando con dolorida sor-presa al instrumento–. No quiere.

Lo envolvió de nuevo con todo cuidado, como si se tratara de un animalito salvaje y quisiera evitar su mordedura; se levantó lentamente y fue a colgarlo otra vez en su sitio.

–No quiere... –murmuró nuevamente–. No hay que forzarlo.

Volvió a sentarse en el suelo, puso unas castañas en las brasas, y llenó los vasos de vino. Bebió, volvió a beber, quitó- la cáscara a una castaña y me la alcanzó.

–¿Lo entiendes tú, patrón? Yo pierdo el hilo. Todas las cosas tienen su alma: la leña, las piedras, el vino que se bebe y la tierra que se pisa. Todo, todo, patrón.

Alzó el vaso.

–¡A tu salud!

Lo vació y lo llenó de nuevo.

–¡La perra de la vida! –murmuró–. ¡Grandísima pe–rra! Ella también es como la tía Bubulina.

Yo me eché a reír.

–Escucha lo que te digo, patrón, y no te rías. La vida es como la tía Bubulina. Es vieja, ¿no?, y sin embargo, no ca–rece de atractivos. Sabe ciertos trucos que te hacen perder el seso. Cerrando los ojos, imaginas apretar entre los brazos a una mocita de veinte años. ¡Y tiene veinte años, te lo ase–guro, viejo, cuando estás entusiasmado y apagaste la luz!

»–Me dirás que está un tanto pasadita, que ha vivido una vida muy agitada, que corrió la tuna con almirantes, marine–ros, soldados, campesinos, forasteros, popes, pescadores, gen–darmes, maestros de escuela, predicadores, jueces de paz. ¡Bien, y qué! ¿Qué importa eso? Si ella olvida pronto, la perdida. No se acuerda de ninguno de sus amantes, vuelve a ser en cada ocasión, y no lo digo en broma, ¿sabes?, una inocente paloma, una palomita blanca, un pichoncito, y se ruboriza, y tiembla como si fuera la primera vez. ¡Qué mis–terio es la mujer, patrón! Aunque caiga mil veces, mil veces vuelve a levantarse virgen. ¿Cómo así, me dirás? Pues, sen–cillamente porque no se acuerda.

–Pero el loro se acuerda, Zorba –dije por impacientarlo–. Grita a cada instante un nombre que no es el tuyo. ¿No te enoja que en el preciso instante en que tocas el cielo con la mano, el loro grite: ¡Canavaro! ¡Canavaro!, no te dan ganas de cogerlo por el cuello y estrangularlo? Al fin de cuentas, ya es tiempo de que le enseñe a gritar: ¡Zorba! ¡Zorba!

–¡Oh, vaya unas antiguallas! –exclamó Zorba, cubriéndose los oídos con las manazas–. ¿Que lo estrangule, dices? ¡Sí a mí me agrada oír que grita el nombre ése! Por la noche, es cierto, la hereje cuelga la jaula de la cabecera del lecho y el muy puerco del animalito tiene unos ojos que atraviesan la oscuridad; y apenas nos ve en tren de explica–ciones, no deja de gritar: ¡Canavaro! ¡Canavaro!

»–Pues bien, patrón, te juro que en el mismo instante... Pero ¿cómo podrías tú entenderlo con ese espíritu dañado por los libros? Te juro que siento como si calzaran botas lustradas mis patas, y luciera mi cabeza las plumas del tri–cornio, y tuviera una barba perfumada de ámbar. ¡Buon giorno! ¡Buona sera! ¿Mangiate maccheroni? Me convierto en Canavaro vivo y coleando. Me veo en mi barco almi–rante atravesado por la metralla y ¡avanti!... ¡echad carbón a las máquinas! ¡El cañoneo comienza!

Zorba reía a carcajadas. Cerró el ojo izquierdo y me miró.

–Tienes que disculparme, patrón. Yo me parezco a mi abuelo, el capitán Alejo. ¡Dios lo haya en su gloria! A los cien años de edad, sentábase al anochecer ante la puerta de su casa para echar el ojo

a las mocitas que iban a la fuente. La vista ya no lo ayudaba: no distinguía bien las cosas. En-tonces, se las componía llamando a las mozas: «Dime ¿quién eres tú?» «Lenio, la hija de Mastrandoni.» «Acércate, pues, que pueda tocarte. ¡Ven, no tengas temor!» Ella dominaba las ganas de reír y se acercaba. Mi abuelo alzaba la mano hasta la cara de la niña y la palpaba lentamente, golosamente. Y de sus ojos brotaban lágrimas. «¿Por qué lloras, abuelo?» le pregunté una vez. «¡Eh! ¿Crees tú que no es como para llorar, hijo mío, esto de saber que me estoy muriendo y dejo aquí tantas hermosas criaturas?»

Zorba suspiró.

—¡Ah, pobre abuelo mío, cómo te comprendo! A menudo ocurre que me digo: ¡Miseria! ¡Si por lo menos todas las mujeres bonitas murieran conmigo! ¡Pero esas cochinas se-guirán viviendo, seguirán gozando de buena vida, los hom-bres las estrecharán entre sus brazos, las besarán, y en tanto, Zorba estará convertido en polvo que ellas hollarán!

Sacó algunas castañas de las brasas, les quitó la cáscara, entrechocamos los vasos. Durante largo rato permanecimos allí, bebiendo y masticando sin prisa, como dos grandes co-nejos, mientras oíamos a la distancia los bramidos del mar.

VII

Permanecimos silenciosos junto al brasero, hasta muy entra-da la noche. Comprendía yo nuevamente qué sencilla y fru-gal es la felicidad: un vaso de vino, una castaña, un mísero braserillo, el rumor del mar. Nada más. Y sólo se requiere, para comprender que en eso se halla la felicidad, un corazón igualmente sencillo y frugal.

—¿Cuántas veces te has casado, Zorba? —pregunté.

Ambos estábamos de buen humor, no tanto por lo que habíamos bebido, sino en razón de la gran dicha indecible que alentaba en nosotros. Percibíamos ambos, hondamente, cada uno a su manera, que éramos dos ínfimos insectos de vida efímera bien agarrados a la corteza terrestre; que había-mos dado con un rincón acogedor, cerca del mar, en un abrigo de cañas, de tablas y de latas, donde nos apretábamos uno contra otro; que teníamos a nuestro alcance cosas agra-dables y víveres, y dentro de nosotros, la serenidad, el afecto y la seguridad.

Zorba no oyó mi pregunta. Quién sabe por qué océanos, donde no podía llegarle mi voz, bogaba en ese momento. Alargando el brazo, lo toqué con el extremo de los dedos:

—¿Cuántas veces te has casado, Zorba? —preguntéle por segunda vez.

Se sobresaltó. Ahora sí había oído; y agitando la manaza contestó:

—¡Hombre, con qué afán te echas a escudriñar vidas ajenas! ¿No soy yo un hombre, acaso? Pues, siendo hombre, cómo no había de cometer la gran torpeza... Así llamo yo al matrimonio. Que me lo perdonen los casados. Sí, he cometido la gran torpeza, me casé.

—¿Cuántas veces?

Zorba se rascó el cuello nerviosamente. Meditó un instante.

—¿Cuántas veces? —dijo al rato—. Mira: honestamente, una vez, una vez por todas. Semi-honestamente, dos veces. Deshonestamente, mil, dos mil, tres mil veces. ¿Cómo quieres que lleve la cuenta?

—¡Cuéntame, Zorba! Mañana es domingo, nos afeitaremos, nos pondremos nuestras mejores prendas e iremos a casa de Bubulina «¡por la vida y la gallina!» No habrá que trabajar; podemos permanecer en vela un rato más esta noche. ¡Cuenta!

—¿Qué he de contar? ¿Acaso se cuentan tales cosas, pa-trón? Las uniones honestas, no saben a nada, son platos sin condimento. ¿Qué he de contar? ¿Acaso cabe llamar beso al que se da ante los santos del iconostasio mientras ellos te observan de reojo y te bendicen? En mi aldea suele decir la gente: «Sólo la carne robada tiene sabor.» Tu mujer propia no es carne robada. Ahora, en cuanto a las uniones no honestas ¿quién las anota? ¿Viste, acaso, que el gallo lleve un libro de cuentas? ¿Lo imaginas? ¿Para qué habría de llevarlo? Hubo un momento en que yo, en mi juventud, tuve la manía de conservar un mechón del pelo de cada mujer que conocía, bíblicamente hablando. Para ello, llevaba siem-pre conmigo unas tijeras. Hasta al ir a la iglesia ¿he?, no faltaban las tijeras en mi bolsillo. Uno es hombre, y no sabe lo que puede acontecer ¿no es cierto?

»—Así, pues, iba coleccionando mechones: los tenía negros, rubios, castaños, a veces con algunas canas en ellos. A fuerza de juntarlos, llegué a llenar una almohada. Llené una almohada en la que descansaba la cabeza durante el sueño; sólo en invierno, por supuesto, porque en verano me daba calor. Después, al tiempo, me harté de eso también: empezaba a despedir mal olor y la quemé.

Zorba se echó a reír.

—Ahí tienes mi libro de cuentas, patrón. Y las llamas lo consumieron. Me harté. Creí que los mechones no llegarían a tantos, pero cuando advertí que su número no tenía fin, arrojé las tijeras.

—¿Y aquellas uniones semi-honestas, Zorba?

—¡Oh, ésas no dejan de tener su encanto! —respondió suspirando—. ¡Ah, tú, mujer esclava, Dios te conserve mil años! ¡Qué espíritu libre el suyo! Nada de los acostumbra-dos: «¿Dónde estuviste?

¿Por qué tardaste? ¿Dónde dormiste?» Ella no te pregunta nada, tú no le preguntas nada ¡la libertad!

Tendió el brazo, cogió el vaso de vino, lo vació de un sorbo, descascaró una castaña. La masticaba mientras decía:

—Una de ellas se llamaba Sofinka, la otra Nussa. A Sofinka la conocí en un pueblo poco distante de Novorossisk. Era en invierno, había caído mucha nieve. Iba yo en busca de trabajo a una mina, y, al pasar por ese pueblo, me detuve. Por ser día de mercado, mujeres y hombres habían venido de todo el contorno para comprar y para vender. Con aquel frío polar y desolada la región por el hambre, la gente vendía cuanto poseía, hasta los iconos, para comprar pan.

»—Vagaba yo, pues, por la feria, cuando vi a una joven campesina que bajaba de un carretón: vigorosa muchacha de dos metros de altura, ojos azules como el mar y ¡qué ancas!... ¡Una verdadera yegüita! Quedé asombrado. «¡Ay, pobre Zorba mío», me dije, «buen embrollo te ha caído!»

»—La seguí. Cuanto más la miraba, más prendado. ¡Eran de ver aquellas nalgas que se meneaban como campana en día de Pascua! «¿Qué afán tienes por ir en busca de minas, pobre viejo mío?», decíame para mi coleteo. «¿A dónde vas a perderte, veleta loca? ¿Qué mejor mina que ésta y qué galeras más ricas puedes hallar?»

»—La moza se detuvo, regateó, adquirió una brazada de leña, la alzó ¡qué brazos, Dios del cielo!, y la echó en el carretón. Compró algo de pan, cinco o seis pescados ahumados... «¿Cuánto es esto?», preguntó. «Tanto...» Se quitó uno de los pendientes de oro para pagar. Como no tenía dinero, iba a dar en pago el arete. A mí me hirvió la sangre. ¿Cómo permitiría yo que una mujer entregara sus pendientes, sus adornos, el jabón perfumado de su tocador o el frasco de lavanda?... Si la mujer entregara todo eso, el mundo se viene abajo. Es como si desplumaras a un pavo real. ¿Tendrías tú el valor de arrancarle las plumas a un pavo real? ¡Nunca! No, no, mientras Zorba esté vivo, eso no ha de ocurrir. Saqué la bolsa y pagué. Era un tiempo en que los rublos se habían convertido en trapos sin valor. Con cien dracmas comprabas un mulo; con diez, una mujer.

»—Así, pues, pagué. La doncella me observó de reojo. Me cogió la mano con intención de besármela. No se lo permití. ¿Me tomaría por anciano? «¡Spasiba! ¡Spasiba!», exclamó, lo que quiere decir ¡gracias! ¡Gracias! Y de un salto se sube al carretón; empuña las riendas, alza el látigo. «Zorba», me digo, «cuidado, hijo, que se te va.» También de un salto me ubico al lado de ella en el pescante. Ella no dijo nada. Ni siquiera movió la cabeza para mirarme. Un latigazo al caballo, y en marcha. Por el camino comprendí que la quería por mujer. Apenas si barbullaba yo dos o tres palabras rusas; pero, en semejantes trances, las palabras sobran. Se habla con las miradas, con las manos, con las rodillas. No hay por qué estar diluyendo la salsa. Llegamos a la aldea, nos detenemos frente a una isba. Bajamos. De un empujón con el hombro, la muchacha abre la puerta y entramos. Descargamos la leña en el patio, cogemos los pescados y el pan y penetramos en la habitación. Había allí una viejecita sentada ante la chimenea sin lumbre. Tiritaba. Estaba envuelta en sacos, trapos, pieles de carnero, y, sin embargo, tiritaba. ¡Si te digo que hacía un frío

del demonio, al extremo de que se te caían las uñas! Me incliné, eché leña en la chimenea y le di fuego. La viejecilla me miraba sonriente. Algo le había dicho su hija al llegar, pero no entendí qué. Con el fuego encendido la vieja fue entrando en calor y reviviendo.

»—Entretanto, la hija ponía la mesa. Trajo un poco de vodka, lo bebimos, encendió el samovar, preparó el té, nos sentamos y comimos, dándole su porción a la vieja. Después de eso, la moza tendió la cama, cambió las sábanas, dio luz a la lamparilla puesta ante el icono de la Santísima Virgen, y se persignó tres veces. Luego me llamó con una seña, nos arrodillamos a los pies de la anciana y le besamos las manos. Posólas ella en nuestras cabezas murmurando unas palabras. Probablemente nos impartía su bendición. «¡Spasiba! ¡Spas-siba!», exclamé yo, y, de un brinco, henos la doncella y yo metidos en la cama.

Zorba se interrumpió. Alzó la cabeza contemplando la lejanía del mar.

—Se llamaba Sofinka... —dijo poco después, y volvió a quedar callado.

—¿Entonces? —pregunté impaciente—. ¿Entonces?

—¡No cabe ningún «entonces»! ¡Qué manía la tuya de los «entonces» y de los «por qué», patrón! ¿Acaso se refieren esas cosas? ¡Vamos...! La mujer es una fuente fresca: sediento, te inclinas hacia ella, ves el rostro reflejado en sus aguas y bebes; bebes y te crujen los huesos. Luego llega otro también acosado de la sed: se inclina, ve su rostro y bebe. Luego otro más... Una fuente es así. Una mujer también.

—¿Y luego te marchaste?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Te digo que es una fuente, y yo, el caminante: seguí mi camino. Me quedé tres meses con ella. ¡Dios la proteja! Nada tengo que reprocharle. Pero al cabo de los tres meses recordé que había ido en busca de una mina. «Sofinka», le dije una mañana, «yo tengo que tra-bajar. Es preciso que me vaya.» «Bueno», dijo Sofinka, «ve-te. Esperaré un mes. Si al mes no regresas, quedaré en libertad. Lo mismo tú. ¡Sea lo que Dios quiera!»

—Y al cabo del mes regresaste...

—¡Qué tonto eres, patrón, sea dicho sin faltarte el respeto! —exclamó Zorba—. ¿Cómo regresar? ¿Acaso te lo permiten, las muy zorras? Si diez días después, en el Kubán, me encontré con Nussa...

—¡Cuenta, hombre, cuenta!

—Otro día, patrón. ¡No hagamos una ensalada con las pobrecillas! ¡A la salud de Sofinka!

Se bebió el vino de un trago. Luego, apoyado de espaldas a la pared:

—¡Bueno —dijo—, te contaré también lo de Nussa! Tengo la cabeza llena de Rusia, esta noche. ¡Amaina, que vamos las calas!

Se enjugó el bigote, atizó las brasas.

—A ésta, como te decía, la conocí en una aldea del Kubán. Era verano. Había montañas de melones y de sandías; yo me inclinaba, recogía uno y nadie decía nada. Lo cortaba por la mitad y hundía el hocico en su carne jugosa.

»—Todo se da abundantemente allá, en Rusia, patrón, todo en montón: ¡elegid y coged! Y no sólo melones y sandías ¿eh? sino también pescados, manteca, mujeres. Ves al paso una sandía que te apetece: tómalas. No como aquí en Grecia, donde en cuanto le quitas a alguien la más pequeña parte de la cáscara de un melón te arrastra ante la justicia, y en cuanto tocas a una mujer te sale de sorpresa el hermano empuñando un cuchillo con deseos de dejarte la carne picada como para salchicha. ¡Puah! ¡Al diablo, banda de pordiose-ros! ¡Idos un poco a Rusia, para ver lo que son grandes señores!

»—Pasaba, pues, por el Kubán, y veo a una mujer en una huerta. Me gusta. Has de saber, patrón, que la esclava no es como estas griegas codiciosas que te venden amor con cuentagotas y que se empeñan en procurarte menos de lo que te corresponde y en robarte en cuanto a la calidad de la mercadería. La esclava, patrón, pone lo justo en la balanza. Tanto en lo que respecta al dormir, como al comer, como al amar; es pariente cercana de los animales y de la tierra nutricia; da, da generosamente ¡no es mezquina como estas griegas regateras! Le pregunto: «¿Cómo te llamas?» Ya lo ves, con las mujeres había aprendido a usar de cierta astucia. «Nussa, ¿y tú?» «Alejo. Me gustas mucho, Nussa.» Ella me observa con atención, como a un caballo cuya compra se desea. «Tú también; no pareces un mocosuelo cualquiera; tienes buena dentadura, grandes bigotes, espaldas anchas, brazos fuertes. Me gustas...» No mucho más nos dijimos, ni había por qué. En un santiamén estuvimos de acuerdo. Quedamos en que iría a su casa, esa misma noche, con mis ropas domingueras. «¿Tienes un abrigo forrado en pieles?», me pregunta Nussa. «Sí, pero con este calor...» «No im-porta. Tráelo, impresiona bien.»

»—Me acicalo, pues, esa noche, como para un día de boda, meto bajo el brazo el abrigo, llevo también un bastón de puño de plata que tenía, y en marcha. Era un caserón campe-sino, con patios, vacas, lagares, hornos encendidos en el patio, calderos en los hornos. «¿Qué hierve aquí?», pre-gunto. «Mosto de sandía.» «¿Y aquí?» «Mosto de melón.» ¡Qué país!, me digo. ¿Lo estás oyendo? Mosto de sandía y de melón: es ésta la tierra prometida. ¡Atrás, miseria! ¡A tu salud, Zorba, que has caído con suerte! Como un ratón dentro del queso.

»—Subo las escaleras. Unas enormes escaleras de madera que crujían. En el pasillo, el padre y la madre de Nussa. Llevaban puestas unas especies de bragas verdes, con cinto rojo del que pendían grandes borlas: gente importante, ¿eh? Abren los brazos a velas desplegadas, besos, abrazos. Me hallaba bañado en saliva. Me decían cosas a todo vapor que yo no entendía. ¿Pero qué más daba? En los semblantes les leía que no eran hostiles.

»—Entro en la sala y ¿qué veo? Pues, mesas servidas a todo trapo. Todos estábamos de pie: parientes, hombres y mujeres, y delante de todos, Nussa, acicalada, vestida de fiesta, saliente el pecho como un mascarón de proa. Deslum-brante de belleza y de juventud. Un pañuelo rojo atado a la cabeza, y bordados sobre el corazón la hoz y el martillo. «¡Hola, Zorba, so hereje!», me

digo hablando conmigo mis-mo. «¿Es para ti ese bocado? ¿Ese cuerpecito es el que estrecharás entre tus brazos esta noche? ¡Que Dios perdone al padre y a la madre que te echaron al mundo!»

»—Nos lanzamos todos como lobos, tanto las mujeres como los hombres, sobre lo manducable. Comíamos como cerdos, bebíamos como esponjas.

»—«¿Y el pope?», le pregunto al padre de Nussa, sentado junto a mí, y cuyo cuerpo humeaba de tanto que había comido. «¿Dónde está el pope que ha de bendecirnos?» «No hay pope», me responde salpicando saliva en torno, «no hay pope. La religión es el opio de los pueblos.»

»—Dicho esto, se levanta echando pecho, afloja el cinto rojo, alza los brazos en señal de que pedía silencio. Tenía en la mano el vaso, lleno al ras, y me miraba a los ojos. Luego comenzó a hablar, y habló y siguió hablando: me dirigía un discurso. ¿Qué decía? ¡Sábelo Dios! Yo estaba ya harto de mantenerme en pie, y, además, empezaba a sentirme un tan-tico alumbrado. Me senté, juntando la rodilla con la de Nussa, que estaba a mi derecha.

»—No terminaba nunca, el viejo; sudaba por todos los poros. Todos se echaron sobre él y lo abrazaron, para que callara. Se calló. Nussa me hizo una seña: «¡Anda, habla tú, ahora!»

»—Me levanto a mi vez, y me lanzo a discursar, medio en ruso, medio en griego. Lo que les decía ¡así me lleve el día-blo si lo sé! Recuerdo solamente que en la parte final me había metido en canciones kléfticas. Comencé a rebuznar:

Los kleftes han subido la montaña

para robar caballos.

No había allí caballos

¡y fue Nussa lo que se llevaron!

Ya ves, patrón, que introducía algunos cambios adaptados a las circunstancias.

Y se van, y se van...

(¡Vamos, madre, que se van!)

¡Ay, mi Nussa!

¡Ay, mi Nussa!

¡Vay!

Y con el rebuzno de ¡Vay!, me echo sobre Nussa y la beso.

»—Era lo que hacía falta. Como si les hubiera hecho la señal que esperaban, y sólo eso era lo que esperaban, algunos jayanes de barbas rojas apresuradamente apagaron las luces.

»—Las mujeres, redomadas pícaras, empiezan a chillar co—mo si tuvieran miedo; pero al instante oyéronse en la oscu—ridad unos ¡ji! ¡ji! ¡ji!... Sentían cosquillas y reían.

»—Lo que entonces ocurrió, patrón, sólo puede saberlo Dios. Y es probable que no lo sepa tampoco, pues de saber—lo, nos fulmina a todos con una centella. El hecho es que hombres y mujeres en mezcolanza yacían en el suelo; yo traté de dar con Nussa, ¡pero cómo hallarla! En fin, al alcance de la mano di con otra y arreglé el asunto con ella.

»—Al amanecer, me levanto para retirarme con mi mujer. Todavía reinaba la oscuridad en la sala. No distinguía bien las cosas. Cojo un pie, tiro de él: no era el de Nussa. Cojo otro: tampoco. Cojo otro: tampoco era. Y al fin y al cabo, después de buscar trabajosamente, doy con los pies de Nussa, la saco de debajo de dos o tres javanes que la tenían aplas—tada, pobrecilla, y la despierto. «Nussa», le digo, «¡nos va—mos!» «¡No te olvides el abrigo!» me contesta. «¡Vamos!» y nos fuimos.

—¿Y después? —le pregunté viendo que se callaba.

—¡Otra vez con los «¿después?»! —dijo Zorba con fas—tidio.

Suspiró.

—Viví seis meses con ella. Desde entonces, Dios es tes—tigo, no temo nada. ¡Nada, te digo! Nada más que una cosa: que el diablo, o Dios, si quieres, borren de mi memoria el recuerdo de aquellos seis meses. ¿Comprendes? «Compren—do», debías contestarme.

Zorba cerró los ojos. Parecía muy conmovido. Era la pri—mera vez que lo veía tan hondamente sacudido por un recuerdo lejano.

—¿Tanto la querías a esa Nussa? —le pregunté al cabo de un instante.

Zorba abrió los ojos.

—Eres joven, patrón —dijo—, eres joven y por eso no comprendes. Cuando se te ponga blanco el pelo, volveremos a conversar acerca de esta eterna historia.

—¿Qué eterna historia?

—¡La mujer, caramba! ¿Cuántas veces he de decírtelo? La mujer es una eterna historia. Por ahora, tú eres como los jóvenes gallos que cubren a las gallinas en un periquete y luego hinchán el buche, se suben a un montón de estiércol y rompen a cantar fanfarroneando. No miran a la gallina, sino a

la cresta. Entonces ¿qué demonios pueden entender en materia de amor? ¡Mala centella los parta!

Escupió en el suelo despectivo. Luego giró la cabeza; no quería mirarme.

—¿Y después, Zorba? —volví a preguntarle—. ¿Qué fue de Nussa?

Zorba, con la mirada perdida a lo lejos, hacia el mar, me respondió:

—Una noche, al volver a casa, no la encontré. Se había marchado. Un militar buen mozo visitó el pueblo esos días, y se fue con él. ¡Todo había acabado! Se me destrozó el corazón. Pero pronto volvió a juntar los pedazos ¡el mísero! ¿Viste esas velas remendadas con trozos rojos, amarillos, negros, cosidos con hilo grueso, y que ya no se rompen ni en los más fuertes temporales? Así es mi corazón. Treinta y seis mil agujeros, treinta y seis mil remiendos, ¡ya a nada teme!

—¿Le guardaste rencor a Nussa, Zorba?

—¿Por qué había de guardárselo? Digas lo que se te an-tojare, la mujer, en mi opinión, es cosa distinta, patrón, no es cosa humana. ¿Por qué guardarle rencor? Es algo que no entra en nuestra comprensión, la mujer, y todas las leyes del Estado y de la religión se equivocan a su respecto. ¡No debían tratar así a la mujer, no! Son muy duras, patrón, esas leyes, y muy injustas. Yo, si alguna vez hubiera de dictar las leyes, no las haría iguales para los hombres y para las mujeres. Diez, cien, mil obligaciones para el hombre. Para eso es hombre, para aguantarlas. Pero ni una para la mujer. Porque ¿cuántas veces será necesario que te lo diga, patrón?, la mujer es una criatura sin fuerza.

»—¡A la salud de Nussa, patrón! ¡A la salud de la mujer! ¡Y porque Dios nos asiente los sesos a los hombres!

Bebió; alzó el brazo y lo dejó caer con fuerza como quien maneja un hacha.

—¡Que nos asiente los sesos —repitió—, o de lo contrario que nos someta a un corte quirúrgico! Si no, créeme lo que te digo, estamos fritos.

VIII

Hoy ha vuelto la lluvia y el cielo se enlaza con la tierra con infinita ternura. Recuerdo un bajo relieve hindú de piedra gris parda: un hombre abraza a una mujer y se une a ella con tal dulzura y resignación que, como el tiempo ha pulido y roído casi los cuerpos, el espectador piensa que son

dos insectos enlazados sobre los que va cayendo la lluvia y les empapa las alas, mientras la tierra los absorbe sin prisa, glotonamente, en su apretado abrazo.

Estoy sentado dentro de la cabaña. Desde allí veo cómo se empaña el suelo y cómo relumbra el mar con brillo de ceniza verde. De un extremo a otro de la playa, no se divisa un hombre, ni una vela, ni un ave. Sólo el olor de la tierra mojada penetra por la ventana abierta.

Me levanto, tiendo la mano bajo la lluvia como un mendigo. De pronto me embarga el deseo de llorar. Una aflicción, no por mí, no mía, más profunda, más oscura, surgía de la tierra húmeda. El pánico que debe de sentir la bestia que padece, despreocupada, y que, de repente, sin haberlo advertido antes, huele en el aire un cerco que la apresa y del que no puede salirse.

Estuve a punto de lanzar un grito, para aliviarme; pero me contuvo la vergüenza.

El cielo se oscurecía paulatinamente. Miré por la ventana; el corazón me palpitaba sin violencia.

Voluptuosas, embargadas en una vaga pena, pasan las horas del lento llover. Acuden a la mente muchos recuerdos amargos encerrados en el pecho: la partida de un amigo, las muertas sonrisas de alguna mujer, las esperanzas a las que se les cayeron las alas, como a mariposas que quedaran convertidas de nuevo en larvas. Y esas larvas se hallan posadas sobre las hojas de mi corazón y las roen sin descanso.

Poco a poco, al través de los hilos de la lluvia y desde la tierra mojada, fue surgiendo nuevamente el recuerdo de mi amigo, que se hallaba desterrado allá lejos, en el Cáucaso. Cogí la pluma, me incliné sobre el papel, y me puse a charlar con él para quebrar la red de la lluvia y respirar libremente.

«Amigo querido, te escribo desde una ribera solitaria de Creta, donde el Destino y yo convinimos en que me quedaría unos meses jugando: jugando a que soy capitalista. Si el juego sale bien, diré entonces que no era juego, sino la realización de un gran propósito, el de cambiar el rumbo de mi vida.

»Recuerdas que al marcharte me llamaste “rata papiróvora”. En aquel momento el mote me hirió, inspirándome la resolución de abandonar por un tiempo, ¿o para siempre?, el papel garrapateado y dedicarme de lleno a la acción. He arrendado una lomita en cuyo subsuelo corren vetas de lignito, y con la ayuda de obreros, picos, palas, lámparas de acetileno, cestos, vagonetas, abro galerías bajo la loma y me meto en ellas. Para que rabies. Así, de rata papiróvora, a fuerza de cavar y abrir corredores subterráneos, me he convertido en topo. Confío en que la metamorfosis merezca tu aprobación.

»Mis alegrías son aquí grandes porque son muy sencillas, conformadas con elementos eternos: aire puro, sol, mar, pan de trigo, y, por la noche, sentado a la turca, frente a mí, un extraordinario Sinbad el Marino que me habla; y al hablar ensancha el mundo. A veces, cuando no le bastan las

pala-bras, se levanta de un brinco y baila. Y cuando la misma danza no le es suficiente, apoya en las rodillas su santuri y tañe: en ocasiones, una melodía salvaje, y tú te sientes sofo-cado, porque comprendes de pronto que tu vida transcurre insípida y mísera, indigna de un hombre; en otras, la melodía es dolorosa, entonces sientes que la vida pasa y se te desliza por entre los dedos como arena, y que no hallarás salvación.

»Mi corazón va y viene, de un lado a otro del pecho, como la lanzadera del tejedor. Está tejiendo la tela de estos meses que he de pasar en Creta, y, ¡quíralo Dios!, creo que soy feliz.

»Dice Confucio: “Muchos buscan la dicha más alto que el hombre; otros, más bajo. Sin embargo, la felicidad está a la altura del hombre.” Es verdad. Existen, pues, tantas felici-dades cuanto estaturas. Tal es, querido alumno y maestro, mi dicha de hoy: la mido, vuelvo a medirla, intranquilo, para conocer cuál es ahora mi talla. Porque, como bien lo sabes, la estatura de un hombre no es siempre la misma.

»Los hombres, vistos desde mi soledad, aquí, no se me presentan como hormigas, sino, por lo contrario, como enor-mes monstruos, dinosaurios y pterodáctilos, que viven en una atmósfera saturada de ácido carbónico, entre una espesa po-dredumbre creadora. Una selva incomprensible, absurda y lamentable. Las nociones de “patria” y de “raza” que te son caras, las nociones de “superpatria” y de “humanidad” que me sedujeron, adquieren igual valor ante el soplo todopoderoso de la destrucción. Nos parece como si hubiéramos emergido para pronunciar algunas sílabas –a veces ni siquiera sílabas, sino sonidos inarticulados, un “jah!” o un “¡sí!”– después de lo cual nos rompemos. Y las ideas más elevadas, si se les abre el vientre, aparecen cual muñecas rellenas de aserrín, dentro del cual llevan oculto un resorte de hojalata.

»Tú sabes que estas crueles cavilaciones, lejos de obligar-me a ceder son encendedores indispensables para mi llama interior. Porque como lo dijo mi maestro Buda: “he visto”. Y pues he visto y me he entendido mediante una guiñada con el invisible director de escena que rebosa buen humor y fantasía, puedo, en lo sucesivo, desarrollar hasta el fin, es decir, en forma coherente y sin desmayo, el papel que me ha tocado representar en la tierra. Pues, habiendo visto, he colaborado yo también en la obra que estoy representando en el escenario de Dios.

»Y así es cómo, al pasear la mirada por la escena uni-versal, te veo, allá, en las legendarias guaridas del Cáucaso, donde desempeñas tú también el papel que te ha tocado; te empeñas en salvar a algunos miles de almas de nuestra raza del peligro mortal en que se encuentran. Seudo-Prometeo, padeces, sin embargo, verdadero martirio al combatir contra las fuerzas oscuras del hambre, del frío, de la enfermedad y de la muerte. Pero tú, de natural orgulloso, debes de sentirte regocijado por tener ante ti fuerzas oscuras tan nu-merosas e invencibles: pues de tal modo tu empresa, al ser casi sin esperanza se hace más heroica y tu alma alcanza una grandeza más trágica.

»Ciertamente, consideras la vida que vives como una di-cha. Y si así la entiendes, así es. Tú también has cortado la felicidad a tu altura, y la talla tuya, ¡loado sea Dios!, es ahora mucho mayor que la mía. El buen maestro no desea recompensa más brillante que ésta: la de formar un discípulo que lo sobrepase. –

»En cuanto a mí, te confieso que a menudo olvido, deni-gro, me extravió, que mi fe es un mosaico de incredulidades; en ocasiones me entran ganas de realizar un trueque: coger un minutito y dar mi vida entera. En cambio, tú tienes fuertemente empuñado el timón, sin olvidar ni en los más dulces de los instantes mortales, hacia dónde pusiste el rumbo.

»¿Recuerdas el día que ambos cruzábamos Italia para regresar a Grecia? Teníamos decidido irnos a la región del Ponto que entonces corría peligro, ¿te acuerdas? En un pueblo, bajamos del tren apresuradamente. Nos quedaba una sola hora de espera para tomar el tren que combinaba con aquél. Entramos en un frondoso jardín, cercano de la esta-ción, donde había árboles de anchas hojas, bananos, cañas de oscuros colores metálicos, abejas prendidas a una rama llena de flores, que vibraba contenta de verlas libar.

»Avanzábamos sin hablar, como en un sueño, extáticos. De pronto, en un recodo del paseo florido aparecieron dos jovencillas que caminaban leyendo. No recuerdo ya si eran bonitas o feas. Sólo sé que una de ellas era rubia, la otra morena, y que ambas vestían primaverales blusas.

»Y con el atrevimiento que uno tiene en los sueños, nos acercamos a ellas y tú les dijiste riendo: “Sea cual fuere el libro que ustedes leen, vamos a comentar su contenido.” Leían a Gorki. Entonces, con prisa, pues nos corría el tiempo, nos pusimos a hablar de la vida, de la miseria, de la rebelión de las almas, de amor...

»Nunca podré olvidar el placer y la pena que nos trajo el incidente. Ya éramos, nosotros dos y ambas jóvenes desco-nocidas, viejos amigos, amantes desde mucho tiempo atrás; responsables de sus almas y de sus cuerpos, nos apurábamos: unos minutos después tendríamos que separarnos para siem-pre. En el aire estremecido, palpitaba el rapto de la muerte.

»Llegó el tren, silbando. Nos sobresaltamos como si nos despertara. Nos dimos las manos. ¿Cómo podría olvidarse el apretón fuerte y desesperado de nuestras manos, de los diez dedos que se negaban a separarse? Una de las jóvenes estaba muy pálida, la otra reía y temblaba.

»Y yo te dije entonces, lo recuerdo: “¿Qué significado tienen Grecia, patria, deber? ¡Aquí está la verdad!” Y tú me dijiste: “Quizás no signifiquen nada Grecia, patria, deber. Sin embargo, por esa nada nos arrojamos voluntariamente a la muerte.”

»Pero, ¿para qué te estaré escribiendo estas cosas? Para decirte que no he echado en olvido nada de lo que hemos vivido juntos. Para aprovechar también la oportunidad de expresarte lo que nunca, en razón de nuestro hábito, bueno o malo, de dominar las emociones, me ha sido posible manifestarte cuando estuvimos uno al lado del otro.

»Ahora, pues no te hallas a mi lado, pues no ves el sem-blante de tu amigo, y no corro el riesgo de parecerte ridícu-lamente enternecido, te diré sin vacilar que te quiero mucho.»

Acabé la carta. Había charlado con mi amigo y me sentía aliviado. Llamé a Zorba. Acurrucado bajo la saliente de un peñasco para no mojarse, estaba ensayando su cable tele-férico.

–Ven, Zorba –le grité–. Levántate y vayamos de paseo hasta el pueblo.

–Tienes buen humor, patrón. Está lloviendo. ¿No quie–res ir solo?

–Sí, estoy de buen humor y no quiero perderlo. Yendo en tu compañía no hay riesgo de que lo pierda. Ven.

Rió.

–Me hace feliz –dijo– que tengas necesidad de mí. ¡Vamos!

Se echó encima la capilla cretense de lana y capucha pun–tiaguda que le había regalado y llegamos al camino chapo–teando barro.

Llovía. Las cimas de las montañas estaban ocultas; no soplaba viento; las piedras aparecían brillosas. La colina donde dormía el lignito se hallaba sumida en la niebla. Dijérase que una aflicción humana velaba el rostro de mujer de la colina, desvanecida bajo la lluvia.

–El corazón del hombre padece cuando llueve –dijo Zorba–. No hay que reprochárselo, patrón. ¡También el pobre tiene su alma!

Se inclinó hacia el pie de un seto para recoger los prime–ros narcisos silvestres. Los miró largo rato sin hartarse, como si viera narcisos por primera vez; los olió cerrando los ojos, suspiró y me los dio.

–¡Si pudiera saberse, patrón, lo que dicen las piedras, las flores, la lluvia! Quizás estén llamando, nos estén llaman–do sin que las oigamos. ¿Cuándo se abrirán los oídos de la gente, patrón? ¿Cuándo tendremos abiertos los ojos para ver? ¿Cuándo se abrirán los brazos para estrechar todo: piedras, flores, lluvia, hombres? ¿Qué dices tú, patrón? y tus libros, ¿qué dicen?

–¡El diablo se los lleve! –dije usando de la expresión favorita de Zorba– ¡el diablo se los lleve! Eso dicen, y nada más.

Zorba me tomó del brazo.

–Te diré una idea que se me ha ocurrido, patrón; pero no tienes que enojarte: sería la de meter en una pira todos tus libros y darles fuego. Quizá después de eso, como no eres tonto y eres un buen tipo, podría sacarse algo de ti.

«¡Tiene razón! ¡Tiene razón!», exclamé en mi interior. «¡Tiene razón, pero no puedo hacerlo!»

Zorba vacilaba, reflexionaba. Luego, al cabo de un instante, dijo:

–Hay alguna cosilla que yo comprendo...

–¿Cuál? ¡Dila!

—¿Acaso sabría? Me parece, así, que entiendo cierta cosa. Pero si intento expresarla lo echo todo a perder. Un día en que me halle bien dispuesto te la bailaré.

Comenzó a llover con mayor fuerza. Llegamos a la aldea. Algunas muchachas traían las ovejas de los lugares de pasto-reo; los labradores habían desuncido a los bueyes, apartándose de los campos a medio arar; las mujeres corrían tras de sus hijos por las callejas. Un alegre pánico reinaba en la aldea a consecuencia del chubasco. Las mujeres chillaban agudamente al tiempo que reían; de las barbas hirsutas, de los bigotes levantados de los hombres caían gruesas gotas de lluvia. Un áspero aroma subía de la tierra, de las piedras, de la hierba.

Nos metimos, calados hasta los huesos, en el café-carnicería El Pudor. Había allí gran cantidad de gente: unos jugaban a las cartas, otros discutían a gritos como si se interpelaran de una montaña a otra montaña. En torno de una mesilla, en el fondo del local, se hallaban entronizadas las notabilidades de la aldea: el tío Anagnosti, con su blanca camisa de anchas mangas; Mavrandoni, silencioso, severo, fumando el narguile, puestas las miradas en el suelo; el maestro de escuela, hombre de edad mediana, seco, imponente, apoyado en grueso bastón y escuchando con sonrisa condescendiente lo que contaba un coloso cabelludo recién venido de Candía y que estaba describiendo las maravillas de la gran ciudad. El cafetero, de pie junto al mostrador, escuchaba y reía, mientras no quitaba ojo de las calderas para el café, alineadas en la cocinilla.

En cuanto nos vio, el tío Anagnosti se alzó de su asiento:

—Tengan la bondad de aproximarse, paisanos —dijo—. Aquí, Sfakianonikoli nos cuenta todo lo que vio y oyó en Candía. Es curioso; tengan la bondad.

Volviéndose hacia el cafetero, exclamó:

—¡Otros dos rakis, Manolaki!

Nos sentamos. El pastor rústico, al ver a unos forasteros, se encogió y dejó de hablar.

—Así, pues, también estuviste en el teatro, capetan Nikoli —dijo el maestro con el propósito de devolverle el uso de la palabra—. ¿Qué te pareció eso?

Sfakianonikoli adelantó una mano gruesa, tomó un vaso de vino, lo bebió de un trago, y tomando ánimo exclamó:

—¡Cómo que si he ido! Por cierto que he ido. Oía siempre por todos lados: Kotopuli por aquí, Kotopuli por allá... Entonces una noche hice la señal de la cruz y dije, digo: yo voy a ver qué es eso, yo también voy a ver. ¿Qué demontres puede ser si lo llaman Kotopuli?

—¿Y qué viste, amigo? —preguntó el tío Anagnosti—. ¡Di lo que viste, por amor de Dios!

—¡Nada vi, por mi alma, absolutamente nada! Tú oyes decir teatro y te dices que te vas a divertir mucho. ¡Lástima de dinero que pagué! Era un café, redondo como un corral, lleno de sillas, lleno de candelas, lleno de gente. Ya ni sabía dónde estaba, se me turbaba la vista. «¡Demonios», me

dije, «aquí dentro me están echando mal de ojo, tengo que irme!» Pero se me viene una mocita, movediza como un aguzanieve, y me coge de la mano. «¡Di, tú!», le digo. «¿A dónde me llevas?» Pero ella me arrastraba, me arrastraba, y luego me mira y me dice: «¡Siéntate!» y yo me senté. Y adelante, y atrás, y a la derecha, y a la izquierda, y en el techo, había gente. Me ahogo aquí, sin duda, pensaba yo, me muero aquí; aquí no hay aire. Me dirijo a uno que estaba al lado: «¿Por dónde es el lugar donde salen las permandonas, amigo?», le pregunto. «¡Ahí, desde ahí dentro!», me dice señalando un telón.

»—Y luego resultó cierto. Sonó una campanilla, se levantó la tela y allí te veo a la Kotopuli, como la llaman. Porque, a fe mía, en cuanto a Kotopuli no era más que una mujer. Una mujer con todo lo necesario. Y empezó a culebrear, y siguió culebreando de aquí para allá; después de todo esto la gente se hartó, comenzó a golpear las manos y ella se fue.

Los campesinos se desternillaban de risa. Sfakianonikoli desconfiando de esas risas, se enfurruñó. Volvió la mirada hacia la puerta.

—¡Llueve! —dijo para cambiar de tema.

Todas las miradas se dirigieron hacia afuera. En ese preciso momento, pasaba una mujer corriendo, recogida la negra falda hasta las rodillas, flotantes los cabellos sobre los hombros. De buenas carnes, de movimientos ondulantes, al pegársele el vestido al cuerpo, revelaba formas provocadoras y firmes.

Me sobresalté. ¿Qué felino es éste?, pensé. Me pareció ágil, peligrosa, devoradora de hombres.

La mujer volvió un instante la cabeza y lanzó una mirada resplandeciente y furtiva hacia el café.

—¡Virgen Santa! —murmuró un jovencuelo de vello en la barba, que estaba sentado junto a la ventana.

—¡Maldita seas, buscona! —rugió Manolakas, el guarda-bosque—. El fuego que enciendes, no lo apagas.

El joven de la ventana tarareó, en voz baja y vacilante al principio, con tono más firme después:

La almohada de la viuda huele a membrillo,

yo también la olí y perdí el sueño.

—¡Calla! —gritó Mavrandoni sacudiendo el tubo del narguile.

El joven se calló. Un anciano se inclinó hacia Manolakas, el guardabosque:

–Tu tío se enoja –le dijo en voz queda–. Si la tuviera entre las manos, la cortaría en rebanadas, pobrecilla. ¡Dios la guarde!

–¡Eh, tío Andruli! –dijo Manolakas–. Según parece, te has prendido tú también de las faldas de la viuda. ¿No te avergüenzas, tú, el pertiguero?

–Atiende a lo que te digo, ¡Dios la conserve viva! ¿No notaste qué niñitos nacen en la aldea desde hace algún tiem–po?... ¡Bendita sea la viuda, te digo! Es ella a modo de querida de toda la aldea: apagas la luz y te imaginas que no es tu mujer la que tienes entre los brazos, sino la viuda. Y por esa razón, ¿ves? nacen tan hermosas criaturas en la aldea.

El tío Andruli calló un momento, luego continuó:

–¡Felices los muslos que la aprietan! –murmuró–. ¡Ah, viejo, si tuviera yo veinte años como Pavli, el hijo de Ma–vrandoni!

–¡No tardará en aparecer! –exclamó alguien riendo.

Todos miraron hacia la puerta. Llovía a cántaros. El agua producía burbujitas en las piedras; de cuando en cuando unos relámpagos acuchillaban el cielo. Zorba, pasmado por el paso de la viuda, no pudo aguantar ya y me hizo señas de que nos marcháramos:

–Ya no llueve, patrón. ¡Vamos!

Apareció en la puerta un joven, descalzo, con el cabello en desorden, hoscas las miradas. Así presentan los pintores de iconos a san Juan Bautista, con los ojos desmesuradamente abiertos por el hambre y los éxtasis de la plegaria.

–¡Salud, Mimito! –exclamaron algunos entre risas. Toda aldea cuenta con un inocente, y si no lo tiene a mano, lo inventa, para pasar el rato. Mimito era el inocente de la aldea.

–Amigos –gritó Mimito con su habitual tartamudeo y tono afeminado–, amigos, la viuda Surmelina perdió una oveja. ¡El que la encuentre llevará cinco litros de vino por recompensa!

–¡Vete de aquí! –gritó el viejo Mavrandoni–, ¡vete de aquí!

Asustado, Mimito se acurrucó en el rincón, junto a la puerta.

–Siéntate, Mimito, ven y bebe un raki, no vayas a pillar un resfriado –dijo compasivo el tío Anagnosti–. ¿Qué sería de nuestra aldea sin su idiota?

Otro joven, de aspecto enfermizo y ojos de color azul des–lavado, apareció en el umbral, sin aliento, pegados los cabe–llos a la frente, de los que goteaba el agua.

–¡Salud, Pavli! –exclamó Manolakas–. ¡Salud, primito! Ten la bondad de acercarte....

Mavrandoni se volvió, miró a su hijo, frunció el ceño.

–¿Y esto es mi hijo? –dijo para sí–. ¿Este pedo andante? ¿A quién demonios sale? ¡Ganas me dan de cogerlo por el cuello, retorcérselo y aplastarlo en el suelo como a un pulpo!

Zorba estaba sobre brasas. La viuda le había barrenado los cascos y no se hallaba ya a sus anchas entre aquellas paredes.

–¡Vayámonos, patrón, vayámonos –murmuraba sin cesar–, se ahoga uno aquí!

Le parecía que las nubes habían sido barridas y que el sol lucía de nuevo.

Interpelé al cafetero con disimulada indiferencia:

–¿Quién es esa viuda?

–Una yegua –respondió Kondomanolio.

Apoyó el índice en los labios echando una mirada de soslayo hacia Mavrandoni que tenía las suyas nuevamente dirigidas al suelo.

–Una yegua –repitió–, no hablemos de ella para no condenarnos.

Mavrandoni se levantó de su asiento, enrolló el tubo alrededor del cuello del narguile y dijo:

–Perdonen ustedes, me vuelvo a casa. ¡Ven conmigo, Pavli!

Se llevó consigo a su hijo, tomó la delantera y ambos desaparecieron al instante bajo la lluvia. Manolakas también se levantó y se marchó tras ellos.

Kondomanolio se ubicó en la silla que ocupaba Mavrandoni.

–¡Pobre Mavrandoni, el disgusto lo matará! –dijo en voz baja para que no lo oyeran desde las mesas cercanas–. Tremenda es la desgracia que cayó en su hogar. Ayer le oí a Pavli con mis propios oídos: «¡Si no consienten que sea mi mujer, me mataré!» Pero ella, la muy zorra, no quiere saber nada de él. «¡Mocosillo!» lo llama.

–Vayámonos –insistió Zorba, que con cuanto oía decir de la viuda se iba acalorando cada vez más.

Cantaron los gallos; amenguó un tanto la lluvia.

–¡Vamos! –dijo yo alzándome.

Mimito salió del rincón y se vino tras nuestros pasos.

Los guijarros brillaban, las puertas mojadas se habían ennegrecido, las viejecillas salían provistas de cestos para coger caracoles.

Mimito se me aproximó y me tocó el brazo:

–Dame un cigarrillo, patrón, te traerá buena suerte en amor.

Le di el cigarrillo. Tendió la mano flaca, tostada por el sol.

–Dame lumbre, también.

Se la di; aspiró el humo hasta lo hondo de los pulmones, lo arrojó por las fosas nasales, entornó los párpados.

–¡Feliz como un bajá! –murmuró.

–¿A dónde vas?

–Al huerto de la viuda. Dijo que me daría de comer si anunciaba lo de la oveja.

Caminábamos rápidamente. Habíanse desgarrado un tanto las nubes y asomaba el sol. Toda la aldea sonreía, recién lavadita.

–¿Te gusta la viuda Mimito? –preguntó Zorba con un suspiro.

Mimito cloqueó:

–¿Por qué no había de gustarme, amigo? ¿No salí yo igualmente de la cloaca?

–¿De la cloaca? –dije sorprendido–. ¿Qué quieres de–cir, Mimito?

–Bueno, del vientre de la madre, como cualquier otro.

Quedé azorado. Sólo un Shakespeare, pensé, hubiera po–dido dar, en los minutos de mayor inspiración creadora, con una expresión de realismo tan crudo para designar el oscuro y repugnante misterio del parto.

Posé la mirada en Mimito. Tenía los ojos grandes, extá–ticos, un tanto turbios.

–¿En qué pasas los días, Mimito?

–¿En qué quieres que los pase? ¡Viviendo como un rey! Me despierto por la mañana, me como un trozo de pan. Después me ocupo en algunos trabajillos cualesquiera, en cualquier parte, cumplo algunos recados, llevo estiércol, reco–jo bosta, tengo una caña de pescar y con ella pesco. Vivo con mi tía, la Lenio, la que adivina por agüeros. Debe usted conocerla, todos la conocen. Hasta la retrataron. Por la no–che, me vuelvo a casa, tomo una escudilla de sopa, bebo un poco de vino, si lo hay. Si no lo hay, me hartó de agua pura hasta que se me pone la panza tensa. ¡Y después, buenas noches!

–¿Y no piensas en casarte, Mimito?

–¿Yo? ¡Vaya ocurrencia! ¿De dónde sacas eso, viejo? ¿Que me eche encima fastidios? La mujer tiene necesidad de calzado ¿de dónde lo conseguiría yo? Mira, yo ando descalzo.

–¿No tienes unas botas?

–¿Cómo que no las tengo? Un tipo se murió el año pa-sado, mi tía Lenio le sacó las botas de los pies. Yo las calzo para Pascua y voy con ellas a la iglesia donde me divierto mirando a los popes. Luego me las quito, me las echo al hombro y me vuelvo a mi casa.

–¿Qué cosa prefieres tú entre todas, Mimito?

–En primer lugar, el pan. ¡Cómo me gusta! ¡Calientito, crujiente, sobre todo si es pan de trigo! Luego, el vino. Lue-go, dormir.

–¿Y las mujeres?

–¡Puf! Come, bebe y vete a dormir, me digo yo, lo demás es puro fastidio.

–¿Y la viuda?

–¡Déjasela al diablo, por lo bien que te quiero! ¡Vade retro Satanás!

Escupió tres veces y se persignó.

–¿Sabes leer?

–¡Anda, pues! ¡No soy tan tonto! Cuando chico, me llevaron por la fuerza a la escuela; pero tuve suerte, me dio el tifus y me puse idiota. ¡De esta manera me libré de aprender!

Zorba estaba harto de tantas preguntas mías. No pensaba sino en la viuda.

–Patrón... –me dijo cogiéndome del brazo.

Y dirigiéndose a Mimito:

–Ve adelante –le ordenó–, tenemos que hablar.

Bajó la voz. Parecía hallarse conmovido.

–Patrón –dijo–, aquí es donde quiero verte. ¡No des-honres a la especie masculina! El dios-diablo te envía ese manjar delicioso, buenos dientes tienes ¡no lo rechaces! Tien-de la mano y cógelo. ¿Para qué nos dio el Creador las ma-nos? ¡Para asir con ellas! Pues bien, préndete. Yo he visto mujeres en mi vida a montones. Pero por lo que respecta a esa viudita, te aseguro que ante ella se desmoronaría un campanario ¡maldita pécora!

–¡No quiero meterme en honduras! –contesté irritado. Me daba fastidio, porque en mi fuero interno no había dejado de sentirme atraído y tentado por el cuerpo omni-potente que pasara ante mi vista, destilando almizcle como una fiera en celo.

–¡Conque no quieres que te fastidien! –dijo Zorba es-tupecto-. ¿Y qué quieres, entonces?

Yo no contesté.

—La vida es fastidio —continuó Zorba—, la muerte no. ¿Sabes lo que significa vivir? Apretar el cinto y meterse en el tumulto.

Yo no decía nada. Comprendía que Zorba estaba en lo cierto, lo sabía sin atreverme a obrar en tal sentido. Mi vida corría desviada y el contacto que yo tenía con los hombres resolvíase apenas en un monólogo interior. Tan bajo había caído que de tener que elegir entre enamorarme de una mujer o leer un buen libro sobre el amor, hubiera escogido el libro.

—No eches cálculos, patrón, deja quietas las cifras, rompe la maldita balanza, cierra la tienda, te digo. Ahora es cuando has de salvar o perder el alma. Oye, patrón, toma un pañue—lo, ata en una punta dos o tres libras, envíaselo por medio de Mimito a la viuda, dile tu mensaje: «El dueño de la mina te saluda y te envía este pañuelito. Poca cosa es, dice, pero expresa hondo amor. También te aconseja que no te preocu—pes por la oveja; si se te ha perdido ¡ten paciencia, que ya se proveerá, no te aflijas! Te ha visto cuando pasabas ante el café, dice, y ha enfermado de amor; sólo tú puedes reme—diarlo.»

»—¡Así es! Y por la noche, sin tardanza, llamas a su puer—ta. Hay que machacar en caliente. Le dirás que extraviaste el camino, que es de noche y que le pides en préstamo una lin—terna. O bien, que te ha dado repentino vértigo y necesitas de un vaso de agua. O, mejor aún, compras una oveja, se la llevas:

»—«Toma, hermosa —le dirás—, aquí está la oveja perdida. ¡Yo la encontré!» Y la viuda, oye lo que te digo, patrón, te dará la recompensa prometida y entrarás así, ¡que no pueda yo montar a la grupa de tu corcell!, entrarás así, te digo, al trotecito en el Paraíso. No hay más paraíso que ése, pobre amigo mío, no lo hay. ¡Escucha lo que todos los popes afir—man: otro Paraíso distinto no lo hay!

Debíamos de hallarnos en las cercanías del huerto de la viuda, pues Mimito suspiró y con el habitual tartamudeo comenzó a cantar su amatoria queja:

Para la castaña, vino; para la nuez, miel;

para el mozo, una mocita; para la moza, un varón.

Zorba abrió las largas zancas, palpitáronle las ventanas de la nariz. De pronto se detuvo, respiró hondo y clavó en mí la mirada:

—¿Así, pues?... —dijo.

Esperaba ansioso.

—¡Déjame! —le contesté con rudeza.

Y apresuré el paso.

Zorba meneó la cabeza y gruñó algo que no pude entender.

Cuando hubimos llegado a la cabaña, se sentó con las piernas cruzadas, apoyó el santuri en las rodillas y bajó la cerviz, abismado en profunda cavilación. Dijérase que estaba escuchando, con la cabeza inclinada hacia el pecho, innúmeras melodías, tratando de escoger una de entre ellas, la más hermosa, o la más desesperada. Al fin, se decidió y entonó una canción desgarradora. De tanto en tanto, me miraba con el rabillo del ojo. Yo comprendía que aquello que no alcanzaba a decirme, o no se atrevía a decirme por medio de la palabra, lo expresaba por conducto del santuri: que malgastaba mi vida, que la viuda y yo no éramos sino dos insectos cuya vida dura un segundo bajo el sol y luego se mueren para toda la eternidad. ¡Nunca más! ¡Nunca más!

Se alzó Zorba de un brinco. Había advertido de pronto que se gastaba a pura pérdida. Apoyóse en la pared, encendió un cigarrillo, y al cabo de un instante:

—He de confiarte, patrón —dijo—, algo que un hodja me espetó un día en Salónica; he de confiártelo aun cuando no resulte de utilidad alguna.

»—Yo recorría entonces como buhonero las tierras de Macedonia. Iba por las aldeas para vender carretes de hilo, agujas, vidas de santos, benjuí, pimienta. Tenía voz adecuada, voz de ruiseñor. Es preciso que lo sepas: una de las cosas que conquistan a las mujeres es la voz. (Bueno, ¿qué cosa habrá que no las conquiste a esas zorras?) ¡Sabe Dios lo que se les remueve en las entrañas! El hecho es que aunque seas inválido, cojo o corcovado, si tienes voz acariciadora y sabes usarla, las mujeres pierden el compás.

»—Como buhonero llegaba hasta Salónica también, y hasta recorría los barrios turcos. Al parecer, pues, el timbre de la voz con que anunciaba mi mercadería había seducido a una rica musulmana, hija de un bajá, hasta el extremo de quitarle el sueño. Llamó ella a un viejo hodja, le llenó la mano de medjidiés: «Amán», le suplicó, «ve y dile al guaur buhonero que venga. ¡Amán, es preciso que yo lo vea, no resisto más!»

»—Vino en mi busca el hodja: «Oye, joven rumí», me dice, «vente conmigo.» «No voy», le contesto. «¿A dónde intentas llevarme?» «La hija de un bajá, fresca como agua de la fuente, te espera en su alcoba, joven rumí, ¡ven!» Pero sabiendo que degollaban de noche a los cristianos que se atrevían a vagar por los barrios turcos, le dije: «No, no voy.» «¡Cómo! ¿No alientas en tu pecho el temor de Dios, guaur?» «¿Por qué habría yo de tenerlo?» «Porque, joven rumí, aquel que pudiendo acostarse con una mujer no lo hace, comete un gran pecado. Si una mujer te invita a compartir su lecho, y tú te niegas a satisfacer su deseo ¡pierdes— el alma! Esa mujer lanzará un suspiro el día del gran juicio de Dios, y el suspiro de esa mujer, seas tú quien fueres y por más que abonen en tu

favor las acciones más meritorias, sí ¡el soplo de ese suspiro bastará para echarte de cabeza en el infierno!»

Zorba suspiró.

–Si el infierno existe –dijo–, no me libro de caer en él y la única causa de mi perdición habrá sido aquella. ¡No por haber robado, asesinado, cometido adulterio, no, no! Todo esto no significa nada. Dios lo perdona. Pero he de precipitarme en el infierno sólo porque aquella noche una mujer me esperaba y yo no acudí...

Se levantó, encendió el fuego, guisó la comida. Me miró de reojo y sonrió desdeñosamente:

–No hay peor sordo que el que no quiere oír –dijo.

E inclinándose comenzó a soplar rabiosamente sobre la leña húmeda.

IX

Acortábanse los días, la luz solar se retiraba pronto y el corazón se angustiaba al caer de cada tarde. Sentía el primitivo sobrecogimiento de los antepasados que veían en los meses de invierno la paulatina disminución de las fuerzas del sol, tarde tras tarde. «Mañana se apagará del todo», pensaban desesperados, y quedábanse la noche entera en las montañas, temblando de pavor.

Zorba experimentaba igual inquietud, más honda y más primitivamente que yo. Para librarse de ellas permanecía en el interior de la mina hasta que las estrellas fulguraran en el cielo.

Había descubierto un magnífico filón de lignito, que no dejaba demasiada ceniza por residuo, de poca humedad y rico en calorías, lo que lo tenía contento. Pues al instante las posibles ganancias lograban en su imaginación maravillosas transformaciones: convertíanse en viajes, en mujeres, en nuevas aventuras. Esperaba con impaciencia el día en que los beneficios fueran suficientes, en que las alas –llamaba alas al dinero– adquirieran las fuerzas necesarias como para permitirle fácil vuelo. Por eso, se pasaba noches enteras ensayando el minúsculo teleférico, en busca de la exacta pendiente, para que los troncos bajaran blandamente, blandamente, según decía, como llevados por ángeles.

Un día, en una amplia hoja de papel dibujó con lápices de colores la montaña, el bosque, el cable aéreo, los troncos que bajaban colgando de él, dotado cada uno de ellos de dos grandes alas azules. En la pequeña bahía redondeada flotaban barcos negros con marineros verdes como cotorras y unas mahonas cargadas de troncos amarillos. Había cuatro monjes, uno en cada

ángulo del dibujo, de cuyas bocas salían unas cintas rosas con esta inscripción en letras mayúsculas negras: «¡Oh, Señor, cuán infinita es tu grandeza y cuán admirables tus obras!»

Desde hacía unos días, Zorba encendía a toda prisa el fue-go, guisaba, comíamos y se marchaba enseguida por el cami-no del pueblo. Unas horas después regresaba muy cejjunto.

–¿Dónde estuviste, Zorba? –le preguntaba.

–No te preocupes, patrón –decía, y buscaba otro tema de conversación.

Una noche, al volver, me interrogó ansioso:

–¿Hay o no hay Dios? ¿Qué dices tú, patrón? Y si lo hay, todo puede ser, ¿cómo lo imaginas?

Yo me encogí de hombros sin responder.

–Yo, no te rías, patrón, me represento a Dios muy seme-jante a mí. Sólo que más grande, más fuerte, más chiflado. Y por añadidura, inmortal. Está cómodamente sentado en pieles de carnero muy muelles y por cabaña tiene el cielo. No de hojalata como la nuestra, sino de nubes. Lleva en la mano derecha, no una espada ni una balanza, que estos instrumen-tos son propios de carniceros o especieros; lleva él una gran esponja embebida en agua, como en lluvia un nubarrón. A su derecha, el Paraíso; a su izquierda, el Infierno. Y cuando el alma se acerca, pobrecilla, desnuda, pues ha perdido su man-to, el cuerpo, y tiritando, Dios la mira, riéndose para su barba, aunque con simulado aspecto de espantajo, y le dice: «¡Ven para acá», con voz serena, «ven para acá, maldita!» y da comienzo al interrogatorio. El alma se postra a los pies del Señor. «¡Perdóname!», exclama. «¡He pecado!» Y ahí la ves enumerando los pecados que ha cometido. Es una re-tahíla que no acaba nunca. Dios se harta de oírla. Bosteza. «¡Calla ya», le grita, «que me das jaqueca!» Y ¡zas!, la es-ponja de un golpe borra todos los pecados. «¡Hala, márchate, vete al Paraíso», le dice. «Pedrín, deja que entre ésta tam-bién ¡pobrecilla!»

»–Pues debes decirte, patrón, que Dios es un gran señor, y la nobleza sólo significa perdonar.

Aquella noche, lo recuerdo, mientras Zorba ensartaba tantos disparates, no desprovistos de hondura, yo me reía. Pero aquella «nobleza» de Dios, se entraba en mí, maduraba, en su esencia compasiva, generosa, omnipotente.

Otra noche lluviosa, mientras estábamos encerrados en la cabaña, entretenidos en asar castañas en el brasero, Zorba dirigió hacia mí la mirada, me contempló largo rato como si tratara de hallar solución a un gran misterio, y al fin, sin poder contenerse, me dijo:

–Querría saber, patrón, qué demonios ves en mí que no me agarras de una oreja y me arrojas a la calle. Ya te he dicho que me apodan «Mildiú» porque por dondequiera que pase no dejo piedra sobre piedra... Tus asuntos se irán al diablo. ¡Échame a la calle, te digo!

–Me agradas –le contesté–. No busques más razones.

–Es que tú no comprendes, patrón, que mis sesos no tienen el peso necesario. Quizás un poco más, quizás un poco menos; pero justo, no, por cierto. Mira, para que entiendas: noches y días hace que la viuda no me da paz ni sosiego. No por mí, no, te lo juro. Porque yo ¡mala centella la parta!, el hecho es seguro, no he de tocarle nunca el pelo. No es manjar para mi boca... Pero tampoco quiero que se pierda para todos. No quiero que duerma sola. No sería justo, patrón, yo no puedo permitirlo. Por eso, todas las noches doy vueltas en torno de su huerto... y ahí está la razón de mis salidas y la respuesta a tus insistentes preguntas sobre su objeto..., ¿y sabes por qué lo hago? Para saber si alguien la visita y que-darme tranquilo por fin.

Me eché a reír.

–¡No te rías, patrón! Que una mujer se acueste sola, cul-pa es de todos nosotros, los hombres. Y a todos nos tocará dar cuenta de ello el día del juicio final. Dios perdona cualquier pecado, que para eso tiene una esponja en la mano, pero este pecado no lo perdona. ¡Mal haya el hombre que pudiendo acostarse con una mujer no lo hace! Recuerda lo que decía el hodja.

Calló un momento, luego preguntó de pronto:

–¿Cuando muere un hombre, crees que puede resucitar?

–No lo creo, Zorba.

–Tampoco yo. Pero si lo pudiera, los hombres de quienes hablamos, los que se negaron a servir, los desertores, volve-rían a la Tierra ¿sabes con qué figura? ¡Pues como mulos!

Calló de nuevo y meditó. De repente le fulguraron los ojos.

–Quién sabe –dijo excitado por el hallazgo–, tal vez los mulos que andan por ahí son esas mismas gentes, los es-tropeados, los desertores, que en vida fueron hombres y mujeres sin serlo y por tal causa se convirtieron en mulos. Así se explica que estén siempre dando coces. ¿Qué te parece a ti, patrón?

–Que tus sesos pesan menos de lo que debían, Zorba –respondí riendo–. ¡Ea! Levántate y toca un rato el san-turi.

–Hoy no hay santuri que valga, patrón; tienes que dis-culparme. Hablo, hablo, digo una sarta de tonterías ¿sabes por qué? Porque ando muy preocupado. Muy fastidiado. La nueva galería ¡el diablo se la lleve!, me temo que me dé un disgusto. Y tú me sales con el santuri...

Y así diciendo, sacó de entre las cenizas las castañas, me dio un puñado de ellas, llenó nuestros vasos de raki.

–¡Dios incline la balanza a la derecha! –dije al chocar los vasos.

–¡A la izquierda! –corrigió Zorba–. ¡A la izquierda! Hasta ahora, la derecha nada bueno nos procuró.

Se bebió de un trago el fuego líquido y tendióse en su lecho.

—Mañana tendré que gastar mucha fuerza. Me he de ver en lucha con mil demonios. ¡Buenas noches!

Al día siguiente, muy temprano, Zorba se metió en la mina. Ya tenían muy avanzada la galería en el sentido de la rica veta mineral; goteaba el agua desde la bóveda; los obre-ros chapoteaban en el barro negro.

Desde la antevíspera, Zorba había dispuesto que se traje-ran troncos para consolidar la galería. Pero su inquietud no amenguaba. Los leños no eran suficientemente gruesos y, con el instinto seguro que le llevaba a vivir como la propia vida de su cuerpo la de aquel laberinto subterráneo, sentía que el maderaje protector no estaba ya firme, oía los leves, aún imperceptibles para los demás, crujimientos del sostén del techo, como si gimiera bajo una presión excesiva.

Otra circunstancia acrecentaba ese día la intranquilidad de Zorba: cuando se disponía a bajar a la mina, el pope de la aldea, cabalgando en un mulo, se dirigía a toda prisa hacia el vecino convento para suministrar la extremaunción a una monja moribunda. Por suerte tuvo tiempo Zorba, antes que el pope le hablara, de escupir tres veces en el suelo.

—¡Buenos días, pope! —dijo entre dientes, contestando al saludo del sacerdote. Y en voz un poco baja—: ¡Tu mal-dición sobre mí!

Sin embargo, no le parecieron suficientes tales exorcismos y se internó con los nervios excitados en la nueva galería.

Denso olor a lignito y de acetileno. Los obreros habían comenzado a afianzar los postes para sostener la galería. Zorba les dio los buenos días con tono brusco, con no habitual hosquedad; se arremangó y sin más demora comenzó a tra-bajar.

Unos diez obreros iban atacando el filón con los picos, amontonaban el carbón a sus pies; otros lo recogían con las palas y cargándolo en carretillas lo llevaban afuera.

De pronto, Zorba se detuvo, con una seña indicó a los obreros que pararan el trabajo, y prestó oído. Así como el jinete forma un solo cuerpo con su corcel, así como el capi-tán con su navío, Zorba y la mina eran uno; sentía como venas de sus carnes las galerías subterráneas, y lo que no le estaba consentido a las masas oscuras de carbón, lo sentía él con consciente lucidez humana.

Después de parar la velluda oreja, espiaba. En ese mo-mento llegaba yo a la mina. Como movido por un presenti-miento, como impelido por una fuerza ignota, me había despertado sobresaltado, me había vestido a toda prisa y había saltado afuera, sin saber por qué me apuraba tanto ni adónde tenía que ir; sin embargo, mi cuerpo, sin vacilar, tomó el camino de la mina. Llegaba precisamente en el ins-tante en que Zorba, inquieto, paraba la oreja para escuchar.

—Nada... —dijo al cabo de un rato—. Me pareció que... ¡Al trabajo, muchachos!

Se volvió, advirtió mi presencia, frunció los labios:

–¿Subes a tomar aire fresco, patrón? Otro día vendrás a dar unas vueltas por aquí.

–¿Qué ocurre, Zorba?

–Nada... Fueron imaginaciones mías... Esta mañana temprano me he cruzado con un pope. ¡Vete!

–Si hubiera peligro, ¿no sería vergonzoso que me reti-rara?

–Sí

–¿Te irías tú?

–No.

–¿Entonces?

–Lo que dispongo que haga Zorba –dijo fastidiado–, no tiene nada que ver con la conducta de los demás. Pero puesto que entiendes que sería desdoroso irte, no te vayas. Quédate. ¡Tanto peor!

Con un martillo se dio a la tarea de hundir unos grandes clavos en los maderos del techo, para asegurarlos. Descolgué de un poste una lámpara de acetileno, y yendo de un lado a otro por el barro, observé el filón pardo oscuro que brillaba reflejando la luz. Bosques inmensos quedaron enterrados, millones de años transcurrieron, la tierra rumiaba, digería, transformaba, a sus criaturas: los árboles se cambiaron en lignito, el lignito en carbón; hasta que llegó Zorba y...

Colgué de nuevo la lámpara y miré cómo trabajaba Zorba. Se entregaba por entero a su labor; ninguna otra cosa se imponía en su espíritu; era una unidad juntamente con la tierra, el pico y el carbón. Era una unidad con el martillo y los clavos, en su lucha contra la madera. Sufría juntamente con el techo que se combaba. Luchaba contra la montaña entera para apoderarse, mediante la astucia, mediante la violencia, del carbón que guardaba. Zorba percibía la materia inánime con infalible seguridad y la hería sin error allí donde era más débil, allí donde resultaba más fácil vencerla. Y tal como yo lo veía en ese momento, manchado de arriba abajo, cubierto de polvo negro, masa oscura en que sólo el blanco de los ojos brillaba, antojábaseme disfrazado de carbón para poder acercarse más cómodamente a su adversario y forzar sus defensas.

–¡Adelante, mi valiente Zorba! –exclamé impulsado por ingenua admiración.

Pero él no se volvió siquiera. ¿Cómo podría distraerse en charlar en ese momento con una rata papiróvora que, en lugar de pico, sostenía en la mano el mísero cabo de un lápiz? Él se hallaba ocupado, no se dignaba conversar. «No me hables cuando estoy trabajando», me había dicho una tarde, «porque puede resultar que me quiebres.» «¿Que te quiebre. Zorba? ¿Cómo así?» «¡Otra vez con tus preguntas inútiles! Eres como una criatura que en todo momento pregunta: ¿por qué? ¿De qué modo te lo explicaría yo? Si estoy entregado a una tarea, con el espíritu tendido, completamente tieso de la cabeza a los pies, pegado a la piedra, al carbón o al santuri, y tú vienes

y bruscamente me tocas, o me hablas de repente, y yo para atender me vuelvo, puedo muy bien quebrarme. ¡Eso es todo!»

Miré mi reloj pulsera: las diez.

–Es hora de tomar un bocado, amigos –dije–. Ya tra–bajaron mucho.

Los obreros dejaron al instante las herramientas en un rincón, enjugáronse las caras sudorosas y se dispusieron a salir de la galería. Zorba, entregado a su labor, no había oído. Y aunque hubiera oído, no se hubiera movido de allí. Porque ahora volvía a parar la oreja, inquieto.

–Esperen –dije a los obreros–, ¡un cigarrillo!

Metí la mano en el bolsillo, los obreros esperaban.

De repente, Zorba manifestóse sobresaltado. Pegó el oído a la pared de la galería. Al fulgor de la lamparilla, yo le veía la boca convulsivamente abierta.

–¿Qué te pasa, Zorba? –exclamé.

Pero en ese momento pareció que todo el techo de la ga–lería temblaba sobre nuestras cabezas.

–¡Váyanse! –gritó Zorba con voz ronca–. ¡Váyanse!

Nos precipitamos hacia la salida; mas no habíamos llegado al primer arco de sostén cuando otro crujido más intenso nos sorprendió. Zorba, en tanto, alzaba un grueso tronco con el propósito de calzarlo en apoyo del arco que cedía. Si alcan–zaba a cumplir su intento con suficiente rapidez, quizás el techo resistiera unos segundos, permitiéndonos salir de allí.

–¡Váyanse! –repitió la voz de Zorba, ahogada ahora, como si surgiera de las entrañas de la tierra.

Todos, con la cobardía que suelen mostrar los hombres en los momentos de peligro, nos echamos afuera, sin preocu–parnos por la suerte de Zorba. Sin embargo, segundos des–pués reaccionaba yo y me lancé hacia él.

–¡Zorba! –grité–. ¡Zorba!

Me pareció que gritaba ese nombre; pero pronto com–prendí que no había salido el grito de mis labios: el miedo ahogaba mi voz.

Me sentí avergonzado. Adelanté un paso, tendiendo los brazos. En ese momento, Zorba, tras dejar afirmado el grueso puntal, resbalando en el barro, dio un salto hacia la salida. En la penumbra, arrastrado por el impulso, se echó contra mí. Sin quererlo nos hallamos uno en brazos del otro.

–¡Salgamos! –exclamó con voz ahogada–. ¡Salgamos pronto!

Nos echamos a correr y salimos a la luz. Los obreros amontonados a la entrada, espiaban, pálidos...

Se oyó un tercer crujido, más intenso, como el de un árbol que desgarrar la tempestad. Repentino bramido corrió formidable cual el rodar del trueno, sacudió la montaña, y al instante la galería se derrumbó.

–¡Dios bendito! –murmuraron los obreros persignándose.

–¿Dejaron los picos abajo? –preguntó Zorba encolerizado.

Los obreros callaban.

–¿Por qué no los recogieron? –gritó de nuevo, furioso–. ¿Se cagaron en los pantalones, eh, valientes? ¡Lástima de herramientas!

–No es ésta la oportunidad de afligirnos por unos picos más o menos, Zorba –dije interponiéndome–. ¡Alegrémo–nos de que todos los hombres estén sanos y salvos! ¡Gracias a ti, Zorba! ¡Todos nosotros te debemos la vida!

–Tengo hambre –dijo Zorba–. Esto me ha abierto el apetito.

Del saco que contenía el refrigerio, tomó pan, aceitunas, cebollas, una patata hervida, y una cantimplora pequeña con vino.

–¡Ea, no viene mal un bocado, muchachos! –dijo con la boca llena.

Comía ávidamente, de prisa, como si hubiera perdido de pronto las fuerzas y quisiera recuperarlas sin tardanza.

Comía inclinado, silencioso; luego, alzando la cantimplora, echó la cabeza hacia atrás y dejó que cayera burbujeante el vino en la garganta seca.

Los obreros también recobraron ánimos, abrieron los sacos respectivos, y se pusieron a comer. Todos se hallaban sentados, con las piernas cruzadas, en torno de Zorba y lo miraban mientras comían. Hubieran deseado echarse a sus plantas, besarle las manos; pero conocían su genio brusco y huraño y nadie se animó a iniciar la demostración de gratitud.

Al fin, Michelis, el de mayor edad, hombre de grandes bigotes grises, se decidió y dijo:

–Si no hubieras estado tú, maese Alexis, a estas horas nuestros hijos eran huérfanos.

–¡Cierra el pico! –dijo Zorba con la boca llena; y nadie se animó a chistar.

X

«¿Quién ha creado ese dédalo de incertidumbre, ese templo de presunción, ese cántaro de pecados, ese campo sembrado de arterías, esa puerta del Infierno, ese cesto desbordante de

astucia, ese veneno que se asemeja a la miel, esa cadena que sujeta a los mortales en la tierra: la mujer?»

Yo copiaba lentamente, silenciosamente, este canto búdi-co, sentado en el suelo, junto al brasero encendido. Me es-forzaba así, amontonando conjuro sobre conjuro, por alejar de mi espíritu a un cuerpo mojado por la lluvia, de ondu-lantes caderas, que durante todas las noches de ese invierno había estado pasando y volviendo a pasar ante mis ojos, en el aire húmedo. No sé cómo, poco después del derrumba-miento de la galería, en que estuvo a punto de escapárseme la vida, la imagen de la viuda había surgido en mi sangre; me llamaba como una fiera, imperiosa, llena de reproches. «¡Ven, ven! La vida es sólo un relámpago. ¡Ven, pronto, ven, ven antes que sea demasiado tarde!»

Yo sabía perfectamente que se trataba de «Mara», el espíritu del «Malo», bajo la apariencia falaz de un cuerpo femenino, de grupas potentes. Luchaba. Me entregué de lleno a la redacción del «Buda»; así como los salvajes en sus cavernas grababan con una piedra aguzada o pinta-ban en rojo y blanco las figuras de las fieras hambrientas que los acechaban. Esforzábanse, también ellos, por dejarlas sujetas a la roca, mediante el dibujo o la pintura; si así no lo hubieran hecho, las fieras se hubieran arrojado sobre ellos para devorarlos.

Desde el día en que por poco quedo aplastado en la mina, la viuda se aparecía en el aire inflamado de mi soledad y me llamaba con el meneo voluptuoso de sus caderas. Durante el día, las fuerzas no me abandonaban, se mantenía vigilante mi espíritu, lograba apartarla de mí. Iba yo describiendo las formas en que el «Tentador» se presentó ante Buda, de qué modo, bajo figura de mujer, vino a posar en las rodillas del asceta sus pechos duros, y, en fin, cómo Buda, sospechando el engaño, movilizó las facultades todas de su alma para de-rrotar al «Malo» y espantarlo. Yo también llegué a vencerlo, empujándolo a la fuga.

Cada línea que escribía traíame alivio, me fortalecía el ánimo, me permitía ver el retroceso del espíritu maligno, do-blegado por el conjuro más poderoso, el de la palabra. De día, sí, luchaba yo con todas mis fuerzas; pero por la noche se me caían las armas de la mano, las puertas interiores se franqueaban y la viuda no hallaba obstáculos que la detuvie-ran y entraba.

Despertaba por la mañana agotado y roto; era el momento en que la lucha debía comenzar de nuevo. Había ratos, hacia el caer de la tarde, en que alzando la cabeza veía cómo la luz se retiraba, perseguida por las tinieblas, que de golpe se adueñaban del espacio. Los días se acortaban aproximándose la Navidad, y mientras lidiaba yo encarnizadamente, me de-cía: «No lucho solo. También una gran fuerza, la luz, está empeñada en un combate, a ratos vencida, a ratos vencedo-ra, pero sin desmayar en la porfía. ¡Yo combato y espero, como ella!»

Pues suponía, y esto alentaba mi valor, que estaba cedien-do al impulso de un gran ritmo universal al luchar contra la obsesión de la viuda. «La astuta materia ha adoptado esa figura para ir apagando y matar al fin la libre llama que arde en mí», pensaba. Y me decía yo: «Divina es la fuerza im-percedera que transforma la materia en espíritu. Cada hom-bre lleva en su interior una porción del divino torbellino y por obra de él consigue convertir el pan, el agua y la carne en

pensamiento y en acción. Dice bien Zorba: ¡Dime en qué conviertes lo que comes y te diré quién eres!»

Así pues, me empeñaba, dolorosamente, en transformar el violento deseo de la carne en la sustancia de mi «Buda».

—¿Qué piensas? Pareces estar fuera de caja, patrón —díjome Zorba una noche, en vísperas de Navidad, sospechando contra qué demonio se libraba mi lucha.

Simulé no haber oído. Pero no era hombre Zorba que cediera con demasiada facilidad.

—Eres joven, patrón —me dijo.

Y de pronto su voz adquirió resonancia amarga e irritada.

—Eres joven, eres fuerte, comes bien, bebes bien, respi-ras aire de mar que tonifica, almacenas energías ¿y qué haces con ellas? ¡Lástima de energías, si te acuestas solo! No pierdas tiempo, ve esta misma noche, patrón, todo es sencillo en este mundo. ¿Cuántas veces he de decírtelo? ¡No compliques las cosas!

Tenía abierto ante mí el manuscrito del «Buda» y lo hojeaba; oía en tanto las palabras que pronunciaba Zorba y sabía que indicaban un camino seguro, muy humano, se-ductor; con esas palabras también el espíritu de «Mara», el ladino alcahuete, me estaba llamando.

Escuchaba sin decir nada, resuelto a resistirme, y hojeaba lentamente el manuscrito, silbando para ocultar mi turbación. Pero Zorba, ante mi mudez, estalló:

—Esta noche es Nochebuena, viejo, date prisa, ve en su busca antes que se vaya a la iglesia. Ésta es la noche en que nace Cristo, patrón ¡haz tú también un milagro!

Me levanté; se me estaba acabando la paciencia.

—Basta, Zorba —dije—. Cada cual sigue su camino. El hombre, has de saberlo, es como el árbol: a nadie se le ocurre reñir a la higuera porque no da cerezas ¿verdad? ¡Por lo tanto, cállate! Se acerca la medianoche, vayamos a la igle-sia a celebrar nosotros también el nacimiento del Salvador.

Zorba encasquetóse el grueso gorro de invierno.

—Bien está —dijo con fastidio—, ¡vamos! Pero quiero que sepas que más le agradecería a Dios que hubieras visitado esta noche a la viuda, como el arcángel Gabriel. Si Dios hu-biera emprendido el mismo camino que tú sigues, patrón, Jesús no hubiera nacido. Y si me preguntas cuál es el camino de Dios, te diré que es el que conduce hacia María. María para ti es la viuda.

Calló, esperando en vano una respuesta. Abrió de golpe la puerta, salimos; con la punta del bastón golpeaba impa-ciente los guijarros.

—Sí, sí —repetía obstinado—, es la viuda.

—¡Vamos, en marcha! —dije—. ¡Y no murmures!

Caminábamos con paso vivo en la noche invernal; el cielo aparecía límpido; las estrellas brillaban, grandes, bajas, como bolas de fuego colgadas en el aire. La noche bramaba, mientras avanzábamos a lo largo de la ribera, semejante a una enorme bestia negra tendida a orillas del mar.

«Desde esta noche», decía para mis adentros, «la luz acorralada por el invierno comienza a recobrar sus energías. Como si la luz naciera esta noche, juntamente con el Niño.»

Todos los campesinos se hallaban agrupados en la colmena tibia y perfumada de la iglesia. Adelante, los hombres; detrás, con las manos cruzadas, las mujeres. El pope Stéfano, alto, exacerbado por el ayuno de cuarenta días, revestido de la densa casulla de oro, corría de aquí para allá, a largas zancadas, agitando el incensario, cantando a voz en grito, con la prisa de que naciera el Niño para volver a su casa y arro-jarse sobre la sopa gorda, los salchichones y las carnes ahumadas...

Si se hubiera dicho: «Hoy nace la luz», no se hubiera conmovido el corazón del hombre; la idea no se hubiera hecho leyenda y no hubiera conquistado el mundo. Sólo habría expresado un fenómeno físico normal, sin trastornar-nos la imaginación, es decir, el alma. Pero la luz que renace en el corazón del invierno se convierte en niño, el niño en Dios, y hace veinte siglos que nuestra alma lo guarda en su seno y lo amamanta...

Poco después de medianoche, quedó consumada la ceremonia mística. El Salvador había nacido. Los labradores se dirigían apresuradamente a sus casas hambrientos, felices, para refocilarse en la tradicional francachela y sentir hasta en lo más hondo de sus vientres el misterio de la encarnación. El vientre es base sólida: pan, vino, carne, ante todo; sólo con pan, vino y carne puede crearse a Dios.

Las estrellas fulguraban, grandes como ángeles, sobre la cúpula blanca de la iglesia. La Vía Láctea, tal como un río, rodaba de un extremo al otro del cielo. Una estrella verde centelleaba en lo alto cual esmeralda. Yo suspiré, presa de honda turbación.

Zorba se dirigió a mí.

—¿Crees tú eso de que Dios se ha hecho hombre y nació en un establo, patrón? ¿Lo crees de veras, o te mofas de la gente?

—Es difícil la respuesta, Zorba —le contesté—. No puedo decir que creo, como tampoco que no creo. ¿Y tú?

—A fe mía, tampoco sé qué decir. Cuando siendo niño, le escuchaba a mi abuela estas historias, no las creía en absoluto. Y, sin embargo, temblaba de emoción, reía y lloraba como si las creyera. En cuanto asomó el pelo en mi barba, eché a un lado todo esto y si acaso lo recordaba, me

provo-caba risa. Pero he aquí que ahora, en los días postreros, me voy ablandando, patrón, y vuelvo a creer... ¡Curioso bicho el hombre!

Habíamos hollado la senda que llevaba a la casa de doña Hortensia y se nos alargaba el paso como a los caballos ham-brientos que huelen el pesebre.

—¡Son en verdad astutos los padrecitos! —dijo Zorba—. Lo pescan a uno con el cebo del vientre, ¿quién se les esca-paría? Durante cuarenta días, te dicen, no has de comer carne ni probar vino: ayuno. ¿Por qué? Para que se te acre-ciente el deseo del vino y de la carne, pues. ¡Ah, esos tocinos andantes son muy sabios en toda suerte de tretas!

Apresuró el paso.

—¡Sacude las zancas, patrón, que la pavita ha de estar ya a punto!

Cuando penetramos en el cuartito de nuestra buena ami-ga, donde saltaba a la vista el amplio lecho tentador, la mesa lucía el mantel blanco, la pavita asada humeaba con las patas al aire, separadas, y del brasero surgía un calorcillo muy grato.

Doña Hortensia se había rizado el cabello, vestía bata color rosa agostado; de anchas mangas y con puntillas des-hilachadas. Una cinta de dos dedos de ancho, amarillo ca-nario esta noche, le rodeaba el arrugado cuello. Habíase rociado los sobacos con agua de azahar.

¡Cómo todo está perfectamente proporcionado en el mun-do!, pensé. ¡Cuán adecuado el mundo al corazón humano! Ved ahí a esa vieja cantante que ha ido dando tumbos por todas partes; varada ahora en esta costa solitaria, concentra en la mísera pieza en que estamos toda la santa solicitud y el calor de corazón de la mujer.

La cena, abundante y cuidada, el brasero encendido, el cuerpo adornado, empavesado, el aroma del azahar, todos los mínimos goces corporales, tan humanos, ¡con qué sencillez y con qué prontitud se convertían en gran alegría del alma!

Mi corazón, de pronto, dio un salto. Sentía que no estaba solo, en esta velada solemne, no estaba enteramente solo, aquí, a orillas del mar desierto. Una criatura femenina venía a mi encuentro, llena de abnegación, de ternura y de pacien-cia: era la madre, la hermana, la mujer. Y yo, que estaba convencido de que no había necesidad de nada, comprendí de repente que sentía necesidad de todo.

Zorba, por su parte, debía de experimentar parecida emo-ción, pues en cuanto entramos se adelantó y estrechó entre sus brazos a la empavesada cantante.

—¡Nació Cristo! —exclamó—. ¡Yo te saludo, ejemplar femenino!

Se volvió luego hacia mí y me dijo riendo:

–¡Mira si será astuta la mujer, patrón! ¡Hasta a Dios mismo ha engatusado!

Nos sentamos a la mesa, comimos, bebimos, nuestro cuer-po se sintió satisfecho y nuestra alma se estremeció de placer. De nuevo el espíritu de Zorba ardió en una llamarada.

–Come y bebe –me decía a cada rato–, come y bebe, patrón, alégrate. Canta, hijo, canta como los pastores: ¡Glo-ria a Dios en las alturas!... Nació Cristo; no es moco de pavo. ¡Entona tu canción, que Dios te oiga y le sea grata!

Había recuperado los bríos, tomando impulso.

–¡Nació el Salvador, óyelo, pobre sapientísimo, pobre escritorzuelo! No te pierdas en pequeñeces: ¿ha nacido o no ha nacido? ¡Viejo, ha nacido, no seas idiota! Si con una lupa examinas el agua que se bebe –me lo dijo un ingeniero un día– verás, según él, que el agua está llena de gusanitos, muy chiquitos, tan chiquitos que nuestros ojos no alcanzan a verlos. Verás los gusanitos y no querrás ya beber. No beberás y te morirás de sed. ¡Rompe la lupa, patrón, róm-pela, para que los gusanitos desaparezcan y puedas beber y refrescarte!

Dirigiéndose a nuestro mascarón de proa pintarrajeado, alzó el vaso lleno de vino:

–¡Yo, mi muy cara Bubulina, vieja compañera de lucha, quiero beberme este vaso a tu salud! A lo largo de mis días he visto muchos mascarones de proa: clavados en la parte delantera del barco se sujetan los pechos y tienen las mejillas y los labios pintados de rojo vivo. Han recorrido todos los mares, han entrado en todos los puertos y cuando se pudre el barco, los mascarones bajan a tierra firme y permanecen apoyados hasta el fin de sus días a la pared de alguna taberna de pescadores, donde se allegan los capitanes a beber. Mi Bubulina: esta noche en que te veo en esta costa, ahora que me siento con el estómago satisfecho y con los ojos abiertos, eres para mí como el mascarón de un gran navío; y yo soy tu último puerto, pollita mía, yo soy la taberna donde beben los capitanes. ¡Ven, apóyate en mí, amaina las velas! ¡Bebo este vaso de vino cretense, sirena de mi alma, a tu salud!

Doña Hortensia, conmovida, transtornada, se echó a llorar y apoyó la cabeza en el hombro de Zorba.

–Ya verás –me dijo Zorba en un soplo, al oído–, ya verás cómo con tan hermoso discurso me echo encima un buen fastidio. La muy zorra no querrá que me vaya esta noche. ¿Qué quieres, amigo? Me dan lástima las pobrecillas, ¡sí, me compadezco de ellas!

»–¡Cristo nació! –le dijo en voz muy alta a su sirena–. ¡Por nuestra ventura! –agregó alzando el vaso.

Pasó el brazo por debajo del de la buena mujer y bebieron ambos de un sorbo todo el vino de sus vasos respectivos, enlazados, contemplándose uno a otro, extáticos.

No debía faltar mucho para la hora del alba cuando me alejé solo del cuartito tibio, donde se veía un amplio lecho acogedor. Tomé el camino de regreso. La aldea, después de haber comido bien y bebido mejor, dormía con las puertas y ventanas cerradas, mientras velaban su sueño grandes estre-llas centelleantes en el cielo invernal.

Hacía frío, el mar bramaba; Venus estaba suspendida en oriente, danzarina y bravía. Iba yo a la vera de la costa, jugando con las olas: si se precipitaban con intención de mo-jarme, yo me esquivaba; me sentía feliz y decía en mi interior:

«He aquí la dicha verdadera: no tener ambición alguna y trabajar como un condenado, como acosado por todas las ambiciones. Vivir lejos de los hombres, no tener necesidad de ellos y quererlos. Estar en Navidad y tras haber comido y bebido a gusto, irse uno solo a salvo de todas las acechan-zas, con las estrellas sobre la cabeza, la tierra a la izquierda, el mar a la derecha, y advertir, de pronto, que en el corazón la vida ha realizado un postrer milagro: el de convertirse en un cuento de hadas.»

Pasaban los días. Yo alardeaba ante mis propios ojos de fuerte y de valiente. Pero en los más ocultos repliegues del corazón anidaba la tristeza. Durante la semana de fiestas, asaltaron mi pecho recuerdos de música lejana y de seres queridos. Una vez más comprobaba la verdad de la antigua leyenda: el corazón del hombre es un foso lleno de sangre; a los bordes asómanse los muertos muy queridos y de bruces beben la sangre para reanimarse; cuanto más caros os son, mayor cantidad de sangre os beben.

Víspera de Año Nuevo. Una banda de chicuelos de la aldea, llevando un gran barco de papel, llegaron hasta nues-tra cabaña y entonaron con voces agudas y alegres las kalan-das: san Basilio arribaba de su tierra natal, Cesárea. Ahí estaba, en la playita cretense azul turquino. Apoyóse en su bastón; al instante, el bastón se cubrió de hojas y de flores y resonó el canto de año nuevo: «¡Feliz año, cristianos; que tu casa, amo, se vea colmada de trigo, de aceite de oliva y de vino; que tu mujer sostenga, cual columna de mármol, el tejado de la casa; que tu hija se case y dé a luz nueve hijos y una hija, y que los hijos de tu hija liberen a Constantino-pla, la ciudad de nuestros reyes!»

Zorba escuchaba, encantado; había cogido el tamboril de los niños y le arrancaba frenéticos sonos. Yo miraba, escu-chaba, sin hablar palabra. Sentía que de mi corazón se estaba desprendiendo una nueva hoja, otro año. Un paso más hacia la oscura fosa.

—¿Qué te ocurre, patrón —preguntó Zorba en un inter-valo de su cantar a voz en grito y del sonar el tamboril—. ¿Qué te pasa, muchacho? Tienes la piel de color gris, has envejecido repentinamente, patrón. Yo, al contrario, en días como éste vuelvo a ser niño, renazco como Jesús. ¿Acaso no renace Él cada año? Pues lo mismo yo.

Me tendí en el lecho y cerré los ojos. Esta noche el corazón andaba de mala vuelta y no me dejaba ganas de hablar.

Tampoco lograba dormirme. Como si debiera rendir cuentas de mis actos, el transcurso de toda mi vida se presentaba en forma rápida, incoherente, desdibujados los contornos, como en un sueño; y yo la contemplaba, desesperado. Cual muelle nube sacudida por los vientos en las alturas, mi vida cambiaba de forma, se deshacía, volvía a reconstruirse, en perpetua metamorfosis –cisne, can, demonio, escorpión, simio– y sin cesar la inquieta nube se desgarraba y se extendía, llena de arco iris y de aire.

Amaneció el día. No abrí los ojos, empeñado en concentrar mi ardiente deseo, empeñado en quebrar la corteza del cerebro y penetrar en el oscuro y peligroso canal por donde cada gota humana va a confundirse con el inmenso océano. Tenía prisa por desgarrar ese velo y ver qué me traía consigo el nuevo año...

–¡Buenos días, patrón, feliz año nuevo!

La voz de Zorba volvió a arrojarme violentamente a tierra firme. Abrí los ojos y pude ver que Zorba lanzaba contra el umbral de la cabaña una granada; los frescos rubíes saltaron hasta la cama, recogí algunos, los comí y la garganta se me refrescó.

–Hago votos por que ganemos mucho dinero y nos rap–ten hermosas muchachas –exclamaba Zorba con buen humor. Se lavó, se afeitó, vistió sus mejores prendas, pantalones de paño verde, chaqueta de sayal parda y casaquín de piel de carnero a medio pelar. Cubrióse con el gorro ruso de astracán y, afilando el mostacho, me dijo:

–Patrón, iré a lucirme en la iglesia, como representante de la Compañía. No sería provechoso para la mina que nos tengan por masones. Nada cuesta dar una vuelta por ahí, ¿verdad? Y será un entretenimiento.

Inclinó la cabeza y guiñó un ojo.

–Además, podría ser muy bien que viera a la viuda –murmuró.

Dios, los intereses de la Compañía y la viudita constituían una mezcla armoniosa en el espíritu de Zorba. Oí los pasos que se alejaban y me incorporé de un brinco. El encanto se había quebrado, mi alma volvió de nuevo a su cárcel de carne.

Me vestí y salí hacia la orilla del mar. Caminaba ligero y contento, como si me hubiera librado de algún peligro o de algún pecado. El deseo indiscreto que me asaltara por la mañana de averiguar lo por venir antes de que se realizara, se me presentó de pronto como un sacrilegio.

Recordé la mañana en que hallé en la corteza de un árbol un capullo, en el momento en que el gusano rompía los hilos envolventes, para convertirse en mariposa. Esperé largo rato; pero tardaba demasiado y yo tenía prisa. Fastidiado, me incliné y quise ayudarlo calentándolo con el aliento. Lo hice impaciente, y el milagro comenzó a cumplirse ante mis ojos, con un ritmo más precipitado que el normal. La envoltura se abrió, el gusano salió arrastrándose y no he de olvidar jamás el horror que sentí al verlo: las alas estaban todavía encogidas, dobladas; con todas las fuerzas de su cuerpecillo el pobre gusano trataba de extenderlas. Inclinado hacia él, lo ayudaba con el calor de mi aliento. En vano. Una paciente maduración era necesaria en aquel caso, el despliegue de las alas debía producirse lentamente al calor del sol; ahora era tarde. Mi aliento había forzado al gusanillo a que se presentara fuera del capullo, todo arrugadito, antes de término. Se agitó desesperadamente y unos segundos después estaba muerto en la palma de mi mano.

Ese cadáver pequeñito, creo que es el mayor peso que gravita sobre mi conciencia. Pues, como lo comprendo perfectamente hoy, es pecado mortal el forzar las leyes de la naturaleza. No debemos precipitarnos, ni impacientarnos, si no seguir con entera confianza el ritmo eterno.

Me senté en una roca para asimilar con total tranquilidad este pensamiento de año nuevo. ¡Ah, si la mariposilla revoloteara constantemente ante mi vista para señalarme el camino!

XI

Me levanté de allí contento como si tuviera un aguinaldo en las manos. El viento estaba frío, puro el cielo, brillante el mar.

Tomé el camino de la aldea. La misa debía de haber terminado. Mientras avanzaba por el sendero, preguntábame con absurda turbación cuál sería la primera persona con quien me cruzaría, ¿fausta?, ¿aciaga?, en ese comienzo del año. ¡Ojalá fuera un niño, cargados los brazos de juguetes; o un vigoroso anciano, de camisa blanca con anchas mangas bordadas, contento y orgulloso por haber cumplido valientemente, con su deber en la tierra! Cuanto más me acercaba a la aldea, mayor era la absurda turbación que me embargaba. De pronto, se me doblaron las rodillas: por el sendero de la aldea, a la sombra de los olivos, caminando con paso elástico, roja al sol, puesta la mantilla negra en la cabeza, esbelta y animosa, venía la viuda.

Su andar cimbreante se asemejaba en verdad al de una tigre negra y me pareció que se esparcía en el aire áspero olor de almizcle. ¡Si pudiera huir!, pensé. Tenía la certeza de que la fiera irritada no daría cuartel, y de que la única victoria posible consistía en huir a tiempo. ¿Pero cómo hacerlo? La viuda se aproximaba. Me pareció como si el casquijo del camino crujiera al paso de un ejército en marcha. Advirtió ella mi presencia, sacudió la cabeza, deslizóse sobre los hombros la mantilla,

aparecieron los cabellos, brillantes, de negro azabache. Me lanzó una mirada lánguida y sonrió. Los ojos le relucían con suavidad felina. A prisa volvió a acomodarse la mantilla, cual si la avergonzara el haber dejado a la vista el más hondo secreto de la mujer, su cabellera.

Quise hablarle, augurarle feliz año; pero sentía la garganta anudada, como el día en que se derrumbó la galería de la mina y había quedado expuesta mi vida a mortal peligro. Las cañas del cerco de su huerto se agitaron, el sol invernal dio sobre los limones de oro y los naranjos de hojas oscuras. Todo el huerto resplandeció como un Paraíso.

La viuda se detuvo, tendió el brazo, empujó con fuerza la puerta y la abrió. En ese momento pasaba yo por delante de ella. Se volvió, dejando caer en mí su mirada y alzando las cejas.

Dejó la puerta abierta y vi cómo desaparecía, meneando las caderas, tras los naranjos. Pasar el umbral, correr el cerrojo de la puerta, precipitarse hacia ella, cogerla de la cintura y sin vanas palabras llevarla en brazos hasta su lecho de viuda, es lo que se hubiera llamado obrar como hombre. Es lo que hubiera hecho mi abuelo, y lo que espero haga mi nieto. Pero yo me quedé ahí plantado, pensando y cavilando...

—¡En otra vida —murmuré con amarga sonrisa—, en otra vida me portaré de mejor manera!

Me hundí en la verdura del camino llevando un peso en el corazón, como si hubiera cometido un pecado mortal. Vagué de aquí para allá, hacía frío, tiritaba. Por mucho que me empeñaba en espantar del recuerdo el cimbreo, la sonrisa, los ojos, el pecho de la viuda, volvían a él incesantemente y yo me sentía sofocado.

Los árboles no lucían aún sus hojas, pero las yemas se hinchaban repletas de savia. En cada yema se presentía la presencia de retoños jóvenes, de flores, de futuros frutos, escondidos, concentrados, prontos para lanzarse hacia la luz. Bajo las cortezas secas, sin ruido, a escondidas, día y noche se tramaba en pleno corazón del invierno el gran milagro primaveral.

De pronto surgió de mí una exclamación jubilosa. En una hondonada abrigada, un audaz almendro lucía el encanto de sus flores, a pesar del rigor invernal, y abría el avance de los árboles en anuncio triunfal de primavera.

Experimenté hondo alivio. Respiré profundamente el leve aroma a pimienta, me salí del camino y fui a ponerme al amparo de las ramas florecidas. Ahí permanecí largo rato, sin pensar en nada, sin preocupación alguna, feliz. Me hallaba sentado, en la eternidad, bajo uno de los árboles del Paraíso.

—¿Qué viniste a hacer en este agujero, patrón? Hace horas que ando buscándote. Se acerca el mediodía. ¡Vamos!

—¿A dónde?

—¿A dónde? ¿Y lo preguntas? ¡Pues a visitar al lechoncito, caray! ¿No sientes apetito? El lechón ya ha salido del horno. ¡Qué olorcillo, viejo mío, se le hace a uno agua la boca! ¡Vamos!

Me levanté, acaricié el duro tronco del almendro, lleno de misterio, que supo realizar el milagro florido. Zorba marcha-ba ya adelante, ágil, impulsado por sus energías y por el apetito. Las necesidades fundamentales del hombre, alimen-to, bebida, mujer, danza, vivían todavía frescas e inagotables en su cuerpo ávido y robusto.

Llevaba en la mano algo envuelto en papel rosa, sujeto con hilo de oro.

–¿Algún presente? –preguntéle sonriendo.

Ríose Zorba, esforzándose por ocultar su emoción.

–¡Oh, para que no se queje, la pobrecilla! –dijo sin vol-verse–. Para que recuerde las pasadas grandezas... Es mujer, y ya sabemos, pues, que es por naturaleza una criatu-ra que se queja siempre.

–¿Es una foto?

–Ya verás... ya verás... No seas tan curioso. Yo mis-mo lo hice. Apurémonos.

Un sol meridiano que regocijaba los huesos; el mar tam-bién se calentaba al sol, inefablemente feliz. A lo lejos, la islita desierta, rodeada por una leve bruma, parecía haberse incorporado en su lecho y estar flotando en el mar.

Nos acercábamos a la aldea. Zorba se puso a mi lado y en voz baja me confió:

–¿Sabes, patrón? Aquella persona estaba en la iglesia. Mira, yo me hallaba adelante, cerca del sochantre, cuando vi que los santos iconos resplandecían. Cristo, la santa Virgen, los doce apóstoles, todo se iluminó con luz intensa... ¿Qué es esto?, me pregunté persignándome, ¿el sol? Miro hacia atrás. ¿Y qué era? ¡La viuda!

–¡Basta de charla, Zorba! –dije apurando el paso. Pero Zorba corrió para alcanzarme.

–La he visto de cerca, patrón. Tiene un lunar en la me-jilla que quita el aliento. ¡Ahí tienes otro misterio, el de los lunares en las mejillas de las mujeres!

Abrió los ojos con gesto de estupefacción.

–¿Has notado eso, patrón? El cutis aparece liso y blanco y de pronto ¡zas!, una manchita negra. ¡Pues bien, es sufi-ciente para que pierdas el seso! ¿Tú lo entiendes, patrón? ¿Qué dicen acerca de este punto tus libros?

–¡Que el diablo se los lleve!

Zorba se echó a reír, contento.

–Muy bien –dijo–, muy bien, muchacho, progresas, empiezas a comprender.

Pasamos rápidamente por delante del café, sin detenernos.

Nuestra buena amiga había puesto al horno un lechon-cillo y nos esperaba, de pie en el umbral.

Nuevamente llevaba al cuello la cinta amarilla canario, y al verla de aquel modo enharinada densamente con polvos, embadurnados los labios con espesa capa carmesí, quedaba uno pasmado. ¿Era en verdad un mascarón de proa? En cuanto nos vio, toda su carne entró en movimiento, regocijada, los ojos despidieron picaresco fulgor y se clavaron en los bigotes peinados de Zorba.

Apenas quedó cerrada la puerta, Zorba la cogió de la cintura.

—¡Feliz año, mi Bubulina! —exclamó—. ¡Mira qué te traigo! —y posó un beso en la nuca gordita y arrugada.

La vieja sirena se estremeció de gozo, aunque sin perder el compás. La mirada no se le apartaba del regalo. Lo tomó, desató el hilo de oro, miró y lanzó un gritito.

Me incliné para ver de qué se trataba: en un cartón grue-so, el bandido de Zorba había pintado con cuatro colores, rubio, castaño, gris y negro, cuatro grandes acorazados en un mar de añil. Delante de los acorazados, flotando sobre las olas, muy blanca, muy desnuda, desatados los cabellos, er-guido el pecho, con cola de pez espiralada y una cintita ama-rilla en el cuello, nadaba una sirena, doña Hortensia. Suje-taba cuatro delgados cordeles por medio de los cuales arrastraba a los cuatro acorazados que enarbolaban los co-lores ingleses, rusos, franceses e italianos. En cada ángulo del cuadro colgaba una barba, la una rubia, la otra castaña, la tercera gris y la cuarta negra.

La vieja cantante comprendió la alegoría sin dificultad.

—¡Yo! —dijo señalando orgullosa a la sirena.

Y suspiró.

—¡Ah! —agregó luego—. Yo también he sido en un tiem-po una Gran Potencia.

Descolgó un espejito redondo que estaba a la cabecera de la cama, cerca de la jaula del loro, y puso en su lugar la obra de Zorba. Bajo el espeso afeitado que la cubría, sin duda, empalideció.

Mientras tanto, Zorba se había deslizado en la cocina. Sen-tía apetito. Volvió con la fuente del lechón, puso ante sí una botella de vino y llenó los tres vasos.

—¡Ea, a la mesa! —exclamó dando unas palmadas—. Comencemos por lo básico, el estómago. ¡Luego, hermosa, nos ocuparemos de lo que se halla más arriba!

Pero el aire se agitaba con los suspiros de nuestra vieja sirena. Igualmente ella tenía, cada iniciación de año, su juicio final en pequeño, igualmente ella debía de pesar su vida y hallarla fuera de ruta. En la desplumada cabeza, sin duda, resucitaban en los días solemnes las grandes ciudades, los hombres, los vestidos de seda, las botellas de champaña, sepultados en las tumbas de su corazón.

–No tengo apetito –murmuró con tono mimoso–, na–da... nada...

Se arrodilló ante el brasero, atizó los carbones ardientes; en las mejillas hundidas se reflejó la luz del fuego. Un mechón se desprendió en la frente y rozó las llamas. En la habitación se expandió el hedor del pelo quemado.

–No comeré... no comeré... –murmuró luego, advir–tiendo que no nos preocupábamos por ella.

Zorba cerró nerviosamente el puño. Permaneció indeciso un momento. Podía dejar que siguiera murmurando cuanto se le antojara, mientras nosotros devorábamos el lechoncito asado. Podía, también, arrodillarse junto a ella, abrazarla y con unas palabras amables sosegar su ánimo. Yo lo miré y vi cómo pasaban por la móvil expresión de su rostro tostado las oleadas contradictorias.

De repente la expresión se fijó. Había decidido qué acti–tud adoptaría. Poniéndose de hinojos, apoyó las manos en las rodillas de la sirena:

–Si tú no comes, palomita –díjole con desgarradora voz–, el mundo se acaba. ¡Compadécete de él, hermosa mía, y come esta patita de lechón! –y le hundió en la boca la patita sabrosa que chorreaba manteca.

Luego la tomó en sus brazos, la ayudó a levantarse, la acomodó suavemente en una silla, entre nosotros dos.

–Come –le dijo–, come, tesoro, para que san Basilio pueda entrar en nuestra aldea. Si no, ya sabes, se ofende y no entra. Regresará a su patria, Cesárea, llevándose el papel y el tintero, la torta de Reyes, los aguinaldos, los juguetes de los niños y hasta a este mismo lechoncillo. ¡Ea, pollita mía, abre esa boquita y come!

Tendió dos dedos y le hizo cosquillas en el sobaco. La sirena cloqueó, enjugóse los ojillos enrojecidos y se dio a masticar con ganas la pata crujiente del lechón...

En ese momento, dos gatos enamorados comenzaron a maullar en el tejado, sobre nuestras cabezas. Maullaban con indescriptible odio; las voces de ambos animalitos subían y bajaban cargadas de amenazas. Bruscamente rodaron confundidos por el techo, desgarrándose entre sí con uñas y dientes.

–¡Miau! ¡Miau!... –dijo Zorba dirigiéndole una gui–ñada a la vieja sirena.

Ella le sonrió y le apretó la mano a escondidas, bajo la mesa. La garganta se le desanudó del todo y pudo dedicarse a comer con renovados bríos.

Giró el sol y entrando por la ventana posó sus rayos en los pies de nuestra buena amiga. La botella ya estaba vacía. Zorba se había acercado más, acariciando los erguidos bigotes de gato montés, a la «especie hembra». Y doña Hortensia, acurrucada, con la cabeza hundida en los hombros, percibía el cálido aliento avinado.

–Explícame, si puedes, este otro misterio, patrón –díjome Zorba–. En mi vida todo anda al revés. En la infancia, según me dijeron, me parecía a un viejecillo: era de movimientos torpes, no hablaba gran cosa, y la voz me salía ronca como la de un anciano. Decían que era el retrato de mi abuelo. Pero he aquí que cuantos más años vivo, más atolondrado me pongo. A los veinte cometí muchas locuras, aunque no más de las que suele cometer todo el mundo a esa edad. A los cuarenta, comencé a sentir plenamente los impulsos juveniles y me entregué a locuras mayores. Y ahora, cuando ya voy entrando por los sesenta –tengo sesenta y cinco años, patrón, pero esto debe quedar entre nosotros–, ahora, pues, ya sexagenario, ¿cómo te diría yo, patrón? ¡Palabra de honor, el mundo resulta demasiado pequeño para mí!

Alzó el vaso y volviéndose hacia la dama, con tono grave:

–¡A tu salud, mi Bubulina –exclamó solemne–; quiera Dios que este año que se inicia te crezcan dientes y unas hermosas cejas delgadas, y que se te ponga la piel fresca y olorosa como la de un melocotón! ¡Y que mandes al diablo todas esas porquerías de cintajos! Que haya otra revolución en Creta y que vuelvan las cuatro grandes potencias, querida Bubulina, con sus respectivas flotas, y que cada armada cuente con un almirante y cada almirante con rizada barba olorosa. ¡Y que tú nuevamente emerjas de las olas, mi sirena, entonando tu dulce canción! ¡Y que todos los buques de guerra de las cuatro potencias se estrellen contra estas dos rocas redondas y bravías!

Diciendo lo cual, apoyó la gruesa pata en los pechos colgantes y flojos de la buena señora.

Otra vez Zorba se había acalorado, la voz se le puso ronca de deseo. Me dio risa el recordar que en cierta ocasión había visto en una cinta cinematográfica las aventuras de un bajá turco en un cabaret parisiense. Por ser muy grande el concurso de espectadores, hubo de acomodar en sus rodillas a una rubia costurera que no hallaba dónde sentarse; el bajá, al poco rato, fue sintiéndose acalorado y el cordón con borla de su fez comenzó a levantarse lentamente a la vista del público, se mantuvo horizontal unos segundos, y luego tomando impulso se puso rígido en el aire.

–¿Por qué te ríes, patrón? –me preguntó Zorba. Pero la buena señora oía aún en su interior las recientes palabras de Zorba.

–¡Ah! –dijo–. ¿Crees que puede ser tal cosa, mi Zorba? No, la juventud se va, sin remedio...

Zorba se le acercó más, de modo que ambas sillas se tocaron.

–Oye, palomita –le contestó mientras trataba de soltar el tercer botón, el decisivo, del corpiño–; oye, que te diré el magnífico regalo que te tengo reservado: hay actualmente un médico que realiza milagros. Te da una medicina, no sé si gotas o polvos, y recobras de pronto el aspecto que tenías a los veinte años, o cuando más, a los veinticinco. No llores, hermosa, que yo haré que te traigan ese remedio de Europa...

La vieja sirena se estremeció. Por entre los escasos cabellos del cráneo, brillábale la piel rojiza. Echó los rollizos brazos al cuello de Zorba.

–Si son gotas, querido –díjole con ronronear de gata frotándose contra él–, si son gotas tienes que encargar una damajuana. Y si son polvos...

–¡Un saco lleno! –terminó Zorba, haciendo saltar el tercer botón.

Los gatos del tejado, que habían permanecido un momento en silencio, volvieron a los gritos: una de las voces se lamen–taba, suplicante; la otra se irritaba, amenazadora.

Nuestra buena señora bostezó, las miradas se le pusieron lánguidas.

–¿Oyes a esos cochinos gatos? No les da vergüenza... –murmuró mientras se sentaba en las rodillas de Zorba. Recostó la cabeza en el hombro de él y suspiró. Había bebido con exceso esa noche; los ojos se le empañaban.

–¿En qué piensas, mi gatita? –dijo Zorba, sosteniéndole los pechos con las manos.

–Veo a Alejandría... –murmuró lloriqueando la sirena que había surcado muchos mares, Alejandría... Beirut... Constantinopla... turcos, árabes, sorbetes, sandalias dora–das, feces rojos...

Suspiró nuevamente.

–Cuando Alí bey pasaba la noche conmigo... ¡qué bigo–te, qué cejas, qué brazos!, llamaba a los sonadores de tamboril y de flauta, les arrojaba dinero por la ventana, y mandaba que tocaran en el patio de mi casa hasta que amaneciera. Y las vecinas se morían de envidia: «¡Otra vez está Alí bey con la señora!», decían rabiando.

»–Más tarde, en Constantinopla, Suleimán bajá no permiti–tía que saliera de paseo los viernes. Temía que el Sultán, al verme mientras se dirigía a la mezquita, deslumbrado por mi belleza, enviara a los suyos para que me raptaran. Por la mañana, al salir de mi casa, dejaba a tres negros de guardia en la puerta con orden de impedir que algún hombre se acercara a mí. ¡Ah, mi Suleimanito de mi alma!...

Extrajo del corpiño un gran pañuelo a cuadros y lo mor–disqueó resoplando como una tortuga.

Zorba se libró de su peso colocándola en la silla cercana, y se levantó irritado. Recorrió la pieza dos o tres veces a zan–cadas, resoplando también; sin duda, el cuarto le pareció de pronto demasiado pequeño, pues cogió el bastón y saliendo al patio apoyó una escalera contra la pared. Vi que subía los peldaños de dos en dos, enfurecido.

–¿A quién quieres zurrar, Zorba? –le grité–. ¿A Suleimán bajá?

–¡Malditos gatos! –gritaba él–. ¡No me dejarán en paz!

Y de un salto se metió en el tejado.

Doña Hortensia, ebria, con los cabellos despeinados, había cerrado los ojos enrojecidos y de su desdentada boca surgían discretos ronquidos. El sueño habíala alzado en vilo para trasladarla a las

grandes ciudades de Oriente, a los jardines cercados, a los harenes umbríos, a los brazos de bajaes ena-morados. Permitíale atravesar muros; la halagaba con visio-nes deleitosas: veíase a sí misma pescando; acababa de arro-jar cuatro sedales y había cogido con ellos cuatro acorazados.

Entre ronquidos y resoplidos, bañada y refrescada por el mar, la vieja sirena, sonreía, feliz, en el sueño.

Regresó Zorba, agitando el bastón.

–¿Duerme? –preguntó–. ¿Se ha dormido, la zorra?

–Sí –le contesté–, la ha raptado el Voronoff que rejuvenece a los ancianos, Zorba bajá, el único que puede hacerlo: el sueño. Ahora tiene de nuevo veinte años y se pasea por Alejandría y por Beirut...

–¡Que se vaya al diablo, vieja porquería! –gruñó Zorba y escupió en el suelo–. ¡Mírala cómo sonríe! ¿Para quién destinará esa sonrisa, la pelleja? ¡Vayámonos de aquí, pa-trón!

Se encasquetó el gorro, abrió la puerta.

–No se queda sola –gritó Zorba–, está con Suleimán bajá, ¿no lo ves, tú? ¡Mírala en sus glorias a la muy puerca! ¡Ea, larguémonos pronto!

Salimos al aire frío. La luna navegaba en el cielo sereno.

–¡Mujeres! –dijo Zorba con muestras de asco–. ¡Puah! Aunque no son ellas las culpables, sino nosotros, los sin seso, los desbaratados, los Suleimanes, los Zorba...

Y al cabo de un instante, agregó:

–Ni siquiera nosotros somos culpables; sólo hay uno que es el causante de todo, el «Gran Tronera» y «Sin Juicio», el Gran Suleimán bajá... ¿Sabes cuál es?

–Si existe –contesté–. ¿Pero si no existiera?

–¡Truenos! ¡Entonces estamos fritos!

Durante largo rato caminamos rápidamente, sin hablar. Zorba iba rumiando, sin duda, cavilaciones crueles, pues de cuando en cuando golpeaba los guijarros con el bastón y escupía enojado.

De pronto se volvió hacia mí, diciendo:

–¡Que Dios guarde los huesos de mi abuelo! Él conocía a las mujeres, él también las quería mucho, el desdichado, y había tenido que pasarlas, por causa de ellas, muy amargas. «Por lo bien que te quiero, Alexis, hijo mío», me decía, «¡cuídate de las mujeres! Cuando Dios le hubo extraído a Adán la costilla con que pensaba dar forma a la mujer, ¡mal-dita sea la hora aquella!, llegó el diablo en figura de ser-piente y se la arrebató de las manos... Lo corre Dios, lo alcanza, lo agarra; pero se le escapa, dejándole sólo los cuer-nos por donde lo tenía sujeto. La buena mujer casera hila hasta

con la cuchara, se dijo Dios. ¡Pues bien! A falta de costilla, haré la mujer con los cuernos del diablo. Y eso hizo, y el diablo desde entonces nos domina, Alexis, niño mío. En cualquier parte de la mujer que toques, allí hallarás los cuernos del diablo. ¡Cuidate, muchacho! Mira que ella también robó las manzanas del Paraíso, se las metió en el corpiño y ahora va y viene muy oronda sacando pecho. ¡La peste sea con ella! Si comieres de esas manzanas, desdichado, estás perdido; si no comes ¡perdido lo mismo! ¿Qué consejo puedo yo darte? ¡Haz lo que te venga en ganas!» Eso me decía mi difunto abuelo. Pero, ¿cómo había yo de asentar el seso? ¡Seguí la misma senda que él siguió: derechito hacia el diablo!

Cruzábamos de prisa la aldea. El claro de luna se mostraba inquieto, inquietante. Imaginad que después de haberos embriagado salís a tomar aire afuera y os halláis con que el mundo repentinamente ha cambiado. Los caminos se convir-tieron en ríos de leche, las hondonadas, las huellas de los carros, rebosan cal, las montañas están cubiertas de nieve totalmente. Tenéis las manos, el rostro, el cuello, fosforescentes como el abdomen de la luciérnaga. Y cual exótica meda-lla, pende la luna de vuestro pecho.

Caminábamos con paso vivo, callados. Achispados por el claro de luna tanto como por el vino bebido, nos parecía que no tocaban el suelo nuestros pies. Allá, detrás, en la aldea dormida, los perros subidos a los tejados ladraban quejosa-mente, puesta la mirada en la luna. Ganas os daban, sin motivo, de tender el cuello como los canes y ladrar como ellos a la luna...

Pasábamos ahora por frente al huerto de la viuda. Zorba se detuvo. El vino, la abundante cena, la luna, le habían quitado el poco juicio que le quedaba. Tendió el cuello y con voz gruesa de asno en celo se dio a rebuznar un dístico indecente, que acababa de improvisar al soplo de la exalta-ción que lo dominaba:

¡Como me gusta tu cuerpo, hermoso, vibrante y fuerte,
que acoge viva a la anguila, y al punto la vuelve inerte!

—¡Otro cuerno del diablo, ésta! —dijo—. ¡Larguémonos, patrón!

Era ya cerca del amanecer cuando llegamos a nuestra cabaña. Me tendí en la cama, agotado. Zorba se lavó, encendió la cocinilla, preparó café. Acurrucóse después ante la puerta, dio lumbre a un cigarrillo y se quedó fumando apaciblemente, muy derecho el cuerpo, inmóvil, contemplando el mar. El semblante aparecía grave y concentrado. Se asemejaba a una figura japonesa que me agradaba mucho: en ella, un asceta sentado con las piernas cruzadas, envuelto en amplia bata de color naranja, tiene el rostro brillante como madera dura finamente tallada, ennegrecida por las lluvias; y con el cuello tenso, sonriente, sin miedo, pierde ante sí la mirada en la oscuridad de la noche...

Mirábalo a Zorba al fulgor de la luna y me maravillaba la fe en sí mismo, la sencillez con que se acomodaba al mundo viviente; cómo su alma y su cuerpo formaban un todo armonioso; y cómo toda cosa, mujeres, pan, agua, carne, sueño, se confundían alegremente con su carne y se convertían en Zorba. Nunca jamás había presenciado tan amistoso entendimiento entre un hombre y el universo.

La luna se inclinaba ahora hacia el poniente, redonda, verde pálida. Una inefable dulzura se extendía sobre el mar.

Zorba arrojó el cigarrillo, estiró los brazos, rebuscó entre las cosas contenidas en un cestillo, sacó hilos, bobinas, tro-citos de madera; encendió la lamparilla de alcohol y se entre-tuvo una vez más con los ensayos del proyectado cable aéreo. Inclinado sobre el juguete rudimentario, se abismaba en cálculos muy difíciles sin duda, pues a cada rato se rascaba con furia la cabeza y echaba una imprecación. De pronto, se hartó. De un puntapié derribó la construcción y el teleférico quedó hecho un montoncillo informe en el suelo.

XII

Me venció el sueño. Cuando desperté, Zorba ya se había marchado. Hacía frío; no tenía el menor deseo de levantarme. Alargué el brazo hacia una repisa que había a la cabecera y saqué de ella un libro de mi preferencia y que siempre llevaba en mis viajes, los versos de Mallarmé. Leí lentamente, al azar; cerré el libro, volví a abrirlo; lo dejé al fin. Todo cuanto leía aparecíase, por vez primera en aquella mañana, exangüe, desprovisto de olor, de sabor y de sustancia hu-mana. Palabras, de tono azul descolorido, vacías, suspensas en el aire. Agua destilada, perfectamente pura, sin microbios, pero también carente de sustancias nutritivas. Sin vida.

Así como ocurre que en las religiones cuyo impulso crea-dor ha muerto, los dioses no son sino motivos poéticos y adornos propios para alegrar la soledad de hombres y de paredes, así ocurre con esta poesía. La vehemente aspiración de un corazón cargado de humus y de simientes se trans-forma en un juego intelectual impecable, en una arquitectura aérea sabia y complicada.

Abrí de nuevo el libro y leí en él. ¿Por qué durante tantos años estos poemas me conmovieron? ¿Poesía pura? La vida cambiada en juego lúcido, transparente, sin el peso siquiera de una gota de sangre. El elemento humano es de por sí grávido de deseo, de turbaciones, de impurezas –amor, carne, grito– ¡que se sublima, pues, en idea abstracta, y dentro del horno del espíritu, pasando de alquimia en alquimia, que llegue a inmaterializarse y a depurarse!

Ahora bien; todo esto que otrora me tenía fascinado, se me presentó en aquella mañana como puras acrobacias charlatanescas. Siempre es así: al declinar de las civilizaciones, acaba también en juegos de prestidigitadores, muy hábiles –poesía pura, música pura, pensamiento puro–, la angustia del hombre. El último de los hombres vivientes en la tierra, liberado de toda creencia y de toda ilusión, que ya no espera nada ni teme nada, ve cómo la arcilla de que está hecho se reduce a espíritu, y cómo el espíritu no encuentra nada en que echar raíces para sorber y alimentarse. El último de los hombres vivientes de la tierra se ha vaciado: ya no hay en él simiente, ni excrementos, ni sangre. Todas las cosas se han convertido en palabras, todas las palabras en trasposiciones musicales juglarescas. El último de los hombres llega más lejos aún: se sienta en una punta de su soledad y des-compone la música en mudas ecuaciones matemáticas.

Me sobresalté. ¡Buda es el último de los hombres! pensé. En eso está su sentido secreto y terrible. Buda es el alma «pura» que se ha vaciado; en él no hay nada, él es la Nada. ¡Vaciad vuestras entrañas, vaciad vuestro corazón, vaciad vuestro espíritu! exclama. Donde se posa su pie no surge ya agua, no crece una hierba, no nace un niño.

¡Es preciso, pensé, movilizar a las palabras hechiceras, apelar a la cadencia mágica, para sitiario, echarle un sortilegio y hacer que salga fuera de mis entrañas! ¡Es preciso que arroje la red de las imágenes, de las metáforas, para asirlo y librarme de él!

Escribir mi «Buda» dejaba de ser, en fin, un juego lite-rario. Era una lucha a muerte entablada contra una gran fuerza de destrucción emboscada en mí, un duelo con el gran No que me carcomía el corazón, y de los resultados de tal duelo dependía la salvación de mi alma.

Contento, decidido, tomé el manuscrito. ¡Había hallado el blanco; ahora sabía hacia dónde tirar! Buda es el último de los hombres. Nosotros sólo estamos al comienzo, no he-mos comido, ni bebido, ni amado bastante, no hemos vivido todavía. Nos ha llegado demasiado pronto ese delicado anciano sin aliento. ¡Que se marche cuanto antes!

Me puse a la tarea alegremente. No diré ya que escribía. Aquello no era escribir: era entrar en guerra, en cacería despiadada, era sentar un sitio y operar un hechizo para que saliera el monstruo de su cueva. ¡Qué mágico poder, en verdad, es el del arte! Cuando oscuras potencias homicidas se agazapan en nuestras entrañas, como funestas incitaciones a matar, a destruir, a odiar, a deshonorar, llega el arte y con su suave caramillo las espanta y nos libera.

Escribí, perseguí y luché todo el día. Al llegar la noche, me sentía agotado. Pero me reconfortaba la convicción de que había progresado, que había conquistado algunos puestos avanzados del enemigo. Me corría prisa, ahora, por que vi-niera Zorba para comer, dormir, recobrar fuerzas y reanudar el combate en cuanto amaneciera.

Era ya noche cuando regresó Zorba. Traía iluminado el semblante. «¡Él ha encontrado, también, ha encontrado!», me dije y esperé.

Unos días antes, porque empezaba a cansarme la empresa, le había dicho con enojo:

–El capital se acaba, Zorba. ¡Lo que has de hacer, hazlo pronto! Pongamos en marcha el teleférico: si el carbón ya no rinde, nos recobramos con la leña. Si no, estamos perdidos.

Zorba se rascó la cabezota.

–¿Se terminan los fondos, patrón? ¡Eso es malo!

–Se acaban; lo hemos comido todo, Zorba. ¡Veamos si eres capaz de zafarte del peligro! ¿Cómo andan las pruebas del cable? ¿No hay nada positivo, todavía?

Zorba bajó la cabeza sin dar respuesta. Se había sentido avergonzado esa noche. «¡Condenado teleférico», gruñó, «te he de vencer!» Y ahora volvía con el semblante iluminado.

–¡Di con el quid, patrón! –exclamó desde lejos–. Encontré la inclinación apropiada. Se me iba de las manos, no quería entregarse, la pícara ¡pero la encontré!

–Entonces ¡apúrate a poner en marcha el aparato! ¡Carbón a la máquina, Zorba! ¿Qué necesitas?

–Mañana temprano tendré que irme a la ciudad a comprar el material: un buen cable, poleas, cojinetes, clavos, ganchos... ¡No te aflijas, que estaré de vuelta antes que hayas notado que me he ido!

Encendió prontamente el fuego, guisó la comida, comimos y bebimos con ganas. Ambos habíamos cumplido útil trabajo ese día.

Al día siguiente temprano acompañé a Zorba hasta la aldea. Conversamos como gente juiciosa y práctica de los trabajos de la mina. Yendo cuesta abajo, Zorba tropezó con una piedra que rodó unos metros. Zorba se detuvo asombrado, como si por vez primera en su vida presenciara tan sorprendente espectáculo. Se volvió hacia mí, me miró y en su mirada advertí algo como leve espanto.

–¿Lo has notado, patrón? En las bajadas, las piedras adquieren la animación de un ser viviente.

No dije nada, aunque era grande mi alegría. «Así», pensé, «los visionarios sublimes, los poetas inspirados ven siempre toda cosa por primera vez. Cada mañana se abre a su vista un mundo nuevo; no ven sino un mundo nuevo: lo crean.»

El universo era para Zorba, como para los hombres primitivos, una visión pesada y compacta; las estrellas se deslizaban sobre él, el mar rompía contra sus sienes; vivía, sin la mediación de la razón, la tierra, el agua, los animales, Dios. Doña Hortensia, advertida, nos esperaba a la puerta de su casa. Pintada, calafateada con polvos, inquieta. Se había adornado como un salón de baile popular un sábado a la noche. La mula esperaba también ante la casa; Zorba montó de un salto y cogió las riendas.

Nuestra sirena se aproximó tímidamente y apoyó la regordeta mano en el pecho de la caballería, como si intentara detener la partida del bien amado.

–Zorba... –arrulló alzándose en la punta de los pies–. Zorba...

Zorba volvió la cabeza hacia el lado opuesto. Las chocheces de enamorados, así, en plena calle, no eran muy de su agrado. La pobre mujer advirtió el gesto de Zorba y se espantó. Pero la mano quedó apoyada, grávida de tierno ruego, en el pecho de la bestia.

–¿Qué quieres? –dijo Zorba fastidiado.

–Zorba –murmuró ella con suplicante voz–, sé juicio–so... No me olvides, Zorba, sé juicioso...

Zorba sacudió las riendas sin responder. La mula em–prendió la marcha.

–¡Buen viaje, Zorba! –exclamé–. ¡Tres días ¿oyes? no más!

Se volvió agitando la manaza. La vieja sirena lloraba y al rodar las lágrimas abrían surcos en los polvos.

–Te di mi palabra, patrón. Con eso basta –dijo Zorba– ¡Hasta pronto!

Y desapareció entre los olivos. Doña Hortensia lloraba y miraba cómo a ratos brillaba y a ratos se ocultaba a través de las argentadas hojas la alegre manta bermeja que había puesto de montura, la pobrecilla, para que su bien amado cabalgara cómodamente. Pero al fin desapareció la manta y doña Hortensia miró con angustia en torno: el mundo se había vaciado.

No quise regresar a mi playa. Me sentía triste y subí a la montaña. En el instante en que llegaba al sendero ascendente, oí el sonar de una corneta: el cartero rural anunciaba su venida a la aldea.

–¡Señor! –me gritó sacudiendo la mano.

Lo esperé y me dio un paquete de periódicos y revistas literarias, y dos cartas. Una de ellas la guardé al instante en el bolsillo para leerla al anochecer, a la hora vespertina en que, al terminar el día, el alma se aquieta. Yo sabía de quién era, y quería, para que durara más tiempo, dilatar cuanto pudiera mi alegría.

Supe quién me escribía la segunda carta por la letra brusca y cortante y por los sellos exóticos. Era de uno de mis antiguos camaradas de estudios, Karayannis. Me la enviaba desde África, desde una montaña cerca del Tanganika.

Tipo raro, violento, moreno de dientes muy blancos. Uno de los caninos le sobresalía como a un jabalí. No hablaba nunca: gritaba; no discutía: disputaba. Habíase alejado de su patria, Creta, donde vistiendo hábito se desempeñaba como joven profesor de teología. Tuvo un galanteo con una de sus alumnas: los sorprendieron besándose en el campo. Hubieron de soportar la rechifla de la gente; pero ese mismo día, el joven profesor colgó los hábitos y se embarcó. Se iba a África a

casa de uno de sus tíos; en aquellos lugares se entregó arduosamente al trabajo, puso una fábrica de cuerdas, ganó mucho dinero. De cuando en cuando me escribía, invitándome a que lo visitara y me estuviera con él unos seis meses. Al abrir cada carta suya, aún antes de leerlas, sentía yo que de las abundantes y deshilvanadas páginas se desataba impetuoso viento que me despeinaba el cabello. Cada vez resolvía en mi fuero íntimo que me embarcaría para África con el fin de juntarme con mi amigo; pero nunca partía.

Salíme del camino, me senté en una piedra, desgarré el sobre y leí:

«Ostra adherida a la roca helénica, ¿cuándo te decidirás a venir? Te has convertido, tú también, en verdadero y sucio griego, poste de taberna, que te encenagas en los cafés. Pues no supondrás que sólo los cafés son cafés: también lo son los libros, los hábitos creados, las famosas ideologías. Hoy es domingo, ningún trabajo me apremia, estoy en mi casa, en mis dominios, y pienso en ti. Arde el sol como un horno. No cabe esperar una gota de lluvia. Aquí, cuando llueve, en abril, mayo, junio, es un verdadero diluvio.

»Me encuentro solo y me agrada mi soledad. No faltan sucios griegos por acá (¿dónde no pulularán estos asquerosos insectos?) pero yo no quiero verlos. Me dan náuseas. Hasta estas lejanas regiones ha llegado vuestra lepra, postes de taberna que el diablo se lleve vuestras innobles disputas políticas. Eso, la política, es la perdición de los griegos. También tienen los naipes, por supuesto, y además la ignorancia y la lujuria.

»Odio a los europeos; razón por la cual me hallo vagando por las montañas de Vassamba. Odio a los europeos; pero por sobre todas las cosas odio a los sucios griegos y a todo lo que lleva sello griego. Nunca volveré a poner los pies en vuestra Grecia. Aquí he de reventar; ya tengo alzado el sepulcro que guardará mis restos, frente a mi choza, en la montaña desierta. Con mis propias manos coloqué la losa donde grabé yo mismo esta inscripción en letras mayúsculas:

YACE AQUÍ UN GRIEGO QUE DETESTA A LOS GRIEGOS

»Me río a carcajadas, escupo, blasfemo, lloro, cada vez que me acuerdo de Grecia. Para no ver a los griegos ni a nada que con los griegos se relacione, abandoné para siempre a mi patria. He venido aquí, trayéndome conmigo a mi destino –no es mi destino quien me trajo a mí: el hombre hace su voluntad– he traído aquí a mi destino y he trabajado y trabajo como un esclavo. He derramado y sigo derramando torrentes de sudor. Combato contra la tierra, contra el viento, contra la lluvia, contra los obreros, mis esclavos, negros y rojos.

»No poseo ninguna alegría. Sí, una: la del trabajo. Con el cuerpo y con el espíritu; aunque más vale con el cuerpo. Me gusta fatigarme, traspasar, oír cómo crujen mis huesos. La mitad de lo que gano

lo arrojo al aire, lo despilfarro, dónde y como se me antoja. No soy esclavo del dinero; el dinero es esclavo mío. Yo soy, y me glorío de ello, esclavo del trabajo. Derribo árboles: tengo un convenio con los in-gleses. Fabrico cuerdas; ahora también cultivo algodón. Anoche, dos tribus de los negros que me sirven –los Vayai y los Vanguoni– se fueron a las manos por causa de una mujer, una ramera. El amor propio ¿ves? lo mismo que ocurre entre vosotros ¡oh, griegos! Hubo injurias intercam-biadas, tumulto, mazazos, cabezas rotas. Acudieron las mu-jeres en plena noche a despertarme con sus chillidos y a pedirme que juzgara el caso. Me enojé y las mandé primero al diablo y luego a la policía inglesa. Pero ellas se quedaron toda la noche ante mi puerta con sus incesantes alaridos. Al amanecer salí y cumplí mi función de juez.

»Mañana lunes muy temprano saldré a escalar las montañas de Vassamba, lugar de bosques inmensos, de aguas fres-cas, de verdor eterno. Pues bien, ¿cuándo piensas desligarte tú, sucio griego, de Babilonia, la gran prostituta, con quien todos los reyes fornicaron, que es Europa? ¿Cuándo vendrás para escalar conmigo estas montañas desiertas y puras?

»Tuve un hijo con una negra: es una cualquiera. A la madre la expulsé de mi casa: me “ponía cuernos” públicamen-te, en pleno día, bajo cada árbol verde. Pero a la niña, la guardé conmigo; tiene dos años. Camina, empieza a hablar, le enseño el griego; la primera frase que le enseñé es ésta: ¡Escupo en ti, Grecia asquerosa!

»Se me parece la bribona. Sólo la nariz achatada es de la madre. La quiero, pero como se quiere a un gato o a un perro. Ven, y engendra un varón en el seno de alguna de nuestras vassambas y así, un día, para divertirnos y para que ellos se diviertan también, los casaremos. Adiós. ¡Que el diablo sea contigo y conmigo, querido amigo!»

Y firmaba: «Karayannis, Servus diabolicus Dei.»

Dejé la carta abierta sobre mis rodillas. De nuevo me asaltó ardoroso deseo de partir. No porque sintiera la nece-sidad de hacerlo; me hallaba muy bien en la ribera cretense, estaba en ella a gusto, feliz y libre. Nada me faltaba. Pero siempre me dominó el vivo anhelo de ver y de tocar la mayor extensión posible de tierra y de mar, antes de morirme.

Me levanté y cambiando de parecer, en lugar de trepar por la montaña, bajé a paso apresurado hacia mi playa. Sentía el roce, en el bolsillo superior de la chaqueta, de la segunda carta, y no podía dominar la impaciencia. «Ya ha durado bastante la fruición anticipada del placer», me decía, «tan dulce y tan angustiosa.»

Llegué a la cabaña, encendí fuego, preparé té, comí una rebanada de pan untada con manteca y miel, comí unas na-ranjas. Me desnudé, me acosté y luego abrí la carta:

«A mi maestro y discípulo neófito ¡salud!

»Me ocupa aquí una tarea intensa y difícil ¡“Dios” sea loado! –pongo entre comillas la palabra peligrosa, como a una fiera entre rejas, para que no te fastidies desde el comienzo de esta carta–; repito, pues, una tarea difícil ¡“Dios” sea loado! Medio millón de griegos vive peligrosa–mente amenazado en la Rusia meridional y en el Cáucaso. Muchos de ellos sólo saben hablar el turco o el ruso, pero sus corazones hablan fanáticamente el griego. Son de nuestra sangre. Basta con echarles una mirada –y advertir cómo les brillan los ojos avizores y rapaces, cómo sonríen sus labios maliciosos y sensuales, cómo han logrado convertirse aquí, en esta inmensa tierra rusa, en amos que tienen sometidos como servidores a los mujiks indígenas– para comprender al punto que son ellos legítimos descendientes de tu muy caro Ulises. Entonces se les toma cariño y no se les abandona a la muerte.

»Pues están en peligro de muerte. Perdieron cuanto po–seían, pasan hambre, andan desnudos. Por una parte, los persiguen los bolcheviques; por la otra, los kurdos. De todos lados los perseguidos vinieron a refugiarse en algunas ciuda–des de Georgia y de Armenia. No tenemos suficientes ali–mentos, ni ropas, ni medicinas. Se amontonan en los puertos, observando angustiados el horizonte, a la espera de una em–barcación que los devuelva a su madre, Grecia. Una porción de nuestra raza; vale decir, una porción de nuestra alma, se halla aquí presa de pánico.

»Si los abandonamos a su suerte, perecerán. Es menester mucho amor y mucha comprensión, mucho entusiasmo y mucho sentido práctico –cualidades que tanto te agrada ver juntas– para lograr salvarlos y volverlos a nuestro libre suelo, allí donde sea útil para nuestra raza, arriba, en las fronteras de Macedonia, o más lejos, en las fronteras de Tracia. Sólo así se salvarán centenas de miles de griegos, y sólo así nos salvaremos con ellos. Pues, en el mismo instante en que hallé esta tierra, tracé en torno de mí, de acuerdo con tus enseñanzas, un amplio círculo, y a dicho círculo le di el nombre de “mi deber”. Y dije: “Si logro salvar el círculo entero, me habré salvado; si no lo logro, me habré perdido.” Pues bien, en el círculo se encuentran quinientos mil griegos.

»Recorro ciudades y pueblos, reúno a los griegos, redacto informes, envío telegramas, me empeño en conseguir que nuestros mandarines de Atenas nos destinen algunos barcos, víveres, ropas, medicamentos, y hago cuanto puedo para lle–var a estos desdichados a Grecia. Si luchar con fervor y porfía es una dicha, yo soy feliz. No sé si, como tú dices, he cortado mi felicidad a mi altura ¡ojalá así fuera! pues enton–ces sería yo un hombre alto. Prefiero que la estatura alcance hasta lo que yo considero felicidad, es decir, hasta las fron–teras más apartadas de Grecia. ¡Pero basta ya de teorías! Tú que te ves tendido en la playa cretense, escuchando el rumor del mar y los sonos del santuri, tienes tiempo de sobra para ocuparte de teorías, yo, no. A mí la actividad me devora, y me alegro de que así sea. La acción, maestro inactivo, la acción: no hay otra salvación posible.

»El tema de mis cavilaciones es, en fin, muy sencillo y sin vueltas; me digo: “Estos habitantes actuales del Ponto y del Cáucaso, estos labradores de Kars, estos comerciantes en grande o al menudeo de Tiflis, de Batum, de Novorossisk, de Rostof, de Odesa, de Crimea, son, a pesar de todo, gen–te de nuestra raza, sangre de nuestra sangre; para ellos, como para nosotros, la capital de Grecia es Constantinopla. Tenemos el mismo jefe. Tú lo llamas Ulises; otros, Constan–tino

Paleólogo, no el que fue muerto ante los muros de Bizancio, sino el otro, el de la leyenda, el que convertido en mármol, espera, de pie, la llegada del ángel de la libertad. Yo, si me lo permites, a ese jefe de nuestra raza lo llamaría Akritas. Me gusta más este nombre, es más austero y más guerrero. En cuanto lo oyes se yergue en tu alma, armada con todas sus armas, la Hélade eterna, la que combate sin tregua y sin temor en las marcas, en las fronteras. En todas las fronteras: nacionales, intelectuales, espirituales. Y si le agregamos el epíteto de Digenis, queda pintada más nítida la imagen de nuestra raza, maravillosa síntesis de Oriente y Occidente.

»Me hallo en estos momentos en Kars, donde vine a recoger a todos los griegos del contorno. El mismo día de mi llegada, los kurdos se apoderaron, en los alrededores de Kars, de un pope y de un maestro de escuela griegos y los herraron como a mulos. Espantados los notables se refugiaron en la casa en que habito. Oímos, cada vez más cercano, el cañoneo de los kurdos que se acercan. Todos tienen puestas las miradas en mí, como si yo fuera la única fuerza capaz de salvarlos.

»Pensaba marcharme mañana a Tiflis; pero ahora, en presencia del inminente peligro, me da vergüenza retirarme. Me quedo, pues. No diré que no siento miedo; lo siento, en verdad; pero también siento vergüenza. El Guerrero de Rembrandt, mi Guerrero, ¿no procedería de igual modo? Se quedaría; yo también me quedo, entonces. Si los kurdos entran en la ciudad, es natural y justo que me hierren a mí antes que a nadie. Por cierto que no descontarías, maestro, semejante fin de mulo herrado para tu discípulo.

»Tras inacabable discusión, a la manera griega, hemos resuelto que todos los nuestros se congregarían esta noche con sus caballerías, sus bueyes, sus ovejas, sus mujeres y sus hijos, para partir al alba hacia el norte. Yo iré adelante, como el morueco al frente de las ovejas.

»¡Patriarcal emigración de un pueblo a través de cordilleras y llanuras de nombres legendarios! Y yo seré algo así como un Moisés, pseudo-Moisés, que conduce al pueblo elegido hacia la Tierra Prometida, como estos ingenuos llaman a Grecia. Hubiera sido menester, sin duda, para que estuviera a la altura de tal misión mosaica y para no avergonzarte, maestro, que me animara a suprimir los elegantes escafpines, objeto de tus burlas, y que me envolviera las piernas con bandas de pieles de carnero. Asimismo, que luciera unas barbas onduladas y grasientas y, cosa más importante, un par de cuernos. Mas, tienes que perdonármelo, no podré proporcionarte tal placer. Es más fácil forzarme a cambiar de alma que de vestimenta. Seguiré usando mis escafpines, me afeito cuidadosamente hasta dejar la piel como troncho de col y no me he casado.

»Querido maestro, espero que te llegue esta carta, quizás la última que te escriba. Nadie lo sabe. No tengo confianza alguna en las fuerzas ocultas, que, según dicen, protegen a los hombres. Creo, sí, en la existencia de fuerzas ciegas que hieren a derecha e izquierda, sin maldad, sin propósito pre-concebido, y matan al que se ponga a su alcance. Si me fuera de la tierra (digo "me fuera" para no asustarte y para no asustarme yo mismo con la palabra apropiada), si me fuera, pues, mi deseo es que tengas salud, que seas feliz ¡querido maestro! Me avergüenza decirlo, pero es preciso que lo diga, perdóname: yo también te he querido mucho.»

Y debajo, escrito con lápiz y de prisa:

P. D. – «No olvido el convenio a que arribamos el día de mi partida, a bordo del barco que me había de traer a estos lugares. Si “me fuera”, te he de dar aviso, ciertamente, don-dequiera que te halles; no te asustes.»

XIII

Tres días, cuatro días, cinco días transcurrieron: ninguna noticia hubo de Zorba.

El sexto, me llegó de Candía una carta de varias páginas, un verdadero pastel. Venía escrita en papel rosa perfumado y ostentaba en un ángulo un corazón atravesado por una flecha.

La conservé con cuidado y la copio ahora sin alterar los giros amanerados que contenía en abundancia. Sólo corregí las encantadoras faltas de ortografía, pues Zorba empuñaba la pluma como si fuera un pico, golpeando con fuerza, razón por la cual el papel aparecía desgarrado en varias partes o con grandes borrones de tinta.

«Querido patrón, señor capitalista:

»Tomo la pluma para preguntarte si gozas de buena salud. Nosotros, aquí, también nos hallamos bien ¡gracias a Dios!

»En lo que a mí respecta, hace tiempo comprendí que no vine a este mundo como un caballo o un buey. Solamente a los animales les está consentido que vivan para comer. Para evitar el susodicho reproche, yo me forjo día y noche dife-rentes obligaciones, arriesgo el pan por una idea, vuelvo del revés los refranes y me digo: Más valen cien pájaros volando que uno en la mano.

»Muchos son patriotas sin que les cueste. Yo no soy patriota, no lo soy aun cuando me perjudique. Muchos creen en el Paraíso y permiten que sus asnos se metan en los feraces campos del cielo. Yo no tengo asno, soy libre; no temo al infierno, donde mi asno moriría, ni espero en el Paraíso, donde se hartaría de trébol. Soy ignorante como una ostra; no sé expresar las cosas; pero tú, patrón, me entiendes.

»Muchos han tenido miedo de la vanidad de las cosas; yo he vencido al miedo. Muchos reflexionan; yo no tengo nece-sidad de reflexionar. No me regocija el bien, ni me aflige el mal. Si me dicen que los griegos conquistaron a Constanti-nopla, para mí es lo mismo que si me dijeran que los turcos se apoderaron de Atenas.

»Si estas tonterías que te escribo te indicaran que he caído en plena chochera, dímelo, por favor, en tu próxima. Por de pronto, recorro las tiendas de Candía en busca del cable adecuado y me regodeo. “¿De qué te ríes, amigo?”, me preguntan. Pero ¿cómo explicárselo? Yo me río porque de repente, mientras tiendo la mano para verificar si es bueno el cable, pienso en qué es el hombre, para qué está en la superficie de la tierra, para qué sirve... En mi opinión, para nada. Todas las cosas dan lo mismo: que tenga mujer, o que no la tenga; que sea honrado, o que no lo sea; que sea bajá o mozo de cordel. Sólo hay diferencia entre estar vivo y estar muerto. Si el diablo o Dios me llaman a sí (¿te diré, patrón, que mucho me temo que Dios y el diablo sean uno?) reventaré, me convertiré en osamenta hedionda, apestaré y la gente se verá obligada a sepultarme en un hoyo de cuatro pies de profundidad para no quedar asfixiada.

»A propósito, tengo que confesarte, patrón, una cosa que me da miedo, la única, y que no me deja en paz ni de día ni de noche: la cosa que me da miedo, patrón, es la vejez ¡presérvenos el cielo de ella! La muerte no es nada, un ¡pff! y la candela se apaga. Pero la vejez es vergonzosa.

»Para mí la mayor vergüenza es confesar que estoy viejo y hago cuanto puedo por que nadie advierta que he enveje-cido: salto, bailo; aunque me duelan los riñones, bailo. Bebo, aunque me den vértigos y todo gire en torno de mí; yo permanezco impávido, como si nada ocurriera. Si estoy sudoroso, me zambullo en el mar y tomo frío y me dan ganas de toser para aliviarme, pues la vergüenza, patrón, me sofoca la tos en la garganta ¿me oíste toser alguna vez? ¡nunca! Y esto no solamente, como podría creerse, cuando hay alguien presente; lo mismo cuando me hallo a solas. Me avergüenzo ante Zorba, patrón, ¿qué te diré? ¡Me avergüenzo ante él!

»Un día, en el monte Atos, pues también allí estuve y más me hubiera valido que me rompiera una pata antes, conocí a un monje, el padre Lavrentio, de Chios. Éste, pobre tipo, creía que en él había un demonio y hasta le había dado nombre: lo llamaba Hodja. “¡Hodja quiere comer carne en Viernes Santo!”, clamaba el pobre Lavrentio dando de cabeza en el umbral de la capilla. “¡Hodja quiere fornicar! ¡Hodja quiere dar muerte al higúmeno! ¡Es Hodja y no yo!” Y dale que dale con la frente contra la losa.

»A mí me pasa lo mismo, patrón, tengo en mí un demonio y lo llamo Zorba. El Zorba que está oculto dentro no quiere envejecer, no quiere, no, y no ha envejecido, ni envejecerá nunca. Es un ogro, de cabellos negros como ala de cuervo, de treinta y dos (número 32) dientes y con un clavel rojo en la oreja. Pero el Zorba de afuera ha claudicado, pobre infeliz; le han salido cabellos blancos, se ha arrugado, se ha encogido, se le caen los dientes y se le ha poblado la amplia oreja de blanco pelo de vejez, de largas crines asnales.

»¿Qué cabe hacer, patrón? ¿Hasta cuándo combatirán entre sí ambos Zorbas? ¿Cuál de los dos vencerá al fin y al cabo? Si reventara yo pronto, bien está, no me importaría. Pero si viviera mucho, estoy frito. Estoy frito, patrón, pues día llegará en que me sienta envilecido. Perderé la libertad. Mi nuera y mi hija me mandarán que cuide de un mocoso, monstruo tremendo, vástago suyo, y que vele por que no se queme, no se caiga, no se ensucie. ¡Y si se ensuciare, me meterán a mí ¡puah! a limpiarlo!

»Tú también habrás de sufrir iguales vergüenzas, patrón. Aunque aún eres joven ¡ten cuidado! Escucha lo que te digo: sigue la senda por donde voy yo, ninguna otra lleva a la salvación; internémonos en la montaña, extraigamos de ella carbón, cobre, hierro, cinc; ganemos dinero para que nues-tros parientes nos respeten, para que nuestros amigos nos laman las botas, para que la gente distinguida se quite el sombrero al vernos. Si no logramos buen éxito, patrón, más vale que nos caigamos muertos, que nos devoren los lobos, o los osos, o cualquier bestia feroz con que topemos, ¡y que buen provecho haya! Para eso creó Dios a las bestias feroces: para que devoren a gente como nosotros, de modo que no lleguen a envilecerse.»

Aquí Zorba dibujó con lápices de colores un hombre alto, delgado, que corre por junto a unos árboles verdes perseguido por siete lobos rojos, y en la parte superior del dibujo puso con letras mayúsculas: «ZORBA Y LOS SIETE PECADOS CAPITALES.»

Luego continuaba:

«Mi carta te dará a entender cuán desdichado soy. Sola-mente contigo, cuando converso contigo, puedo esperar algún alivio a mi hipocondría. Pues tú eres como yo, aunque no lo sabes. Tú llevas también un demonio en ti; pero no sabes cómo se llama y no sabiéndolo te asfixias. ¡Bautízalo, patrón, para que te alivies!

»Decíate, pues, cuán desdichado soy. Toda mi inteligencia, bien veo que no es más que estupidez, y no otra cosa. Sin embargo, momentos hay, días hay que concibo pensamientos dignos de un gran hombre ¡si pudiera realizar todo lo que me ordena el Zorba interior, quedaría pasmado el mundo!

»Considerando que no he firmado contrato alguno con la vida, aflojo el freno cuando me veo en pendiente peligrosa. La vida del hombre es una ruta que va a ratos cuesta arriba y a ratos cuesta abajo. La gente sensata avanza por ella con frenos. Pero yo, y en esto radica mi mérito, hace mucho tiem-po que me desprendí de todo freno, porque no me inspiran miedo las carambolas. A los descarrilamientos, nosotros, los obreros, los llamamos carambolas. ¡Que me lleve el diablo si me aflijo por carambola de más o de menos! De noche y de día, acometo sin temor, hago lo que me place; si me rompo el alma al chocar y tienen que recogerme hecho papilla ¡pa-ciencia! ¿Qué pierdo ni qué gano? Nada. ¿Acaso si me cuido y avanzo con extremada prudencia, no acabaré al fin por romperme el alma igualmente? ¡Por cierto que sí! Entonces ¡ea! ¡adelante, a toda máquina!

»A estas horas estarás muerto de risa con todas las ton-terías que te escribo, patrón, con mis necesidades, o si prefie-res, reflexiones o debilidades... a fe que no veo diferencia entre las tres; yo las escribo, tú te ríes de ellas, siempre que no te den enojo. Yo también río, al saber que tú ríes, y de este modo la risa no tiene fin. Cada hombre tiene su locura, pero la mayor locura de todas, a mi parecer, es no tener ninguna.

»Así, pues, aquí en Candía, analizo mi locura y te la describo por lo menudo, porque ¿sabes? quiero pedirte un consejo. Es cierto que eres joven todavía, patrón; pero has leído las obras de los antiguos sabios y en esa lectura te has puesto, dicho sea sin ofensa, un “tántico” vejete; de modo, pues, que necesito de tu consejo.

»Tengo pensado que cada hombre despide un olor particular: no lo distinguimos porque son tantos que se mezclan y no podemos saber cuál es el tuyo y cuál es el mío... Lo que no deja duda es que hiede, y a tal hedor lo llamamos “humanidad”, quiero decir, fetidez humana. Hay quienes la huelen como si olieran espliego. A mí me provoca vómitos. Pero dejemos esto, que es parte de otra historia.

»Lo que yo quería decir cuando los frenos se me aflojaron de nuevo, es que las bellaconas de las mujeres tienen el hocico húmedo, como los perros, y ventean desde lejos al hombre que las desea y al que no se siente atraído por ellas. Por esta razón, en cualquier ciudad donde sentara las plantas de mis pies, aun en la época presente en que estoy viejo, en que exhibo una fealdad simiesca, y en que mi vestir carece de elegancia, no han faltado dos o tres mujeres que corrieron tras de mí. ¡Me seguían el rastro, las perras, que Dios bendiga!

»Has de saber que el día que abordé viento en popa en el puerto de Candía era la hora indecisa del anochecer. Corrí inmediatamente a las tiendas, mas ya estaban todas cerradas. Fuíme a una posada, di de comer a la mula, comí yo, me lavé, encendí un cigarrillo y salí a dar un paseo. No conocía a nadie en la ciudad, nadie me conocía a mí, gozaba, pues, de entera libertad. Podía silbar en la calle, reír, hablar a solas; compré un puñado de passa-tempo, mastiqué las semillas, las escupí, paseándome a mis anchas. Se encendieron los faroles, los hombres tomaban el aperitivo, las mujeres regresaban a sus casas, en el aire flotaba un olor a polvos, a jabón de tocador, a suvlakia, a anís. Yo me decía: “Oye, viejo Zorba ¿hasta cuándo crees que te durará el vivir y andar con las narices palpitantes? Ya no te queda mucho tiempo para andar oliendo, pobre viejo mío ¡date prisa, pues, y aspira hasta lo hondo!”

»Esto me decía yo, mientras ambulaba por la gran plaza, que tú bien conoces. De pronto ¡loado sea Dios! oigo gritos, rumor de danzas, sonar de tamboriles, canciones orientales. Paro las orejas y echo a correr hacia el lugar de donde partían los rumores, sones y gritos. Era un café-concierto. Nada podía serme más grato; entro. Me siento a una mesilla, bien adelante, ¿por qué habría de mostrarme intimidado? Como ya te dije, nadie me conocía, gozaba de la mayor libertad.

»Había allí una mujerona que danzaba en el tablado, le-vantando y bajando las faldas; pero yo no le presté mayor atención. Pedí una botella de cerveza, y he aquí que una pollita viene y se sienta a mi lado, bonitilla, morenita, revo-cada con llana de albañil.

»“Con tu permiso, abuelo”, me dice riéndose.

»A mí me dio un vuelco la sangre; me entraron unas ganas locas de retorcerle el cuello ¡descarada! Pero me contuve, movido por la lástima que me inspira la especie hembra, y llamé al mozo:

»¡Dos botellas de champaña!

»(¡Perdóname, patrón! Me vi en la necesidad de gastar un dinero que te pertenecía; pero la afrenta era de tal magnitud que se imponía dejar a salvo nuestra honra, la tuya como la mía; era menester que la mocosa se humillara y se pusiera de hinojos ante nosotros. Era imperiosamente necesario. Y como yo sabía que no me hubieras abandonado allí, indefenso, en el difícil trance, pues bien: “¡Dos de champaña, mozo!”)

»Llegó el champaña, pedí unos pastelillos, luego más champaña. Pasó un tipo vendiendo jazmines, le compré todo lo que había en el cesto y lo volqué en las rodillas de la pedorrera que se había atrevido a ofendernos.

»Bebíamos y volvíamos a beber; sin embargo, te juro, patrón, que no le puse las manos encima. Yo conozco el asunto. Cuando joven, lo primero que hacía era manosearlas; ahora, en la vejez, lo primero que hago es gastar, mostrarme liberal, tirar el dinero a manos llenas. A las mujeres esto las enloquece, y así seas jorobado, o viejo carcamal, o más feo que un piojo, ni lo advierten, las muy bribonas. No ven nada, nada más que la mano de la que rueda el dinero como de un bolso desfondado. Decía, pues, que yo derrochaba a más y mejor ¡bendito seas, patrón, y Dios te lo devuelva centuplicado! y la pícara allí se estaba. Acercábaseme muy mimosa, apoyaba la rodillita en mis zancas; pero yo, un témpano; aunque la procesión iba por dentro. Y, precisamente, eso es lo que les hace perder el tino a las mujeres, debes recordarlo para el caso en que te veas en semejante trance, que perciban que por dentro ardes y, no obstante, ni te dignas tocarles el pelo.

»En suma, llegó la medianoche y pasó también. Apagáronse las luces poco a poco; el café cerraba las puertas. Saqué un rollo de billetes de mil; pagué el gasto, dejándole al mozo generosa propina. La chiquilla se prendió de mi brazo.

»—¿Cómo te llamas? —me preguntó con voz desfallecida.

»—¡Abuelo! —le contesté muy arrogante.

»La bribona me dio un fuerte pellizco:

»—Ven... —me dijo en voz baja—. Ven...

»Le cogí la mano, se la estreché como confirmando el pacto y le dije:

»—Vamos, chiquilla... —La voz me salió algo ronca.

»El resto, ya lo supones. Arreglamos nuestros asuntos. Y luego me quedé dormido. Desperté cerca del mediodía. Eché una mirada en torno ¿y qué veo? Un cuartito muy mono, bien limpio, con butacas, lavabo, jabones, frascos grandes y chicos, espejos grandes y espejitos de mano, vestidos de todos colores colgados a la pared y una multitud de fotografías: de marinos, de oficiales, de capitanes, de gendarmes, de bailarinas, de mujeres vestidas solamente con dos sandalias rojas. Y a mi lado, en el lecho, tibia, perfumada, desmelenada, la especie hembra.

»—¡Ah, Zorba, me dije muy quedo cerrando los ojos, has entrado vivo en el Paraíso; el lugar es deleitoso, no te muevas!

»En otras ocasiones te lo he dicho, patrón, cada cual tiene su Paraíso. El tuyo, lleno de libros y damajuanas de tinta. El de otro, repleto de toneles de vino, de ron, de coñac. El de otro más, con pilas de libras esterlinas. El mío es éste: un cuartito perfumado, con vestidos de muchos colores, jabones de tocador, una cama amplia y muelle, y, a mi lado, un ejemplar de la especie hembra.

»Pecado confesado, medio perdonado. No asomé las narices afuera en todo el día. ¿A dónde podía ir? ¿Para qué? Imagínate ¡estaba tan bien allí! Ordené que trajeran de la mejor fonda provisiones de boca, exclusivamente cosas forti-ficantes: caviar negro, chuletas, pescado, jugo de limón, cadaif. Repetimos nuestros juegos, volvimos a dormirnos. Nos despertamos al anochecer, nos vestimos, y de bracero nos marchamos al café-concierto donde debíamos realizar algunas diligencias.

»Para no incurrir en prolijidad excesiva y no aturdirte con vano palabreo, te diré que el programa sigue desarro-llándose aún. Pero no te aflijas, pues también me ocupo de lo nuestro. De cuando en cuando echo un vistazo en las tiendas. Compraré el cable y todo lo que sea menester, quédate tranquilo. Día antes o día o semana después, así fuere un mes ¿qué más da? La precipitación a menudo resulta nociva. No nos precipitemos, pues. Velando por tus intereses, espero a que los oídos se me destapen, a que el ánimo se asiente, de modo que no puedan engañarme los mercaderes; porque el cable ha de ser de primera, o estamos perdidos. Así, pues, ten un poco de paciencia, patrón, y confía en mí.

»Sobre todo, que no te preocupe mi salud. Las aventuras me sientan bien. En pocos días me he convertido en un jo-venzuelo de veinte años. He ganado tantas fuerzas, te lo aseguro, que me han de nacer nuevos dientes. Tenía un tanto doloridos los riñones; pues ahora, soy un roble. Cada mañana, al mirarme al espejo, me sorprende el hecho de que los cabellos todavía no se me hayan vuelto negros como el betún.

»Pero, dirás tú ¿a cuento de qué te escribo todo esto? Es que debes saber que para mí eres como un confesor y no me avergüenza declararte todos mis pecados. ¿Sabes por qué? Porque entiendo que proceda yo bien o proceda mal, tanto te da. Tú también llevas una esponja húmeda, como Dios, y ¡plaf! ¡plaf! borras lo bueno y lo malo igualmente. Eso me anima a confesártelo todo sin ningún disimulo. Por lo tanto, escúchame:

»Me hallo extremadamente desasosegado y a punto de per-der la cabeza. Te ruego que en cuanto recibas la presente, cojas la pluma y me escribas. Hasta que no me llegue tu carta, estaré sobre brasas. Pienso que hace ya muchos años he dejado de estar inscripto en los registros de Dios, así como en los del diablo, por otra parte. Sólo en tu registro estoy inscripto, razón por la cual no tengo a quien dirigirme sino a tu señoría; presta atención, pues, a lo que he de decirte. Y es lo siguiente:

»Ayer hubo una fiesta en una aldea, cerca de Candía; así me lleve el diablo si sé qué santo se celebraba. Lola -hom-bre, olvidé presentártela: se llama Lola- me dijo:

»—Abuelo (sigue llamándome abuelo, aunque ahora con intención cariñosa), abuelo, querría ir a la fiesta.

»—Pues ve, abuela —le dije—, ¿quién te lo impide?

»—Sí, pero yo quiero ir contigo.

»—Yo no voy, no me gustan los santos. Ve tú sola.

»—Pues entonces, no voy.

»Yo me quedé boquiabierto.

»—¿Conque no vas? ¿Por qué? ¿No quieres?

»—Si vienes conmigo, quiero. Si no vienes, no quiero.

»—Pero, ¿por qué? ¿No eres una persona libre?

»—No lo soy.

»—¿No quieres ser libre?

»—¡No lo quiero!

»A fe que me parecía que perdía la chaveta.

»—¿No quieres ser libre? —exclamé.

»—¡No, no quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

»—Patrón, te escribo desde el cuartito de Lola, en papel de Lola; por amor de Dios, te lo ruego, presta atención. Yo tengo la convicción de que solamente aquél que quiere ser libre es un ser humano. La mujer no quiere ser libre. Enton—ces ¿es la mujer un ser humano?

»Por lo que más quieras, contéstame pronto. Te abrazo cordialmente, mi buen patrón.»

«Yo, Alexis Zorba.»

Cuando hube terminado la lectura de la carta, quedé buen rato indeciso. No sabía si enojarme, reírme o admirar a este hombre primitivo que, rompiendo la corteza de la vida —lógica, moral, honradez—, absorbe la sustancia. Todas las virtudes mínimas, tan útiles, le faltan. No le ha quedado sino una virtud incómoda, difícil y peligrosa que lo impele irresistiblemente hacia el límite extremo, hacia el abismo.

Este obrero ignorante rompe, al escribir, las plumas, por— causa de su impaciente ardor. Así como a los primeros hom—bres que se desprendieron de la piel de mono, o como a los grandes filósofos,

los problemas fundamentales son los que lo preocupan. Los vive, cual inmediatas y urgentes necesidades. Semejante al niño, toda cosa se presenta a su vista siempre por primera vez. Sin cesar se maravilla e interroga. Todo le parece milagroso y cada mañana al abrir los ojos queda asombrado ante los árboles, el mar, las piedras, un pájaro. «¿Qué prodigio es éste», exclama. «¿Qué misterios son los que tienen por nombre: árbol, piedra, mar, ave?»

Recuerdo la ocasión en que yendo hacia la aldea nos cruzamos con un viejecito caballero en una mula. Zorba abrió tamaños ojos ante la bestia. Tan intenso debió de ser el fulgor de su mirada que el campesino asustado exclamó:

–¡Por amor de Dios, compadre, no le echés mal de ojo!

Y precipitadamente se persignó.

Yo le pregunté a Zorba:

–¿Qué le hiciste al viejo que lo asustaste así?

–¿Yo? ¿Qué quieres que le hiciera? ¡Sólo miré a la mula! ¿No te asombra a ti, patrón?

–¿Qué ha de asombrarme?

–¡Pues que haya mulas en la tierra!

Otro día, estaba yo leyendo, tendido en la arena de la playa, cuando vino a sentarse frente a mí Zorba; puso el santuri apoyado en las rodillas y comenzó a tocar. Poco a poco fue cambiando la expresión de su semblante; una salvaje alegría se apoderó de él y tendiendo el largo cuello cantó. Tonadas macedonias, canciones kléfticas, gritos desarticulados: la garganta del hombre retornaba a los tiempos prehistóricos en que el grito era alta síntesis condensatoria de cuanto llamamos hoy música, poesía y pensamiento. «¡Aaakj! Aaakj», gritaba Zorba desde lo íntimo de sus entrañas, y la delgada corteza de lo que denominamos civilización se hendía para dar libre paso a la fiera inmortal, al dios peludo, al terrible gorila originario.

Lignito, ganancias y pérdidas, doña Hortensia, planes para lo futuro, todo desaparecía. El grito barría con todo, ya no teníamos necesidad de nada. Inmóviles ambos en la costa solitaria de Creta, sujetábamos contra el pecho toda la amargura y la dulzura de la vida; de pronto dejaban de existir amargura y dulzura, poníase el sol, caía la noche, la Osa Mayor danzaba en torno del eje firme del cielo, subía la luna y miraba con espanto a dos bichitos que cantaban en la arena y que no temían a nadie.

–¡Eh, viejo, el hombre es una alimaña montés –dijo Zorba sobreexcitado por el canto–, deja esos libros!, ¿no te da vergüenza? El hombre es una fiera, y las fieras no leen.

Calló un momento, luego rompió a reír:

–¿Sabes cómo fabricó Dios al hombre? ¿Te has enterado de cuáles fueron las primeras palabras que el animal del hombre le dirigió a Dios?

–No. ¿Cómo habría de saberlo, si no me hallaba presente? –

–¡Yo sí estaba! –exclamó Zorba. Le refulgían los ojos.

–Cuenta, entonces.

Dominado a medias por el éxtasis, a medias con intención zumbona, se dio a forjar el relato fabuloso de la creación del hombre:

–¡Pues bien, escucha patrón! Resultó que una mañana Dios amaneció bastante aburrido. «¿Qué diablo de Dios soy yo que no tengo siquiera unos hombres que me inciensen y que invoquen en vano mi santo nombre para entretenerme? Ya estoy cansado de vivir solitario como una vieja lechuza.» ¡Ps!, escupe en las manos, se arremanga, calza las gafas, coge un terrón de tierra, la ensaliva, la convierte en barro, la amasa como corresponde, modela un hombrecillo y lo pone a secar al sol. Al cabo de siete días, lo saca. Estaba cocido. Dios lo mira y estalla en carcajadas.

»–«¡Llévame el diablo si esto no es un cerdo parado en las patas traseras! No me salió lo que quería hacer. No hay duda, me he equivocado.»

»–Lo coge por la piel del cuello y le alarga un puntapié.

»–«¡Ea, a volar de aquí, márchate! Ahora no te queda sino multiplicarte en numerosos cerditos como tú, la tierra es tuya. ¡Vete, uno, dos march!»

»–La cuestión es, mi buen amigo, que no se trataba ni mucho menos de un cerdo común. Éste llevaba sombrero blanco, chaqueta negligentemente echada a la espalda, pan-talón con raya y babuchas de borla roja. Además, en la cintura (sin duda el diablo se lo había dado) un puñal bien afilado que lucía en la hoja esta inscripción: ¡Te abriré los hígados!

»–Era el hombre. Dios le tiende la mano para que se la bese; pero el hombre se atusa el mostacho y le dice:

»–«¡Vamos, apártate, viejo, que pueda pasar!»

Zorba se interrumpió, al ver que me desternillaba de risa.

Frunció el gesto.

–No te rías. Así exactamente ocurrieron las cosas.

–Pues, ¿cómo lo sabes?

—Porque así las siento yo y así es cómo hubiera yo procedido, de hallarme en el pellejo de Adán. Pondría la mano en el fuego porque Adán no obró de otro modo. Y no te fíes de lo que te digan los libros. ¡Debes creer lo que yo te digo!

Sin esperar respuesta, tendió la manaza sobre el santuri e hizo sonar sus cuerdas.

Conservaba en la mano la perfumada carta de Zorba con el corazón que una flecha atravesaba, y revivía en el recuerdo todas aquellas jornadas, ricas de sustancia humana, que transcurrieron para mí a su lado. El tiempo había adquirido, junto a Zorba, nuevo sabor. No era ya la matemática sucesión de acontecimientos, ni en mi interior, un problema filosófico insoluble. Era arena tibia, de grano finísimo, que se deslizaba suavemente por entre los dedos.

«¡Bendito sea Zorba!», murmuré. «Él les dio un cuerpo bien amado y cálido a las nociones abstractas que tiritaban en mí. Y cuando él se halla lejos, tiritó yo de nuevo.»

Tomé una hoja de papel, llamé a un obrero y lo envié a que pusiera sin pérdida de tiempo este telegrama:

«Regresa inmediatamente.»

XIV

Era el sábado, primero de marzo, por la tarde. Apoyado en una roca, frente al mar, yo escribía. Ese mismo día había visto la primera golondrina, me sentía contento; el exorcismo contra Buda corría sin obstáculos en el papel; mi lucha contra él se había sosegado, ya no tenía prisa, la redención era segura.

De pronto oí unos pasos en el guijarral. Alcé la cabeza y vi que balanceándose a lo largo de la ribera, empavesada como una fragata, acalorada, jadeante, nuestra sirena se aproximaba. Parecía inquieta.

—¿Hay carta? —preguntó ansiosa.

–¡Sí! –le respondí riendo. Y me levanté a su encuen-tro-. Te manda memorias, dice que piensa en ti noche y día, que no puede comer ni dormir, que la separación le es penosa.

–¿Nada más? –preguntó la infeliz, desalentada.

Me dio lástima. Saqué la carta del bolsillo y simulé leerla. La vieja sirena abría la desdentada boca, le parpadeaban los ojillos, escuchaba respirando agitada.

Fingí que leía, y cuando perdía el hilo simulaba hallarme en dificultades para descifrar la letra. «Ayer, patrón, fui a almorzar en un bodegón; tenía hambre. Cuando vi que entra-ba una joven muy bonita, una verdadera diosa –¡Dios mío, qué parecida a mi Bubulina!–, se me llenaron de lágrimas los ojos, se me anudó la garganta y no pude pasar bocado. Me levanté, pagué y me fui. Y yo, que sólo pienso en los santos el treinta y seis de cada mes, salí corriendo y no paré hasta la capilla de San Minas, para encenderle un cirio. San Minas, le dije en mi plegaria, haz que reciba buenas nuevas del ángel que adoro. Haz que pronto se junten, por fin, nuestras alas.»

–¡Ji, ji, ji! –rió doña Hortensia, cuyo rostro se iluminó.

–¿Qué te causa risa, mi buena amiga? –preguntéle inte-rrumpiendo la lectura para recobrar el aliento y combinar nuevas mentiras-. ¿Qué te causa risa? A mí me dan ganas de llorar.

–Es que... si supieras... –cloqueó ahogando la risa.

–¿Qué cosa?

–Las alas... Así les llama el bandido a los pies. Así los llama cuando estamos a solas. Y dice que se junten nuestras alas... ¡Ji, ji, ji!

–Escucha lo que sigue y quedarás embobada...

Volví la página y nuevamente fingí que leía:

«Hoy al pasar por frente a la tienda de un barbero, vi que éste salía y arrojaba al arroyo el agua jabonosa de la jofaina. Perfumó toda la calle. De nuevo recordé a mi Bubu-lina y me eché a llorar. No puedo seguir lejos de ella, pa-trón. Enloquezco. Hasta me pongo a rimar versos. Antes de ayer, no pudiendo conciliar el sueño, le dediqué una breve poesía. Te ruego que se la leas para que comprenda cuán intenso es mi padecer:

¡Ah, si nos encontráramos tú y yo en un sendero,

tan amplio que cupiera en él nuestro penar!

¡Aunque me rebanaran por entero,

cada trocito de mi cuerpo, fiero

al instante hacia ti querría volar!»

Doña Hortensia escuchaba feliz, entornados los lánguidos ojos, puesta el alma en la evocación del ausente. Se quitó del cuello la cinta que se lo oprimía y dejó en libertad a las arrugas. Callaba, sonriente. Veíase que su espíritu vagaba muy lejos, jubiloso, feliz, sin rumbo.

Marzo, hierba fresca, florecillas rojas, amarillas, malvas, aguas límpidas donde bandadas de cisnes blancos y negros se emparejaban cantando. Blancas las hembras, negros los machos de picos purpurinos entreabiertos. Las lampreas azules salían brillantes a la superficie y se juntaban con grandes serpientes amarillas. Doña Hortensia tenía nuevamente catorce años, bailaba sobre alfombras de Oriente en Alejandría, en Beirut, en Esmirna, en Constantinopla, y luego en Creta, sobre el piso encerado de unos navíos... Ya no recordaba con mucha precisión. Todo se confundía, erguíasele el pecho, crujían las riberas.

Y de pronto, mientras danzaba, cubrióse el mar de naves de proas de oro, de proas llenas de tiendas multicolores, de oriflomas de seda. Salía de ellas una fila de bajaes con borlas áureas erectas en los feces rojos; de viejos beyes muy ricos salidos en peregrinación con manos repletas de magníficas ofrendas; de hijos de bey, imberbes y melancólicos. Salían también almirantes de tricornos relucientes y marineros de cuellos blancos y pantalones holgados. Salían jóvenes cretenses de amplias bragas de paño azul claro, de botas amarillas, con los cabellos sujetos por negro pañuelo. Y el último de todos, salía Zorba, inmenso, adelgazado por el mal de amores, llevando en el anular un gran anillo de boda y una corona de azahares en la cabeza canosa.

De los navíos salían todos los hombres que ella había conocido en su vida aventurera, sin faltar uno, ni siquiera el viejo barquero desdentado y corcovado que la sacó de paseo una noche por las aguas del Bósforo. ¡Todos, todos salían!, y detrás de ellos ¡hala!, copulaban las lampreas y las serpientes y los cisnes.

Los hombres salían y se reunían arracimados, como las serpientes en celo, hacia la época primaveral, cuando se juntan formando haces, erectas, silbantes. Y en el medio del racimo, muy blanca, enteramente desnuda, bañada en sudor, mostrando por entre los labios sus dientecitos agudos, inmóvil, insaciable, con los pechos salientes, silbaba una doña Hortensia de catorce, de veinte, de treinta, de cuarenta, de sesenta años.

Nada se había perdido, ninguno de los amantes muerto. En el agostado pecho renacían todos ellos, presentando armas, como si doña Hortensia fuera una gran fragata de tres palos y todos sus amantes —llevaba ya cuarenta y cinco años de labor— la escalaran por la borda, por los obenques, desde la cala, mientras ella navegaba, con sus múltiples perforaciones calafateadas, hacia el puerto postrero, largamente, intensamente deseado: el matrimonio. Y Zorba adquiriría mil rostros: turcos, occidentales, armenios, árabes, griegos, y al estrecharlo entre sus brazos, doña Hortensia abrazaba en su totalidad la santa e interminable procesión...

Advirtió de pronto la vieja sirena que me había inte-rrumpido; borróse bruscamente la visión. Alzó los pesados párpados.

—¿No dice nada más? —murmuró con reproche, pasando la lengua por los labios golosamente.

—¿Qué más quieres, señora Hortensia? ¿Pero no lo ves? Toda la carta no habla sino de ti. Toma, mira, cuatro hojas. Y he aquí un corazón, mira, aquí, en el ángulo. Dice Zorba que lo dibujó él, con su propia mano. Mira cómo el amor lo ha asaeteado de parte a parte. Y debajo, mira, dos palomas que se besan y en las alas, con letras pequeñitas, dos nom-bres entrelazados, escritos con tinta roja: Hortensia - Zorba.

Por supuesto, no había tales palomos ni tal leyenda; mas los ojillos de la vieja empañados, sólo veían lo que deseaban ver.

—¿Nada más? ¿Nada más? —volvió a inquirir, no sa-tisfecha.

Bien estaban las alas, las aguas jabonosas del barbero, los palomos enamorados, muy bonito todo ello; hermosas pala-bras, aire... Pero su cerebro realista de mujer exigía algo más tangible, más seguro. ¡Cuántas veces en su vida tuvo que oír tales pataratas! ¿Qué provecho le trajeron? Después de tantos años de duro trajín, ahí se estaba ella, solita, en la calle.

—¿Nada más? —repitió reprobadora—. ¿Nada más?

Me miró como corza acorralada. Sentí lástima de su congoja.

—Dice algo más muy, muy importante, señora Hortensia. Por eso lo dejé para lo último.

—Veamos... —dijo desfallecida.

—Dice que en cuanto regrese se ha de poner a tus plantas para rogarte lagrimeando que te cases con él. Ya no lo aguan-ta más. Quiere, según dice, que seas su mujercita, que te llames señora Hortensia de Zorba, para que no haya ya se-paración entre ustedes, nunca más.

Ahora sí, de los ojillos acidulados manaron lágrimas ver-daderas. ¡Ésa era la gran alegría, ése el puerto deseado, ése el lamento de toda su vida! ¡Hallar la tranquilidad, tenderse en un lecho honrado, nada más!

Se cubrió los ojos con la mano.

—Bien —dijo con condescendencia de gran dama—, acep-to. Pero escríbele, por favor, que aquí en la aldea no hay coronas de azahares; es preciso que las traiga de Candía, lo mismo que dos cirios blancos con cintas rosas, y unos confites finos, de almendra. Además, que me compre un vestido de novia, blanco, medias de seda y escarpines de raso. Sábanas, tenemos; dile que no las compre. También tenemos la cama.

Ordenando la lista de sus pedidos ya tenía convertido a su marido en un mandadero. Se levantó. De golpe había ad-quirido el aspecto digno, propio de mujer casada.

–Querría proponerte algo, algo muy serio... –dijo, y se interrumpió conmovida.

–Dilo, señora Hortensia, estoy a tus órdenes.

–Zorba y yo te queremos. Eres generoso, no nos humilla–rás. ¿Quieres ser nuestro testigo?

Me estremecí. Había en otros tiempos en casa de mis pa–dres una sirvienta, la vieja Diamándula, ya más que sexagena–ria, solterona, medio enloquecida por la soltería forzosa, un manojo de nervios, encogidita, muy escasa de pechos, bigotu–da. Se enamoró de Mitso, mozo del especiero del barrio, joven campesino grasiento, bien nutrido e imberbe.

–¿Cuándo te casas conmigo? –le preguntaba cada do–mingo–. ¡Cásate! ¿Cómo puedes resistir tú? ¡Yo no puedo!

–Yo tampoco –le respondía el pícaro mozo, halagándola con promesas falaces sólo por asegurarse la parroquiana–, yo tampoco puedo, mi buena Diamándula, pero ten un poco de paciencia. Espera a que me salgan a mí también bigotes...

Los años pasaban así y la vieja Diamándula tenía pacien–cia. Los nervios se le calmaron, las jaquecas disminuyeron, el amargado labio huérfano de besos sonreía. Lavaba con mayor cuidado la ropa, rompía menor cantidad de platos y no de–jaba que se quemaran los guisos...

–¿Quieres ser nuestro testigo, amito? –me preguntó una noche a escondidas.

–Con mucho gusto, Diamándula –le dije mientras se me anudaba la garganta.

Aquel pedido me había encogido el corazón; por eso oyendo de labios de doña Hortensia iguales palabras, me estremecí.

–Con mucho gusto –respondíle–. Me honro con ello, señora Hortensia.

Arregló los rizos que salían del sombrerito y se lamió los labios.

–Buenas noches, amigo mío. Buenas noches y que lo tengamos pronto de regreso.

La vi que se alejaba meneándose, con melindres de joven–cilla. Dábale alas la alegría y sus viejos zapatos de tacón torcido dejaban en la arena hoyuelos profundos.

Apenas la ocultó el cabo de la costa, oyéronse en la playa gritos clamorosos y llantos. Me levanté y corrí: allá, en el extremo opuesto, unas mujeres lanzaban estridentes chillidos como plañideras en canto mortuario. Subíme a una peña y observé: desde la aldea venían corriendo hombres y mujeres, detrás de ellos ladraban los canes, dos o tres jinetes corrían delante y espesa nube de polvo se alzaba a su paso.

–Ha ocurrido una desgracia –pensé, y bajé a toda prisa hacia el promontorio.

El rumor de la gente alcanzaba poco a poco mayor intensidad. Ante el sol que se iba poniendo, dos o tres nubes rosadas de primavera permanecían inmóviles en el cielo. La higuera de la Señorita estaba cubierta de hojas verdes recientes.

Sorpresivamente me hallé con que doña Hortensia corría hacia mí, de regreso, despeinada, jadeante, con uno de los zapatos, que se le había salido al correr, en la mano. Venía llorando.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... —exclamaba. Tropezó y casi cae sobre mí. La sostuve.

—¿Por qué lloras? ¿Qué ocurre? —le pregunté ayudándole a calzar el torcido zapato.

—Tengo miedo... Tengo miedo...

—¿De qué?

—De la muerte.

Había oído a la muerte en el aire y la dominaba el terror. La tomé del blando brazo, pero el viejo cuerpo se resistía tembloroso.

—No quiero... no quiero... —clamaba.

La infeliz temía acercarse a una zona donde la muerte había aparecido. Era preciso evitar que «Caronte» la viera y se acordara de ella... Como todos los ancianos, esforzándose nuestra pobre sirena por ocultarse en la hierba de la tierra tomando su verde color, por esconderse a las miradas, en la tierra misma tomando su color pardusco, de modo que en ningún caso «Caronte» la divisara. Con la cabeza encogida entre los hombros grasos y encorvados hacia adelante, temblaba sin cesar.

Arrastróse hasta el pie de un olivo y me tendió el manto remendado:

—Cúbreme, amigo, cúbreme y ve a ver.

—¿Tienes frío?

—Tengo frío, cúbreme.

La cubrí lo mejor que pude, de modo que quedara disimulada en la tierra y me fui.

Aproximándome al promontorio oía ya los cantos fúnebres. Mimito pasó corriendo.

—¿Qué ocurre, Mimito? —grité.

—¡Se ha ahogado! ¡Se ha ahogado! —me respondió sin detenerse.

—¿Quién?

—Pavli, el hijo de Mavrandoni.

—¿Por qué?

—La viuda...

La palabra se inmovilizó en el aire, de lo alto surgió la figura peligrosa y esbelta de la viuda.

Llegaba yo a los peñascos donde toda la aldea se hallaba reunida. Los hombres permanecían callados, las mujeres, con los mantos recogidos a la espalda, se arrancaban los cabellos, lanzando agudos gritos. Lívido e hinchado, yacía un cuerpo en el guijarral. El viejo Mavrandoni de pie ante él, inmóvil, lo contemplaba. Con la derecha se apoyaba en el bastón, con la izquierda empuñaba la canosa barba rizada.

—¡Maldita seas, viuda —dijo de pronto una voz aguda— Dios te pedirá cuentas de esto!

Una mujer se alzó de un brinco y dirigiéndose a los hombres:

—¿No habrá, pues, un hombre en la aldea que la degüelle sujeta en sus rodillas como a una oveja? ¡Puah! ¡Cáfila de cobardones!

Y escupió hacia donde se hallaban los hombres, que la miraban sin decir palabra.

Kondomanolio, el cafetero, replicó:

—¡No nos humilles, Delikaterina, no nos humilles, que «palikarios» hay en nuestra aldea, y ya verás!

No pude contenerme.

—¡Qué vergüenza, amigos! —les grité—. ¿Por qué que—réis culpar a esa mujer? Estaba escrito. ¿No os contiene, entonces, el temor de Dios?

Pero nadie contestó.

Manolakas, el primo del ahogado, inclinó el gigantesco cuerpo, alzó en sus brazos el cadáver y emprendió el camino a la aldea.

Las mujeres chillaban, se arañaban, se arrancaban los ca—bellos. Cuando vieron que se les llevaba el cadáver se arroja—ron para agarrarse de él. Pero el viejo Mavrandoni agitando el bastón las apartó y se puso al frente del cortejo, seguido de las mujeres que entonaban fúnebres canciones. Detrás, callados, venían los hombres.

Desaparecieron en la penumbra crepuscular. Oyóse nueva—mente el apacible respirar del mar. Miré en torno de mí. Había quedado solo.

«Volveré a la cabaña», me dije. «¡Otra jornada, loado sea Dios, que nos trajo su buena porción de amargura!»

Entré pensativo en el sendero de regreso. Admiraba a aquellas gentes que sabían compenetrarse tan apretadamente, tan cálidamente con los padecimientos humanos: doña Hor-tensia, Zorba, la viuda y el pálido Pavli que se había arrojado valientemente al mar para apagar su dolor. Y Delikaterina que clamaba porque se degollara a la viuda como a una oveja y Mavrandoni que se negaba a las lágrimas y hasta a hablar delante de los demás. Sólo yo era impotente y razonable, no hervía en mí la sangre, no sabía amar ni odiar con intenso apasionamiento. Todavía deseaba arreglar las cosas cargán-dolo todo, cobardemente, a cuenta del destino.

En la penumbra advertí que el tío Anagnosti estaba sen-tado en una piedra. Apoyaba la barba en el largo bastón y miraba al mar. Lo llamé, no me oyó. Acerquéme. Cuando notó mi presencia, meneó la cabeza.

–¡Pobre humanidad! –murmuró–. ¡Una juventud tron-chada! Pero el desdichado no podía soportar su pena; se arrojó al agua y se ahogó. Ahora se ha salvado.

–¿Salvado?

–Salvado, hijo, sí. ¿Qué podía esperar de la vida? Si se casaba con la viuda, pronto se hubiera visto enredado en con-tinuas riñas y caído, quizás, en la deshonra. Porque la des-vergonzada es como una yegüita, en cuanto ve a un hombre, relincha. Y si no se casaba con ella, su vida se hubiera convertido en un tormento, pues nadie le quitaba de la ca-beza que había perdido una inmensa dicha. Por delante, el abismo, el precipicio por detrás.

–No digas eso, tío Anagnosti, desanimarías al más pin-tado.

–¡Vamos, no tengas miedo! Nadie nos oye. Y si oyeran, ¿quién lo creería? Mira, ¿hubo nunca alguien más afortuna-do que yo? Tenía campos, viñedos, olivares y una casa de dos pisos; era hombre rico y notable de la aldea. Me tocó en suerte una mujer buena y dócil que no me dio más que hijos varones. Jamás la he visto con los ojos en alto para mirarme a la cara, y mis hijos se hicieron todos muy buenos padres de familia. No me quejo. Hasta nietos tuve. ¿Qué más podría desear? Eché raíces profundas. Pues, sin embargo, hijo mío, si hubiera de comenzar de nuevo, me ataría una piedra al cuello, como Pavli, y me arrojaría al mar. La vida es cruel, ciertamente, aun para los más afortunados es cruel, ¡mal-dita sea!

–¿Pero qué te falta, tío Anagnosti? ¿De qué te quejas?

–¡Si te digo que no me falta nada! ¡Pero anda tú y escudriña el corazón del hombre!

Calló un momento, mirando al mar que comenzaba a oscurecerse.

–¡Has hecho bien, Pavli! –gritó agitando el bastón–. Deja que las mujeres chillen; son mujeres, no tienen seso. Tú estás salvado; bien lo sabe tu padre, y por eso no dice nada.

Echó una mirada circular al cielo, a las montañas que se esfumaban poco a poco.

–Está cayendo la noche –dijo–, volvámonos.

Se detuvo de pronto, como si lamentara las palabras pro-nunciadas, como si creyera haber revelado algún secreto y quisiera retractarse.

Apoyó la mano descarnada en mi hombro.

—Eres joven —me dijo sonriente—, no prestes atención a lo que digan los viejos. Si la gente escuchara a los viejos pronto se acabaría el mundo. ¿Que pasa una viuda por tu camino? Pues hijo, ¡sus!, ¡a ella! Cásate, ten muchos hijos, sin vacilar. ¡Los fastidios han sido creados para los jóvenes animosos!

Llegué a mi playa, encendí fuego y preparé el té de la tarde. Me sentía cansado, con mucho apetito; comí, pues, glotonamente, entregándome por entero a esa voluptuosidad animal.

De repente asomó Mimito por el ventanuco la chata cabe-cita, me vio comiendo en cuclillas cerca del fuego y sonrió malicioso.

—¿Qué buscas, Mimito?

—Patrón, vengo a traerte esto por encargo de la viuda... Un cesto de naranjas. Dice que son las últimas de su huerto.

—¿Por encargo de la viuda? —dije yo cohibido—. ¿Y por qué me lo envía?

—Por las buenas palabras que le dijiste a la gente de la aldea esta tarde, dijo ella.

—¿Qué buenas palabras?

—Yo no sé. Te repito lo que ella me ha dicho, nada más.

Volcó el cesto sobre la cama. Toda la barraca quedó perfumada.

—Dile que le agradezco el obsequio ¡Y que se cuide! Que esté alerta, que no aparezca por la aldea, ¿entiendes? Que se quede en su casa unos días, hasta que se haya olvidado lo ocurrido. ¿Me has comprendido, Mimito?

—¿Nada más, patrón?

—Nada más. Vete, ahora.

Mimito guiñó un ojo.

—¿Nada más?...

—¡Márchate!

Se fue. Mondé una naranja, jugosa, dulce como miel. Me tendí y quedé dormido, y toda la noche me vi paseando entre naranjos; soplaban cálido el viento, el pecho desnudo se me ensanchaba gozosamente; en la oreja llevaba colgada una ramilla de albahaca. Era yo un joven campesino de

veinte años, iba y venía por el huerto de naranjos y esperaba silbando suavemente. Qué era lo que esperaba, no lo sé; pero sentía el corazón a punto de estallar por la alegría que lo llenaba. Me afilaba los bigotes y escuchaba durante la noche entera cómo suspiraba el mar lo mismo que una mujer.

XV

Soplaba ese día fuerte viento del Sur, ardoroso, venido por sobre los mares desde los arenales de África. En el aire remo-lineaban nubes de arena fina que se entraba en la garganta y en los pulmones. Rechinaban los dientes, ardían los ojos, se hacía necesario clausurar con todo cuidado puertas y ventanas para comer un trozo de pan que no estuviera espolvoreado de arena.

El tiempo estaba pesado. A mí también me oprimía, durante esas jornadas densas en que la savia sube de la tierra, el malestar primaveral. Una laxitud, una congoja en el pecho, un hormigueo por todo el cuerpo, un deseo —¿deseo o recuerdo?— de alguna sencilla y honda dicha.

Ascendí por el sendero guijarroso de la montaña. Se me había ocurrido repentinamente llegarme hasta las ruinas de la minúscula ciudad arcaica, surgida del suelo que la ocultó tres o cuatro mil años, y que ahora volvía a calentarse al bien amado sol de Creta. Quizás, decíame, una marcha de algunas horas me alivie el decaimiento en que me tenía la naciente primavera.

Piedras grises y desnudas, luminosa desnudez, montaña áspera y desierta, tal como me gusta. Una lechuza, cegada por el exceso de luz, se había posado en una roca, amarillos los redondos ojos, seductora, llena de misterio. Yo avanzaba con liviano paso; pero ella, toda oído, se asustó y echó a volar sin ruido por entre las piedras, desapareciendo.

El aire olía a tomillo. Las primeras flores amarillas y tiernas de la aulaga abríanse ya entre espinos.

Cuando llegué a las ruinas de la pequeña villa, quedé sobrecogido. Debía de ser mediodía, los rayos del sol caían a plomo e inundaban los escombros. En las viejas ciudades en ruina, es hora peligrosa. La atmósfera está llena de gritos y de espíritus. Que cruja una rama, que una lagartija se deslice rápida, que pase una nube proyectando sombra, y el pánico se posesiona de vuestro ánimo. Cada pulgada de tierra que halláis es una tumba y los muertos gimen.

Poco a poco se habitúa el ojo a la deslumbrante luz. Ahora iba distinguiendo entre los montones de piedras, la acción de la mano del hombre: dos amplias calles enlosadas con pulidas piedras; a derecha e izquierda de ellas, unas callejas estrechas, tortuosas. En medio, la plaza circular, el

Ágora, y puesto a su lado, con condescendencia muy democrática, el palacio del Rey, con sus columnas dobles, anchas escaleras de piedra y numerosas dependencias.

En el corazón de la ciudad, donde las losas aparecían gastadas por el paso de los hombres, debía levantarse el santuario; la Gran Diosa reinaba allí, desbordantes los pechos separados, arrolladas unas serpientes en sus brazos. Por todos lados, minúsculas tiendecillas y talleres: lagares de aceite, herrerías, carpinterías, tiendas de alfareros. Un hormiguero hábilmente construido, bien abrigado, perfectamente dispuesto y provisto, del que las hormigas hubieran desaparecido miles de años atrás. En uno de los talleres, algún artesano esculpía un ánfora en una piedra vetada cuando lo sorprendió la muerte: el cincel habíasele caído de las manos al artista y allí estaba, miles de años después, junto a la obra inconclusa.

Las eternas preguntas, inútiles, tontas: ¿por qué?, ¿para qué?, vuelven una vez más a envenenar el corazón. Esa ánfora inacabada, contra la cual se había quebrado el vuelo jubiloso y firme de la inspiración del artista, os embebe el alma de amargura.

De repente, un pastorcillo bronceado por el sol, de negras rodillas, atado a la cabeza el pañuelo de listas coloreadas que le envolvía los rizados cabellos, apareció subido a una piedra junto al palacio real derribado.

—¡Eh, amigo! —me gritó.

Yo prefería estar solo, por lo cual hice como que no lo oía. Pero el pastorcillo se rió burlonamente:

—¡Eh, no simules que estás sordo! ¡Eh, amigo! ¿Tienes cigarrillos? Dame uno; en este desierto me aburro mucho.

Cargó las últimas palabras con tal tristeza que me dio lástima.

Yo no tenía cigarrillos, quise darle dinero. Pero se disgustó.

—¡Al demonio el dinero! —exclamó—. ¿Qué hago con él? Lo que me pasa es que me aburro ¡dame un cigarrillo!

—¡No tengo —le dije apenado—, no tengo!

—¡No tienes! —gritó exasperado, golpeando violentamente el suelo con el cayado—. ¿Qué llevas, entonces, en esos bolsillos tan hinchados?

—Un libro, un pañuelo, papel, un lápiz, un cortaplumas, —contesté extrayendo uno a uno tales objetos del bolsillo—. ¿Quieres que te dé el cortaplumas?

—Poseo uno. Tengo de todo: pan, queso, aceitunas, un cuchillo, una lezna, cuero para hacer botas, una cantimplora de agua, de todo, de todo. Lo que me faltan son cigarrillos ¡y es como si careciera de todo! ¿Y qué andas buscando, tú, en las ruinas?

—Contemplo las antigüedades.

—¿ Y qué ganas con eso?

—¡Nada!

—Yo tampoco. Ésos han muerto, nosotros vivimos. ¡Ea, vete! ¡Que Dios te acompañe!

Dijérase que el espíritu del lugar me expulsaba de allí.

—Me voy —dije obedientemente.

Volví con paso rápido al sendero, presa de leve ansiedad.

Un momento después miré hacia el pastorcillo aburrido y lo vi de pie en la piedra. Los cabellos rizados se le escapaban del pañuelo negro y flotaban agitados por el viento del sur. De la cabeza a los pies le daba plenamente la luz: semejaba una estatua en bronce de efeso; ahora había cruzado el cañal en la espalda y silbaba.

Busqué otro camino y comencé a bajar hacia la costa.

De tanto en tanto envolvíanme cálidos soplos aromados por los huertos cercanos. La tierra estaba embalsamada, el mar riente, el cielo azul, brillante como acero.

El invierno nos encoge el cuerpo y el alma; ahora llega el calor que nos dilata el pecho. Mientras avanzaba, oí de repente roncros graznidos en lo alto. Alcé la cabeza y vi el estupendo espectáculo que desde la infancia me ha asombrado siempre: las grullas, volando como una flota aérea en orden de combate, volaban de las regiones cálidas trayendo consigo, según lo afirma la leyenda, a las golondrinas, amparadas en sus alas y en los huecos profundos de sus cuerpos.

El ritmo infalible del año, la rueda rodante del mundo, las cuatro fases de la tierra que una tras otra se exponen a los rayos del sol, la vida que se va, todo ello sustentaba de nuevo mi cavilar opresivo. De nuevo repercutía en mi alma, con el grito de las grullas, la terrible advertencia de que esta vida es única, para todos los hombres, que no existe otra vida, que todo cuanto puede gozarse, sólo aquí se ha de gozar. No volveremos a tener en lo eterno de los tiempos otra probabilidad como ésta.

El espíritu capaz de escuchar la advertencia implacable —y a la vez tan piadosa— se decide enérgicamente a vencer las mezquindades y flaquezas propias, a triunfar de la pereza, de las grandes esperanzas engañosas, y a prenderse con dientes y uñas a cada segundo que pasa y se va para no volver. Numerosos ejemplos acuden a la memoria, veis con meridiana claridad que sólo sois un hombre perdido, que vuestra vida se consume en minúsculas satisfacciones y en aflicciones mínimas, agotada en la hueca vanidad de las palabras. ¡Qué vergüenza! ¡Qué ignominia!, exclamáis mordiendo los labios.

Pasaron las grullas rasgando el cielo; ya han desaparecido hacia el norte; sin embargo, siguen graznando sus voces roncros y vuelan sin descanso desde una de mis sienes a la otra.

Llegué al mar. Caminaba muy junto al agua a paso rápido. ¡Cuán angustioso es caminar uno solo por la orilla del mar! Cada ola, cada pájaro del cielo os llaman para recordaros vuestro deber. Cuando vais acompañados, riendo y charlando, no oís lo que dicen olas y pájaros. Puede ser, también, que no digan nada. Os miran mientras pasáis envueltos en vanas chácharas, y callan.

Me tendí en la arena seca, cerré los ojos. ¿Qué es el alma, pensé, y qué vínculo oculto hay entre ella y el mar, las nubes, los perfumes? Como si el alma se convirtiera de repente en mar, nube y perfume...

Al rato me levanté y reanudé la marcha decidido. ¿Decidido a qué? Lo ignoraba. Una voz me sorprendió detrás de mí:

—¿A dónde vas, guiado por Dios, amito? ¿Al monasterio?

Volví la cabeza. Un anciano robusto, rechoncho, sin bastón, con el pañuelo anudado en torno de los blancos cabellos, agitaba la mano, a guisa de saludo, sonriente. Seguía una vieja y detrás de ella la hija de ambos, una morenita de ojos bravíos, que llevaba cubierta la cabeza con blanca mantilla.

—¿Al monasterio? —preguntó nuevamente el viejo.

Y al instante me di cuenta de que lo que tenía decidido sin saberlo era precisamente encaminarme hacia allá. Meses hacía que deseaba visitar el convento de monjas, pequeñito, edificado junto al mar; pero nunca me resolví a cumplir tal propósito. Ahora, mi cuerpo, sin intervención de la conciencia, había decidido cumplirlo.

—Sí —respondí—, voy al monasterio a escuchar las lecciones de la Virgen.

—¡Así Ella te tenga en su santa gracia!

Apuré el paso para juntarse conmigo.

—¿Eres tú de la Compañía, que dicen, del carbón?

—Yo soy.

—¡Pues que la Santísima Virgen te conceda gran provecho! Siembras el bien en la aldea, das de comer a muchas familias pobres. ¡Bendito seas!

Y, al cabo de un instante, el malicioso anciano que no debía de ignorar la pésima marcha de los negocios, agregó estas palabras consoladoras:

—Y aunque no saques provecho alguno, hijo, no te aflijas. Que saldrás ganando: tu alma volará derecho al Paraíso...

—Precisamente a eso aspiro, abuelo.

–Yo carezco de mayor instrucción, pero una vez oí en la iglesia algo que dijo Cristo. Se me ha quedado grabado en la cabeza y no lo olvido: «Vende», dijo el Salvador, «vende cuanto poseas para adquirir la Gran Perla.» ¿Y qué es esa Gran Perla? La salvación del alma, hijo. En cuanto a ti, mi amo, bien encaminado estás hacia la adquisición de la Gran Perla.

¡La Gran Perla! ¡Cuántas veces habrá brillado en lo íntimo de mi ser, en medio de las tinieblas, semejante a una gruesa lágrima!

Seguimos andando, los dos hombres delante, las mujeres detrás, con las manos cruzadas. De cuando en cuando emitíamos alguna observación: ¿se sostendrían a los embates del viento las flores de los olivos? ¿Acabaría por llover a tiempo para que germinara el trigo? Aparentemente, ambos sentíamos apetito, pues la conversación cayó sobre los alimentos y no nos apartamos ya del tema.

–¿Y qué plato prefieres, abuelo?

–Todos, todos, hijo mío. Gran pecado es decir: esto es bueno, esto, no.

–¿Por qué? ¿Acaso no podemos escoger entre unas cosas y otras?

–Por cierto que no, no podemos.

–¿Por qué?

–Porque hay gente que en ese mismo momento padece hambre.

Callé, avergonzado. Nunca mi corazón había alcanzado tal altura de nobleza y de compasión.

La campanita del convento sonó alegre, juguetona, como risa de mujer.

El viejo se persignó.

–¡Que la Santísima Degollada nos socorra! –murmuró–. Una cuchillada le seccionó el cuello y le mana sangre. En tiempos de los corsarios...

Y el viejo fue tejiendo la historia de los padecimientos de la Virgen, como si se tratara de los de una mujer de carne y hueso, de una joven refugiada, víctima de las persecuciones de los infieles, quienes la habrían apuñalado y ella, llorando, hubiera llegado aquí desde Oriente, con su hijo.

–Una vez cada año la llaga mana verdadera sangre –prosiguió el viejo–. Recuerdo que en cierta ocasión, el día de la Virgen, en tiempos en que yo no tenía bigotes todavía, vimos de todos los pueblos a postrarnos ante la Santísima. Era el quince de agosto. Nosotros, los hombres, nos habíamos acostado en el patio del monasterio para pasar la noche; las mujeres en habitaciones interiores. Pues ocurrió que durante el sueño oí un grito de la Virgen. Me levanté al instante y corrí hasta el icono; púsele la mano en el cuello y, ¿qué veo? Los dedos estaban empapados en sangre...

El viejo se persignó, luego dirigiéndose a las que venían detrás de nosotros:

–¡Vamos, mujeres, ánimo –les gritó–, ánimo que ya llegamos!

Bajó la voz:

–En aquel entonces no estaba casado. Me eché de bru–ces, postrándome ante Nuestra Señora, decidido a dejar el mundo de apariencias y mentiras y a hacerme monje...

Riéndose interrumpió el relato.

–¿Por qué ríes, abuelo?

–¿Te parece que no hay motivo de risa, hijo? Has de saber que ese mismísimo día, durante los festejos de la cele–bración, el diablo en figura de mujer vino a plantarse frente a mí. ¡Era ella!

Y me indicó, sin volver la cabeza, dirigiendo el pulgar hacia atrás por encima del hombro, a la vieja que nos seguía callada.

–No la mires ahora –dijo–, que quita el hipo de fea. En aquel tiempo esta alcachofa se meneaba como un pez. «La hermosa de las largas pestañas» la llamaban ¡y a fe que no le sentaba mal el mote a la bandida! Ahora ¡ay, pobres de nosotros! ¿Qué se hicieron las pestañas? ¡El diablo las peló, que anda toda desplumada!

En ese momento, detrás de nosotros la vieja gruñó sor–damente como perro arisco que la cadena sujeta. Pero no dijo una palabra.

–¡Ea, ahí está el monasterio! –dijo tendiendo el brazo.

A orillas del mar, acunado entre dos grandes peñas, el monasterio, pequeñito, relumbraba en su blancura. En el centro, la cúpula de la capilla, recientemente encalada, peque–ña y redonda como pecho de mujer; en torno de la capilla, cinco o seis celdas de puertas azules; en el patio, tres altos cipreses, y, a lo largo del cercado de clausura, grandes hi–gueras en flor.

Apuramos el paso. Melodiosas salmodias llegaban desde las abiertas ventanas del santuario; el aire salino se aromatisó de benjuí. La puerta principal, de arco de medio punto, abierta de par en par, daba al patio muy limpio, perfumado, cubierto el suelo por una capa de cantos rodados negros y blancos. A derecha e izquierda, contra las paredes, larga hilera de macetas de romero, mejorana y albahaca.

¡Qué serenidad! ¡Qué dulzura! Poníase ya el sol, pintando de rosa las blanqueadas paredes. La capillita, tibia, poco iluminada, olía a cera. Hombres y mujeres movíanse entre el humo del incienso, y cinco o seis religiosas, ceñidas en los negros hábitos, entonaban con dulces voces agudas el «Señor Omnipotente». A cada rato se arrodillaban y se oía el roce de sus vestiduras como un latir de alas.

Hacía muchos años que no escuchaba las letanías de la Virgen. En la época rebelde de la juventud, pasaba desdeñoso e irritado ante las iglesias. Con el andar del tiempo me apa–cigüé y asistía a

veces a las solemnes celebraciones de Navi-dad, Vísperas, Pascua de Resurrección, y me regocijaba el renacer de mi alma de niño. El fervor místico de antaño había decaído hogaño en goce estético. Los salvajes creen que cuando un instrumento musical deja de servir en los ritos religiosos, pierde su fuerza divina, pero se le pueden arrancar entonces armoniosos sonos. De igual modo, la religión habíase degradado en mí, para convertirse en arte.

Me quedé en un rincón, apoyado en una silla de coro que las manos de los fieles dejaron lisa como marfil. Escuchaba, seducido, desde las profundidades del tiempo, las melopeas bizantinas: «¡Salve, Cima inaccesible para el pensamiento humano! ¡Salve, Cima invisible hasta para las miradas de los ángeles!... ¡Salve, Esposa sin Esposo, oh, Rosa mística!...

Y las monjas de nuevo prosternadas tocaban el suelo con la frente, mientras los hábitos crujían con rumor de alas.

Los minutos pasaban cual ángeles perfumados de benjuí que llevaran lirios cerrados y cantaran loas a María. El sol se puso; el crepúsculo cayó con blandura de plumón, teñido de azul. No recuerdo cómo nos vimos de pronto en el patio, don-de quedé a solas con la anciana Madre Superiora y dos monjas jóvenes, al pie del ciprés más alto. Una novicia vino a traerme la ofrenda de la cucharada de dulce, agua fresca y café, luego de lo cual la apacible charla continuó. Habla-mos de los milagros de la Virgen, de la mina de lignito, de las gallinas que en ese comienzo de primavera volvían a po-ner, de la hermana Eudoxia enferma de histerismo, que caía de golpe en las losas de la capilla, daba botes de pez fuera del agua, se le llenaba de espuma la boca, y blasfemaba des-garrándose los hábitos.

—Tiene treinta y cinco años —agregó suspirando la Superiora—. ¡Edad maldita, horas penosas! ¡Que le conceda su gracia Nuestra Señora Degollada, y curará! Dentro de diez o quince años recobraré la salud.

—¡Diez o quince años!... —murmuré espantado.

La Superiora me atajó, severa:

—¿Qué son diez o quince años ante la eternidad?

No contesté. Yo sabía que la eternidad es cada uno de los minutos que pasan. Beséle la mano a la Superiora, mano blanca y llena, que olía a incienso, y luego me retiré.

Era noche cerrada. Dos o tres cuervos regresaban de pri-sa a sus nidos; las lechuzas salían de entre los troncos huecos para comer; los caracoles, las orugas, los gusanos, los musga-ños, salían de las cuevas para que se los comieran las le-chuzas. La misteriosa serpiente que se muerde la cola encerróme en su círculo: la tierra da a luz y devora a sus hijos, echa otros al mundo y los devora también.

Miré en torno de mí; la oscuridad era completa. Los aldeanos rezagados ya se habían marchado a su vez; la sole-dad reinaba, nadie me veía. Me descalcé, hundí los pies en las aguas del mar, me

eché a rodar por la arena. Sentía la necesidad de tocar con el cuerpo desnudo las piedras, el agua, el aire. La palabra «eternidad» que dijo la Superiora me exasperaba, la sentía sobre mí como el lazo que captura en plena carrera a los potros indómitos, y daba saltos para librarme de él. Ansiaba tocar despojado de ropas, pecho contra pecho, a la tierra y al mar, ansiaba asegurarme de que esas cosas efímeras y bien amadas existían en la realidad.

«¡Tú, tú sola», exclamé en mi fuero interno, «tú sola existes, oh, Tierra! Y yo soy tu hijo recién nacido; mamo a tus pechos y no quiero desprenderme de ellos. No me concedes más que un minuto de vida, pero el minuto se convierte en pecho y yo mamo.»

Corrió por mi cuerpo un escalofrío. Como si hubiera estado a punto de precipitarme en el abismo de esa palabra antropófaga, «eternidad». Recordé con qué afán en otro tiempo —¿cuándo? ¡El año pasado, no más allá!— me he inclinado ardientemente hacia ella con los ojos cerrados y los brazos abiertos, deseando arrojarme en sus fauces.

Cuando cursaba la primera clase de la escuela comunal, teníamos una lectura en la segunda parte del abecé que consistía en un cuento breve: un niño se había caído en un pozo; allí se halló en una espléndida ciudad con jardines florecidos, lagos de miel, montañas de arroz con leche, e infinidad de multicolores juguetes. A medida que avanzaba en el delecto, iba entrando más lejos en la ciudad magnífica. Ahora bien, una tarde, al regresar de la escuela, entré corriendo en mi casa, me dirigí sin vacilar hacia el brocal del pozo que había en el patio, bajo el emparrado, y miré alucinado la superficie lisa y negra del agua. Pronto imaginé que tenía a la vista la ciudad maravillosa, con sus casas y sus calles, con niños y un parral cargado de racimos. No resistí a la tentación: incliné la cabeza, tendí hacia adelante los brazos haciendo fuerza con los pies en el suelo para tomar impulso y arrojarme en el pozo. Por suerte, mi madre me vio en ese momento; acudió corriendo y gritando, y llegó apenas a tiempo para asirme de la cintura...

De niño, estuve a punto de caer en el pozo. Ya crecido, estuve a punto de caer en la palabra «eternidad», y también en no pocas palabras distintas: «amor», «esperanza», «patria», «Dios». Salvada cada una de ellas, pensaba haberme librado de un peligro y haber dado un paso hacia adelante. No era así. Sólo cambiaba de palabra, y a eso lo llamaba yo liberación. Ahora, heme, desde hace dos años enteros, suspendido en el brocal del pozo «Buda».

Mas cierto estoy ¡y gracias le sean dadas a Zorba!, de que «Buda» ha de ser el último pozo, la última palabra-precipicio, de la que me veré a salvo muy pronto y para siempre. ¿Para siempre? Es lo que afirmamos en cada ocasión.

Me levanté de un brinco. De pies a cabeza me sentía dichoso. Me desnudé y me arrojé al mar. Alegres las olas jugueteaban; y yo con ellas. Cuando, cansado al fin, salí del agua, dejé que me secara el viento de la noche; luego me puse en marcha a saltos livianos llevando la impresión de que había eludido un tremendo peligro y de que me hallaba prendido como nunca a los pechos de la Madre.

En cuanto entró dentro de mi campo visual la playa de la mina, me detuve bruscamente: había luz en la cabaña.

«¡Debe de haber regresado Zorba!», pensé con alegría.

A punto estuve de echar a correr, pero no lo hice. «Es menester que disimule mi alegría», me dije. «Debo aparentar enojo y comenzar por reprocharle su conducta. Lo mandé con una misión urgente y se quedó allá doce días, tirando el dinero por la ventana y enredado con cantantes de poca mon-ta. Es preciso que me le presente con aspecto enfurecido, no hay vueltas.»

Reanudé el avance a pasos lentos, para tener tiempo de enfurecerme. Ensayaba las apariencias de gran irritación, fruncía las cejas, cerraba el puño, adoptaba los gestos del hombre encolerizado para despertar en mí enojo verdadero. Todo en vano. Al contrario, cuanto menor era la distancia que me separaba de él, tanto más alegrábase el alma.

Me acerqué en puntas de pie y atisbé por el ventanuco iluminado. Zorba, arrodillado en el suelo, tras haber dado lumbre a la cocinilla se ocupaba en preparar el café.

Se me ablandó el corazón y exclamé:

–¡Zorba!

La puerta se abrió de golpe. Zorba, descalzo, sin camisa, salió precipitadamente; alargó el cuello en la oscuridad, me vio, abrió los brazos; pero al instante se contuvo y los dejó caer.

–¡Me alegro de verte, patrón! –dijo vacilante, inmóvil ante mí, y alargada la cara.

Yo me esforcé por poner voz severa:

–Me alegro de que te dignaras regresar –dije–. No te me acerques, desdichado, que apesta a perfume vulgar de mujerzuela.

–¡Ah, si supieras cómo me he lavado, sin embargo, pa-trón! Me he almohazado como a un caballo, he cepillado mi maldita piel antes de presentarme a tu vista. Mira, hace una hora que refriego y que rasco. Pero este condenado olor... En fin, ¿qué puede hacer sino irse a la postre? No es la pri-mera vez que me veo en lo mismo y por fuerza tendrá que desaparecer quiera o no quiera.

–Entremos –dije a punto de lanzar una carcajada.

Entramos. La cabaña olía fuertemente a perfume, a polvos, a jabón barato, a mujer.

–Oye, ¿qué son esos aparatos, eh? –hube de exclamar al ver amontonados sobre una caja bolsos de mano, bolas de jabón de olor, medias, una sombrillita roja, un minúsculo frasquito de perfume.

–Obsequios... –murmuró Zorba, bajando la cabeza.

–¿Obsequios? –dije esforzándome por demostrar enojo–, conque ¿obsequios?...

–No te enojés, patrón, son para la pobre Bubulina. Se acercan las Pascuas y al fin y al cabo es un ser humano, ella también.

Logré dominar otra vez las ganas de reír que me asaltaban.

–Lo más importante no se lo has traído... –dije.

–¿Qué?

–Pues ¡vamos! ¡La corona de azahares para la novia!

–¿Cómo? ¿Qué historia es ésa? ¡No comprendo!

Le referí entonces el cuento que le había inventado a la enamorada sirena.

Zorba se rascó la cabeza y meditó un instante.

–No has obrado bien, patrón –dijo al fin–. No, no está bien, eso, sin que sea faltarte el respeto. Bromas de tal calibre, patrón... La mujer es una criatura débil, delicada, ¿hasta cuándo tendré que repetírtelo? Un jarrón de porcelana. Hay que manejarlo con precaución.

Me sentí avergonzado. Ya lo había lamentado antes, aunque demasiado tarde. Cambié de tema.

–¿Y el cable? –pregunté–. ¿Y las herramientas?

–Todo lo traje, todo, no tengas cuidado. El pastel entero y el perro hartó, como decimos nosotros. Cable, Lola, Bubulina, patrón ¡todo está en su punto!

Retiró el briki del fuego, llenó de café mi taza, me dio unas rosquillas de sésamo que había traído de la ciudad y halva con miel, la golosina de mi preferencia.

–Te traje una caja grande de halva como regalo –me dijo enternecido–. No me he olvidado de ti, como puedes ver. Mira, compré también para el loro un saquito de cacahuetes. De nadie me olvidé. Si te digo que mis sesos pesan más que lo corriente.

Comí las rosquillas y la torta y bebí café, sentado en el suelo. Zorba saboreaba el suyo, fumando, me miraba, y sus miradas me fascinaban como las de una serpiente.

–¿Resolviste el problema que te atormentaba, viejo char–latán? –le pregunté con tono cordial.

–¿Qué problema, patrón?

–El de si la mujer es o no un ser humano.

–¡Bah! ¡Bah! ¡Eso está terminado! –respondió Zorba sacudiendo la cabeza–. Es un ser humano, no cabe duda, como nosotros ¡y peor! En cierto y determinado momento ve tu portamonedas y pierde la cabeza. Se te pega, renuncia a la libertad, encantada de renunciar a ella, porque sabe que detrás de eso ¿comprendes?; está brillando el portamonedas. Pero al breve rato... ¡al diablo con todo, patrón!

Se levantó, arrojó el cigarrillo por la ventana.

–Ahora, hablemos como hombres –dijo–. La Semana Santa se nos viene, tenemos aquí el cable, tiempo es de subir al monasterio en busca de esos tocinos andantes y firmar los papeles con respecto al bosque... Antes que vean el aparato teleférico y se les haga agua la boca ¿entiendes? El tiempo vuela, patrón, no está bien que nos lo pasemos holgazaneando; es preciso recoger ahora algún beneficio, es preciso que vengan barcos y carguen leña para compensar los pastos... El viaje a Candía resultó muy oneroso... El diablo inter–vino y, ya ves...

Calló, me dio pena verlo así. Se manifestaba como un niño que ha cometido alguna diablura y no sabiendo cómo ponerle remedio, tiembla, con el corazón que le brinca en el pecho.

«¡Avergüénzate!», me reproché a mí mismo. «¿Acaso es decente permitir que tiemble de temor un alma como ésta? ¡Levántate, hombre! ¿Dónde podrías hallar jamás otro Zor–ba? ¡Levántate, toma la esponja y pásala por todo!»

–¡Zorba –exclamé–, deja en paz al diablo, que ninguna necesidad tenemos de él! A lo hecho pecho. ¿Para qué tienes ahí el santuri?

Abrió los brazos como si fuera a estrecharme entre ellos. Mas volvió a cerrarlos, vacilante aún.

De un tranco llegó a la pared; se alzó en puntas de pie y descolgó el santuri. En el momento en que se puso a la luz del candil, le vi los cabellos: estaban negros como betún.

–Oye, marrano, ¿qué cabellos son esos? ¿De dónde los sacaste?

Zorba se echó a reír.

–Me los teñí, patrón; no te asombres, tuve que teñir–melos...

–¿Por qué?

–Por amor propio ¡caray! Un día me paseaba de bracero con Lola. Es decir, de bracero, no; así, mira, tocándola ape–nas con la punta de los dedos. Pues, ¿no se nos viene un mocosuelo no más

alto que un gato, a mofarse de nosotros? «¡Eh, viejo!», grita el hijo de mala madre, «¿a dónde te lle-vas a la nieta?»

»—Como comprenderás, Lola se avergonzó, y yo también. Y para que ella no se avergonzara de mi compañía, esa mis-ma noche fui a que el peluquero me tiñera la peluca.

Reí. Zorba me miró serio.

—¿Te parece cómico, patrón? Sin embargo, mira, el hom-bre es algo que pasma. Desde aquel día, he notado en mí un cambio profundo. Yo mismo llegué a creer que tenía cabellos negros de veras —el hombre echa fácilmente en olvido todo aquello que no le conviene recordar— y, te lo juro, sentíme con renovadas energías. Hasta Lola advirtió el cambio. Y la punzada que me daba aquí en los riñones ¿recuerdas?, se me fue como por encanto. Hombre, estas cosas, sin duda, no las cuentan tus libracos...

Sonrió irónicamente, pero se arrepintió al instante:

—Lo digo sin intención de ofenderte, patrón. Yo, el único libro que leí es el Sinbad el Marino, y para lo que me sirvió...

Descolgó, pues, el santuri; lo desnudó lentamente, con gran ternura.

—Vayamos afuera —dijo—. Encerrado entre cuatro pa-redes, el santuri no se halla cómodo. Es un animalito silves-tre, le hace falta aire libre.

Salimos. Las estrellas chispeaban como pedernales. La Vía Láctea rodaba de una parte a la otra del cielo. Hervía el mar.

Nos sentamos en las piedras. Las olas llegaban blanda-mente a lamernos los pies.

—Cuando se anda en la mala hay que levantar el ánimo —dijo Zorba—. ¡Vaya, pues! ¿La suerte se imaginará que tiene fuerzas suficientes como para obligarnos a arriar el pabellón? ¡Ven acá, santuri mío!

—Una canción macedonia, de tu tierra, Zorba —le dije.

—¡No, una canción cretense, de la tuya! Quiero entonar una copla que me enseñaron en Candía, y que desde que la conozco ha dado nuevo rumbo a mi vida.

Meditó un segundo:

—No, no es un rumbo distinto, sino que ahora com-prendo que tenía razón.

Apoyó los gruesos dedos en las cuerdas del instrumento; tendió el cuello y la voz ronca, inculta, dolorosa, inició el canto:

¡Cuando decidas algo, sin miedo, ve adelante!

¡Da riendas sueltas a tu mocedad anhelante!...

Y al conjuro de la voz, volaron los cuidados, huyeron las mezquinas preocupaciones, el alma se elevó hasta su propia cima. Lola, el carbón, el cable aéreo, la «eternidad», las menudas fatigas, así como las grandes, todo se convirtió en humo azul que se disipaba en el aire; sólo quedó allí un pájaro de acero, el alma humana que cantaba.

—Yo te lo regalo todo, Zorba —exclamé en cuanto hubo dado fin a la canción altiva—, la cantante, el teñido del cabello, el dinero que derrochaste, todo, todo. ¡Sigue can-tando!

Alargó de nuevo el cuello descarnado:

¡Atrévete, no temas, y sea lo que fuere!

¡Quien juega, gana o pierde; quien ama, vive o muere!

Una decena de obreros que dormían cerca de la mina oyeron los cantos. Se levantaron, se acercaron furtivamente y se agazaparon en torno de nosotros. Escuchaban la tonada dilecta y sentían hormigueos en las piernas.

Y de pronto, no pudiendo contenerse salieron de la som-bra, medio desnudos, despeinados, puestas las amplias bra-gas; formaron rueda en torno de Zorba y su santuri, y comen-zaron a bailar sobre el rocoso suelo.

Conmovido los miraba yo, sin decir nada.

—Helo aquí, pensaba, el verdadero filón que yo buscaba. No me importa otro alguno.

Al día siguiente, antes de aclarar, resonaban las galerías con los golpes de pico y los gritos de Zorba. Los obreros trabajaban con afán. Sólo Zorba podía darles tal impulso. A su lado, el trabajo se hacía vino, canto, amor y los embria-gaba. La tierra cobraba vida en sus manos, las piedras, el carbón, los leños, los obreros se ponían al ritmo de su acti-vidad, y el combate se proseguía en las entrañas de la mina, a la blanca luz de las lámparas de acetileno, donde Zorba era caudillo y luchaba cuerpo a cuerpo al frente de sus hues-tes. A cada galería le había dado nombre y en cada

una de las vetas dábales rostros a las fuerzas ocultas, de modo que ya no podían disimularse ante él.

–Si yo sé que ésta –decía– es la galería Canavaro (así tenía bautizada a la primera que abriéramos), ¿qué demonios podría hacerme? La conozco por su nombre; no puede tener la audacia de engañarme. Como tampoco la «Madre Supe–riora», ni la «Tuerta», ni la «Meona». Si las conozco a todas por sus nombres, te digo.

Ese día yo me había escurrido en la mina sin que él lo notara.

–¡Vivo! ¡Vivo! –les gritaba a los obreros como solía hacerlo cuando lo arrebatava el entusiasmo–. ¡Adelante, muchachos! ¡La montaña es nuestra!... ¡Hombres somos, bestias temibles! Vosotros, cretenses, yo, macedonio, hemos de dominar a la montaña, no podrá ella más que nosotros. Hemos vencido a Turquía ¿no? ¡Qué temor puede inspirar–nos, entonces, esta montañita de mala muerte! ¡Adelante!

Alguien se acercó corriendo a Zorba. A la luz del acetileno distinguí los morros estrechos de Mimito.

–Zorba –le dijo con el habitual tartamudeo–, Zorba...

Éste volviendo la cabeza vio a Mimito y comprendió de qué se trataba. Alzó la manaza.

–¡Vete! –le gritó–. ¡A volar de aquí!

–Vengo enviado por la señora... –comenzó el tonto.

–¡Que te vayas, te digo! ¡Estamos ocupados!

Mimito se alejó a toda prisa. Zorba escupió con enojo.

–El día es para el trabajo –dijo–. El día es varón. La noche para la diversión. La noche es hembra. ¡No hay que mezclar una cosa con la otra!

En ese momento, me adelanté.

–Amigos –dije–, es mediodía. Hora es de dejar la tarea y tomar un bocado.

Zorba se volvió, vióme y frunció el gesto.

–Con tu permiso, patrón. Déjanos. Ve tú a almorzar. Hemos perdido doce días, hay que recuperarlos. ¡Buen pro–vecho!

Salí de la mina y bajé hacia el mar. Abrí el libro que llevaba en la mano. Tenía apetito; pero lo olvidé. La medi–tación es también una cantera, pensé. ¡Adelante, pues! Y me interné en las hondas galerías de la mente.

Un libro inquietante acerca de las montañas cubiertas de nieve del Tibet, acerca de sus misteriosos monasterios, sus monjes callados de vestiduras amarillas, que, concentrando su voluntad, fuerzan al éter a que adopte la forma de sus deseos. Altas cimas, aire poblado de espíritus. El vano rumor del mundo no llega hasta allí. El gran asceta conduce a sus discípulos, jovencitos de dieciséis a dieciocho años, al sonar la medianoche, hasta un lago helado de la montaña. Se desnudan, rompen la capa de hielo, hunden en el agua sus ropas, vuelven a vestirlas hasta que sequen al calor de su piel, las sumergen nuevamente en el agua helada, y nuevamente las visten, cosa que reiteran hasta siete veces consecutivas. Después de lo cual regresan al monasterio para celebrar los oficios matinales.

Escalan una cima de cinco o seis mil metros de altura; se sientan tranquilamente, respiran hondo, con movimientos regulares, desnudo el torso, sin sentir frío. Cogen entre las manos un cubilete de agua helada, la miran, se concentran, proyectando toda la fuerza de su voluntad en el agua, y el agua hierve. Con ella preparan el té que beben.

El gran asceta reúne en torno de sí a los discípulos y les dice:

¡Desdichado del que no tiene en sí mismo la fuente de la dicha!

¡Desdichado del que quiere agradar a los demás!

¡Desdichado del que no entiende que esta vida y la otra no
no son sino una!

Había caído la noche y no veía ya las letras. Cerré el libro y contemplé el mar. «Es indispensable», pensé «que me libere de todo fantasma: budas, dioses, patrias, ideas... ¡Desdichado del que no logra apartar de sí a los budas, a los dioses, a las patrias, a las ideas!»

El mar se había puesto negro de repente. La luna joven se descolgaba hacia el poniente. A lo lejos, en los huertos, ladraban los perros tristemente y toda la barranca ladraba con ellos.

Apareció Zorba, manchado, embarrado, con la camisa hecha jirones.

Se acuclilló junto a mí

—La cosa ha marchado bien, hoy —dijo satisfecho—, hemos cumplido muy buena tarea.

Oía las palabras de Zorba sin tomarles sentido. Mi espíritu vagaba aún por lejanas y misteriosas montañas abruptas.

—¿En qué piensas, patrón? Tu mente navega mar adentro.

Volví en mí y mirando a mi compañero meneé la cabeza.

–Zorba –le dije–, crees ser un estupendo Sinbad el Marino y te muestras muy jactancioso por haber barloven-teado algún tanto a través de los mares. ¡Y, sin embargo, no has visto nada, nada, nada, infeliz de ti! Yo tampoco he visto, por otra parte. Es mucho más amplio el mundo de lo que imaginamos. Viajamos, recorremos tierras, surcamos aguas, y a la postre no hemos asomado las narices fuera del umbral de nuestra casa.

Zorba frunció los labios, sin decir palabra. Gruñó, sola-mente, como el perro fiel cuando se le castiga.

–Existen montañas –proseguí– muy altas, inmensas, pobladas de monasterios. Y en los monasterios viven monjes vestidos de amarillo. Permanecen sentados, con las piernas cruzadas, un mes, dos meses, seis meses, y durante ese tiempo sólo piensan en una y única cosa. ¡Sólo una! ¿Entiendes? ¡No dos, una! No piensan, como nosotros, en la mujer y en el carbón, o en los libros y en el carbón; sino que concentran todo el espíritu en una sola y única cosa, y realizan milagros. Así es como se realizan milagros. ¿Has visto, Zorba, cuando se pone una lupa a los rayos del sol y todos los rayos se reúnen en un punto y lo inflaman? ¿Por qué? Porque la fuerza del sol no se desparrama, sino que se concentra entera en un solo punto. Lo mismo ocurre con el espíritu del hombre. Harás milagros si concentras la voluntad en una sola y única cosa. ¿Comprendes, Zorba?

Zorba respiraba agitadamente. En cierto momento se sacudió como si intentara huir. Pero se contuvo.

–Sigue –gruñó con voz ahogada.

Pero al instante se irguió de un salto, muy erecto el cuerpo.

–¡Cállate! –exclamó–. ¿Por qué me dices eso, patrón? ¿Por qué me envenenas el corazón? Yo me sentía cómodo aquí, ¿por qué me arrollas? Tenía hambre y Dios y el diablo (así me condene si establezco diferencias entre ambos) me arrojaron un hueso y yo lo lamía, agitando la cola y gritando: «¡Gracias, gracias!» Pues ahora...

Dio un golpe con el pie en el suelo, me volvió la espalda, inició un movimiento como para dirigirse a la cabaña; pero el ánimo le hervía aún. Se detuvo.

–¡Puf! ¡Mira tú qué bonito hueso es el que me arrojó el dios-diablo! ¡Una cochina cantante vieja! ¡Una cochina barcaza desmantelada!

Cogió un puñado de cantos y los arrojó al mar.

–¿Pero quién es ése –exclamó–, quién es ése que nos arroja los huesos?

Esperó un momento y al no recibir respuesta, agregó:

—¿No hablas, patrón? ¡Si lo sabes, dímelo, para que yo conozca también su nombre, y, no te aflijas, déjalo a mi cargo, yo sabré componérmelas con él! Sin saberlo, ¿adónde iría, a la ventura? Solamente a estrellarme y romperme la cara.

—Tengo ganas de comer —le dije—. Prepara la comida. ¡Primero comamos!

—¿No se puede estar una noche sin comer, patrón? Un tío mío era monje y en los días de entresemana se alimentaba solamente de agua y sal; los domingos y fiestas de guardar agregaba un poco de salvado. Vivió ciento veinte años.

—Vivió ciento veinte años, Zorba, porque tenía fe. Había dado con su Dios, no lo aquejaba preocupación alguna. Pero nosotros, Zorba, no tenemos Dios que nos alimente; por lo tanto, enciende fuego, y con esas doradas que compramos apróntanos una sopa bien caliente, espesa, con abundantes cebollas y sazónada con pimienta, como nos gusta. Después, veremos...

—¿Qué veremos? —dijo fastidiado—. Con el estómago lleno, echaremos todo en olvido.

—¡Precisamente es lo que deseo! Para eso sirve el ali-mento, Zorba. ¡Ea, a la obra, guísanos una sopa de pescado, viejo, para que no nos estalle la cabeza!

Pero Zorba no se movía. Inmóvil, seguía mirándome.

—Oye, patrón, conozco los proyectos que alientas. Mira: hace un rato mientras hablabas, como a la luz de un relám-pago los he visto.

—¿Y cuáles son mis proyectos, Zorba? —pregunté in-trigado.

—Quieres edificar un monasterio, tú también jeso es lo que proyectas! Un monasterio en que pondrás, en lugar de monjes, a unos cuantos rascapapeles de tu especie, que vivan garrapateando día y noche. Y al fin, como a los santos que se ven en las imágenes, os saldrán de la boca unas cintas impre-sas. ¿He adivinado, no?

Incliné la cabeza entristecido. ¡Viejos sueños de juventud, amplias alas cuyas plumas cayeron; ingenuos, generosos, no-bles impulsos!... Dar vida a una comunidad espiritual, ence-rrarnos una docena de camaradas, músicos, pintores, poe-tas... trabajar todo el día libremente, reunirnos por la noche, comer, cantar juntos, leer, plantearnos los grandes problemas, derribar las respuestas envejecidas, que pretenden resolverlos. Ya tenía yo redactado el reglamento de la comu-nidad. Hasta local le había hallado, en San Juan Cazador, en un valle del Himeto...

—¡Acerté! —dijo Zorba, muy contento, viendo que per-manecía callado.

»—Pues bien, en tal caso, he de pedirte un favor, santo Higúmeno: que me des el cargo de portero en tu convento; así podré entregarme al contrabando y hacer que pasen de cuando en cuando ciertas mercaderías extrañas: mujeres, mandolinas, damajuanas de raki, lechoncillos asados... Sólo para que no malgastes la vida en puras paparruchas.

Rióse y a paso vivo marchó hacia la barraca. Lo seguí. Limpió los pescados sin abrir la boca. Yo recogí leña, encendí fuego. Una vez lista la sopa, tomamos nuestras cu-charas y empezamos a comer directamente de la olla.

Ninguno de los dos hablaba. No habíamos probado bocado en todo el día y comíamos con voracidad. Bebimos vino y recuperamos la alegría. Zorba al fin abrió la boca para decir:

–Sería cómico, patrón, que apareciera ahora la Bubulina ¡que toda hora le sea grata y que de ella nos preserve el cielo! Es lo que nos falta, ¿verdad? Sin embargo, te diré, patrón, aquí inter nos, que sentí su ausencia ¡así se la lleve el diablo!

–¿Ahora no preguntas quién te arroja ese hueso?

–¡Qué importa, patrón! Es como una pulga en una parva de heno. Recoge el hueso y no te inquietes por la mano que lo arrojó. ¿Tiene sabor? ¿Queda alguna carne adherida? Ahí está el quid. Lo demás...

–¡La comida cumplió su milagro! –dije dándole una palmada en la espalda–. ¿Se ha tranquilizado el cuerpo hambriento? Pues el alma preguntona, también. ¡Trae el santuri!

Pero al tiempo en que Zorba se alzaba, oyéronse menudos pasos presurosos y firmes en el camino de cantos rodados. Las fosas nasales sembradas de pelo le palpitaron a Zorba.

–Hablando de Roma... –dijo en voz baja dándose una palmada en el muslo–. ¡Aquí la tienes! La perra olfateó olor a Zorba y acude.

–Yo me marcho –dije levantándome–. Me fastidia. Iré a dar un paseíto. ¡Arreglen ustedes sus asuntos!

–¡Buenas noches, patrón!

–Y no olvides, Zorba: le prometiste casarte con ella; no me dejes por mentiroso.

Zorba suspiró.

–¿Casarme otra vez, patrón? ¡Vaya jaleo!

El perfume de jabón de tocador se aproximaba.

–¡Ánimo, Zorba!

Salí precipitadamente. Ya se oía afuera el jadear de la vieja sirena.

Al amanecer del día siguiente, las voces de Zorba me arran-caron del sueño.

–¿Qué te pasa tan temprano? ¿Por qué gritas?

–No es portarse con seriedad esto, patrón –dijo mien-tras llenaba un saco con víveres–. Traje dos mulas, levánta-te, que hemos de ir al monasterio para firmar los papeles y poner en marcha el cable aéreo. Sólo una cosa alarma al león: el piojo. Si nos descuidamos, los piojos nos devoran, patrón.

–¿Por qué tratas de piojo a la pobre Bubulina? –pre-gunté riendo.

Zorba no se dignó oír.

–Vamos –dijo– antes que esté alto el sol.

Sentía vivo deseo de pasearme por la montaña, de percibir el aroma de los pinos. Cabalgamos en nuestras bestias y emprendimos la ascensión. Nos detuvimos un instante en la mina donde dejó Zorba algunas órdenes a los obreros: cavar la «Madre Superiora»; ahondar la canaleja de la «Meona» para que corra el agua; limpiar la «Canavaro» de los restos de carbón.

Resplandecía la mañana como un diamante fino. A medida que subíamos el alma se elevaba también, sintiéndose purifi-cada. Experimentaba nuevamente el influjo del aire libre y puro, del respirar fácil, de la amplitud del horizonte. Dijé-rase que el alma es un animal dotado de pulmones y fosas nasales y que necesita de mucho oxígeno, porque se ahoga en medio del polvo y del resuello que emana de la gente amontonada.

Estaba alto el sol cuando nos internamos en el pinar. El aire olía a miel. Soplabla el viento por sobre la fronda, rumo-roso como el mar.

Durante la marcha, Zorba observaba la pendiente de la montaña. Mentalmente iba clavando postes a cada tantos me-tros; alzaba la mirada y veía ya el cable que fulguraba al sol bajando directamente a la aldea. Colgados del cable, los tron-cos derribados se deslizaban silbadores, como flechas. Se frotaba las manos.

–¡Buen negocio! –decía–. Negocio de oro puro. Vamos a recoger el dinero a espuertas y luego haremos lo prometido.

Lo miré asombrado.

–¡Eh, parece que lo tuvieras olvidado! Antes de crear nuestro monasterio, nos iremos a la montaña grande. ¿Cómo la llamas? ¿Tebas?

–Tibet, Zorba, Tibet... Pero nosotros dos solamente. En esa región no entran mujeres.

—¿Quién te habla de mujeres? y, al fin y al cabo, no dejan de ser útiles las pobrecillas; no las calumnies. Son útiles cuando el hombre no tiene a las manos algún trabajo de hombre: sacar carbón de la tierra, conquistar ciudades tomándolas por asalto, conversar con Dios. ¿Qué otra cosa puede ocupar sus ocios, si no quiere morir de pena? Bebe vino, juega a los dados, acaricia a las mujeres. Y espera... Espera que suene la hora, si alguna vez suena.

Calló un momento.

—Si suena alguna vez —repitió irritado— la hora de la acción, pues puede ocurrir que no suene nunca.

Y un instante después:

—No puede continuar esto, patrón: o la tierra se achica, o yo tengo que agigantarme. ¡Si no, estoy perdido!

Apareció un monje entre los pinos, de cabello rojo y tez amarillenta, arremangado, con gorro redondo de paño. Con una varilla de hierro en la mano iba golpeando el suelo mientras avanzaba a largos pasos. Cuando nos vio se detuvo y alzó la varilla:

—¿Adónde vais, amigos? —preguntó.

—Al monasterio —le respondió Zorba—, a cumplir con nuestras piadosas obligaciones.

—¡Volveos, cristianos! —clamó el monje mientras los ojos de color azul desleído se enrojecían—. ¡Atrás, regresad a vuestras casas, por lo que más queráis! No es el monasterio carmen de la Virgen, sino huerto de Satán. Pobreza, humildad, castidad, lo que llaman corona del monje ¿dónde estáis? ¡Idos, os digo; dinero, orgullo, efebos: ésta es la santa Trinidad para ellos!

—Es cómico, éste, patrón —me susurró Zorba al oído.

E inclinándose hacia él:

—¿Cómo te llamas, hermano monje, y qué viento te lleva?

—Me llamo Zaharia. He cogido los bártulos y me he marchado. ¡Me marchó, me marchó, no lo soporto un minuto más! Hazme el favor de decirme cuál es tu nombre, paisano.

—Canavaro.

—Pues no lo soporto, no, hermano Canavaro. Cristo gime de aflicción toda la noche y no me deja dormir. Y yo gimo con él y por eso el higúmeno ¡que se tueste en las llamas del Infierno! me llama por la mañana temprano: «Bueno, Zaharia», me dice, «¿por qué no dejas que duerman tranquilos tus hermanos? ¡Tendré que expulsarte de aquí!»

»—¿Soy yo el que les quita el sueño, o son los gemidos de Cristo? ¡Él es quien gime por sus faltas!

»—¡Entonces levantó el báculo, el anticristo, y mirad!

Alzó el gorro, dejando a la vista una mancha de sangre coagulada en los cabellos.

—Por eso sacudí el polvo de mis sandalias y me marché.

—Vuélvete con nosotros al monasterio —dijo Zorba—, y yo he de reconciliarte con el higúmeno. Ven, nos acompaña—rás y nos mostrarás el camino. El Cielo te ha enviado a nuestro encuentro.

El monje meditó un instante. Le brilló la mirada.

—¿Qué me daréis?

—¿Qué quieres tú?

—Un kilo de bacalao salado y una botella de coñac.

Zorba se inclinó, fijando en él la mirada.

—Dime, tú ¿no tendrías, por casualidad, algún demonio interior, Zaharia?

El monje se sobresaltó.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Vengo del Monte Atos —respondió Zorba—, ¡conozco mucho el asunto!

El monje bajó la cabeza. Apenas se le oía la voz:

—Sí, hay un demonio en mí.

—¿Y se le antoja bacalao y coñac, no?

—¡Cierto, tres veces maldito sea!

—Pues bien, conformes. ¿Fuma, también?

Zorba le arrojó un cigarrillo que el monje cogió al vuelo con ademán rapaz.

—¡Fuma, fuma, así lo ahogue la peste! —dijo.

Y extrajo del bolsillo un pedernal y una mecha, encendió el cigarrillo y aspiró el humo a pleno pulmón.

—¡En el nombre de Cristo! —dijo. Alzó la varilla de hierro, dio media vuelta e inició la marcha.

—¿Cómo se llama tu diablo? —le preguntó Zorba, guiñándome el ojo.

—¡José! —contestó el monje sin volverse.

La compañía del monje medio loco no me complacía. Un cerebro enfermo, como un cuerpo enfermo, despiertan en mí lástima y desagrado. Pero no dije nada, dejando que Zorba hiciera lo que le gustare.

El aire puro nos abrió el apetito. Nos acomodamos al pie de un gigantesco pino y desliamos el bolso de las provisiones. El monje se inclinó curioso para indagar qué contenía.

–¡Eh, eh –dijo Zorba–, no te relamas, Zaharia! Esta–mos en Lunes Santo. Nosotros, que somos masones, come–remos un poquillo de carne, un pollo asado. ¡Dios me perdone! Pero también tenemos torta y aceitunas para tu san–tidad, ¡toma!

El monje se acarició la grasienta barba.

–Yo –dijo contrito–, comeré aceitunas y pan y beberé agua fresca... Pero José, como demonio que es, comerá un poco de carne, hermanos; se muere por el pollo asado y beberá el vino de vuestra cantimplora ¡condenado!

Se persignó, tragó vorazmente el pan, las olivas, la porción de torta; se limpió la boca con el dorso de la mano, bebió agua; luego volvió a persignarse como si hubiera terminado su almuerzo.

–Ahora –dijo–, le toca al tres veces maldito José...

Y se arrojó sobre el pollo.

–¡Come, condenado! –murmuraba furioso, tragando grandes bocados–. ¡Come!

–¡Bravo, monje! –exclamó entusiastamente Zorba–. Por lo que veo eres hombre de recursos...

Y dirigiéndose a mí:

–¿Qué te parece, patrón?

–Que se asemeja a ti como si fuera hermano tuyo –le contesté riendo.

Zorba le alcanzó al monje la cantimplora:

–Bebe, José, un traguito.

–¡Bebe, condenado! –dijo el monje cogiendo la cantim–plora y pegándose a ella.

El sol quemaba; nos internamos más a la sombra. El monje hedía a sudor acre y a incienso mezclados. Chorreaba agua por todos los poros y Zorba lo arrastró hacia la sombra para que no apestara tanto.

–¿Cómo te hiciste monje? –le preguntó, pues había comido a gusto y sentía deseos de charla.

El monje rió.

–Quizás supones que por inclinación mística ¿verdad? Pues no es así. La miseria, hermano, la miseria. Como no tenía nada a que hincar el diente, me dije: «No te queda más que entrar en el monasterio para no morirte de hambre.»

–¿Y estás contento?

–¡Dios sea loado! Suspiro a veces, pero no por lo que supones. No suspiro por deseos terrestres, que en la tierra yo me cago, perdonad que lo diga... Suspiro por el Cielo. Digo chistes, hago cabriolas, los monjes se ríen de mí; me dicen poseso y me injurian. Pero yo pienso: No puede ser lo que creen; ciertamente a Dios le agrada reír. «Entra, payaso mío, dirá un día. Ven, haz que me ría.» Y me abrirá las puertas del Paraíso, como bufón.

–¡Viejo, opino que tienes bien puesta la cabeza sobre los hombros! –dijo Zorba levantándose–. ¡En, marcha! No es cosa de quedarnos aquí hasta la noche.

De nuevo el monje inició la partida. Mientras subíamos por la montaña, me parecía que escalaba en mi interior escarpados senderos psíquicos, pasando de chatos cuidados a otros más altos, de las cómodas verdades llaneras a teorías más abruptas. De pronto, el monje interrumpió su marcha.

–Nuestra Señora de la Venganza –dijo señalando una capillita de grácil cúpula redonda.

Se postró y persignó. Yo me apeé y entré en el fresco oratorio. En un extremo, un viejo icono ennegrecido por el humo estaba cargado de ex-votos: delgadas placas de plata en que se representaban toscamente manos, pies, ojos, corazones... Ante el icono ardía una lamparilla de plata permanentemente.

Me aproximé en silencio: una bravía madona guerrera, de cuello firme, de mirada austera y vigilante, sostenía, no al Divino Infante, sino larga lanza fuertemente empuñada.

–¡Guay de quien ose tocar el monasterio! –dijo el monje con asustado tono–. La Virgen se arroja contra él y lo atraviesa con la lanza. En otros tiempos vinieron los argelinos e incendiaron el convento. Pero oye lo que les ocurrió: en el momento en que los infieles pasaban ante la capilla, la Santísima Virgen, sin vacilar, saltó del icono y se echó afuera. Y ¡dale que dale! con tal ímpetu arremetió a lanzazos contra los malditos que no quedó uno con vida. Mi abuelo recordaba haber visto las osamentas desparramadas por todo el pinar. Desde esa época la llamaron Nuestra Señora de la Venganza. Antes la llamaban de la Misericordia.

–¿Y por qué no realizó el milagro antes que quemaran el convento, padre Zaharia? –preguntó Zorba.

–¡Tal fue la voluntad del Altísimo! –respondió el monje persignándose tres veces.

–¡Vaya con el Altísimo! –murmuró Zorba montando a caballo–. ¡Rala! ¡En marcha!

A poco andar vimos, en una meseta, rodeado de peñas y altos pinos, el monasterio de la Virgen. Sereno, sonriente, aislado de mundanos rumores, anidado en alta y verde garganta de la sierra como expresión de la profunda armonía entre la nobleza de la cima y la dulzura del llano, el convento se me mostró cual maravilloso refugio para el recogimiento espiritual. «Aquí», pensé, «un alma sobria y suave podría darle altura humana a la exaltación mística. Ni cima escarpada y sobrehumana, ni voluptuosa y holgazana llanura; sólo lo preciso para que el alma se eleve sin perder el calor humano. Semejante sitio no modela héroes sublimes ni inmundos cerdos. Modela hombres cabales.»

—¡Qué maravilla, qué soledad, qué dicha! —murmuré.

Nos apeamos, cruzamos la amplia puerta, subimos al locutorio, donde se nos brindó la tradicional bandeja con raki, dulces y café. El padre hospedador vino a nuestro encuentro; varios monjes nos rodearon; comenzamos a charlar. Era un cerco de miradas maliciosas, de labios insaciables, de tupidas barbas y bigotes, de sobacos que olían a macho cabrío.

—¿No trajisteis algún periódico? —preguntó ansioso uno de los monjes.

—¿Un periódico? —dije asombrado—. ¿Para qué lo queréis aquí?

—¡Pues, hermano, para saber cómo anda el mundo! —clamaron algunos monjes indignados.

Arracimados tras las rejas del balcón muchos de ellos graznaban como cuervos. Hablaban de Inglaterra, de Rusia, de Venizelos, del Rey, apasionadamente. Si el mundo los tenía confinados, ellos no habían apartado al mundo de sí. En la retina llevaban grabadas vivas imágenes de ciudades populosas, de tiendas multicolores, de mujeres, de periódicos falaces...

Un monje rechoncho y peludo se levantó resoplando:

—Quiero mostrarte una cosa —me dijo—, me dirás tú qué opinas. Voy a buscarla al instante.

Se retiró con las velludas manos sobre el vientre, arrastrando las chinelas de paño.

Los monjes rieron burlones.

—El padre Dometios —dijo el monje hospedador— trae rá de nuevo su monja de arcilla. El demonio la tenía enterrada para él, y un día en que Dometios cavaba el huerto dio con ella. Se la llevó a su celda y desde entonces el pobre ha perdido el sueño. No le falta mucho para perder el seso también.

Zorba se levantó: sentíase ahogado.

—Hemos venido a conversar con el santo higúmeno —dijo—, y para firmar unos papeles.

—El santo higúmeno —respondió el hospedador— no se halla aquí; salió esta mañana temprano: se dirigió a la aldea. Ten paciencia y espéralo.

Reapareció el padre Dometios con las manos juntas y tendidas hacia adelante, cual si fuera portador del cáliz consagrado.

—¡Aquí está! —dijo entreabriendo las manos con precaución.

Me acerqué a él. Una estatuilla de Tanagra sonreía coquetamente, medio desnuda, entre las gordas palmas del monje. Con la única mano que le quedaba intacta sosteníase la cabeza.

—Si señala la cabeza —dijo Dometios—, es porque tiene encerrada en ella alguna piedra preciosa, quizás un diamante o una perla. ¿Qué opinas tú?

—Yo opino —interrumpió un monje atrabiliario— que le duele la cabeza.

Pero el gordo Dometios me observaba con el belfo colgante como el de un cabrón, y esperaba impaciente.

—Tengo ganas de romperla para ver... No puedo conciliar el sueño por esta duda. ¿Si guardara algún diamante?

Yo miraba a la graciosa jovencita de tetas erguidas, desterrada en este lugar extraño, entre humo de incienso y dioses crucificados que abominan de la carne, de la risa, del beso. ¡Ah, si me fuera dado salvarla!

Zorba tomó la estatuilla de barro, palpó el menudo cuerpo de mujer, deteniendo los dedos temblorosos en los pechos firmes y erectos.

—¿Acaso no adviertes, monje —dijo—, que éste es el diablo? Es el mismísimo diablo en persona, no hay duda posible. ¡Si lo conoceré yo al maldito! Mírale el pecho, padre Dometios, redondo, firme, fresco. ¡Así es el pecho del diablo, yo te lo aseguro porque lo sé muy bien!

La figura de un monje joven se dibujó en la puerta. El sol le alumbró los dorados cabellos y el rostro ovalado de fino vello.

El monje de lengua viperina guiñó un ojo al padre hospedador. Ambos sonrieron maliciosamente.

—Padre Dometios —dijeron—, tu novicio, Gavrili.

El padre se apoderó al instante de la mujercilla de barro y se dirigió rodando como un tonel hacia la puerta. El hermoso novicio marchaba adelante, en silencio, contoneándose. Desaparecieron ambos en el largo corredor desmantelado.

Con un ademán le indiqué a Zorba que saliéramos al patio. Hacía calor. En medio del patio un naranjo en flor perfumaba el aire. Junto a él, de una antigua cabeza de carnero esculpida en mármol manaba agua murmurante. Puse la cabeza bajo el chorro y me refresqué.

—Dime, ¿qué bichos son éstos? —preguntó Zorba con gesto de asco—. Ni hombres, ni mujeres. ¡Mulos! ¡Puah! ¡Ojalá los cuelguen a todos!

Metió la cabeza también él en el agua fresca y se echó a reír.

–¡Que los cuelguen! –repitió–. Todos llevan un demonio consigo. Uno quiere una mujer; otro, bacalao; otro dinero; el de más allá, periódicos y política... ¡cáfila de bestias! ¿Por qué no se mezclarán de una vez con la gente, para hartarse de todo y purgar el cerebro?

Encendió un cigarrillo y se sentó en un banco al pie del naranjo en flor.

–Cuando yo deseo algo ¿sabes qué hago? Me lleno hasta el gaznate, para librarme de toda obsesión y no pensar ya en ello. O si me da por recordarlo, será con náuseas. Una vez, siendo pequeño, me entró la locura de las cerezas. No tenía dinero, las compraba de a puñaditos por vez, de modo que cuando las había comido me quedaba con ganas de seguir comiendo. Noche y día no pensaba en otra cosa, se me caían las babas, ¡un verdadero tormento! Pero un día me enojé, o me avergonzó la incapacidad de satisfacer el deseo; comprendí que las cerezas me dominaban ignominiosamente, hasta el extremo de que me sentía grotesco. ¿Qué hice, entonces? Me levanté durante la noche; a paso de lobo entré en la alcoba de mis padres, rebusqué en los bolsillos, encontré en ellos un medjidié de plata, y a la mañana siguiente, muy tempranito, le compré a un hortelano un cesto de cerezas. Me senté al borde del camino y empecé a engullir cerezas y continué tragando cerezas hasta que se me hinchó el vientre. El estómago no aguantó el atracón, y vomité. Vomité, patrón, las entrañas. Pues desde ese día, se acabaron para mí las cerezas; no las podía ver ni en pintura. De igual modo procedí más tarde con el vino, y lo mismo con el tabaco. Bebo y fumo todavía; pero en cuanto me lo propongo ¡zas! corto. No me domina la pasión. Cosa semejante me ocurrió con la patria. Deseé servirla; la serví hasta asquearme, vomité y me libré de la pasión patrioter.

–¿Y con las mujeres, Zorba? –le pregunté.

–¡Ya les llegará la vez, a las condenadas! ¡Ya les llegaré! Pero cuando tenga yo setenta años.

Meditó un instante: le pareció breve el plazo.

–¡Pongamos ochenta! –corrigió–. Te causa risa, patrón; riete, si quieres. Sin embargo, oye lo que te digo: solamente así se libera el hombre, hartándose de todo; no haciéndose ermitaño. ¿Cómo quieres, viejo, expulsar de ti al diablo, si no eres tú diablo y medio?

Resoplando apareció Dometios en el patio, seguido del monjecito rubio.

–Parece un ángel irritado –murmuró Zorba, que admiraba el aspecto silvestre y la gracia natural del efebo.

Se acercaron a la escalera de piedra que lleva a las celdas del piso superior. Dometios le dijo algo al monjecillo. Éste sacudió la cabeza como negándose. Pero al instante se inclinó, sumiso. Apoyó el brazo en la cintura del viejo, y ambos subieron lentamente la escalera.

–¿Viste? –me preguntó Zorba–. ¡Sodoma y Gomorra!

Dos monjes asomaron el hocico, se dirigieron recíprocos guiños, murmuraron unas palabras y se rieron a coro.

–¡Qué perversidad! –comentó gruñendo Zorba–. Los lobos no se comen entre sí, pero los monjes lo hacen. Mira cómo se muerden uno a otra.

–Uno a otro –corregí riendo.

–Viejo, aquí tanto da, no te atormentes. ¡Mulos, te digo, patrón! Puedes decir a tu antojo, Gavriili o Gavriila, Dome–tios o Dometías. Vayámonos, patrón; firmemos cuanto antes los papeles y marchémonos. A fe mía que aquí te asqueas a la vez del hombre y de la mujer.

Luego, bajando la voz:

–Tengo un plan...

–Alguna nueva locura, Zorba. ¿Te parece que son pocas las que cometiste, viejo chiflado? Vamos, dinos tu plan.

Zorba se encogió de hombros.

–¡Como para decírtelo, patrón! Tú, sea dicho sin intención irrespetuosa, eres un buen tipo. Un mozo que trata con la mayor delicadeza a cualquiera que se presente. Si hallaras una pulga en invierno sobre la almohada, la pondrías debajo para que no tenga frío. ¿Serías capaz de entender, entonces, las tretas de un bandido taimado como yo? Si veo una pulga, ¡crac! la aplasto. Si me encuentro con un cordero, le corto el cuello, lo pongo a asar y me lo como con los amigos. Tú protestarás; ¡ese cordero no es tuyo! De acuerdo. Pero déja–nos, hermano, que lo comamos, y luego, tranquilamente, discutiremos acerca del «tuyo» y del «mío». Hablarás al res–pecto todo cuanto quieras, mientras yo use una cerilla a manera de mondadientes.

Repercutieron en el patio sus carcajadas. Zaharia apareció, mostrando alarma. Apoyó el índice en los labios y se aproximó en puntas de pie.

–¡Chito! –dijo–, ¡no riáis así! Mirad, allá arriba, detrás de la ventanita que se ve abierta, está trabajando el obispo. Aquélla es la biblioteca. Está escribiendo. Todo el día escribe el santo hombre, ¡no hagáis ruido!

–¡Hombre, precisamente deseaba verte, padre José! –di–jo Zorba cogiendo del brazo al monje–. Llévame a tu celda, que hemos de hablar.

Y dirigiéndose a mí:

–Mientras tanto, puedes visitar la capilla y admirar los viejos iconos. Yo esperaré al higúmeno, que no ha de tardar. Sobre todo, no te metas en nada, pues echarías a perder las cosas. Déjame en libertad de acción: pondré en práctica mi plan.

Y hablándome al oído, agregó:

–Conseguiremos el pinar por la mitad del precio... ¡No digas nada!

Y se marchó prontamente, del brazo del monje loco.

XVIII

Entré en la capilla y me sumergí en la penumbra fresca y perfumada. Nadie había en ella. Los candelabros de bronce daban muy débil luz. Finamente labrado, el iconostasio ocu-paba todo el fondo, simulando un parral de oro cargado de racimos. Los muros de arriba abajo mostraban frescos semi-borrados, con figuras de impresionantes ascetas, de Padres de la Iglesia, de las escenas dolorosas de la Pasión, de ángeles robustos y severos, cuyos cabellos estaban sujetos con anchas cintas celestes y rosadas que la humedad había desteñado.

Arriba, en la bóveda, la Virgen tendía los brazos, implo-rante. Frente a ella, una pesada lámpara de plata ardía, y la luz temblorosa acariciaba blandamente el largo rostro ator-mentado. No he de olvidar en mi vida la mirada triste, los labios fruncidos y entreabiertos, la barbilla robusta y enérgica de aquella imagen. «He aquí», me dije, «a la Madre plena-mente satisfecha, plenamente feliz, aun en medio de su con-goja torturadora, pues sabe que de sus entrañas percederas ha surgido algo que ha de ser inmortal.»

Cuando crucé de nuevo el umbral de la capilla, ya se ponía el sol. Me senté al pie del naranjo florecido, sintiéndome con ánimo jubiloso. La cúpula se teñía de rosa como lamida por las primeras luces del alba. Los monjes retirados en sus celdas, descansaban. Esta noche no dormirían; el descanso de ahora les daría fuerzas para la cercana ceremonia: dentro de poco iniciaría el Salvador sus pasos del Calvario y ellos habían de acompañarlo hasta el Gólgota. Dos marranas ne-gras de rosadas mamas dormían, echadas junto a un algarrobo, los palomos, en los tejados, hacían la rueda y arrullaban.

«¿Hasta cuándo», pensaba, «me será dado vivir y gozar de la tierra, del aire, del silencio y del perfume del naranjo en flor?» Un icono de san Baco, que había contemplado en la capilla, me embargó el corazón de intensa alegría. Todo aquello que más hondamente me conmueve, unidad de deseo, consecuencia en el esfuerzo, lo había hallado de nuevo en él. ¡Bendito sea el gracioso icono del efebo cristiano cuyos cabe-llos rizados caen sobre la frente cual racimos negros! Dioni-sios, el hermoso dios del vino y del éxtasis, y san Baco, se confundían en mi interior y tenían el mismo semblante. Bajo las hojas de la parra o bajo los hábitos del monje, palpitaba el mismo cuerpo vibrante, tostado al sol: el de la Grecia eterna.

Volvió Zorba.

–Ya llegó el higúmeno –me dijo de prisa–, hemos con-versado un poco. Se hace rogar; dice que no quiere vender el bosque por un mendrugo; pone más alto precio; pero déjalo en mis manos, que al pícaro lo haré ceder yo.

–¿A qué viene todo eso? ¿No estábamos ya de acuerdo?

–¡No te metas en nada, patrón, por favor! –suplicó Zorba–. Sólo sería para suscitar inconvenientes. ¡Los acuer-dos de antes, muertos y enterrados están a estas horas! No frunzas las cejas: ¡enterrados, te digo! Conseguiremos el pinar por la mitad del precio convenido antes.

–¿En qué revoltijos andas, Zorba?

–No te preocupes, que es asunto mío. Un poco de aceite a la polea ¡y verás cómo gira! ¿Has comprendido?

–No, no comprendo. ¿Por qué regatear ahora?

–Porque gasté más de lo que debía en la ciudad. ¡Por eso! Porque Lola me ha devorado, es decir, te ha devorado no poco dinero. ¿Pensaste que yo lo había echado en olvido? Uno tiene su amor propio, ¿o qué crees tú? ¡Mi reputación debe quedar inmaculada! He gastado, pago. Ya tengo las cuentas bien hechas: Lola nos costó siete mil dracmas: pues las descontaré del valor del bosque. El higúmeno, el monas-terio, la Virgen, pagarán por Lola. Ése es mi plan, ¿no te agrada? –

–En modo alguno. ¿Por qué la Virgen habría de cargar con tus derroches?

–Porque es responsable y más que responsable. Ella dio vida a su hijo; su hijo me dio vida a mí, Zorba, y me ha dotado de los instrumentos que sabes. Y por obra de esos malditos instrumentos, dondequiera que me encuentre con la especie hembra tengo que perder la cabeza y abrir la bolsa. Así pues, que cada cual pague sus deudas.

–No me agrada esto, Zorba.

–Ésa es harina de otro costal, patrón. Saquemos a flote, primero, los siete billetitos, y luego hablaremos. ¿Recuerdas la canción: «Bésame, ahora, mi bien, que luego volveré a ser tu tía...»?

El gordo hospedador se presentó, diciendo con melosa voz eclesiástica: –

–Tened la bondad de pasar al comedor; la cena está pronta.

Entramos en el refectorio, una gran sala con bancos y largas mesas angostas. Fuerte olor a aceite rancio flotaba en el aire. En la pared frontera un antiguo fresco reproducía la Santa Cena: los once discípulos fieles amontonados como ovejas en torno de Cristo y, en frente, de espaldas al espec-tador, el rojo, de nariz aguileña y abultada frente, Judas, la oveja sarnosa. Y Cristo sólo para él tenía miradas.

El padre hospedador tomó asiento, yo me ubiqué a su derecha, Zorba a su izquierda.

—Estamos en Cuaresma —dijo—, tendréis que perdonar lo modesto de nuestra mesa: no podemos brindaros aceite ni vino, aun siendo como sois forasteros. ¡Sed bienvenidos!

Nos persignamos; nos servimos silenciosamente algunas aceitunas, cebolletas, habas verdes, halva. Masticábamos los tres lentamente, como conejos.

—Así es la vida en este mundo —dijo el padre hospeda—dor—, una crucifixión, una Cuaresma. Pero habed paciencia, hermanos, paciencia, que la Resurrección está próxima, en compañía del Cordero, y el reino de los Cielos nos será abierto.

Tosí; Zorba me tocó un pie con el suyo, como indicán—dome: ¡Calla!

—Estuve con el padre Zaharia... —dijo Zorba, con propósito de cambiar de tema.

El padre hospedador se sobresaltó:

—¿Acaso te ha dicho algo ese poseso? —preguntó in—quieto—. Lleva en sí a los siete demonios, ¡no le prestéis oídos! Como tiene impura el alma, sólo ve impurezas en todas partes.

Lúgubre, la campana llamó a vísperas. El padre hospe—dador se levantó persignándose.

—Yo debo retirarme —dijo—. La Pasión comienza, he de llevar la cruz en compañía del Salvador. Esta noche, podéis reposaros de las fatigas del camino. Pero mañana a maitines...

—¡Cochinos! —gruñó Zorba entre dientes apenas salió el monje—. ¡Falsos! ¡Mulos! ¡Mulos!

—¿Qué te ocurre, Zorba? ¿Te dijo algo Zaharia?

—¡Deja, patrón! ¡Al diablo con todo y con todos! No te preocupes, que si no quieren firmar, tendrán que vérselas conmigo.

Nos fuimos a la celda que para nosotros habían dispuesto. En una esquina había un icono con la imagen de la Virgen que apoyaba la mejilla en la de su hijo. Los ojos, grandes, aparecían bañados en lágrimas.

Zorba meneó la cabezota y preguntó:

—¿Sabes por qué llora, patrón?

—No.

—Porque ve. Si yo pintara iconos, a la Virgen la repre—sentaría sin ojos, sin orejas, sin nariz. Porque siento compa—sión por ella.

Nos echamos en los duros catres. Las vigas del techo exha—laban olor a ciprés; por la ventana abierta penetraba el suave hálito de la primavera cargado de aromas de flores. De cuando en

cuando llegaban del patio, como ráfagas de viento, las fúnebres melodías. Cantó un ruiseñor junto a la ventana, luego, algo más lejos, otro y otro más. La noche desbordaba amor.

No podía dormir. El canto del ruiseñor se fundió en un solo rumor con las lamentaciones de la Vía Crucis y a mí me pareció que estaba escalando, entre naranjos florecidos, el camino del Gólgota, guiado por las huellas que dejaban en el suelo grandes gotas de sangre. Al fulgor de la noche pri-maveral y azul, veía perlas de sudor en todo el cuerpo pálido y desfalleciente de Cristo; veía cómo se tendían temblorosas las manos del Mártir, como en convulsiva súplica, como para mendigar. Las pobres gentes de Galilea se apresuraban detrás de Él, gritando: ¡Hosanna! ¡Hosanna! Y Él miraba a los que eran tan caros a su corazón: ninguno de ellos adivinaba la magnitud de su desamparo. Él sabía que marchaba a la muerte. Bajo las estrellas, llorando silenciosamente, trataba de consolar a su pobre corazón humano, atenaceado por el espanto:

«Como un grano de trigo, corazón mío, debes soterrarte y morir. No temas. ¿Cómo podrías, si así no fuera, convertirte en espiga? ¿Cómo, de no ser así, podrías convertirte en pan para los hombres que de hambre mueren?»

Pero, en su pecho, el corazón de hombre temblaba, se estremecía, no quería morir...

Poco después, el bosque entero, en el contorno del monasterio, se llenó de cantos de ruiseñor. Subían del húmedo follaje, hechos amor y pasión. Y con ellos, temblaba, lloraba, se henchía el pobre corazón humano.

Y poco a poco, sin advertirlo, entre lamentos de la Pasión de Cristo y cantos de ruiseñores, fui entrando en el sueño como ha de entrar el alma en el Paraíso.

Apenas habría dormido una hora, cuando desperté sobresaltado, con susto:

—Zorba —exclamé—, ¿has oído? ¡Sonó un tiro!

Zorba ya se hallaba sentado en la cama, fumando.

—No te aturrulles, patrón —dijo esforzándose por dominar la irritación que lo embargaba—. Déjalos que arreglen entre ellos sus asuntos, ¡cochinos!

Se oyeron exclamaciones en el corredor, el arrastrar de pantuflas, ruido de puertas que se abrían y cerraban, lamentos de alguien al parecer, herido. Salté del lecho, abrí la puerta y en el mismo instante un viejecillo seco apareció ante mí. Tendió los brazos como para atajarme el paso. Llevaba gorro de noche blanco, puntiagudo, y camisa también blanca, que le llegaba a las rodillas.

—¿Quién eres?

—El Obispo... —respondió con temblorosa voz.

A punto estuve de lanzar una carcajada. ¿Un obispo? ¡Qué sorpresa! ¿Y la casulla de oro, y la mitra, y el báculo, y las piedras falsas multicolores? Por vez primera veía yo a un obispo en su atavío nocturno.

—¿Qué fue ese disparo, Monseñor?

—No lo sé, no lo sé... —balbucía empujándome suave-mente hacia el interior de la habitación.

Desde la cama, Zorba soltó la carcajada.

—¿Estás asustado, padrecito? ¡Entra, pobre viejo, entra! Nosotros no somos monjes, no tengas miedo, pues.

—Zorba —le dije quedo—, sé respetuoso: es el Obispo.

—¡En camisa nadie es obispo! Entra, te digo.

Se levantó, lo tomó del brazo, lo ayudó a entrar y cerró la puerta. Del saco de provisiones extrajo una botella de ron y llenó un vasito.

—Bebe, viejo. Con esto te volverá el alma al cuerpo.

El viejzuelo vació el vaso: se recobró pronto. Sentado en mi cama, apoyó la espalda en la pared.

—Muy Reverendo Padre, ¿qué fue el tiro que oímos?

—No lo sé, hijo... Estuve trabajando hasta medianoche y me retiré a descansar, cuando de pronto oí en la celda vecina, la del padre Dometios...

—¡Ah, ah, ah! —rió Zorba—. ¡Cuán verdaderas eran tus palabras, viejo Zaharia! ¡Piara de cerdos!

El Obispo inclinó la cabeza.

—Debió de ser algún ladrón... —murmuró.

En el corredor todo bullicio había cesado, el monasterio de nuevo se sumía en el silencio. En la bondadosa mirada del Obispo, que ahora turbaba el espanto, había una súplica muda.

—¿Tienes sueño, hijo?

Comprendí que no quería irse y hallarse a solas en su celda. Tenía miedo.

—No —respondí—, no tengo sueño. Quédese usted.

Conversamos. Zorba, apoyado el codo en la almohada, arrollaba un cigarrillo.

—Pareces ser un joven culto —me dijo el viejzuelo—. Aquí no encuentro con quien hablar. Tengo concebidas tres teorías que son el consuelo de mi vida. Con placer te las comunicaría, hijo mío...

Y sin esperar mi asentimiento, continuó:

–La primera de mis teorías es ésta: las formas de las flores influyen en los colores que toman; el color influye en las propiedades de la flor. De tal modo, cada flor ejerce distinta acción en el cuerpo del hombre y, por lo tanto, en su alma. Por eso hemos de andar muy atentos cuando crucemos por un campo florecido.

Calló como a la espera de lo que yo opinara. Y yo me imaginaba al vejete vagando por un campo en flor, puesta la mirada en el suelo y con interior alarma posarla en cada florecilla para distinguir bien la forma y el color con que se exhibieran a la luz. El pobre viejo habría de temblar con místico pavor: en primavera, para él el campo se poblaba de ángeles y de demonios multicolores.

–Mi segunda teoría consiste en lo siguiente: toda idea que obre una acción verdadera, posee también verdadera existencia. Está en la realidad. No circula invisible en el aire. Tiene cuerpo de veras: ojos, boca, pies, vientre, verdaderos. Tiene forma de hombre o de mujer; persigue a los hombres o a las mujeres. Por eso en el Evangelio está escrito: «El Verbo se hizo carne...»

Me miró ansioso nuevamente.

–La tercera de mis teorías –continuó, de prisa porque le pesaba mi silencio–, es la de que hay Eternidad, aun en nuestra vida efímera; pero nos resulta difícil descubrirla solos. Los cuidados cotidianos nos lo impiden. Pocos seres privilegiados alcanzan a vivir en lo efímero la Eternidad. Como los demás se perdieron, Dios hubo compasión de éstos y les envió el socorro de la religión. Gracias a ella la misma multitud de los humanos podría vivir la eternidad.

Había terminado y evidentemente sentía alivio después de haber hablado. Alzó los párpados sin pestañas y me miró sonriente. Como si dijera: «He aquí cuanto poseo: te lo doy. ¡Tómalo!» Me conmoví ante el viejecillo que apenas me conocía, me brindaba ya de todo corazón el fruto de toda su vida. Los ojos se le llenaban de lágrimas.

–¿Qué opinas de mis meditaciones? –preguntó tomándose la mano entre las suyas y clavando en mí la mirada. Dijérase que mi respuesta le diría si su vida había tenido o no alguna utilidad. Yo sabía que por encima de la verdad estricta hay un deber mucho más importante, mucho más humano.

–¡Esas verdades pueden salvar a tantas almas! –le contesté.

Se le iluminó el semblante. Su vida hallaba, pues, justificación.

–Gracias, hijo –murmuró estrechándose la mano con ternura.

Zorba dio un brinco en su sitio.

–Yo he concebido una cuarta teoría –exclamó.

Lo miré inquieto. El Obispo se volvió hacia él.

–Habla, hijo, y que tu idea sea bendita. ¿Cuál es tu teoría?

–¡Que dos y dos son cuatro! –dijo gravemente.

El Obispo lo contempló estupefacto.

–¡Y aquí va la quinta, buen anciano: que dos y dos nunca son cuatro! ¡Anda, viejo mío, ánimo, escoge la que más te agrade!

–No comprendo –balbuceó el Obispo interrogándome con la mirada.

–¡Pues yo tampoco! –dijo Zorba estallando en una carcajada.

Me dirigí al desconcertado anciano, cambiando el tema de la conversación:

–¿A qué estudios se consagra usted en el monasterio? –le pregunté.

–Copio los antiguos manuscritos que aquí se conservan, hijo, y en estos días estoy recogiendo los santos epítetos con que nuestra Iglesia ha coronado a la Virgen, desde los tiempos más remotos.

Suspiró.

–Soy viejo, no dan mis fuerzas para otra cosa. Me alivio enumerando los adornos de la Virgen y olvido así las miserias del mundo.

Acodóse en la almohada, entornó los párpados y comenzó a recitar como delirando:

–«Rosa Inmaculada, Tierra Fecunda, Vid, Fontana, Fuente de la que manan milagros, Escala del Cielo, Fragata para náufragos, Llave del Paraíso, Alba, Eterna Veladora. Colum-na Ardiente, Santa Amazona, Torre Inconmovible, Fortaleza Inexpugnable, Consuelo, Júbilo, Luz de ciegos, Madre de los huérfanos, Sacra Mesa, Pan del alma, Paz, Serenidad, Miel y Leche...»

–Desvaría, el pobre... –dijo Zorba a media voz–. Lo cubriré con la manta para que no tome frío.

Así lo hizo y le enderezó también la almohada.

–Hay setenta y siete clases de locuras, según he oído decir. Ésta es la septuagésima octava.

Amanecía. Oyóse el son de la simandra. Me asomé a la ventana. A las primeras luces del alba, vi a un monje delgado, cubierta la cabeza por largo velo negro, que recorría lenta-mente el contorno del patio golpeando con un martillito en una tabla, maravillosamente sonora. Llena de dulzura, de armonía y cual un llamado, la voz de la simandra se expandía en el aire mañanero. Había callado el ruiseñor, y en la arbo-leda comenzaban a piar los pajarillos.

Escuchaba yo, seducido, la suave y sugestiva melodía de la simandra. «¡De qué intensa manera», pensé, «un ritmo de vida elevada, aun en plena decadencia, conserva íntegra su forma externa, imponente y noble! El alma que le daba vida huyó, pero ha dejado intacta la morada que, durante muchos siglos, semejante a un caracol, fue labrando, amplia, comple-ja, para acomodarse en ella

a sus anchas.» «Conchas vacías», pensé, «son asimismo las maravillosas catedrales que se alzan en las grandes ciudades rumorosas y descreídas. Monstruos prehistóricos de los que se conserva sólo el esqueleto, roído por las lluvias y por el sol.»

Llamaron a la puerta de la celda. La voz tartajeante del padre hospedador sonó en el corredor:

–¡Levantaos para asistir a maitines, hermanos!

Zorba dio un bote:

–¿Qué fue el tiro de revólver? –preguntó con tono airado.

Esperó un instante. Silencio. Sin embargo, el monje debía de hallarse aún detrás de la puerta, pues se oía su respirar asmático. Zorba golpeó en el suelo con el pie.

–¿Qué fue ese tiro de revólver? –repitió irritado.

Oyéronse pasos que se alejaban rápidamente. De un salto, Zorba llegó a la puerta y la abrió.

–¡Canallas! ¡Crápuas! –dijo escupiendo hacia el monje fugitivo–. ¡Popes, monjes, monjas, sacristanes, yo escupo en vosotros!

–Nos iremos de aquí –dije–, esto huele a sangre.

–¡Si sólo fuera sangre! –gruñó Zorba–. Tú, asiste a maitines, patrón, si lo deseas. Yo iré a indagar por ahí qué ha sucedido.

–Prefiero que nos vayamos –dije de nuevo, asqueado–. Y hazme el favor de no meter las narices donde no debes.

–¡Pues precisamente ahí es donde me gusta meterlas! –exclamó Zorba.

Reflexionó un momento; luego sonrió malicioso:

–El diablo nos ha prestado un magnífico servicio. Creo que ha puesto las cosas en su punto. ¿Sabes, patrón, a cuánto le sale al monasterio el tiro de revólver? ¡Siete mil dracmas!

Bajamos al patio: aroma de árboles en flor, dulzura matinal, felicidad paradisíaca. Zaharia atisbaba nuestra llegada; tomó del brazo a Zorba, diciéndole con insegura voz:

–¡Hermano Canavaro, ven, salgamos pronto de este infierno!

–¿Qué significa el disparo? ¿Han matado a alguien? ¡Vamos, monje, habla o te estrangulo!

Al monje le temblaba la barbilla. Echó una mirada en torno: en el patio no había nadie, las celdas estaban cerradas, desde la capilla llegaban a oleadas las melodías del canto matinal.

–Seguidme –dijo–. ¡Peor que Sodoma y Gomorra!

Yendo por junto a las paredes salimos del patio y cruzamos el huerto. A un centenar de metros del convento estaba el cementerio. Entramos en él. Pasamos por encima de las tumbas, Zaharia abrió la puerta de la capillita y entramos siguiéndolo. En el suelo, sobre una estera, yacía un cuerpo, con hábitos de monje. Ardía un cirio cerca de la cabeza y otro a los pies. Me incliné sobre el cadáver.

–¡El monjecito! –exclamé–. ¡El novicio rubio del padre Dometios!

Por sobre la puerta del santuario irradiaba el arcángel Miguel, con las alas desplegadas, desnuda la espada en la mano, calzado con sandalias rojas.

–¡Arcángel Miguel –clamó el monje–, lanza fuego y llamas, que ardan todos! ¡Sal del icono, arcángel Miguel, empuña la espada y hiere! ¿No oíste el disparo?

–¿Quién lo mató? ¿Quién? ¿Dometios? ¡Habla, barbas de cabrón!

El monje se desprendió de las manos de Zorba y cayó boca abajo a las plantas del Arcángel. Permaneció largo rato inmóvil, alzando la cabeza, desorbitados los ojos, abierta la boca, como en acecho.

De pronto se levantó jubiloso:

–¡Los quemaré! –exclamó con resuelto tono–. ¡El Arcángel se movió, yo lo he visto, me ha hecho una señal!

Acercóse al icono, pegó los gruesos labios a la espada del Arcángel:

–¡Dios sea loado! –dijo–. Ahora siento gran alivio.

Zorba tomó nuevamente al monje del brazo.

–Ven, Zaharia, vamos, tú harás lo que te indique.

Y dirigiéndose a mí:

–Dame el dinero, patrón, yo firmaré los papeles. Ahí dentro son todos unos lobos; tú eres un cordero, te devorarían. Déjame a mí. No te preocupes, que los tengo bien agarrados. No se me escapan esos tocinos andantes. A mediodía nos marchamos llevándonos en el bolso el pinar. ¡Vamos, viejo Zaharia!

Se deslizaron furtivamente hacia el monasterio. Yo fui a pasearme a la sombra de los pinos.

El sol estaba ya alto, el rocío brillaba en el follaje. Un mirlo voló delante de mí, se posó en las ramas de un peral silvestre, agitó la cola, abrió el pico, me miró y silbó dos o tres veces como con intención burlona.

Al través de los pinos entreveía en el patio las filas de monjes que salían de la capilla con las espaldas encorvadas y cubiertas con velos negros. Había terminado el oficio y ahora se dirigían al refectorio.

«¡Lástima grande», pensé, «que tanta austeridad y tanta nobleza carezcan ya de alma!»

Me sentía cansado, no había dormido suficientemente; me tendí en la hierba: violetas silvestres, retamas, romeros, sal-vias, embalsamaban el aire; numerosos insectos zumbadores se metían hambrientos por los cálices como piratas asaltantes y libaban el néctar. A lo lejos las montañas deslustraban, transparentes, serenas, como una niebla movediza, a la ar-diente luz del sol.

Cerré los ojos, apaciguado. Una discreta alegría, misterio-sa, se apoderó de mi ánimo, cual si todo el milagro verde que me circundaba fuera el Paraíso, cual si toda aquella fres-cura, aquella leve embriaguez de la natura fuera Dios mismo. Dios varía a cada instante de apariencia. ¡Dichoso del que alcanza a divisarlo en cada uno de los semblantes que adopta! Ya como vaso de agua fresca, ya como un niño que cabalga en vuestras rodillas, ya como una mujer seductora, o ya, sencillamente, como un paseíto matinal.

Poco a poco, cuanto me rodeaba, sin cambiar de forma, se convirtió en ensueño. Me sentía feliz. Tierra y Paraíso eran una sola cosa. La vida se me apareció cual flor de los campos que llevara una gota de miel en el corazón. Y mi alma, abeja silvestre, libaba esa gota.

De pronto me sentí arrancado bruscamente de la beatitud circundante. Oí cercano rumor de pasos y cuchicheos. Y en seguida una voz jubilosa:

–¡Patrón, nos vamos!

Zorba estaba delante de mí; en sus ojillos había un fulgor diabólico.

–¿Nos vamos? –dije con hondo alivio–. ¿Todo está listo?

–¡Todo terminado! –dijo Zorba, dando una palmada en el bolsillo superior de la chaqueta–. Aquí llevo el pinar. ¡Ojalá nos traiga suerte! Y aquí tienes las siete mil dracmas que nos comió Lola.

Extrajo de un bolsillo interior un rollo de billetes.

–Toma –me dijo–, queda saldada la deuda, ya no he de sonrojarme ante ti. Ahí van comprendidos, también, bolsos, medias, perfumes y sombrilla de la señora Bubulina. ¡Y hasta los cacahuetes del loro! ¡Y el halva que te traje a ti, por añadidura!

–Guárdalas como obsequio mío, Zorba –le dije–. Y llévale a la Virgen que ofendiste un cirio grande como tú.

Zorba miró hacia atrás. Zaharia se acercaba, con el hábito raído y grasiento, rotas las botas. Zorba le mostró el rollo de billetes.

–Padre José, compartamos. Podrás comprarte cien kilos de bacalao y darte un atracón que te desfonde las tripas. Luego vomitarás y quedarás libre del antojo. Ven, dame la pata.

El monje arrebató los billetes, metiéndoselos entre la pechera de la camisa y la piel.

–Compraré petróleo –dijo.

Zorba, inclinado hacia el oído del monje, le dijo en voz baja:

–Debe ser de noche, cuando duerman todas esas barbas de cabrón, y cuando sople fuerte el viento. Regarás las paredes por los cuatro rincones. Empaparás bien en petróleo, papeles, trapos, estopa, todo lo que tengas a mano y le darás fuego. ¿Comprendes?

El monje temblaba.

–¡No tiembles monje! ¿Acaso no te lo ordenó el Arcángel? ¡Dale petróleo y sea lo que Dios quiera! ¡Que te conserves bien!

Montamos. Eché postrer mirada al monasterio.

–¿Averiguaste algo, Zorba?

–¿Con respecto al disparo? No te preocupes, patrón. Zaharia está en lo cierto: ¡Sodoma y Gomorra! Dometios mató al monjecito. ¡Nada más!

–¿Por qué?

–No lo menees, patrón, te lo aconsejo; no hallarás más que podredumbre y hedor.

Miró hacia el monasterio. Los monjes salían del refectorio, inclinando la cabeza; con las manos cruzadas, para dirigirse a sus celdas respectivas.

–¡Que vuestra maldición caiga sobre mi cabeza, santos Padres! –exclamó.

XIX

La primera persona con quien nos encontramos al poner las plantas en la playa de la mina fue con nuestra sirena, acurrucada ante la puerta de la cabaña. Cuando al encender la lámpara vi el semblante que tenía, quedé impresionado.

–¿Qué te pasa, señora Hortensia? ¿Te sientes enferma?

Desde la hora en que alumbró a su vista la gran esperanza, el matrimonio, a nuestra vieja Bubulina se le cayó de golpe la indefinible y sospechosa seducción que la distinguía. Aho-ra se afanaba por borrar las huellas del pasado, por desechar las plumas con que se adornara a expensas de bajaes, de beyes y de almirantes; sólo aspiraba a ser un grajo serio y correcto. Una mujer honesta. Ya no usaba afeites, ya no se acicalaba, ya se mostraba tal cual era: un viejo pingajo que quería casarse.

Zorba no abría la boca. Retorcía nerviosamente las puntas del bigote poco ha teñido. Se agachó para dar lumbre a la cocinilla, puso a hervir agua para el café.

–¡Cruel! –dijo de pronto la voz enronquecida de la vieja cantante.

Zorba alzó la cabeza y la miró. Suavizóronsele las miradas. Era cosa inevitable: no podía oír el lamento de una mujer sin que se le turbara el ánimo. En una lágrima de mujer se ahogaba sin remedio.

Sin embargo, no pronunció una palabra; echó azúcar al café, lo revolvió.

–¿Por qué aplazas tanto la boda? –arrulló la vieja si-rena-. Ya no me atrevo a mostrarme en la aldea. ¡Estoy avergonzada! ¡Deshonrada! ¡Me mataré!

Cansado, yo me había tendido un rato en la cama. Aco-dándome en la almohada, me solazaba en el espectáculo a la vez cómico y afligente que me brindaba la pareja.

–¿Por qué no trajiste las coronas de boda?

Zorba sintió que la mano gordezuela de Bubulina tembla-ba apoyada en su rodilla. Es que aquella rodilla significaba el último lugar de la tierra a que le era dado agarrarse a la criatura que sufriera mil y un naufragios en el curso agitado de su vida.

Dijérase que así lo entendía Zorba y por eso latíale com-pasivo el corazón. Pero siguió callado; mientras vertía el café en tres tazas.

–¿Por qué no trajiste las coronas, querido mío? –repitió la voz estremecida.

–No las había bonitas en Candía –respondió Zorba se-camente.

Tendió a cada uno una taza y se acurrucó en un rincón.

–Escribí a Atenas para que nos envíen unas hermosas coronas –agregó-. Igualmente encargué cirios blancos y confites de chocolate y de almendras asadas.

A medida que iba hablando se le exaltaba la imaginación. Brillábanle los ojos y cual el poeta en el instante ardoroso en que la inspiración le abrasa el alma, Zorba volaba por regiones donde la ficción y la realidad se confunden en fra-terno abrazo. Puesto en cuclillas, reposaba. Absorbía ruidosa-mente el café, y dio lumbre al segundo cigarrillo: la jornada había resultado beneficiosa,

en el bolsillo traía un pinar entero, las deudas quedaban liquidadas, sentíase satisfecho. Se lanzó, pues, sin meditarlo más:

—Nuestro casamiento, mi Bubulina, tiene que marcar época. ¡Ya verás qué traje de boda encargué para ti! Por eso me quedé tanto tiempo en Candía, amor de mi vida. Llamé a dos famosas modistas de Atenas y les dije: «La mujer con quien me caso no reconoce rival ni en Oriente ni en Occidente. Era la reina de cuatro potencias; hoy viuda por defunción de las potencias, consiente en aceptarme por esposo. ¡Quiero, por tanto, que su traje de boda no tenga par tampoco: seda, perlas; estrellas de oro!» Las modistas se asombraron: «¡Será demasiado hermoso! ¡Los invitados se deslumbrarán!» «¡Que se deslumbren», les dije. «¡Qué me importa a mí del mundo entero, si mi bien amada está contenta!»

Apoyada en la pared, doña Hortensia escuchaba. Una sonrisa espesa, carnosa, se había inmovilizado en el rostro blanco, arrugado, y la cinta rosada del cuello parecía a punto de desgarrarse.

—Te traje una cosilla esta noche —susurró.

Extrajo de la blusa un pañuelo anudado en una punta y se lo dio a Zorba. Él tomó con dos dedos el pañuelito, lo dejó sobre la rodilla y dirigió la mirada al mar.

—¿No desatas el nudo, Zorba? —dijo ella—. ¡Qué poca curiosidad tienes!

—Déjame que beba antes el café y termine de fumar el cigarrillo. Ya sé lo que hay dentro del nudo.

—¡Desátalo! ¡Desátalo! —suplicó la sirena.

—Antes quiero fumar mi cigarrillo, te he dicho.

Y me lanzó una mirada llena de reproche, como diciéndome: «¡Todo esto es por tu culpa!»

Fumaba lentamente, arrojando el humo por las fosas nasales, mientras contemplaba el mar.

—Mañana soplará el siroco —dijo—. Ha cambiado el tiempo. Los brotes se hincharán en las ramas, los pechos de las jóvenes también ¡pícaro primavera, invento del diablo!

Calló. Luego, al cabo de un rato:

—Todo lo bueno que se encuentra en el mundo ¿no lo has observado, patrón?, es invento del diablo: las mujeres bonitas, la primavera, el lechoncito asado, el vino, todo obra del diablo. Y Dios ha creado a los monjes, al ayuno, a las mujeres feas ¡puah!

Y diciendo esto lanzó una mirada cruel a la pobre doña Hortensia que lo escuchaba acurrucada en un rincón.

—¡Zorba! ¡Zorba! —le suplicaba a cada instante.

Impertérrito, él encendió otro cigarrillo y siguió contem–plando el mar.

–En primavera –continuó–, quien reina es Satán. Se aflojan las cinturas, se desabrochan los corpiños, suspiran las viejas... ¡Ea, doña Bubulina, abajo las patitas!

–¡Zorba! ¡Zorba!... –imploró de nuevo el lamentable andrajo. Se inclinó, tomó el pañuelito y lo puso por fuerza en la mano de Zorba.

Arrojó él entonces el cigarrillo, desató el nudo, y ex–tendiendo el pañuelo en la palma, observó el contenido.

–¿Qué es esto, señora Bubulina? –dijo con desdén.

–Anillos, anillitos, tesoro mío. Alianzas –murmuró la vieja sirena muy temblorosa–. Presente se halla nuestro testigo ¡que Dios bendiga!, hermosa es la noche, anúnciase el siroco, Dios nos contempla ¡sellemos nuestros esponsales, Zorba de mi alma!

Zorba paseaba la mirada de doña Hortensia a mi persona, luego la bajaba a los anillos. Una turba de demonios lu–chaban en su ánimo, sin llevar ventaja ninguno de ellos. La desdichada lo miraba a él, en angustiada espera.

De pronto sacudió la cabeza: la suerte estaba echada. Se le iluminó el semblante. Dio unas palmadas y se levantó de un salto.

–¡Salgamos –exclamó–, sea a la luz de las estrellas; que Dios nos vea! Patrón, toma los anillos. ¿Sabes sal–modiar?

–No –le contesté, divertido–. ¡Pero no importa!

Ya había yo saltado del lecho y ayudado a la buena mujer a levantarse.

–Yo sí sé. Olvidé contarte que he sido también mona–guillo, iba con el pope a las bodas, a los bautismos, a los entierros; aprendí de memoria los cantos de la Iglesia. ¡Ven, mi Bubulina, ven, pichoncito mío, acércate, mi fragata de Francia, ponte a mi derecha!

Una vez más, de todos los demonios interiores de Zorba, el demonio jocoso había salido vencedor. Sintió lástima de la vieja cantante, el corazón se le desgarraba ante las mira–das tan ansiosas de aquellos abatidos ojos femeninos.

–¡Al diablo! –murmuró al decidirse–. Todavía puedo procurarle algún placer a la especie hembra. ¡No vacilemos!

Avanzó hacia la playa del brazo de doña Hortensia; me entregó los anillos; se volvió hacia el mar y comenzó a salmodiar:

«¡Bendito sea Nuestro Señor por los siglos de los siglos, amén!»

Luego se volvió hacia mí:

–Tiende el anzuelo, patrón.

–Esta noche no hay patrón –le dije–. Llámame com–padre.

–Tiende el anzuelo, compadre, pues. Cuando te diga: «¡Ohé!», tú nos alcanzas los anillos.

Reanudó la salmodia con su fuerte voz de asno:

«¡Para el servidor de Dios, Alexis, y para la servidora de Dios, Hortensia, desposados uno con la otra, imploramos al Señor!»

–¡Kyrie eleison! ¡Kyrie eleison! –canturrié, conteniendo con dificultad la risa y las lágrimas.

–Quedan todavía una cantidad de historias, de las que maldito si me acuerdo... Pero vayamos al punto escabroso.

Brincando como un pez exclamó:

–¡Ohé! –y tendió hacia mí la manaza.

»–Dame la mano, dueña de mi corazón –dijo a la novia.

La mano gordezuela, agrietada por las lejías del lavado, se tendió temblorosa.

Yo les puse los anillos a uno y otra, mientras Zorba, enajenado, gritaba como un derviche:

«¡El servidor de Dios, Alexis, queda desposado con la servidora de Dios, Hortensia, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén! ¡La servidora de Dios, Hortensia, queda desposada con el servidor de Dios, Alexis!»

»–¡Ya está, se acabó, hasta el año próximo! Ven, pollita mía, que te dé el primer beso honrado que hayas recibido en tu vida.

Pero doña Hortensia rodaba por el suelo. Prendida a las piernas de Zorba, lloraba a lágrima viva. Zorba meneó la cabeza, compasivo:

–¡Pobres mujeres –murmuró–, qué bestias son!

Doña Hortensia se levantó, sacudióse las faldas y abrió los brazos.

–¡Eh! ¡Eh! –exclamó Zorba–. ¡Que estamos en Mar–tes Santo, hoy; abajo las patas! ¡Que estamos en plena Cuaresma!

–¡Zorba mío!... –murmuró ella, desfallecida.

–Paciencia, rica mía; hasta Pascua de Resurrección, ayu–no y abstinencia. Ahora, ya llegó el momento de que re–greses a tu casa. ¿Qué dirá la gente si andas a estas horas por las calles?

Bubulina le imploraba con la mirada.

–¡No, no, no! –dijo Zorba–. ¡Hasta Pascuas! Ven con nosotros, compadre.

Y al oído me dijo:

–¡No nos dejes solos, por amor de Dios! Que no ando con ganas de broma.

Tomamos el sendero de la aldea. El cielo centelleaba, el aroma del mar nos envolvía, las aves nocturnas ululaban. La vieja sirena, colgada del brazo de Zorba, dejábase arrastrar, feliz y melancólica.–

Había arribado al fin al puerto tan deseado. Su vida entera había sido un puro cantar, jarana tras jarana, y mofa continua de las mujeres honestas. Pero el corazón le san-graba. Cada vez que ambulando por las calles de Alejandría, de Beirut o de Constantinopla, perfumada, densamente re-vocada, cubierta de llamativos atavíos, veía a unas mujeres que amamantaban a sus pequeñuelos, el pecho le hormiguea-ba, se le henchía, erguíanle los pezones, anhelantes de la succión de una boquita infantil. «Casarme, casarme, tener un hijo...» Suspiró su más íntimo deseo a lo largo de toda la vida, aunque jamás había confiado su pena a nadie. Y aho-ra ¡loado sea Dios!, un poco tarde quizás, pero más vale tarde que nunca, desmantelada, castigada por el batir de las olas, entraba al fin en el puerto tan ardiente y persistente-mente deseado.

Alzaba de tanto en tanto los ojos y furtivamente obser-vaba al hombrón que la llevaba de bracero: Sin duda, no es éste, pensaba, un rico bajá de fez con borla de oro, ni un hermoso hijo de bey; pero mejor que nada es, y ¡Dios sea loado!, será mi marido, mi marido de veras ¡mil veces loado sea Dios!

Zorba sentía el peso de la mujer en el brazo y se apuraba por llegar a la aldea cuanto antes y verse libre de ella. Y la infeliz tropezaba en las piedras, casi se le arrancaban las uñas del dedo gordo de los pies, le dolían los callos; pero no se quejaba. ¿Para qué hablar? ¿Por qué lamentarse? ¡Si todo estaba bien, muy bien, gracias a Dios!

Habíamos dejado atrás la higuera de la Señorita y el huerto de la viuda. Las primeras casas de la aldea apare-cieron. Nos detuvimos.

–Buenas noches, tesoro –dijo la vieja sirena, zalamera, alzándose en puntas de pie para llegar con los suyos a los labios del novio.

Pero Zorba no se inclinó.

–¿Quieres que me eche a tus pies y te los bese, mi amor? –dijo la mujer a punto de prosternarse.

–¡No, no! –protestó Zorba, conmovido, estrechándola entre sus brazos–. Yo soy quien debía besar los tuyos, corazón; pero me siento fatigado. ¡Buenas noches!

Nos separamos de ella y emprendimos callados el camino de regreso respirando a pleno pulmón el aire embalsamado. Zorba me interpeló de repente:

—¿Qué corresponde hacer, patrón? ¿Reír? ¿Llorar? Dí-melo tú.—

No le di respuesta: yo también sentía anudada la garganta y no sabía por qué. ¿Sollozo? ¿Ganas de reír?

—Patrón, ¿cómo llamaban a ese bandolero de dios anti-guo que no dejaba a ninguna hembra quejosa? Algo oí contar a su respecto. Al parecer, también él se teñía las barbas, y llevaba tatuados en los brazos corazones, flechas y sirenas; se disfrazaba, según dicen: tomaba forma de toro, de cisne, de cabrón, de asno —dicho sin ofensa—, de cualquier cosa que deseara cada una de sus pícaras amigas. ¡Dime su nombre!

—Supongo que te refieres a Zeus. ¿Cómo te acordaste de él?

—¡Que Dios haya su alma! —exclamó Zorba alzando los brazos—. ¡Las habrá pasado duras, el pobrecillo! ¡Lo que habrá tenido que padecer! ¡Un verdadero mártir, patrón, créelo, que lo dice quien lo sabe! Tú te tragas todo lo que te cuentan los libros: detente un momento a considerar qué gente es la que los escribe. ¡Pedantones! ¿Qué saben en materia de mujeres y de los que andan tras las mujeres? ¡Nada en absoluto!

—¿Por qué no escribes tú, Zorba, y nos explicas todos los misterios del mundo? —dije con intención burlona.

—¿Por qué? Pues por la razón de que yo los vivo, esos misterios que tú dices, y no me queda tiempo para otra cosa. A veces es la guerra, a veces la mujer, a veces el san-turi: ¿dónde el ocio para la pluma destiladora de disparates? Por eso hubo de caer en manos de los rascapapeles. Todo el que vive los misterios, ya lo ves, no tiene tiempo para escri-birlos; los que los escriben no tienen tiempo para vivirlos. ¿Comprendes?

—Volvamos a lo nuestro: ¿decías de Zeus?

—¡Ah, pobre tipo! —suspiró Zorba—. Sólo yo sé cuánto ha padecido. Quería a las mujeres, ciertamente, pero no al modo que suponen ustedes los emborradores de papeles. ¡No, por cierto! Él se compadecía de ellas. Comprendía cuál era su padecer, se sacrificaba por ellas. Cuando advertía que en un rincón provinciano alguna solterona se agostaba de deseo y de pesar por el tiempo perdido, o alguna hermosa mujercita —aunque no fuera hermosa, aunque pareciera un monstruo— abandonada por ausencia de marido, no podía conciliar el sueño, se persignaba el pobre, el hombre de buen corazón, cambiaba de traje, adoptaba la figura que imagi-naba en ese instante la mente de la mujer, y sin vacilar se entraba en su alcoba.

»—No lo movía el afán de amoríos, te lo aseguro. A me-nudo, hasta se sentía sin fuerzas, y la cosa es comprensible: ¡cómo dar satisfacción a tantas cabrillas, pobre macho! Más de una vez, la fatiga lo acorralaba, se hallaba fuera de caja ¡desventurado Zeus! Al amanecer regresaba diciendo: «¡Ay,

Dios mío, cuándo me será dado acostarme y dormir tranquilo! ¡Ya no doy más!» Pero hete que oye de pronto un suspiro: en la tierra, una mujercita ha arrojado de sí las sábanas, se ha salido a la terraza casi en cueros vivos, y lanza unos suspiros capaces de mover aspas de molino... Y ahí tienes a nuestro Zeus trastornado: «¡Qué miseria», exclama, «tengo que bajar nuevamente a la tierra; una mujer se lamenta y he de consolarla!»

»—Tanto fue el cántaro a la fuente... Pues, señor, al fin lo dejaron huero las mujeres: con los riñones quebrados, vo-mitando, paralítico, se murió. Entonces fue cuando su here-dero, Cristo, llegó. Vio en qué lamentable estado había que-dado el viejo. Y exclamó: «¡Cuidado con las mujeres!»

Admiraba yo la frescura de espíritu de Zorba y me des-ternillaba de risa.

—Ríete, patrón, ríete. Mas si el diablo-dios hace que nues-tros asuntos marchen bien —cosa que dudo, ¡pero en fin!— ¿sabes qué tienda pienso abrir? ¡Una agencia matrimonial! Sí, viejo mío... «Agencia matrimonial Zeus». Y las desven-turadas mujeres que no pudieron hallar marido, se me ven-drán a montones: las solteronas, las feotas, las tuertas, las bisojas, las cojas, las corcovadas; y yo las recibiré en un bufete cuyas paredes estarán cubiertas de retratos de jóvenes hermosos, y les diré: «Escojan, señoras mías, elijan al que más les guste y yo me encargo de las diligencias necesarias para que ese solterito sea un buen marido.» Entonces, bus-caré a cualquier mozo más o menos parecido, lo vestiré como aparece en el retrato, le daré dinero y le indicaré: «Tal calle, tal número. Allí hallarás a una fulana, le arrastra-rás el ala; no te muestres asqueado: yo pago. Acuéstate con ella. Dile todas las ternezas que los hombres suelen decirles a las mujeres y que ella no ha oído en su vida, pobre cria-tura. Júrale que te casarás con ella. Procúrale un poquillo de placer a la infortunada, de ese placer que ignora y que cualquier cabra, y hasta cualquier tortuga o cualquier mosca ha gozado.»

»—Y si ocurriere que alguna vieja chiva, como nuestra Bubulina ¡que Dios bendiga!, no hallara a nadie, por mucho que se le pagare, dispuesto a consolarla, pues bien, después de persignarme, yo mismo, el director de la Agencia, lo tomaré a mi cargo. Y aunque todos los tontos del mundo digan: «¡Vea usted eso! ¡Viejo libertino! ¿Acaso no tiene ojos para ver ni narices para oler?» Yo les retrucaré al ins-tante: «Sí tal, cáfila de burros, tengo ojos; sí, gente sin corazón, tengo narices; ¡pero también tengo compasiva el alma! Y cuando late el corazón en el pecho, no hay ojos ni narices que valgan.»

»—Más tarde, cuando me venzan las calaveradas y me vea impotente y me llegue la hora, Pedro, el de las llaves, me abrirá las puertas del Paraíso, diciendo: «¡Entra, pobre Zorba, entra, mártir Zorba, acuéstate ahí, al lado de tu colega Zeus! ¡Descansa, valiente, que has trajinado bastante en la tierra, yo te bendigo!»

Zorba charlaba. Su imaginación le tendía lazos en que caía sin advertirlo. Poco a poco iba creyendo en los cuentos que inventaba, divertido y vibrante de emoción a la vez. Cuando pasamos por delante de la higuera de la Señorita, suspiró hondamente y tendió el brazo como para prestar jura-mento:

–No te aflijas, mi Bubulina, mi vieja barcaza carcomida y ruinosa. ¡No te aflijas, que no he de dejarte inconsolada, no! ¡Las cuatro grandes potencias te abandonaron, la juven-tud te abandonó, Dios mismo te ha abandonado, pero yo, Zorba, no te abandonaré!

Era más de medianoche cuando llegamos a nuestra playa. Se levantó viento. Desde allá lejos, desde África, venía el austro, el viento cálido que hincha de vida a los árboles, a los viñedos, a los pechos ubérrimos de Creta. La isla entera, acostada en el mar, recibe estremecida el soplo tibio del viento a cuyo llamado despierta la savia. Zeus, Zorba y el viento del sur se confundían en mi mente y yo divisaba muy nítido, en la sombra nocturna, el rostro macizo de un hombre de negras barbas, de aceitados cabellos negros, que se inclinaba para posar los labios rojos y ardientes en los de doña Hortensia, la Tierra.

XX

En cuanto llegamos, nos acostamos. Zorba se frotaba las manos, satisfecho.

–¡Buena jornada la de hoy, patrón! ¿Qué entiendes por buena?, preguntarás. ¡Que ha sido bien llenada! Recuerda y medita: por la mañana en los quintos infiernos, allá en el monasterio, donde nos burlamos bien del higúmeno ¡sea su maldición sobre nosotros! Después, el regreso a nuestra vi-vienda, donde nos encontramos con doña Bubulina y reali-zamos la ceremonia de esponsales. Mira el anillo. Oro puro. Le quedaban aún dos libras inglesas, de las que le había dado, a fines del otro siglo, el almirante de Su Majestad Británica. Las conservaba, según dice, para pagar su entierro y ¡la hora le sea favorable!, hete aquí que se las entrega a un orfebre para que las convierta en anillos. ¡Curioso mis-terio humano!

–Duerme, Zorba. ¡Cálmate! Por hoy es suficiente. Ma-ñana tenemos una ceremonia solemne: colocaremos el primer pilar del teleférico. Le pedí al pope Stéfano que viniera.

–Hiciste bien, patrón. ¡No es proceder de tonto! Que venga el pope barbas-de-cabrón, que vengan asimismo los notables de la aldea; les distribuiremos sendos cirios y los encenderán. Tales actos impresionan a la gente: ayudan a consolidar los negocios. No debes tomar en cuenta lo que yo hago o digo; porque yo tengo un Dios para mi uso y un diablo particular; pero la gente...

Se echó a reír; no podía dormirse, hervíale el cerebro.

—¡Vaya con mi viejo abuelo, que Dios tenga en la gloria! Era un libertino tal como yo; y, sin embargo, el viejo bandido se fue en peregrinación al Santo Sepulcro, de donde volvió con el título de Hach ¡vaya uno a saber por qué! Cuando estuvo de regreso en su pueblo, uno de sus compadres, inveterado ladrón de cabras, que en la vida ejecutara una acción decente, le dijo: «¿Así que, compadre, no se te ocurrió traerme un fragmento de la Cruz desde el Santo Sepulcro?» «¿Cómo que no la he traído, compadre?», le contesta el pillo de mi abuelo. «¿Iba yo a olvidar precisamente eso? Ven esta noche a casa y trae contigo al pope para la bendición, que te la entregaré. Tráete, también, un lechoncillo asado y vino, para que nos acompañe la buena suerte.»

»—Por la noche, de vuelta a su casa, mi abuelo sacó de la puerta apollillada un trocito de madera no mayor que un grano de arroz, lo envolvió en un poco de algodón, le echó una gota de aceite y esperó. Al cabo de un rato llega el compadre con el pope, el lechón y el vino. El pope se coloca la estola y bendice. Se procede a la entrega del precioso trocito y luego se ataca de firme al lechón. ¡Pues bien, lo crearás si te parece, patrón: el compadre se hincó ante el trocito de madera, se lo colgó al cuello, y desde ese día se convirtió en otro hombre! Cambió por completo. Se fue a las montañas, afiliado a los armatolos y kleftas guerreros, para incendiar las aldeas turcas durante la guerra de independencia. Avanzaba siempre intrépido en medio de las balas. ¿Por qué habría de sentir miedo? Llevando consigo un pedazo de la Santa Cruz, no había plomo que pudiera alcanzarlo.

Zorba lanzó una carcajada.

—La idea lo es todo —dijo—. ¿Tienes fe? Pues una astillita de puerta carcomida se te convierte en santa reliquia. ¿No tienes fe? Pues la mismísima Santa Cruz es para ti sólo un madero carcomido.

Admiraba yo a ese hombre cuyo cerebro funcionaba con tal agilidad y tal audacia, y cuya alma dondequiera se la tocare echaba chispas.

—¿Estuviste en otro tiempo en la guerra, Zorba?

—¡Qué se yo! —respondió ceñudo—. No me acuerdo. ¿Qué guerra?

—Pues, lo que quiero decir es si has luchado por la patria.

—Hablemos de otra cosa ¿no te parece? Las tonterías pasadas, vale más echarlas en olvido.

—¿Tonterías, dices? ¿Y no te sonrojas? ¿Así hablas tú de la patria?

Zorba irguió la cabeza y me miró. Yo me hallaba tendido en la cama; a la cabecera ardía la lámpara de aceite. Me miró severamente durante largo rato, luego, retorciéndose el bigote a plena mano, exclamó:

—¡Pobre inocente! ¡Carne de sacristán, sesos de pedante! Todo cuanto yo te digo es como soplo de aire, sin que sea falta de respeto, patrón.

–¿Cómo? –protesté–. ¡Yo entiendo lo que me dicen, Zorba!

–Sí, comprendes con la cabeza que tienes. Dices: «Eso es cierto; eso no es cierto; eso es así; eso no es así; tienes razón; estás en un error.» ¿Pero a qué conclusión llegamos? Mientras tú opinas, yo observo tus brazos, tu pecho. ¿Y qué veo en ellos? Que se quedan mudos. Que no dicen nada. Como si no los animara una gota de sangre. Entonces ¿qué es lo que comprendiste? ¿Lo que supone tu cabeza? ¡Pff!

–¡Anda, Zorba! ¡Contesta y no trates de escurrir el bulto! –le dije con intención de excitarlo–. ¡Creo que no te afanas mucho por la patria, gandul!

Se enojó y dio un puñetazo en la pared que hizo sonar las viejas latas con que estaba construida.

–Aquí donde me ves –vociferó–, yo mismo bordé con mis propios cabellos la iglesia de Santa Sofía en un trozo de tela y la llevaba conmigo, al cuello, como un amuleto. Así como te lo digo, viejo, con estas manazas la he bordado y usando estas crines, que entonces eran negras como azaba–che. Yo, en persona, tomé parte en las correrías que en las montañas de Macedonia acaudillaba Pablo Melas. Era yo mozo atrevido, un coloso más alto que esta cabaña, que lucía fustanela, fez rojo, dijes de plata, amuletos, yatagán, cartucheras, pistolas. Iba forrado en hierro, en plata, en clavos. ¡Y cuando caminaba, resonaba como un ejército en marcha! ¡Ven y mira aquí, y aquí, y aquí!

Abrióse la camisa y bajó los pantalones.

–¡Acerca la luz! –ordenó.

Aproximé la lámpara al cuerpo flaco y curtido: hondas cicatrices, recuerdos de sablazos, de balas, teníanle hecha la piel un colador.

–¡Y ahora mira atrás!

Se volvió y me mostró la espalda.

–¡Ni un rasguño! ¿Entiendes lo que eso significa? Llé–vate la lámpara.

»–¡Tonterías! –exclamó un instante después, con tono furioso–. ¡Una vergüenza! ¿Cuándo el hombre será hombre de veras? Por más que se echen encima pantalones, cuellos postizos, sombreros, los hombres no dejan de ser mulos, lobos, zorros, cerdos. Dicen que hemos sido hechos a seme–janza de Dios: ¿quiénes? ¿Nosotros? ¡Puah!...

Era evidente que le acudían a la memoria recuerdos es–pantosos que lo exasperaban; por entre los dientes move–dizos y huecos salían palabras ininteligibles. Se levantó, empuñó la jarra de agua, bebió de ella a grandes sorbos; después de lo cual pareció algo más calmado.

–Dondequiera que me toques, grito. Soy una llaga viva. ¿Hablabamos de mujeres? Pues, en cuanto comprendí que había llegado a la edad de hombre cabal, ni siquiera volvía la cabeza para mirarlas.

Las tocaba un rato, al pasar, como gallo, y me marchaba. «Las marranas», me decía a mí mis-mo, «querrían sorberme todas las fuerzas ¡que se las lleve el diablo!» Descolgué, entonces, el fusil y ¡en marcha! A la montaña, como guerrillero. Un día, a la caída de la noche, me escurro en una aldea búlgara y me escondo en un esta-blo. Era la propia casa del pope búlgaro, feroz comitadji, bebedor de sangre. De noche se quitaba la sotana, vestía de pastor, cogía las armas e incursionaba en las aldeas griegas. Por la mañana regresaba antes que aclarara, embarrado y cubierto de sangre, y se iba a cantar misa. Unos días antes, había asesinado a un maestro de escuela griego, mientras éste dormía en su cama. Así, pues, me meto en el establo del pope y espero. Me acuesto de espaldas en el estiércol, detrás de los dos bueyes y aguardo. A la noche, viene el pope a darles de comer a las bestias. Me lanzo contra él y lo degüello como a un cordero. Le corto las orejas y me las meto en el bolsillo. Coleccionaba, entonces, orejas búl-garas, como ves; me meto las orejas del pope en el bolsillo y huyo.

»—A los pocos días, heme de vuelta en el mismo pueble-cillo. En pleno mediodía. Venía como buhonero. Había de-jado las armas en la montaña y había bajado a la aldea para comprar pan, sal y zapatos para los compañeros. Pues bien, delante de una casa veo a cinco chiquillos vestidos de negro, descalzos, que cogidos de la mano, mendigaban. Tres niñas y dos varones. El mayor apenas tendría diez años, el menor era aún una criatura. La mujercita mayor lo llevaba en bra-zos y lo acariciaba y besaba para que dejara de llorar. No sé cómo, inspiración divina, quizás, se me ocurrió acercarme a ellos.

»—«¿De quién sois hijos, chiquillos?», les pregunto en búl-garo.

»—El mayor de los niños alzó la cabecita:

»—«Del pope que degollaron la otra noche en el establo», me respondió.

»—Se me llenaron de lágrimas los ojos. El suelo empezó a girar como rueda de molino. Me apoyé en la pared, dejó de girar.

»—«Acercaos, niños», les dije, «venid junto a mí.»

»—Saqué la bolsa de la cintura, la tenía repleta de libras turcas y de medjidiés. Poniéndome de rodillas, la vacié en el suelo.

»—«¡Ea, tomad», les grité, «tomad, tomad!»

»—Las criaturas se echan al suelo para recoger libras y medjidiés.

»—«¡Es vuestro, es vuestro, tomadlo todo!»

»—Y además les dejé el cesto de chucherías y baratijas. «¡Esto también es vuestro, tomadlo!»

»—Y al instante tomé yo las de Villadiego. Salí de la aldea, abrí la camisa, arranqué la figura de Santa Sofía que había bordado, la desgarré, la arrojé al aire, y escapé a todo correr.

»—Todavía no he parado de aquella carrera...

Zorba se recostó en la pared y volviéndose hacia mí me dijo:

—De tal modo me he liberado.

—¿Liberado de la patria?

—Sí, de la patria —afirmó con voz segura y tranquila. Luego, al cabo de un rato:

»—Liberado de la patria, liberado de los popes, liberado del dinero. Voy cribando. Y cuanto más vivo, más cuidado—samente paso las cosas por la criba. Echo lastre. ¿Cómo te diré? Me libero, me convierto en hombre.

Brillábanle los ojos, la amplia boca se abría en sonrisa de satisfacción.

Después de breve pausa, reanudó el discurso; el corazón le desbordaba y no podía dominarlo.

—Momento hubo en que solía decir: «Este es turco; éste otro, búlgaro; el de aquí, griego.» Yo cometí en aras de la patria hazañas que te pondrían los pelos de punta, patrón. Degollé, robé, incendié pueblos, violé mujeres, exterminé familias. ¿Por qué motivo? Por la sencilla razón de que eran búlgaros o turcos. ¡Qué asco! Vete al infierno, puerco, me digo a menudo a mí mismo reprochándome todo aquello ¡puah!, vete al diablo, so bruto, jasnísimo asno! Ahora, en cambio, sólo digo: «Este es una buena persona, el de más allá un sinvergüenza.» Así sea búlgaro o griego, tanto me da. ¿Es bueno? ¿Es malo? Esto es lo único que pregunto hoy en día. Y a medida que envejezco, te lo juro por el pan que como, me parece que comenzaré a no preguntar si—quiera eso. ¡Sea bueno, sea malo, a todos los compadezco, se me desgarran las entrañas si veo a un hombre, aunque en apariencias me interese tanto como el «Preste Juan de las Indias»! Lo que pienso, te lo diré patrón: este pobre diablo, también tiene que comer, beber, y amar, y morir de mie—do; también él tiene un dios y un diablo que se ha creado, él también ha de morir y lo pondrán rígido bajo tierra donde se lo coman los gusanos. ¡Pobre, pobre! Todos somos her—manos. Todos pasto de gusanos. Y si se tratare de una mujer ¡oh, lo que es, entonces, me entran unos deseos locos de llorar! Tu señoría me hostiga continuamente reprochándome que me encariño demasiado con las mujeres. ¿Cómo no habría de quererlas, amigo? Si todas ellas son débiles cria—turas que no saben lo que hacen y si tú les tomas el pecho, se rinden a discreción...

»—A mí me ocurrió en otra ocasión que al entrarme en una aldea búlgara, un viejo cochino que me conocía, uno de los notables del pueblo, me denunció. Rodearon la casa en que me había refugiado. Yo me escurrí por la terraza y saltando de tejado en tejado como gato traté de huir. Alumbraba la luna, me vieron, persiguiéronme a tiros de fusil. ¿Qué hice, entonces? Me dejé caer al patio interior de una casa, donde una mujer búlgara estaba durmiendo. Se irguió en camisa al notar mi presencia y abrió la boca para gritar; pero yo tendí los brazos diciéndole en voz baja: «¡Por favor, por favor, calla!», y le puse las manos en el pecho. La mujer empalideció, desfallecida.

»—«Entra», me dijo quedamente, «entra, que no nos vean...»

»—Entré, me estrechó la mano y me dijo: «¿Eres griego?» «Soy griego, no me delates.» La tomé de la cintura; ella no opuso resistencia. Me quedé y el corazón se me henchía de ternura: «Aquí tienes», me decía, «aquí puedes contemplar, bendito Zorba, a una verdadera mujer, a un verdadero ser humano. ¿A qué pueblo pertenece? ¿Es búlgara, griega, papú? ¡Qué importa, viejo! Es un ser humano, un ser huma—no que tiene boca, que tiene pechos, que ama. ¿No te llena de vergüenza, a ti, ser asesino de tus hermanos, inmundo puerco?»

»—Tales palabras me decía yo, mientras me hallaba junto a ella, en contacto con la tibieza de su cuerpo. Pero la patria, como perra en celo, no cesaba de incitarme. Marché—me por la mañana vistiendo ropas que me diera la búlgara. Era ella viuda y había sacado del arca ropas de su difunto esposo para vestirme de modo que burlara a mis persegui—dores. Y me abrazaba las rodillas, al despedirme, suplicán—dome que volviera.

»—Y yo volví, sí, sí, volvía la noche siguiente. Era pa—triotista ¿comprendes?, es decir, una bestia feroz, y volví con una lata de petróleo e incendié la aldea. La desdichada mujer debió de perecer en el incendio. Se llamaba Ludmilla.

Zorba suspiró. Encendió un cigarrillo, aspiró dos o tres bocanadas, y lo arrojó lejos de sí.

—Y tú me hablas de la patria... Comulgas con las rue—das de molino que encuentras en los libros. ¡Pobre inocente! A mí debes creerme. Mientras existan patrias seguiré el hombre siendo una bestia feroz... Pero yo ¡gracias a Dios! ya me he liberado ¡eso terminó! ¿Y tú?

No le respondí. Sentía envidia de aquel hombre que veía delante de mí, hombre que había vivido con su carne y con su sangre, combatiendo, matando, besando, todo cuanto yo me esforzaba por conocer mediante el papel y la tinta. Cuantos problemas trataba yo de desliar, nudo tras nudo, aquel hombre los tenía resueltos en plena montaña, al aire libre, donde los había tajado con su sable.

Cerré los ojos, desconsolado.

—¿Duermes, patrón? —preguntó Zorba con disgusto—. Tú duermes, y yo ¡estúpido de mí!, charla que charla.

Se acostó rezongando y al breve rato oí sus ronquidos.

En toda la noche no pude pegar los párpados. Un ruiseñor cuyo canto surgía por primera vez en estos parajes, puso en nuestra soledad una tristeza insoportable y, de pronto, sentí que rodaban lágrimas por mis mejillas.

Ahogábame. Al amanecer me levanté y, desde la puerta, contemplé el mar y la tierra circundantes. Me pareció que el mundo se había transformado durante la noche. Frente a mí, en la arena, una matita espinosa, ayer mísera y triste, había—se convertido en un ramillete de florecillas blancas. En el aire vagaba el suave y lejano aroma de los limoneros y de los naranjos en flor. Adelanté unos pasos. No me hartaba de contemplar el milagro eternamente renovado.

De repente oí detrás de mí un grito jubiloso. Semidesnudo Zorba se asomaba a la puerta y admiraba, como yo, seducido, el cuadro primaveral.

—¿Qué es aquello? —exclamó estupefacto—. Ese milagro, patrón, ese azul estremecido que se ve allá ¿cómo lo llaman? ¿Mar? ¿Mar? Y esto otro, que vistió delantal verde con flores bordadas ¿tierra? ¿Qué artista ha realizado tal maravilla? Te lo juro, patrón, es la primera vez que veo esto.

Tenía empañados los ojos.

—¡Vamos, Zorba! ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué ríes? ¿No ves todo eso? ¡Es cosa de magia, patrón!

Se lanzó afuera, inició unos pasos de danza, se revolcó en la hierba, como un potrillo en primavera.

Apareció el sol. Tendí las palmas para entibiarlas con sus rayos. La savia ascendía, los pechos se henchían, el alma florecía como los árboles; percibíase que la misma sustancia constituye los cuerpos y las almas.

Zorba se levantó del suelo con los cabellos mojados por el rocío y manchados de tierra.

—¡Pronto, patrón! A vestirnos, a acicalarnos. Hoy es el día de la bendición. No tardarán ya el pope y los notables. ¡Si nos vieran revolcándonos por el suelo, qué vergüenza recaería en la Sociedad! ¡Ea, a lucir cuellos postizos y corbatas! ¡Mostrémonos con carátula de seriedad! No importa que no tengas cabeza, basta que te presentes con sombrero... ¡Ah, mundo, mundo, qué asco!

Nos vestimos, llegaron los obreros, aparecieron los notables de la aldea.

—Resígnate, patrón; aguanta las ganas de reír que te vengan, pues no debemos exponernos a parecer ridículos.

Adelante avanzaba el pope Stéfano, con la grasienta sotaña de amplios bolsillos. Cuando acudía a alguna bendición, entierro, boda o bautismo, a ellos iba a parar, abismo sin fondo, todo cuanto le ofrecieren: pasas de uva, rosquillas, pastel de queso, pepinos, albondiguillas, confites, y, por la noche, la anciana Papadia, su mujer, calándose las gafas, le vantaba inventario del contenido, mientras pellizcaba de una y otra cosa.

Detrás del pope, los notables: Kondomanolio, el cafetero, que conocía mundo, pues había estado hasta en Candía, donde viera al príncipe Jorge; el tío Anagnosti, con su camisa de amplias mangas reluciente de blanca, siempre calmoso y sonriente; grave, solemne, el maestrescuela, con su vara, y, por último, con paso lento y pesado, avanzaba Mavrandoni. Llevaba pañuelo negro en la cabeza, camisa negra, botas negras. Saludó indiferente, con gesto amargo y hosco, y se mantuvo apartado, de espaldas al mar.

—¡En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo! —dijo Zorba solemnemente. Tomó la guía del cortejo y todos lo siguieron en religioso recogimiento.

Seculares recuerdos de celebraciones mágicas renacían en los espíritus de aquellos campesinos. Todos fijaban la mirada en el pope, cual si esperaran verle en el trance de afrontar potencias invisibles y conjurarlas. Miles de años ha, el mago alzaba el brazo, hisopeaba el aire, murmuraba misteriosas palabras todopoderosas y los malos espíritus emprendían la fuga, en tanto que los espíritus benéficos saliendo del agua, de la tierra, del aire, acudían en ayuda del hombre.

Llegamos al hoyo abierto cerca del mar, donde se plantaría el primer pilar del teleférico. Los obreros alzaron un gran tronco de pino y lo metieron verticalmente en el hoyo. El pope vistió la estola, tomó el isopo y mirando al poste pronunció las palabras del exorcismo: «¡Qué quede fijo en la roca de modo que ni el viento ni el agua logren conmoverlo!... ¡Amén!»

–¡Amén! –atronó Zorba, persignándose.

–¡Amén! –murmuraron los notables.

–¡Amén! –dijeron los obreros, después.

–¡Que Dios bendiga vuestro trabajo y os conceda los bienes de Abraham y de Isaac! –auguró el pope; Zorba, en el mismo instante, le metía en la mano un billete de cien dracmas.

–¡Yo te bendigo, hijo! –agregó el pope, satisfecho.

Regresamos a la cabaña donde Zorba brindó a los invitados vino y manjares ligeros de Cuaresma, pulpo asado, calamares fritos, habas hervidas, aceitunas. Después de haberlo englutido todo, los notables se fueron a sus casas: la ceremonia mágica estaba terminada.

–¡No lo hicimos mal! –comentó Zorba frotándose las manos.

Se quitó las ropas domingueras para vestir las de trabajo, empuñó un pico y dirigiéndose a los obreros, exclamó:

–¡Vamos, muchachos! Previa la señal de la cruz ¡adelante!

En toda la jornada, Zorba no paró. Trabajaba frenéticamente. Cada cincuenta metros los obreros abrían un hoyo, plantaban postes orientando la hilera hacia la cima de la montaña. Zorba medía, calculaba, daba órdenes. No comió, ni fumó, ni resopló en todo el día. Estaba entregado de lleno a la tarea.

–No son cosas que se hagan a medias –me decía a veces–. El decir las cosas a medias, ser bueno a medias, es causa de que el mundo ande a tumbos hoy en día. Marcha derecho hasta la meta, mísero hombre, pega fuerte, sin miedo, y vencerás. ¡Dios detesta mil veces más al semi-diablo que al archidiablo!

Al anochecer, de vuelta del trabajo, se echó en la arena, derrengado.

–Aquí me duermo –dijo–. Aquí esperaré el día para reanudar el trajín. Pondré un turno de obreros a trabajar durante la noche.

—¿Pero por qué tanta prisa, Zorba?

Vaciló un instante.

—¿Por qué? ¡Pues porque quiero averiguar si he dado con la inclinación adecuada! Si fallamos, estamos fritos, patrón. Cuanto antes me entere de que estamos fritos, tanto mejor.

Comió precipitadamente, glotonamente, y poco después resonaban en la ribera sus ronquidos. En cuanto a mí, me quedé despierto largo rato, contemplando las estrellas. Veía cómo el cielo giraba lentamente con el movimiento de todas sus constelaciones, y la bóveda de mi cráneo, cual cúpula de observatorio, giraba al mismo compás que las estrellas. «Observa el moverse de los astros como si con ellos te movie-ras...» Este pensamiento de Marco Aurelio me llenaba el corazón de armonía.

XXI

Era la Pascua de Resurrección. Zorba, muy acicalado, calzando gruesas medias de lana aberenjenada, que según decía tejiera una de sus comadres de Macedonia, iba y venía agitadamente por un otero cercano a la playa. Colocábase la mano a modo de visera sobre las espesas cejas y vigilaba el sendero que conduce a la aldea.

—Demora ya, la foca vieja, tarda en venir, la gorrina, se demora demasiado, el pabellón hecho jirones...

Una mariposilla recién nacida alzó el vuelo y quiso posar-se en los bigotes de Zorba. Pero al percibir el cosquilleo, resolló él, fuertemente, por las fosas nasales, y la mariposa, con toda calma, se marchó y desapareció en el aire luminoso.

Esperábamos ese día la visita de doña Hortensia, para celebrar la Pascua en su compañía. Asamos un cordero, tendimos una sábana a guisa de mantel en la arena, teñimos de rojo los huevos tradicionales. Pensábamos, medio en bro-ma, medio en serio, tributarle en aquella ocasión entusiasta acogida. Pues en la desierta playa en que morábamos, la sirena regordeta, perfumada y un tantico echada ya a perder, tenía para nosotros singular atractivo. Si no se hallaba presente, teníamos la vaga impresión de que algo nos faltaba, y era el olor, como de agua de colonia, una mancha roja a la luz del día, el meneo zangoloteante, el andar de pato, la voz ligeramente ronca y los ojillos agrios y deslavados, lo que así echábamos de menos.

Habíamos, pues, cortado ramas de arrayán y de laurel y erigido un arco bajo el cual habría de pasar ella. En lo alto del arco enarbolamos los cuatro pabellones, inglés, francés, italiano y ruso, y en medio de ellos largo paño blanco con bandas azules. Como no éramos almirantes no teníamos cañones a nuestra disposición para las salvas; pero nos procuramos dos fusiles y decidimos quedarnos en lo alto de la colina hasta que advirtiéramos el rodar zangoloteante de nuestra foca por la playa y saludar con disparos su llegada. Todo ello con intento de resucitar en la desierta playa gran-dezas idas, al darle la ilusión, a la pobrecilla, de que por un instante resurgía la mujer joven de pechos firmes, escarpines charolados y medias de seda, de otros tiempos muy lejanos. ¿Qué valor tendría esta fiesta de la Resurrección de Jesús, si no conjurara el renacimiento en nosotros de la juventud y de la alegría? ¿O no despertara en una envejecida mujerzuela la evocación de sus veinte años floridos?

—Está demorándose, la vieja foca, está demorándose demasiado —gruñía a cada instante Zorba, inclinándose para levantar las medias de color de berenjena, que se le caían.

—Ven y siéntate, Zorba. Ven y fuma un cigarrillo a la sombra del algarrobo. Que ya no ha de tardar.

Eché una postrer mirada indagadora al sendero de la aldea y vino a sentarse al pie del algarrobo. Se aproximaba el mediodía y hacía calor. A lo lejos, sonaban alegres, vívaces, las campanas de Pascua. De cuando en cuando la brisa traía el eco de sonos de lira cretense; la aldea toda zumbaba como una colmena en primavera.

Zorba meneó la cabeza.

—Se ha acabado para mí la época en que resucitaba mi alma en cada celebración pascual, al mismo tiempo que resucitaba Cristo. Ahora sólo la carne resurge; pues cuando alguien te invita, y luego otro, y te dicen: «Toma este bocadillo, y éste más», y uno se harta de alimento abundante, sabroso, que no se convierte por entero en excrementos, algo queda, algo se salva, algo acaba por ser buen humor, danza, canción, pendencia, y a eso lo llamo yo Resurrección.

Poniéndose en pie, observó la lejanía y frunció el gesto.

—Se acerca corriendo un muchacho —dijo. Y se lanzó al encuentro del mensajero.

El chico, alzándose en puntas de pie, le susurró algo a Zorba, al oído, que le hizo dar un salto, con evidente enojo.

—¿Enferma? —exclamó—, ¿enferma? ¡Vete al instante, o te aporreo!

Luego, dirigiéndose a mí:

—Patrón, doy un salto hasta la aldea para averiguar qué le sucede a la vieja... No te impacientes. Alcánzame unos huevos rojos, que los chocaré con ella según es costumbre en esta fiesta. ¡Vuelvo al instante!

Metióse en el bolsillo los huevos rojos, alzó las medias de color de berenjena que se le caían y salió.

Yo bajé de la colina y fui a tenderme en la arena fresca. Leve brisa soplaba, el mar se rizaba, dos gaviotas se posaron sobre la cresta de las olas pequeñas y se dejaron mecer por ellas, abombando la pechuga y libradas al ritmo del mar. Conjeturaba yo la satisfacción y el frescor que les procuraba el dejarse estar. Mientras las observaba iba diciendo para mí: «Ésa es la ruta: buscar el ritmo natural y entregarse a él con entera confianza.»

Al cabo de una hora, regresó Zorba; se atusaba el bigote con semblante satisfecho.

—Pilló un enfriamiento, la pobrecilla. No es nada. Estos días pasados de Semana Santa asistió a las vigiliass, aun sien—do una herejota como lo es, en honor mío. Y se enfrió. Le puse unas ventosas, le di fricciones de aceite, le di a beber una copita de ron, y mañana la tendremos en pie. ¡Vaya con la pindonga! ¡Había que oír los arrullos de palomita que exhalaba mientras le daba friegas, so pretexto de que le hacía cosquillas!

Nos sentamos a la mesa; Zorba llenó los vasos:

—¡Brindemos por ella, y que el diablo cargue con su alma lo más tarde que sea posible! —dijo enternecido.

Comíamos y bebíamos sin hablar. La brisa nos traía, cual el zumbar de una abeja, los sones lejanos y apasionados de la lira campesina. Celebrábase aún en las terrazas la re-surrección del Señor; el cordero pascual y las roscas de Pascuas se transformaban en canciones de amor.

Después que hubo comido y bebido a su gusto, Zorba tendió al aire la orejota peluda.

—Oye la lira... —murmuró—. Están bailando en la aldea.

Se levantó de repente. El vino se le subía a la cabeza.

—¡Hombre! ¿Qué demonios hacemos aquí, solitos los dos, como cuclillos? ¡Vayamos a bailar! ¿O quieres que la fiesta se vuelva agua de borrajas? ¡Anda, ven! ¡Que se convierta en danza y canción! ¡Zorba ha resucitado!

—Detente, condenado Zorba. ¿Has perdido el sentido?

—Palabra de honor, por lo que a mí respecta, tanto me da, patrón. Pero me compadezco del cordero, de los huevos rojos, de la torta pascual, y de la crema de queso. Te juro que si no hubiera comido más que pan y aceitunas, diría ahora: «¡A dormir! ¿Qué necesidad hay de fiestas?» Pan y aceitunas ¿qué más pueden dar, no es así? Pero ahora sería pecado, te lo aseguro, que semejante comilona hubie—ra sido en vano. ¡Vayamos a celebrar la Resurrección, ami—go mío!

—No me hallo dispuesto hoy. ¡Ve tú y baila por mí!

Zorba me tomó del brazo y me levantó.

–¡Resucitó Jesús, muchacho! ¡Ah, si yo fuera joven como tú! ¡Qué placer lanzarse de cabeza a lo que viniere! ¡Al trabajo, al vino, al amor, sin temer a Dios ni al diablo! ¡Eso es juventud!

–El cordero que comiste habla por tu boca, Zorba. Pero la verdad es que el cordero que comiste se te ha cambiado en lobo.

–¡Viejo, el cordero que comí se cambió en Zorba, y el que te habla es Zorba, escucha lo que te está diciendo! Después echarás cuantas pestes quieras a mi cuenta. Yo soy un Sinbad el Marino; no porque haya corrido mucho mundo, no, en modo alguno. Sino porque robé, maté, mentí, traté a infinidad de mujeres y violé los mandamientos. ¿Cuántos son? ¿Diez? ¡Por qué no, veinte, cincuenta, cien, para faltar a todos ellos! Y, sin embargo, si Dios existe, no tendré miedo cuando me toque presentarme ante Él. No sé cómo decir-telo para que lo entiendas. Para mí, creo que todo eso no tiene ninguna importancia. ¿Acaso se dignaría Dios prestar atención a unos gusanos y llevar cuenta de lo que hicieren? ¿Y se enojaría, tronaría, revolviéndose la bilis sólo porque uno de ellos dio un traspié, o acarició a la hembra del gusa-no vecino, o tragó un bocado el Viernes Santo? ¡Bah! ¡Cuentos de popes, ahítos de sopa!

–Bien está, Zorba –le dije por excitarlo–, bien está; no te pregunta Dios qué has comido, sino cómo te has portado.

–¡Pues yo te digo que ni eso pregunta! ¿Cómo lo sabes, grandísimo burro de Zorba?, dirás tú. Lo sé, estoy con-vencido, porque yo mismo procedería de igual manera: si tuviera dos hijos, uno juicioso, formal, ahorrativo, piadoso, y el otro pícaro, comilón, calavera, sin ley, yo los acogería a ambos a mi mesa, sin duda; pero por cierto también que mayor afición le tendría al segundo. ¿Quizás porque se pa-recería a mí? Pues ¿quién te dice que no me parezco yo más a Dios que el pope Stéfano, cuyo único afán es pasarse los días y las noches en genuflexiones y apañando dinero? Dios se regala, mata, comete injusticias, trabaja, emprende cosas imposibles, lo mismo que yo. Come lo que le agrada, se lleva las mujeres que quiere; tú ves a una mujer fresca como una rosa que anda por el mundo regocijándote el corazón; de repente, la tierra se abre y la mujer desaparece. ¿A dónde ha ido? ¿Quién se la llevó? Si era honesta, la gente dice: «Dios se la llevó.» Si era una cualquiera, dicen: «El diablo cargó con ella.» Pero yo, patrón, te digo y te repito: ¡Dios y diablo, todo es uno!

Tomó Zorba su bastón; calzó el gorro algo inclinado, ga-llardamente; me miró con lástima y se le movieron los labios como si quisiera decir algo; mas nada dijo y se mar-chó a paso vivo, alta la frente, hacia la aldea.

Yo veía, a la luz crepuscular, cómo se movía sobre el guijarral su sombra gigantesca que remolineaba el bastón. Toda la playa se animaba al paso de Zorba. Bastante rato estuve escuchando el rumor de sus pasos que amenguaba poco a poco. Y de pronto, en cuanto me sentí solo, me alcé de un brinco. ¿Por qué? ¿Para ir a dónde? No lo sabía. En mi espíritu nada se había decidido. Sólo mi cuerpo se mo-vía. Él, sólo él, resolvía sin consultarme.

–¡Adelante! –dije con tono enérgico, como si diera una orden.

Me encaminé hacia la aldea con paso decidido y rápido. De cuando en cuando me detenía para aspirar el hálito primaveral. La tierra olía a manzanilla y al aproximarme a los huertos llegabanme a soplos los aromas de limoneros, de naranjos, de laureles en flor. En occidente, la estrella vespertina comenzó su danza jubilosa.

«¡Mar, mujer, vino, trabajo afanoso!», murmuraba yo, repitiendo a pesar mío las palabras de Zorba, mientras caminaba. «¡Mar, mujer, vino, trabajo afanoso! ¡Lanzarse de cabeza en el trabajo, en el vino, en el amor, sin temor de Dios ni del diablo, tal es la juventud!» Decía entre mí y me lo repetía, cual si tratara de darme ánimos, mientras seguía avanzando.

De pronto quedé plantado. Como si hubiera llegado a destino. ¿A cuál? Miré: me hallaba frente al huerto de la viuda. Detrás del cerco de juncos y de higuera de tuna, suave voz femenina tarareaba una canción. Acerqueme, separe los juncos: junto a un naranjo, una mujer vestida de negro, de pechos abundantes, cortaba ramas florecidas y cantaba. En el crepúsculo, le brillaba la parte alta del pecho, descubierta.

Se me cortó el aliento. Es un felino, pensé, es un felino y sabe que lo es: ¡qué insignificantes criaturas, dementes, extravagantes, sin fuerzas de resistencia, han de ser los hombres para ella! Semejante a algunos insectos, la manta religiosa, la saltona, la araña, ésta también, a la vez harta e insaciada, debe de devorar al macho cuando asome la hora del alba.

¿Sintió la viuda el peso de mi mirada? Interrumpió de pronto su cantar y volvió la cabeza hacia mí. En un relámpago se cruzaron nuestras miradas. Se me doblaron las rodillas, cual si entreviera al través de los juncos a un tigre en acecho.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz ahogada, mientras se cubría el pecho con el manto. Se le oscureció el rostro.

A punto estuve de echar a correr. Pero las palabras de Zorba repercutieron en mi corazón, afirmándolo y dándole fuerzas: Mar, mujer, vino...

—Soy yo —respondí—, soy yo, abre.

No bien lo dije me dominó el terror. Sentí nuevamente ganas de huir de allí, pero las contuve, avergonzado.

—¿Y quién eres tú?

Dio un paso adelante, lento, prudente, silencioso; alargó el cuello, entornó los ojos para ver mejor; dio otro paso, inclinando algo el cuerpo, a la espera.

De pronto se le iluminó el rostro. Asomó la punta de la lengua y se la pasó por los labios.

—¿El dueño de la mina? —dijo, y lo dijo ya con voz más firme.

Adelantó otro paso, encogida, como pronta para dar un salto.

—¿El dueño? —repitió con voz sorda.

—Sí.

—¡Ven!

Era día claro ya. Zorba estaba de regreso, sentado ante la cabaña. Al parecer, me esperaba, fumando y contemplando el mar.

En cuanto me vio, alzó la cabeza y apoyó en mí la mirada. Le palpitaron las fosas nasales como a un lebre; tendió el cuello, aspiró profundamente, como si me olfateara. Y, repentinamente, la satisfacción le resplandeció en el semblante: había percibido en mí la huella de la viuda.

Se levantó muy despacio, sonrió con todo su ser y tendió los brazos:

—¡Yo te bendigo! —dijo.

Me acosté; cerré los ojos. Oía el respirar tranquilo del mar, con ritmo mecedor y parecíame que subía y bajaba flotando en la cresta de una ola como las gaviotas. Suavemente mecido por aquel rumor, me adormecí y soñé: vi en sueños algo así como a una negra gigantesca en cuclillas, ante lo que me pareció antiguo templo ciclópeo de granito negro. Yo daba vueltas en torno de ella para descubrir la entrada, angustiado; apenas si con toda mi estatura alzaba más que el dedo gordo de su pie. De pronto, al dar la vuelta al talón de la negra, divisé una puerta tenebrosa semejante a una gruta; una voz tonante me ordenó: ¡Entra!

Y entré.

Cerca de mediodía desperté. El sol, colándose por el ventanuco, daba en las sábanas de la cama y hería con tal intensidad el cristal de un espejito colgado a la pared que parecía quebrarlo en mil pedazos.

Volvíome a la memoria el sueño de la negra; el mar roncaba; cerré los ojos, sintiéndome feliz. El cuerpo liviano y satisfecho, reposaba cual la fiera que salió de caza, atrapó la presa, la devoró y tendida al sol se relame. El alma, como otro cuerpo, descansaba también en su saciedad. Dijérase que para cada uno de los problemas vibrantes y complejos que la atormentaban había hallado maravillosa y sencilla solución.

Toda la alegría de la noche anterior resurgía desde lo íntimo de mi ser, ramificándose e irrigando abundante-mente la tierra de que estoy hecho. Tendido así, con los ojos cerrados, parecíame escuchar el crujido del crecimiento de mi ser. Por vez primera percibí tan nítidamente esa noche que el alma es carne, más móvil, quizás, más diáfana, más libre, pero carne. Y que la carne es alma, un tanto sueño-lienta, fatigada por el largo andar, agobiada por pesadas cargas hereditarias.

Sentí el paso de una sombra sobre mí; abrí los ojos: Zorba estaba en el umbral y me miraba contento.

–¡No despiertes todavía, muchacho, no despiertes! –me dijo quedamente con ternura muy maternal–. Hoy es día festivo, duérmete.

–Bastante he dormido –dije incorporándome.

–Te preparé un huevo batido –dijo sonriendo–; re–conforta.

Sin contestarle, corrí hacia la playa, me sumergí en el mar y me sequé tendido al sol. Pero todavía percibía cierto olor suave y persistente en las fosas nasales, en los labios, en la punta de los dedos. Olor a agua de azahar, o de aceite de laurel, con que se untan los cabellos las mujeres de Creta.

Ayer estuvo ella cortando una brazada de ramas flore–cidas de naranjo, para ofrendárselas esta noche a Jesús, a la hora en que los labradores danzan bajo los álamos blancos de la plaza y está desierta la iglesia. El iconostasio de la cabecera de su cama cubierto de flores de limonero, mostraba entre las flores el rostro afligido de la Virgen de grandes ojos rasgados.

Zorba se acercó para dejar junto a mí la taza con el huevo batido, dos naranjas y un bollo pascual. Servía sin ruido, dichoso como una madre cuyo hijo hubiera regresado de la guerra. Me dirigió una mirada acariciadora y se marchó.

–Voy a plantar algunos postes –dijo.

Yo masticaba tranquilamente al sol y experimentaba un bienestar físico como si nadara en el mar fresco y verde. No le permitía a mi alma que se apropiara de la alegría carnal y la amasara a su modo para convertirla en pensamiento. Dejaba que el cuerpo se sintiera jubiloso de la cabeza a los pies, como un animal satisfecho. A veces, sólo concedía al éxtasis que echara una mirada en torno de mí, dentro de mí, para contemplar el milagro del mundo: ¿Qué ocurre?, decía para mí. ¿Cómo pudo ser que el mundo se adapte tan bien a nuestros pies, a nuestras manos, a nuestro vientre? Cerraba de nuevo los ojos y callaba.

En cierto momento me levanté, entré en la cabaña, tomé el manuscrito del «Buda» y lo abrí. Había llegado a las páginas finales. Buda, acostado a la sombra del árbol flor, alzaba la mano y ordenaba a los cinco elementos que lo integraban –tierra, agua, fuego, aire, espíritu– que se di–solvieran al instante.

Ya no tenía yo necesidad de aquella faz de mi propia angustia; la había sobrepasado; había cumplido mi servicio junto a Buda; alcé yo también la mano, pues, y le ordené a Buda que se disolviera en mí.

A toda prisa, mediante el empleo de conjuros todopodero–sos, las palabras, iba desmenuzando su cuerpo, su alma, su espíritu. Sin compasión, tracé las últimas palabras del es–crito, lancé el postrer grito de alivio, puse con lápiz mi nombre al pie. Aquello estaba terminado.

Busqué un bramante grueso y con él até fuertemente el manuscrito. Experimenté curiosa alegría, como si ligara de pies y manos a un enemigo temible, o lo sujetara cual hacen los salvajes con sus muertos queridos para evitar que se salgan de sus sepulcros y se conviertan en aparecidos.

Una niñita descalza llegó corriendo. Vestía ropas amarillas y estrechaba en la mano un huevo rojo. Se detuvo y me miró con ojos espantados.

–Bien –le dije sonriendo para animarla–, ¿buscas algo?

Resopló y me contestó con vocecilla jadeante:

–Dice la señora que vayas. Está en cama. ¿Eres tú el que llaman Zorba?

–Bien, gracias, iré.

Le puse en la otra manita un huevo rojo; lo apretó contra sí y salió a todo correr.

Me levanté y emprendí el camino. Los rumores de la aldea se aproximaban: dulce son de la lira, gritos, disparos de fusil, canciones alegres. Cuando llegué a la plaza, se hallaban reunidos mozos y mozas al pie de los álamos de follaje nuevecito y se aprontaban para la danza. Alrededor, sentados en bancos, los viejos apoyaban la barba en el puño del bastón y miraban. Más atrás, las viejas, de pie. En medio de los bailarines dominaba el célebre tocador de lira, Fanurio, puesta una rosa de abril en la oreja. Con la mano izquierda sujetaba la lira apoyada en la rodilla, con la derecha probaba el arco adornado con rumorosos cascabeles.

–¡Cristo resucitó! –les grité al pasar.

–¡En verdad, ha resucitado! –respondió un coro jovial.

Eché rápida mirada al conjunto: mozos bien plantados, de angosta cintura, vestían amplias bragas y llevaban atado a la cabeza el pañuelo, cuyas puntas les caían sobre la frente y las sienes como mechones rizados; mocitas, de collares hechos con monedas y ceñidas con pañoletas bordadas, que esperaban palpitantes, puestas las miradas en el suelo.

–¿No te dignarás quedarte con nosotros, amo? –preguntaron algunos.

Yo pasé de largo.

Doña Hortensia estaba en su gran cama, único mueble que le permaneciera fiel. Le ardían de fiebre las mejillas y tosía.

No bien me vio suspiró quejosa:

–¿Y Zorba, compadre, y Zorba?...

–No anda bien. Desde el día en que enfermaste, cayó enfermo él también. Tiene continuamente en la mano tu retrato y no aparta los ojos de él, suspirando sin cesar.

–Háblame, háblame aún... –murmuró la pobre sirena, cerrando los ojos, contenta.

–Me envía a preguntarte si deseas algo. Él vendrá esta noche, me lo aseguró, aunque apenas puede tenerse en pie. No soporta el estar separado de ti.

–Habla, habla, habla aún...

–Recibió telegramas de Atenas. Los vestidos de bodas están terminados, las coronas prontas, vienen ya por mar... junto con los cirios blancos de cintas rosadas...

–Sigue, sigue...

El sueño la venció; la respiración tomó diferente ritmo; poco después deliraba. La habitación olía a agua de colonia, a amoníaco y a sudor. Por la ventana abierta llegaba el acre olor de la gallinaza y de las cagarrutas de conejo esparcidas por el patio.

Me deslicé fuera de la pieza. En la puerta di con Mimito que ese día llevaba puestas las botas y bragas nuevas; de la oreja le colgaba una ramita de albahaca.

–Mimito –le dije–, corre hasta el pueblo de Kalo y tráete al médico.

Mimito ya se había quitado las botas para no gastarlas con la marcha, y las tenía bajo el brazo.

–Busca al médico, salúdalo en mi nombre, dile que monte su mula sin tardanza y que venga cuanto antes. La señora, se lo dirás, está muy enferma. Tomó frío, la pobrecilla; tiene fiebre alta, se muere. Dile todo eso. ¡Corre!

–¡Hop! ¡Hop! Voy.

Se escupió en las manos, las frotó alegremente una con otra, pero no se movió. Me miraba con gesto contento.

–¡Anda, te digo!

No se movía. Me guiñó un ojo y con satánica sonrisa me dijo:

–Patrón, llevé a tu casa una botella de agua de azahares, como regalo.

Se interrumpió, esperando que le preguntase quién me la enviaba. Pero yo callé.

–¿No me preguntas quién te la envía? Dice que es para los cabellos, para que los tengas perfumados.

–¡Hala! ¡Vete pronto! ¡Y cállate!

Rió, escupió de nuevo en las manos:

–¡Hop! ¡Hop! –exclamó–. ¡Cristo ha resucitado!...

Y desapareció.

Bajo los álamos, la danza pascual se desarrollaba con todo entusiasmo. Dirigíala un robusto efebo moreno, de unos veinte años de edad, cuyas mejillas cubiertas de espeso vello no conocían aún la navaja. Por la abertura de la camisa, el pelo ensortijado del pecho mostrábase como una mancha oscura. Echada hacia atrás la cabeza, movía los pies en el suelo con tal agilidad que parecían alados, y de vez en cuando dirigíale una mirada a alguna moza; brillábale, entonces, lo blanco de los ojos, inmóvil, inquietante, en contraste con lo moreno de la cara.

Me encantó y me turbó el espectáculo. Acababa de separarme de doña Hortensia, luego de haber llamado a una mujer para que cuidara de ella, y quise presenciar el baile de los campesinos cretenses. Me acerqué al tío Anagnosti y me senté a su lado en el banco.

—¿Quién es el buen mozo que guía la danza? —le pregunté al oído.

El tío Anagnosti me contestó riendo:

—¡Cierto, hermoso como el arcángel que se lleva las almas, el muy pícaro también las arrebató! Es Sifakas, el pastor. Durante todo el año cuida rebaños en la montaña, y sólo para las Pascuas baja, con ganas de ver gente y de bailar.

Suspiró.

—¡Ah, si yo fuera joven como él! —murmuró—. ¡Si fuera como él, a fe que tomaba por asalto a Constantinopla!

En tanto, el mozo sacudió la cabeza y lanzó un grito, no humano, un prolongado balido como de morueco en celo.

—¡Suená, Fanurio! —exclamó—, ¡Suená, que muera la Muerte!

La Muerte se muere a cada instante, renace a cada instante, lo mismo que la vida. Desde hace millares de años, mozos y mozas bailan bajo los árboles de renovado follaje, álamos, pinos, robles, plátanos y esbeltas palmeras; y seguirán bailando dentro de millares de años, con rostro ansioso de deseo. Cambian las caras, que se agostan y vuelven al polvo de donde salieron; otras reemplazan a las primeras y son reemplazadas a su vez. Un bailarín único, de innumerables semblantes, danza al correr de los siglos, en la flor de sus veinte años, inmortal.

—¡Suená! —volvió a exclamar el joven—. ¡Suená, Fanurio, amigo mío, que si no, estallo!

El tocador de lira movió el brazo; sonó la lira; los casca-beles del arco vibraron en rumoroso campanilleo, y el joven dio un salto, chocó en el aire tres veces un pie con el otro, a la altura de un hombre, y con la punta de la bota le quitó el pañuelo de la cabeza a su vecino, el guardabosque Manolakas.

—¡Bravo, Sifakas! —se oyó por todos lados; las mozas, estremecidas, bajaron los ojos.

Pero el joven, silencioso; sin poner en nadie la mirada, silvestre y disciplinado, seguía bailando, con el dorso de la mano izquierda apoyado en la delgada cintura y tímidamente bajos, los párpados.

De improviso, la danza hubo de interrumpirse: el viejo bedel Andrulio se acercaba con los brazos en alto.

—¡La viuda! ¡La viuda! ¡La viuda! —gritaba desaforadamente.

El guardabosque Manolakas se lanzó adelante, antes que nadie, cortando la hilera de los bailarines. Desde la plaza se veía la iglesia, adornada con ramas de arrayán y de laurel. Los bailarines se detuvieron, acalorados, los viejos se levantaron de los bancos; Fanurio recostó la lira en las rodillas, se quitó de la oreja la rosa y aspiró su aroma.

—¿Dónde, viejo Andrulio —preguntaron trémulos de ira—, dónde está?

—Allí, en la iglesia; ha entrado ahora, la maldita, con una brazada de flores de limonero.

—¡Sus, a ella, muchachos! —exclamó el guardabosque, echando a correr al frente del grupo.

En ese momento se presentaba la viuda en el umbral de la iglesia, cubierta la cabeza con el negro pañolón. Se per-signó.

—¡Miserable! ¡Bribona! ¡Asesina! —le gritaron los de la plaza—. ¡Tiene la osadía de mostrarse! ¡Sus, a ella, que des-honró a la aldea!

Algunos corrieron hacia la iglesia, en pos del guardabosque; otros, desde donde estaban le arrojaban piedras. Una piedra le dio en el hombro; la mujer lanzó entonces un grito, se cubrió el rostro con las manos, y quiso echar a correr, inclinada hacia adelante. Pero ya habían llegado los mozos a la puerta de la iglesia y Manolakas empuñaba un cuchillo.

La viuda retrocedió lanzando agudos chillidos y con vacilante impulso trató de entrar en la iglesia. Allí se encontró con el viejo Mavrandoni, que con los brazos extendidos como un crucificado, en el umbral de la iglesia tocaba con la punta de los dedos las dos hojas de la puerta abierta, cerrándole el paso.

La mujer dio un salto de lado y se abrazó al ciprés del atrio. Cortó el aire el silbar de una piedra que la hirió en la cabeza haciéndole caer el pañolón. Los cabellos se le desataron y cayéronle sobre los hombros.

—¡En nombre de Cristo! ¡En nombre de Cristo! —clamaba la infeliz, estrechamente abrazada al ciprés.

Puestas en fila, allá en la plaza, las mozas mordisqueaban las puntas de las blancas pañoletas y miraban con ávidas miradas. Las viejas, agarradas de los cercos, aullaban.

–¡Matadla, muchachos, matadla!

Dos mozos se echaron sobre ella, la agarraron y al hacerlo así se le desgarró la blusa negra y brilló a la luz el pecho, blanco como mármol. Corríale la sangre por la frente, por las mejillas, por el cuello.

–¡En nombre de Cristo! ¡En nombre de Cristo! –clamaba jadeante la viuda.

La vista de la sangre, del pecho reluciente, excitó a los mozos. Los cuchillos saltaron de las cinturas.

–¡Deteneos! –gritó Mavrandoni–. ¡Me pertenece!

Mavrandoni, que permanecía de pie en el umbral de la iglesia, levantó la mano. Todos se detuvieron.

–Manolakas –dijo con voz grave–, la sangre de tu primo está clamando. ¡Apacíguala!

Yo me arrojé desde el cerco en que me había subido, me lancé hacia la iglesia; pero tropecé en una piedra y caí de bruces. En ese momento pasaba junto a mí Sifakas, que se inclinó, me tomó por la piel de la espalda como a un gato y me dejó en pie.

–¿Qué andas buscando por aquí, so currutaco? –me dijo–. ¡Vete!

–¿No te compadeces de ella, Sifakas? –le dije–. ¡Ten compasión!

El montañés rió embravecido:

–¿Soy acaso alguna mujercita, para sentir compasión? ¡Yo soy hombre!

Y de un brinco se halló en el atrio. Yo también llegué siguiéndole de cerca desalentado. Todos estaban ahora en torno de la viuda. Reinaba pesado silencio. Sólo se oía el jadear ahogado de la víctima.

Manolakas se persignó, adelantó un paso, alzó el cuchillo; las viejas, por sobre el cerco, chillaban contentas. Las mozas se cubrían el rostro con las pañoletas.

Alzó la viuda la mirada, vio el cuchillo y bramó como una becerra. Cayó de hinojos junto al ciprés, hundiendo la cabeza entre los hombros. La cabellera que le cubría la cara, se extendió en el suelo; la nuca brilló con blancura resplandeciente.

–¡Invoco a la justicia de Dios! –exclamó el viejo Mavrandoni, persignándose a su vez.

Pero en ese preciso instante, una voz sonora retumbó detrás de nosotros:

–¡Baja el cuchillo, asesino!

Todas las cabezas se volvieron, con gesto de estupor. Manolakas alzó la suya: Zorba estaba frente a él, agitando los brazos, frenético.

–¡Amigos! –gritó–. ¿No os avergonzáis? ¡Valiente faena, por cierto! ¡Toda una aldea para matar a una mujer! ¡Cuidaos, que seréis la deshonra de Creta entera!

–¡Ocúpate de lo tuyo, Zorba! ¡No te metas en nuestros asuntos! –rugió Mavrandoni.

Y dirigiéndose a su sobrino:

–¡Manolakas, en nombre de Cristo y de la Virgen, hiere!

Manolakas saltó, tomó a la mujer, la echó al suelo, apoyó una rodilla en el vientre de ella y levantó el cuchillo. Pero cual un relámpago, Zorba se prendió del brazo de Manolakas y con la mano envuelta en el pañuelo pujaba por arrancarle el arma.

La viuda se puso de rodillas, buscando ansiosa en torno un sitio por donde huir; mas los campesinos tenían obstruida la puerta de la iglesia y circundaban todo el atrio; al advertir la intención de la mujer, avanzaron un paso y cerraron el cerco.

En tanto, Zorba luchaba sin hablar, ágil, resuelto, con entera serenidad. De pie, junto a la puerta, yo seguía an–gustiado las peripecias de la lid. El semblante se le había azulado a Manolakas a causa de la ira que lo dominaba. Sifa–kas y otro coloso se acercaron con intención de prestarle ayuda. Pero Manolakas, fuera de sí, gritó:

–¡Atrás! ¡Atrás! ¡Nadie se acerque!

Y se arrojó sañudo contra Zorba, dándole un cabezazo en el pecho como un toro furioso.

Zorba se mordió los labios sin decir nada. Sujetaba como en un torno el brazo derecho del guardabosque y esquivaba a derecha e izquierda los topetones del mocetón. Enloque–cido de furor, éste prendióse con los dientes de una oreja y dio un tirón con todas sus fuerzas. Corría la sangre.

–¡Zorba! –grité espantado, mientras acudía en su so–corro.

–¡Vete, patrón! –me dijo–. ¡No te metas en nada!

Cerró el puño y descargó tremendo golpe en el vientre de su adversario. Al instante, aquella bestia feroz soltó presa; aflojaron los dientes dejando libre la oreja medio cortada ya y el rostro azulado se le puso mortalmente pálido. De un empujón, Zorba lo derribó, le arrancó de las manos el cuchillo y lo lanzó por sobre el cercado de la iglesia. Con el pañuelo se enjugó la sangre que manaba de la oreja, el rostro bañado en sudor, la ensangrentada cara. Irguiéndose echó una mirada en torno; los ojos se le veían inyectados.

–¡Levántate, ven conmigo! –le dijo a la viuda.

Y se encaminó hacia la salida del atrio.

Incorporóse la viuda, despertando sus desfallecidas energías para lanzarse por la vía de salvación que ante sí veía abierta. Mas como un halcón cayó sobre ella Mavrandoni: la echó de espaldas, enrolló tres veces en su brazo los largos cabellos de la desdichada y de un tajo le cortó la cabeza.

—¡Pongo sobre mi conciencia el pecado —exclamó. Y arrojó la cabeza al suelo, a la entrada de la iglesia. Luego se persignó.

Volvióse Zorba y vio el horroroso espectáculo. Arrancóse un puñado de pelos del bigote. Yo me acerqué y lo tomé del brazo. Se inclinó a un lado, me miró: dos lagrimones pendían de sus pestañas.

—¡Vamos, patrón! —me dijo con voz ahogada.

Esa noche no quiso probar bocado. Tengo la garganta anudada, decía, no paso cosa. Se lavó la oreja con agua fría, embebió en raki un poco de algodón y se vendó. Sentado en la cama, con la cabeza entre las manos, meditaba.

Yo, tendido en el suelo junto a la pared, acodado, sentía que me corrían tibias y lentas por la mejilla las lágrimas. El cerebro no funcionaba en ninguna manera; no pensaba absolutamente en nada. Como si me embargara una honda pena de niño, lloraba silenciosamente.

De repente, Zorba alzó la caída cabeza y estalló; a gritos proseguía ahora el bravío monólogo interior de antes:

—¡Te lo digo, patrón, todo cuanto ocurre en el mundo es injusto, injusto, injusto! ¡Yo no lo admito, yo, el gusano, yo la babosa que se llama Zorba! ¿Por qué han de morir los jóvenes y quedar en vida tanta vieja ruina? ¿Por qué se mueren los niñitos? Yo tenía uno, mi Dimitri pequeñín, y lo perdí a los tres años, y ¡nunca, nunca jamás, ¿me entiendes?, se lo perdonaré a Dios! Cuando yo muera, si osa ponerse en mi presencia, y es de veras un dios, tendrá que sonrojarse. ¡Sí, sí, tendrá que sonrojarse ante esta insignificante babosa de Zorba!

Hizo una mueca como si sintiera algún dolor. Volvió a manar sangre la herida. Mordióse los labios para que no se escapara un grito.

—Espera, Zorba, que te cambiaré la venda.

Le lavé de nuevo la oreja con raki y con el agua de azahar que me había enviado la viuda embebí el algodón que puse sobre la herida.

—¡Agua de azahar! —dijo Zorba oliendo con avidez el líquido—. ¡Ponme en los cabellos; así, muy bien! ¡Y en las manos, echa sin miedo!

Recuperaba el ánimo. Yo lo contemplé asombrado.

—Me parece estar en el huerto de la viuda —dijo.

Y al instante reanudó las lamentaciones:

—¿Cuántos años fueron necesarios —murmuró—, cuán—tos años para que la tierra lograra un cuerpo como el suyo? Tú la mirabas y decías: ¡Ah, si tuviera veinte años yo y desapareciera de la superficie terrestre la raza de los hombres, quedando tan sólo en ella esta mujer y yo! ¡Qué hijos ten—dríamos; cómo volveríamos a poblar la tierra de criaturas, ahora sí, divinas! Y ya lo ves...

Dio un salto; los ojos se le nublaban.

—¡No puedo más, patrón! Es necesario que salga, que suba dos o tres veces la montaña, que me rinda de fatiga, para hallar alguna paz...

Se lanzó hacia afuera, en dirección a la montaña y desa—pareció en la oscuridad.

Yo me tendí en la cama, apagué la luz y otra vez me di a hilar, según mi triste e inhumana costumbre, una transpo—sición de la realidad, a quitarle sangre, carne y huesos, y reducirla a idea abstracta, ligándola con las leyes generales del universo, hasta llegar a la horrenda conclusión de que todo lo que ocurre es necesario. Más aún, que es útil para la universal armonía. Venía a parar en este postrer y abomina—ble consuelo: que era justo que lo sucedido sucediera.

El asesinato de la viuda entró en mi mente, colmena donde desde hacía algunos años todo veneno se cambiaba en miel, y la trastornó. Pero al corto rato mi filosofía se apo—deró de la tremenda advertencia, la envolvió en imágenes, en artificios, dejándola inofensiva. Así las abejas envuel—ven en cera al zángano hambriento que se atreve a robarles miel.

Al cabo de unas horas, la viuda reposaba en mi memoria, tranquila, sonriente, convertida en símbolo. Ya vivía en mi corazón envuelta en cera, ya no podía hacer que surgiera el pánico en mi alma, ya no podía entrar a saco en mi cerebro. El horrible acontecimiento de un día se ampliaba, se exten—día en el tiempo y en el espacio, se identificaba con las civilizaciones desaparecidas; éstas, a su vez, se confundían con el sino de la tierra; la tierra con el supremo fin del universo; y así, volviendo de nuevo la mirada hacia la viuda, la hallaba sujeta a las leyes inmutables, reconciliada con sus verdugos, inmóvil y serena.

El tiempo hallaba en mi mente su verdadero sentido: la viuda había muerto miles de años antes, en época de la civilización egea; en cambio, las doncellas de Cos, de rizadas melenas, habían muerto esta mañana, a orillas de éste nues—tro mar riente.

El sueño se apoderó de mí, como un día ciertamente —nada hay más cierto— ha de apoderarse la muerte, y me deslicé blandamente en las tinieblas. No supe cuándo regresó Zorba, ni si regresó esa noche. Por la mañana lo hallé en la montaña reprendiendo a gritos a los obreros.

Nada de lo que hacían lo dejaba satisfecho. Despidió a tres obreros que se atrevieron a hacerle frente; empuñó el pico y con sus propias manos fue abriendo camino en la maleza y en el rocoso terreno, en la línea que él había seña—lado para colocar postes. Escaló la montaña, se encontró

con los leñadores a quienes tenía ordenado que derribaran pinos y echó rayos y centellas contra ellos. Hasta se lanzó contra uno que tuvo la osadía de sonreírse y refunfuñar algunas palabras.

A la caída de la tarde bajó rendido, hecho andrajos, y se sentó junto a mí, en la playa. Le costaba abrir la boca, y cuando se decidía a hablar sólo se refería a maderos de construcción, cables, lignito, como lo haría cualquier contratista codicioso cuyo único propósito fuera entrar a saco en el lugar, retirar de él todo el proyecto que cupiere y marcharse de allí inmediatamente después.

En algún momento, incitado por el consuelo interior que me prodigaran mis meditaciones, estuve a punto de recordar a la viuda; pero Zorba tendió la manaza, y el ademán bastó para cerrarme la boca.

—¡No la menciones! —dijo con voz sorda.

Callé, avergonzado. Esto es ser hombre de verdad, me dije, envidiándole a Zorba la espontaneidad de su aflicción. Un hombre de sangre caliente y huesos sólidos, que cuando padece no disimula los lagrimones de sus ojos, y cuando está contento no avienta su alegría después de pasarla por fino tamiz metafísico.

Tres, cuatro días transcurrieron de tal manera. Zorba tra-bajaba de un tirón, sin respiro, sin comer, sin beber. Perdía carnes y fuerzas. Una noche le dije que doña Bubulina seguía enferma; no había venido a verla el médico, y ella en el delirio llamaba continuamente a Zorba.

Cerró los puños.

—Bien —dijo.

Por la mañana, al amanecer, se marchó a la aldea y regresó al poco rato.

—¿La viste? —le pregunté—. ¿Cómo sigue?

—No tiene nada —dijo—, sino que se muere.

Y a grandes zancadas se dirigió a la montaña.

Por la tarde, sin detenerse a cenar, cogió el bastón y salió.

—¿Adónde vas, Zorba? ¿A la aldea?

—No. Salgo a dar un paseíto, y vuelvo.

Tomó el camino de la aldea con resuelto paso.

Yo me sentía cansado y me acosté. De nuevo la imagi-nación me llevó en su vuelo por todo el orbe; resurgieron pasadas desazones, se deslizó el recuerdo por junto a las lejanas ideas y por último volvió a posarse en Zorba.

«Si alguna vez se encuentra en el camino con Manolakas, pensé, no cabe duda de que el coloso cretense lo acometerá con saña. Dicen que estos días pasados no salió de su casa, que ruge sin parar, que no se anima a presentarse en la aldea y que jura que si da con Zorba “lo desgarrará dente-lladas como a una sardina”. Anoche, uno de los obreros lo vio mientras rondaba armado alrededor de la cabaña. Si se encuentran esta noche, ocurrirá una desgracia.»

Me levanté de un salto, vestíme y a toda prisa me dirigí hacia la aldea. La noche suave, húmeda, tenía el aroma del alelí silvestre. Al cabo de un instante divisé en la sombra la figura de Zorba, que caminaba lentamente, como si estuviera cansado. De tanto en tanto, detenía la marcha para contemplar las estrellas y escuchar los rumores nocturnos; luego reanudaba el andar con paso algo más vivo; yo oía el golpear del bastón en las piedras del camino.

Íbase acercando al huerto de la viuda. Embalsamaban el aire las flores del limonero y de la madreSelva. En ese momento desde los naranjos del huerto llegó, como claro manar de agua cantarina, la melodía conmovedora del ruiseñor. Cantaba, desgranaba sus trinos en las tinieblas, y el corazón se le encogía a uno en el pecho. Zorba se detuvo de repente, impresionado por la dulzura de aquel canto.

Sorpresivamente, los juncos que formaban el cerco se separaron; las afiladas hojas produjeron el rumor de aceros que chocan.

—¡Eh, compadre! —dijo una voz dura y agresiva—; ¡eh, viejo chocho, al fin te veo!

Se me heló la sangre en las venas. Sabía quién hablaba así.

Dio un paso Zorba, alzó el bastón y se detuvo de nuevo. Al fulgor de las estrellas, yo veía sus movimientos.

De un brinco, el gigantesco mozo estuvo fuera del cerco.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Zorba alargando el cuello.

—Soy yo, Manolakas.

—¡Sigue tu camino, vete!

—¿Por qué me has humillado?

—No he sido yo quien te ha humillado, Manolakas. Vete, te digo. Eres valiente; pero la suerte te fue adversa; la suerte es ciega ¿no lo sabes?

—Que sea la suerte o que no lo sea, que sea ciega o no —dijo Manolakas, y yo le oía rechinar los dientes—, quiero lavar la afrenta. Ahora mismo. ¿Tienes cuchillo?

—No —respondió Zorba—, sólo el bastón.

—Ve a buscar un cuchillo. Te espero aquí. ¡Ve!

Zorba no se movió.

—¿Tienes miedo? —dijo con irritada burla Manolakas— ¡Ve, te digo!

—¿Para qué el cuchillo? —le contestó Zorba que comen—zaba a acalorarse—. ¿Qué hago con un cuchillo, viejo, di? Recordarás que en la iglesia quien tenía cuchillo eras tú y no yo ¿verdad? Y, a pesar de todo, no me fue tan mal que digamos.

—¿Con que te mofas, además, eh? ¡Buen momento ele—giste para burlas, ahora que tengo un arma en la mano y tú no la tienes! Trae tu cuchillo, puerco macedonio, y nos mediremos.

—Arroja el cuchillo como arrojé yo el bastón y nos mediremos si quieres. ¡Anda, hazlo, puerco cretense!

Y tal como lo decía, arrojó el bastón por encima de los juncos. —

—¡Arrójalo! —gritó otra vez Zorba.

En puntas de pie, quedamente, me había acercado a ellos.

A la luz de las estrellas, pude ver el brillo de la hoja que caía entre los juncos.

Zorba se escupió las manos.

—¡Adelante! —exclamó, y dio un salto hacia el adver—sario.

Pero antes que ambos valientes tuvieran tiempo de asirse mutuamente, me interpuse entre ellos.

—¡Deteneos! —les grité—. Ven acá, Manolakas, ven tú también, Zorba. ¿No os sonroja esta conducta?

Ambos contendientes se acercaron con lentitud. Les tomé la mano derecha a uno y a otro.

—Daos las manos —dije—. Ambos sois buenos y valien—tes muchachos, debéis reconciliaros.

—Me ha humillado... —dijo Manolakas tratando de re—tirar la mano.

—No es cosa tan fácil humillarte a ti, Manolakas. Toda la aldea sabe lo valiente que eres. No recuerdes lo que ocu—rrió en la iglesia días pasados. Fue aquél un momento omi—noso. Ya pasó, olvídalo. Ten en cuenta, además, que Zorba es forastero, que llegó aquí de Macedonia, y sería muy afren—toso para nosotros, cretenses, agredir a un huésped de nues—tra tierra... ¡Ea!, dale la mano, que ésa es verdadera prueba de valor, y vente con nosotros a la cabaña. Beberemos un vaso de vino y asaremos un metro de salchichón, para con—firmar las paces, Manolakas.

Lo tomé de la cintura y apartándolo un tanto del lugar, le dije en voz baja:

—Es un anciano, el pobre hombre. Que un joven fuerte como tú lo ataque, no es honroso.

Manolakas se calmó.

–Sea –dijo–, por darte gusto.

Dio un paso hacia Zorba, tendió la gran mano pesada y dijo:

–Bueno, compadre Zorba, olvídense lo pasado, dame la mano.

–Me has comido una oreja –contestó Zorba–, que te aproveche; toma, aquí tienes mi mano.

Se las estrecharon con fuerza, largo rato. Se las estrecha–ban cada vez con mayor fuerza y se miraban. Temí que de nuevo riñeran.

–Aprietas fuerte –dijo Zorba–, eres robusto, Mano–lakas.

–Tú también aprietas. ¡Anda, aprieta más, si puedes!

–¡Basta ya! –exclamé–. Vayamos a echar un trago en prueba de amistad.

Me coloque entre ambos, llevando a Zorba a mi derecha a Manolakas a la izquierda, y como buenos camaradas llega–mos los tres a la playa.

–Llovió bastante esta primavera, tendremos magnífica cosecha –dije por variar los pensamientos.

Pero en ninguno de ellos hallaron eco mis palabras. Te–nían aún encogido el corazón. Toda esperanza quedaba ci–frada ahora en los buenos efectos del vino. Llegamos a la barraca.

–¡Sé bienvenido a nuestra casa, Manolakas! –dije–. Zorba, pon a asar el salchichón y prepara las cosas.

Manolakas se sentó en una piedra, frente a la cabaña; Zorba dio lumbre a unas ramillas, asó el salchichón, y llenó tres vasos.

–¡A tu salud, Manolakas! ¡A tu salud, Zorba! ¡Brindad juntos!

Brindaron; Manolakas dejó caer unas gotas de vino en el suelo:

–Que corra como este vino mi sangre –dijo–, si levan–to la mano en tu daño, Zorba.

–Que la sangre de mis venas corra como este vino –re–plicó Zorba–, si no es cierto que olvidé que me has comido una oreja, Manolakas...

XXIII

Al despuntar del nuevo día, Zorba, sentado en la cama, me despertó.

—¿Duermes, patrón?

—¿Qué ocurre, Zorba?

—He tenido un sueño. Un sueño muy raro. Creo que no tardaremos en emprender un viaje. Escucha; que te hará gracia. Era, pues, aquí en el puerto, un barco grande como una ciudad. Sonaba la bocina, anunciando la inminente par-tida. Y yo llegaba a todo correr de la aldea para embarcarme y llevaba un loro en la mano. Llego, me trepo a bordo, acude el capitán: «¡Su pasaje!», me grita. «¿Cuánto cues-ta?», le pregunté yo, extrayendo un puñado de billetes del bolsillo. «Mil dracmas.» «¡Hombre!», le digo, «¿no podrías, por favor, dejármelo en ochocientas?» «No, son mil.» «Ten-go ochocientas, tómalas.» «Mil, ni un céntimo menos. Si no puedes pagarlas, márchate al instante.» Entonces, me enojé: «Oye, capitán», le dije, «por tu alma te lo digo, toma las ochocientas que te doy, si no me despertaré, pobre amigo mío, y lo perderás todo.»

Zorba lanzó una carcajada.

—¡Qué máquina curiosa, el hombre! Le echas pan, vino, pescados, rábanos, y te produce suspiros, risas y sueños. ¡Es una usina! En la cabeza llevamos un cine sonoro como esos que te dan cintas parlantes.

De improviso, Zorba saltó del lecho:

—¿Pero a qué venía el loro? —exclamó intranquilo— ¿Qué significaba el loro que embarcaba conmigo? ¡Ay!, mu-cho me temo...

No tuvo tiempo de terminar el pensamiento. Un mensa-jero, rechoncho y de cabellos rojos, con aspecto de verdadero demonio, entraba jadeante.

—¡Por amor de Dios! La pobre señora clama por el mé-dico. Dice que se está muriendo, sí, que se muere y que uste-des habrán de sentir remordimientos por el abandono en que la dejan.

Me sonrojé: en el trastorno provocado por la triste suerte de la viuda, teníamos olvidada por completo a nuestra vieja amiga.

—¡Muy mala está la infeliz —prosiguió parlero el rojo—, tose de manera tal que tiembla toda la casa! Sí, sí, viejo, tose como un asno, en toda la aldea se la oye.

—¡No te burles —le grité—, cállate!

Escribí unas letras en un papel:

—Toma, llévale esto al médico y no vuelvas hasta que lo hayas visto con tus propios ojos montado en la mula. ¿En-tiendes? ¡Márchate, ahora!

Tomó la carta, se la metió en la cintura y se fue.

Zorba, ya levantado, se vestía a toda prisa, sin decir pa-labra.

–Espérame, voy contigo.

–Tengo prisa, mucha prisa –dijo–, y salió.

Poco después emprendía yo también el camino de la aldea. El huerto de la viuda, abandonado, embalsamaba el aire. De-lante de él, Mimito estaba acurrucado, erizado como can que sufrió un castigo; se había puesto más flaco aún, los ojos se le hundían en las órbitas y ardían afiebrados. Al verme, recogió una piedra con propósito hostil.

–¿Qué haces aquí, Mimito? –le pregunté mientras echa-ba una mirada triste al huerto: sentía en el cuello la tibieza de dos brazos fuertes y acariciantes; olía un perfume de flores de limonero y de aceite de laurel... no hablábamos; sólo veía a la luz del crepúsculo los ojos ardientes, muy negros; la dentadura, frotada con hojas de nogal, relucía, blanquísima...

–¿Por qué lo preguntas? –gruñó Mimito–. Anda, métete en lo tuyo.

–¿Quieres un cigarrillo?

–Ya no fumo. Todos son unos puercos. ¡Todos, todos, todos!

Calló, jadeante, como si buscara una palabra sin hallarla.

–Puercos... miserables... falsos... asesinos...

Ahora, sí, tenía la palabra que buscaba; con alivio dio unas palmadas.

–¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! –gritó con voz agu-da, y se echó a reír.

Se me encogió el corazón.

–Tienes razón, Mimito, tienes razón –murmuré aleján-dome con paso rápido.

A la entrada de la aldea vi al viejo Anagnosti, inclinado sobre el bastón, que miraba con curiosidad, sonriendo, el vuelo de dos mariposas amarillas que se perseguían en las frescas hierbas primaverales. En la vejez, libre ya de todo cuidado acerca del campo, de su mujer, de sus hijos, quedá-bale algún momento para pasear por el mundo una mirada desinteresada. Advirtió mi sombra en el suelo y levantó la cabeza.

–¿Qué buen viento te trae tan temprano? –me pre-guntó.

Sin duda, vio reflejada en mi semblante la inquietud de mi ánimo, pues sin esperar respuesta continuó:

–Ve pronto, hijo. Quién sabe si la hallarás con vida... ¡Pobrecilla!

El amplio lecho que tantos servicios prestara, compañero fiel, había sido corrido hacia el medio de la habitación, tan reducida, que casi la llenaba. A la cabecera, se inclinaba intranquilo y pensativo el leal consejero privado, con el brazo verde, el bonete amarillo, el ojo redondo y maligno, el loro. Contemplaba desde la jaula a su ama tendida y gemebunda e inclinaba un tanto a un lado la cabeza casi humana para escuchar.

No, no, no eran ya ahogados suspiros de placer amoroso tantas veces oídos, ni tiernos arrullos de paloma, ni risas cosquillosas. Por vez primera veía aquel sudor que rodaba en gotitas heladas por el rostro de su ama, aquella cabellera despeinada que se pegaba a las sienes, aquellas contorsiones de dolor, y lo inquietaba la novedad del espectáculo. Quería gritar: ¡Canavaro! ¡Canavaro! pero no le obedecía la voz.

Su desdichada dueña gemía dolorida; los brazos rugosos y blanduzcos alzaban y dejaban caer la sábana; parecía que se ahogaba. Sin afeites, abotagada, olía a sudor acre y a carne que empieza a echarse a perder. Los zapatos descalañados, deformes, asomaban bajo el lecho, y a su vista se oprimía el corazón. Más triste impresión causaban los zapatos que el estado de quien los usaba.

Zorba, sentado a la cabecera de la enferma, contemplaba el par de zapatos sin poder apartar de ellos la mirada. Apretaba los labios para evitar los sollozos que pugnaban por brotar. Entré, me senté detrás de él, sin que me oyera.

La infeliz respiraba con dificultad, sofocada, Zorba descolgó un sombrero adornado con rosas bordadas para abanicarla. Agitaba la manaza muy rápida y desmañadamente, como si apantallara unos carbones húmedos para darles lumbre.

Abrió ella espantados ojos y miró en torno de sí. Todo estaba oscurecido, no distinguía cosa alguna, ni siquiera a Zorba que la abanicaba con el florido sombrero.

Todo era inquietante y sombrío; unos vapores azules surgían del suelo y variaban de formas, convirtiéndose en bocas reidoras, en pies ganchudos, en alas negras. Clavó las uñas en la almohada humedecida con lágrimas, saliva y sudor, y lanzó un grito clamoroso:

—¡No quiero morirme! ¡No quiero!

Las dos plañideras de la aldea, noticiosas del estado en que se hallaba, acudieron; se deslizaron en la habitación y permanecieron sentadas en el suelo, de espaldas a la pared.

El loro fijó en ellas el redondo ojo, irritóse, tendió el cuello y gritó: «¡Canav...», pero Zorba alzó la mano con enojo hacia la jaula y el loro calló.

De nuevo oyóse el clamor desesperado:

—¡No quiero morirme! ¡No quiero!

Dos jóvenes imberbes y atezados asomaron las narices, miraron con atención a la enferma, cruzaron satisfechos entre sí una señal de conformidad y desaparecieron luego. Al instante se oyeron en el patio cacareos asustados y batir de alas: alguien daba caza a las gallinas.

Una de las plañideras, la tía Malamatenia, se dirigió a su compañera:

—¿Los viste, tía Lenio, los viste? ¡Qué prisa llevan, los muertos de hambre; les van a retorcer el cuello a las gallinas y a comerlas todas! Cuanto holgazán hay en la aldea se está ahora en el patio entrando a saco con lo que a mano en-cuentren.

Luego volviéndose hacia el lecho de la moribunda:

—Muérete de una vez, viejecilla, apúrate a entregar el alma, que podamos nosotras también llevarnos algo.

—Para que sepas la verdadera verdad de Dios —dijo la tía Lenio frunciendo la desdentada boquita—, para que se-pas la verdadera verdad de Dios, tía Malamatenia, esos mozos obran bien... «Si quieres comer, hurta; si quieres poseer algo, róbalo», me aconsejaba mi finada madre. En cuanto a nosotras, con cumplir de prisa con las lamentacio-nes fúnebres, tiempo nos quedará para coger un puñado de arroz, un poco de azúcar, alguna cacerola, y colmar de ben-diciones la memoria de esta pobre... No tenía hijos ni padres vivos, ni deudos ¿quién se comería, pues, las gallinas y los conejos? ¿Quién se bebería el vino? ¿Quién hereda los carretes de hilo, los peines y los dulces? ¡Eh, tía Mala-matenia! ¿Qué te diré yo? ¡Dios me perdone, siento unas ganas muy vivas de hincar ya la uña en lo que pueda!

—¡Espera, mujer, no te apresures demasiado! Yo pienso lo mismo; pero esperemos a que entregue el alma antes.

Entretanto, la moribunda farfullaba nerviosa en la almo-hada. Había retirado del cofre, en cuanto se vio en trance de muerte, un crucifijo de hueso pulido y lo tenía bajo la almohada. Desde años atrás lo tenía olvidado en el cofre, entre camisas deshilachadas y andrajos de terciopelo. Como si Jesús fuera un remedio que sólo se usa en las enfermeda-des graves, y mientras dure la buena salud y se coma bien, se beba bien y se ame sin cuidados, para nada sirviera.

Tomó a tientas el crucifijo, lo apretó contra el pecho ba-ñado en sudor.

—¡Mi Jesús! ¡Jesús mío de mi alma...! —murmuraba fervorosamente, estrechando contra sí al último de sus amantes.

Las palabras, a medias francesas, a medias griegas, se le confundían en la expresión de su ternura apasionada. El loro la oyó. Percibió que el tono de la voz había cambiado, recordó las noches en vela de otrora y se irguió jubiloso:

—¡Canavaro! ¡Canavaro! —gritó con voz ronca, tal como un gallo que anuncia la salida del sol.

Zorba no tuvo fuerzas para imponerle silencio. Contempló a la mujer que lloraba y besaba al Crucificado, mientras inesperada dulzura le iluminaba el rostro consumido.

Abrióse la puerta y entró el tío Anagnosti quedamente, con el gorro en la mano. Se acercó al lecho de la enferma, se inclinó e hincó las rodillas.

—¡Perdóname, buena mujer, y Dios te perdone a ti! ¡Si en alguna ocasión oíste una palabra dura de mis labios, flacos hombres somos, perdónamela!—

Pero la buena mujer se hallaba ahora tendida muy tranquila, sumida en inefables delicias, y no oía la voz del viejo Anagnosti. Todos los tormentos de su alma habíanse borrado: vejez mísera, burlas de la gente, tristes veladas solitarias, cuando sentada a la puerta sin compañía alguna tejía medias groseras de campesina, cual otra cualquiera honrada mujer sin importancia del pueblo. Y había sido una parisiense elegante, irresistible, incitadora, que había mecido en sus rodillas a las cuatro grandes potencias y había recibido el saludo de cuatro grandes escuadras... Mar azul oscuro, olas espumosas, fortalezas flotantes que las olas mecen, pabellones que ondean en los mástiles. Se percibe el olor de las perdicinas que se asan y de los salmonetes en la parrilla; llegan las frutas refrescadas en platos de cristal tallado; el corcho del champaña salta hasta el techo. Barbas negras, castañas, grises y muy rubias, perfumes diversos, agua de colonia, violeta, almizcle, ámbar; las puertas del camarote metálico se cierran, las pesadas colgaduras caen, se encienden las luces. Doña Hortensia cierra los ojos: toda su vida de amor, toda su vida de tormento ¡ay, Señor! apenas había durado un segundo... Va pasando de rodillas en rodillas, estrecha entre sus brazos túnicas bordadas de oro, hunde los dedos en espesas barbas perfumadas. Los nombres, no los recuerda, como no los recuerda su loro. Sólo recuerda el de Canavaro, porque era el más joven y porque el nombre era el único que el loro podía decir; los otros eran embrollados, difíciles, y se perdieron.

Doña Hortensia suspiró profundamente y apretó con unción el crucifijo contra el pecho.

—Mi Canavaro, mi Canavarito... —murmuraba delirante.

—Ya no sabe lo que dice —murmuró la tía Lenio—. —Debe de haber visto a su ángel de la guarda y se asustó... Desatemos las pañoletas y acerquémonos.

—Oye ¿no tienes temor de Dios? —dijo la tía Malamatenia—. ¿Querrías dar comienzo a las lamentaciones cuando aún no ha muerto?

—¡Ea, tía Malamatenia —gruñó sordamente la otra—, en lugar de pensar en los cofres y en las ropas que contienen, y afuera, en las gallinas y conejos y otros bienes, me dices que antes ha de entregar el alma! ¡Toma lo que pueda quien se atreva!

Y diciendo esto se levantó y la otra la siguió con desgano. Desatáronse las negras pañoletas, despeináronse las escasas canas, agarrándose de los bordes del lecho. La tía Lenio dio comienzo a la ceremonia lanzando un grito agudo que estremecía de espanto:

–¡lililil!...

Zorba de un brinco tomó a las viejas de los cabellos y las empujó hacia atrás.

–¡Callad, viejas lechuzas! –exclamó–. ¿No veis que vive aún? ¡El diablo os lleve!

–¡Viejo chocho –gruñó la tía Malamatenia–, qué ten–drá que meterse en lo ajeno, este forastero!

Doña Hortensia, la vieja sirena tan sacudida de los tem–porales, oyó el estridente grito y su grata visión se desvaneció; la nave almirante naufragó; las carnes asadas, el cham–pañá, las perfumadas barbas, desaparecieron y ella volvió a verse de nuevo en su lecho de muerte, que hedía, allí en un apartado rincón del mundo. Hizo un movimiento como para levantarse, como para huir; pero cayó sin fuerzas y clamó otra vez, más quedamente, con tono lamentoso:

–¡No quiero morir! ¡No quiero!...

Zorba se inclinó hacia ella, tocó con la callosa manaza la frente que ardía, separó los cabellos pegados al rostro y con los ojos de pájaro llenos de lágrimas, murmuró:

–Calla, calla, querida, aquí estoy yo, Zorba, no tengas miedo...

Y de rondón los muertos recuerdos volvieron como enorme mariposa de color del mar y recubrieron la cama por completo. La moribunda tomó la rugosa mano de Zorba, estiró lentamente el brazo y lo echó en torno de su cuello inclinado hacia ella. Los labios se movieron:

–Mi Canavaro, mi Canavarito...

El crucifijo cayó de la almohada, rodó por el suelo y se quebró. Una voz de hombre llegó desde el patio:

–¡Eh, compañero, pon la gallina, que el agua hierve!

Yo estaba sentado en un rincón de la pieza; de cuando en cuando se me llenaban de lágrimas los ojos. Esto es la vida, decía entre mí, abigarrada, incoherente, indiferente, perversa. Despiadada. Estos primitivos campesinos cretenses rodean a una vieja cantante venida del extremo del mundo y contemplan el espectáculo de su muerte con alegría cruel, como si no fuera la pobre un ser humano como ellos. Como si un pájaro exótico de plumaje de variados colores, con las alas rotas, hubiera caído en la costa, y ellos se congregaran para contemplarlo. O tal como si se estuviera muriendo a vista de todos ellos un viejo pavo real, una vieja gata de angora, una foca enferma...

Desprendió suavemente Zorba el brazo que le sujetaba el cuello y se levantó pálido. Con el dorso de la mano se enjugó los ojos. Miró a la enferma, sin distinguir nada. No veía. Enjugóse nuevamente los ojos y vio entonces que agi–taba los pies hinchados y que torcía la boca con espanto. Sacudió el cuerpo una vez, dos veces; la sábana se deslizó al suelo y se la vio casi desnuda, bañada en sudor, hinchada, mostrando la piel un color amarillo verdoso. Lanzó un

gri-tito agudo, estridente, de ave de corral degollada, y luego se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, horrorizados, vidriosos.

El loro saltó al suelo de la jaula, se agarró de los alambres y observó curioso cómo Zorba alargaba la pesada mano por sobre su ama, y con indecible ternura le cerraba los ojos.

—¡Pronto, ayudad vosotras! Que ya ha finado —chillaron las plañideras arrojándose hacia el lecho. Lanzaron largo grito meciendo el busto de adelante hacia atrás, cerrando los puños y dándose golpes con ellos en el pecho. Poco a poco la lúgubre y monótona oscilación las llevaba a leve estado de hipnosis; antiguas aflicciones las invadían como un veneno, la corteza del corazón se rasgaba y el canto fúnebre surgía clamoroso de sus labios.

«No era tiempo aún de que te ocultaran bajo tierra...»

Zorba salió al patio. Sentía ganas de llorar, pero se aver-gonzaba ante las mujeres. Recuerdo que un día me dijo: «No me sonroja llorar, no, siempre que sea sólo en presencia de hombres. Entre hombres existe cierta fraternidad. Y uno no se avergüenza ¿no es cierto? Pero en presencia de mujeres es necesario conservar la entereza de ánimo. Porque si damos nosotros también rienda suelta al llanto ¿qué sería de las pobres infelices? ¡El fin del mundo!»

Laváronle el cuerpo con vino; la vieja amortajadora abrió el cofre; sacó de él ropa limpia, para cambiarla; le echó encima un frasquito de agua de colonia. Desde los cercanos huertos acudieron las moscardas a depositar sus huevos en las fosas nasales, en los párpados y en las comisuras de la boca.

Caía la tarde. El cielo, hacia occidente, irradiaba infinita calma. Nubecillas rojas, algodonas, nimbadas de oro, flo-taban lentas en el violeta oscuro del atardecer, cambiando continuamente de forma: navíos, cisnes, monstruos fantás-ticos de algodón y de seda desgarrada. Por entre los juncos del cerco se veía a lo lejos la bruñida superficie del mar.

Dos cuervos bien nutridos bajaron de una higuera y echa-ron a andar por el patio. Zorba, irritado, cogió una piedra y los espantó.

En el otro extremo del patio los merodeadores de la aldea tenían aprontada una comilona copiosa. De la cocina sacaron la mesa grande, rebuscaron por todas partes y hallaron pan, platos, cubiertos, una damajuana de vino; hirvieron varias gallinas, y ahora, contentos y hambrientos, comían y bebían entrechocando los vasos.

—¡Que Dios haya su alma! ¡Y que se borren de la cuenta todas las acciones que puedan condenarla!

—¡Y que todos sus amantes, muchachos, convertidos en ángeles se lleven su alma!

—¡Anda! —dijo Manolakas—. ¡Ahí está el viejo Zorba arrojándoles piedras a los cuervos! Se ha quedado viudo, invitémoslo a beber una copa en memoria de su pollita. ¡Eh, viejo Zorba, eh, paisano!

Zorba se volvió hacia ellos. Vio la mesa servida, las gallinas humeantes en las fuentes, el vino centelleante en los vasos, los robustos mozos bronceados por el sol con los pañuelos atados a la cabeza, rebosantes de juventud despreocupada.

—¡Zorba! ¡Zorba! —murmuró para sí—. ¡Ánimo! ¡Aquí quiero verte!

Se acercó, bebió un vaso de vino, luego otro, y un tercero, de un trago; comió un muslo de pollo. Le hablaban y no contestaba. Comía y bebía de prisa, glotonamente, a grandes bocados, a grandes tragos, silenciosamente. Miraba hacia la pieza donde yacía inmóvil su vieja amiga y escuchaba el canto fúnebre que llegaba desde la ventana abierta. De tanto en tanto se interrumpían las melódicas lamentaciones para dar paso a un rumor de gritos, de disputas, de puertas de armarios que se abrían y cerraban, de pataleos precipitados como de gente que riñera. Y, de nuevo, el lastimero canto resurgía monótono, desesperado, suave, como el zumbido de una abeja.

Las plañideras corrían de aquí para allá por la cámara mortuoria, cantando las lamentaciones rítmicas a la vez que registraban frenéticas todo rincón. Abrieron un armarito, hallaron en él cinco o seis cucharillas, un poco de azúcar, un pote con café en grano, otro pote con bollos. La tía Lenio sin vacilar se apoderó del café y de los bollos, la vieja Malamatenia del azúcar y de las cucharillas. Cogió también dos bollos, se los metió en la boca y de este modo el canto funerario surgió ahogado al través de las azucaradas pastas.

«Que lluevan flores para ti, y manzanas en tu delantal...»

Dos viejas se escurrieron en la pieza, se arrojaron sobre el cofre, hundieron en él las manos, sacaron algunos pañuelitos, dos o tres servilletas, tres pares de medias, unas ligas, se los metieron en el corpiño, volvieron el rostro hacia la muerta y se persignaron.

La tía Malamatenia viendo el pillaje del cofre montó en cólera:

—¡Sigue tú, vieja, que vuelvo al instante! —le gritó a la tía Lenio. Y se echó a su vez de cabeza en el cofre. Guiñapos de raso, una gastada bata de color de berenjena, viejas sandalias rojas, un abanico roto, una sombrilla escarlata nuevecita y allá en el fondo un tricornio viejo de almirante, fue el mirífico botín. El tricornio era un obsequio de mejores tiempos: cuando se hallaba a solas lo calzaba frente al espejo y con gravedad melancólica admiraba su propia figura.

Alguien llegó a la puerta. Las viejas se retiraron; la tía Lenio agarróse de nuevo al lecho mortuorio y comenzó a darse de golpes en el pecho gritando:

«...¡Y los claveles de color de grana en torno de tu cuello...!»

Zorba entró, miró a la difunta, tranquila, apaciguada, cerosa, cubierta de moscas, yacente con las manos cruzadas y en el cuello la cintilla de terciopelo.

«Un puñadito de tierra», pensó, «un puñadito de tierra que sentía hambre, que reía y besaba. Un terrón de lodo que lloraba. ¿Y ahora? ¿Quién demonios nos trae a esta tierra y quién demonios nos lleva de ella?»

Escupió y se sentó.

Afuera, en el patio, los mozos se habían agrupado para bailar. El hábil sonador de lira, Fanurio, acudió; apartaron la mesa, las latas de petróleo, la cuba de lavar, la cesta para ropa sucia, y una vez despejado el sitio iniciaron la danza.

Llegaron los notables: el tío Anagnosti con su largo bas-tón ganchudo, y la amplia camisa blanca; Kondomanolio, redondito y grasiento; el maestro, con recado de escribir sujeto a la cintura y una pluma en la oreja. El viejo Mavran-doni no estaba presente. Había huido a la montaña, eludien-do la persecución policial.

–Me agrada veros reunidos, muchachos –dijo el tío Anagnosti alzando una mano–. ¡Me alegra que os divirtáis! ¡Comed y bebed y que Dios os bendiga! Pero no alborotéis. No debéis hacerlo. ¡El muerto oye; oye, muchachos!

Kondomanolio explicó:

–Hemos venido a levantar inventario de los bienes de la difunta, para distribuirlos entre los pobres de la aldea. Ha-béis comido y bebido hasta hartaros. ¡Basta con ello! ¡No arrebatéis nada más, si no, ojo con esto, desdichados!

Y diciéndolo, agitaba el bastón amenazadoramente.

Tras los antedichos, presentáronse una docena de mujeres desgreñadas, descalzas, harapientas. Cada una de ellas llevaba un saco vacío bajo el brazo y un cesto de mimbre al hombro. Se aproximaron furtivamente, paso a paso, sin hablar.

Al verlas, el tío Anagnosti estalló:

–¡Eh, atrás, morenas! ¿Cómo? ¿Vinisteis al asalto? Aquí se han de anotar las cosas una por una en un papel y luego se repartirán equitativamente entre los pobres. ¡Atrás, os digo!

El maestro dispuso para las anotaciones la escribanía de cobre que le pendía de la cintura, desenrolló una hoja de papel y se encaminó hacia el interior para dar comienzo al inventario.

Pero en el mismo momento, oyóse ensordecedor alboroto, como golpear de cajas de hierro, volteretas de carretes ro-dantes, destrozo de vajilla. Y en la cocina tremenda batahola de cacharros, de platos, de cubiertos.

Corrió el viejo Kondomanolio sacudiendo el garrote. ¿Pe-ro dónde sentar pie? Viejas, hombres, niños, salían por las puertas, saltaban por las ventanas, por encima del cerco, llevando consigo cada cual lo que hubiera podido apañar: ollas, cacerolas, colchones, conejos... Algunos quitaron de sus quiciales las puertas y las ventanas y las cargaron al hombro. Hasta Mimito, el tonto, arrebató los zapatos de la difunta y los llevaba atados de un cordón al cuello, de modo que parecía que doña Hortensia salía a horcajadas, invisible, dejando a la vista sólo los zapatos...

Frunció las cejas el maestro, volvió a su primitiva postura la escribanía, enrolló la hoja de papel virgen y sin pronunciar una palabra cruzó el umbral y se marchó.

El pobre tío Anagnosti clamaba, suplicaba, sacudía en el aire el bastón.

–¡Es vergonzoso, muchachos, es vergonzoso, la muerta os oye!

–¿Es necesario llamar al pope? –preguntó Mimito.

–¿Qué Pope? ¡Idiota! ¡Si ésa era una franchuta! ¿No viste cómo hacía la señal de la cruz? ¡Con cuatro dedos, la excomulgada! ¡Vamos, metámosla bajo tierra, que no apeste y no infecte a la aldea!

–Empieza a llenarse de gusanos. ¡Mira, allí, sobre la cruz! –dijo Mimito persignándose.

El tío Anagnosti sacudió la cabeza de gran señor aldeano:

–¿Y eso te maravilla? ¡Gaznápiro! En verdad, el hombre está lleno de gusanos desde que nace; pero no se les ve. ¡Sólo cuando advierten que uno comienza a heder, se asoman blancos, muy blancos, como los del queso!

Lucieron las primeras estrellas suspendidas en el aire, como campanillas de plata. Y la noche toda fue alegre campanilleo.

Zorba descolgó la jaula del loro; el pájaro huérfano estaba agazapado, medroso, en un rincón. Miraba con los ojos muy abiertos, sin comprender. Entonces ocultó la cabeza debajo del ala y se acurrucó.

Cuando Zorba descolgó la jaula, el loro volvió a erguirse. Quiso hablar; pero Zorba lo acalló con un movimiento de la mano.

–¡Cállate –le dijo con voz acariciadora–, cállate y ven conmigo!

Zorba se inclinó y miró a la muerta. La miró largo rato, sintiendo un nudo en la garganta. Inició un movimiento co-mo para besarla, pero se contuvo.

–¡Ea, a la gracia de Dios! –murmuró. Alzó la jaula y salió al patio. Cuando me vio se acercó a mí:

–Vayámonos... –dijo en voz baja tomándome del brazo.

Parecía sereno; pero le temblaban los labios.

–Todos hemos de seguir el mismo camino... –dije a modo de consuelo.

–¡Vaya un alivio! –exclamó sarcástico–. ¡En marcha pues!

–Espera –le dije–. Ya la llevarán. Quedémonos para ver... ¿No aguantarás hasta entonces?

–Aguantaré –respondió con voz ahogada. Puso la jaula en el suelo y se cruzó de brazos.

De la cámara mortuoria salieron, con la cabeza descubierta, el tío Anagnosti y Kondomanolio, que se persignaron. Detrás de ellos, cuatro de los bailarines, llevando aún la rosa de abril en la oreja, alegres, medio achispados, sostenían cada uno de una punta la hoja de puerta sobre la que yacía el cadáver. Después venían el sonador de lira con su instrumento, una docena de hombres un tanto ebrios que seguían masticando, y cinco o seis mujeres que cargaban cada una una cacerola o una silla. Mimito venía cerrando el cortejo con los zapatos descalzañados pendientes del cuello.

–¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! –gritaba entre risas.

Viento cálido y húmedo soplaba y el mar se agitó. El sonador de lira alzó el arco. Fresca, jubilosa, sarcástica, surgió su voz en la noche tibia:

«Sol mío, con qué prisa te has ocultado...»

–¡Vamos! –dijo Zorba–. ¡Esto se acabó!

XXIV

Íbamos callados por las estrechas callejas de la aldea. Las casas sin luz eran manchas negras; en alguna parte ladraba un perro, resoplaba un buey. De tanto en tanto nos llegaban, traídos por el viento, los alegres sonos de los cascabeles de la lira, desgranados como agua de surtidor.

–Zorba –dije para quebrar el pesado silencio–, ¿qué viento es éste? ¿El austro?

Zorba marchaba adelante llevando como un fanal la jaula del loro, y no me dio respuesta. Cuando hubimos llegado a la playa, me preguntó:

–¿Tienes hambre, patrón?

–No, no tengo hambre, Zorba.

–¿Y sueño?

–No.

–Yo tampoco. Sentémonos un rato en las piedras. Que–rría preguntarte algo.

Ambos estábamos cansados, pero no queríamos dormir. No queríamos perder el veneno de la jornada. El sueño se nos antojaba como una fuga en la hora de la prueba, y nos daba vergüenza acostarnos. Nos sentamos, pues, a orilla del mar. Zorba colocó la jaula entre las rodillas y

permaneció un momento en silencio. Una inquietante constelación asomó detrás de la montaña, monstruo de múltiples ojos y cola espiralada. Tal cual vez, una estrella desprendíase y caía.

Zorba contemplaba el cielo, extasiado, con la boca abierta, como si por primera vez lo viera.

–¡Quién sabe qué pasa allá arriba! –murmuró

Al cabo de un instante se decidió a hablar:

–¿Podrías tú decirme, patrón –dijo y su voz resonó solemne, conmovida, en la noche calurosa–, podrías tú decirme qué significado tienen todas estas cosas? ¿Quién las hizo? ¿Por qué las hizo? Y, sobre todo, esto (la voz le vibró de cólera y de temor): ¿por qué morimos?

–¡No lo sé, Zorba! –le respondí tímidamente, como si me preguntase lo más sencillo, lo más evidente y yo no supiera darle razón de ello.

–¡No sabes! –dijo Zorba. Abrió los ojos manifestando igual sorpresa que aquella noche en que hube de confesarle que no sabía bailar.

Guardó silencio un momento y de improviso estalló:

–¿Para qué sirven, entonces, todos los libros que lees, eh? ¿Para qué los lees? ¿Y si no dicen eso, qué dicen?

–Dicen de la perplejidad del hombre que no halla res–puesta a lo que preguntas, Zorba.

–¡A mí no me importa un comino la perplejidad del hombre! –exclamó disgustado, golpeando el suelo con el pie.

El loro, oyendo la voz exasperada de Zorba, se sobresaltó:

–¡Canavaro! ¡Canavaro! –gritó como pidiendo socorro.

–¡Calla, tú! –le dijo Zorba, dando una palmada en la jaula.

Luego continuó:

–Lo que yo quiero es que me digas de dónde venimos y adónde vamos. Tantos años consumidos en la lectura de mamotretos te habrán dado el jugo de dos o tres mil kilos de papel impreso. ¿Qué sacaste de ellos en definitiva?

Había tal angustia en su voz que me sentí turbado. ¡Ah, cómo hubiera deseado darle la respuesta clara que de mí esperaba!

Yo tenía la convicción de que el punto más alto a que puede alcanzar el hombre no es el del Saber, ni el de la Vir–tud ni el de la Bondad, ni el de la Victoria, sino algo mucho más valioso, más heroico y desesperado; el sagrado Sentir de lo poético.

—¿No me dices nada? —preguntó con ansiedad Zorba.

Traté de que mi compañero comprendiera qué es ese Sen-tir que agiganta al hombre:

—Nosotros somos unos gusanillos, Zorba, unos gusanillos muy, muy pequeñitos, que nos arrastramos por una hojita de un árbol enorme. La hojita es la Tierra que habitamos. Otras hojas son las estrellas que tú ves girar durante la noche. Ca-minamos a lo largo de nuestra hojita y la examinamos ansio-samente. La olemos y nos huele bien o mal. La probamos y nos resulta comestible. Damos golpes en ella, y suena y cla-ma como un ser viviente.

»—Algunos hombres, los más intrépidos, se acercan a los bordes de la hoja. Desde allí, se asoman, abren los ojos, tien-den el oído hacia el caos. Los que allí llegamos sentimos hon-do estremecimiento. Intuimos el medroso precipicio abierto ante nosotros, oímos de tarde en tarde el roce de las otras hojas del árbol gigantesco, advertimos que la savia sube des-de las raíces profundas y que nuestro corazón se ensancha al compás de ese impulso. Asomados de tal modo al abismo, to-do nuestro cuerpo, el alma toda, se nos estremecen de terror. Pues bien, a partir de entonces empieza...

Me interrumpí. Quería decir: a partir de entonces comien-za la poesía; pero Zorba no lo hubiera entendido. Callé.

—¿Qué empieza? —preguntó Zorba con ansioso tono—. ¿Por qué te detienes?

—...Empieza el gran peligro, Zorba. Los unos sienten vértigos y deliran; los otros sienten miedo, se esfuerzan por hallar alguna explicación que les devuelva el ánimo, y dicen: «Dios». Otros, en fin, desde el borde de la hoja contemplan el precipicio tranquilos, valientemente, y se dicen: «Me gusta».

Zorba meditó largo rato. Se afanaba por comprender.

—Yo —dijo al cabo—, tengo presente a cada instante a la muerte. La miro de frente y no me asusta. Sin embargo, ja-más he dicho: Me gusta. ¡No, no me gusta absolutamente nada! No estoy de acuerdo.

Hubo una pausa, pero pronto exclamó de nuevo:

—¡No, no soy yo de los que le brindan el cuello a Caron-te, diciéndole: ¡Degüéllame como a un cordero, señor Ca-ron-te, para que pueda irme cuanto antes al Paraíso!

Lo escuchaba perplejo: ¿quién era el sabio que se esfor-zaba por enseñar a sus discípulos a cumplir voluntariamente lo que la ley impone? ¿Que les enseñaba a decir «Sí» a la necesidad, a transformar lo inevitable en expresión de libre voluntad? Ahí está, sin duda, la única senda hacia la libera-ción. Triste senda; pero no hay otra. En caso contrario ¿la rebelión? ¿El arrogante impulso quijotesco que lleva al hom-bre a luchar contra la Necesidad, para someter la ley exte-rior al dominio de la ley interior de su alma, para negar todo lo que es, y crear de acuerdo con las leyes

de su corazón, que se oponen a las leyes inhumanas de la naturaleza, un mundo nuevo, más puro, más moral, mejor?

Zorba me miró, comprendió que no me quedaba cosa que decirle, alzó con cuidado la jaula para no despertar al loro, la colocó cerca de su cabeza y se tendió a lo largo.

–Buenas noches, patrón. Ya es suficiente.

Soplaba fuerte el viento del sur, venido de allá lejos, del África ardorosa. Venía a madurar las legumbres, los frutos, y los pechos de Creta. Lo sentía en la frente, en los labios, en el cuello, y lo mismo que una fruta el corazón crujía y se hinchaba.

No podía, ni quería dormir. No pensaba en nada. Sólo percibía que en la cálida noche, alguna cosa, alguien, maduraba en mí. Veía claramente el prodigioso espectáculo: el del cambio que en mí se producía. Lo que ocurre de ordinario en lo más oculto de las entrañas, veíalo yo ahora manifiestamente, a la luz, ante mis ojos. Agazapado a la orilla del mar, contemplaba el milagro.

Las estrellas fueron perdiendo brillo, el cielo se aclaró y sobre el fondo luminoso, como delicado dibujo a pluma, aparecieron las montañas, los árboles, las gaviotas.

Nacía el día.

Varios días pasaron. Las mieses maduraron e inclinaban las espigas grávidas de granos. Bajo los olivos, las cigarras aserraban el aire; insectos luminosos zumbaban, en los rayos de ardiente luz. Nubes de vapor alzábanse de la superficie del mar.

Zorba, callado, salía al alba para la montaña. La instalación del cable aéreo pronto quedaría terminada. Los pilares puestos en sus sitios, tendido el cable, colgadas las poleas, Zorba regresaba al caer la noche, rendido de fatiga. Encendía la lumbre, guisaba, comíamos. Tratábamos de no despertar a nuestros terribles demonios interiores, amor, muerte, temor. Evitábamos en nuestras charlas mencionar a la viuda, a doña Hortensia o a Dios. Las más de las veces, en silencio, contemplábamos a lo lejos el mar.

Frente a la inusitada mudez de Zorba, las eternas y vanas voces interiores hablaban en mí. De nuevo acongojándose el pecho. ¿Qué es este mundo?, me interrogaba. ¿Cuál es su objeto y hasta qué punto nuestras vidas efímeras contri-buyen a alcanzarlo? ¿Es la misión del hombre transformar la materia en alegría, como afirma Zorba; en espíritu, como sostienen otros, lo que viene a significar lo mismo en distinto plano? ¿Pero por qué? ¿Con qué fin? Y cuando el cuerpo vuelve a ser polvo ¿queda algo de lo que habíamos llamado alma? ¿O nada queda y aquella inextinguible sed nuestra de inmortalidad no se origina en que seamos inmortales, sino en que durante el breve instante en que alentamos sólo estuvimos al servicio de algo ignoto que es inmortal?

Un día me levanté y me lavé. Dijérase que la tierra tam-bién acababa de levantarse y lavarse: resplandecía, nuevecita. Tomé el camino de la aldea. A la izquierda, el mar añil estaba inmóvil. A la derecha, a la distancia, como ejércitos armados de lanzas de oro, los trigales maduros. Pasé cerca de la higuera de la Señorita, que lucía verdes hojas y frutos pequeñitos; pasé a lo largo del huerto de la viuda, a prisa y sin volver la cabeza, y entré en la aldea. La casita de doña Hortensia, abandonada, sin puertas ni ventanas, era refugio de perros que entraban y salían vagando por las habitaciones desiertas. En la que fuera cámara mortuoria no quedaba cama, ni cofre, ni sillas. Sólo en un rincón una chinela an-drajosa, con una borla roja, conservaba fiel la forma del pie de su dueña. Esa mísera chinela, más compasiva que el alma humana, no había olvidado al pie querido y tan penosamente ajetreado.

Tardé en regresar. Zorba tenía ya encendida la lumbre y se disponía a guisar la comida. En cuanto alzó la cabeza comprendió de dónde venía yo. Frunció las cejas. Después de tantos días de callar, quitó los cerrojos de su corazón y habló:

—Las penas, patrón —me dijo como justificándose— me parten el corazón. Pero este veterano, cubierto de cica-trices, cierra al instante la herida y ya no se la ve. Estoy acribillado de heridas cicatrizadas, patrón, y por eso resisto.

—¡Pronto echaste al olvido, Zorba, a la pobre Bubulina! —le dije con tono que, pese a mí, sonó violento.

Disgustóse con ello Zorba y alzó la voz:

—¡Nueva ruta, proyectos nuevos! He dejado de acordar-me de lo que ayer ocurrió y de preguntarme qué ocurrirá mañana. Lo que ocurre hoy, en el minuto presente, es lo que me interesa. Yo digo: ¿Qué haces Zorba en este momento? Duermo. ¡Pues, entonces, duérmete bien! ¿Qué haces en este momento, Zorba? Trabajo. ¡Pues entonces, trabaja bien! ¿Y ahora qué haces, Zorba? Estoy besando a una mujer. ¡Pues entonces, bésala bien, Zorba, olvídate de todo, que en el mundo sólo existís ella y tú, hala!

Y un rato después:

—Mientras vivió la Bubulina, como tú la llamabas, nin-gún Canavaro le procuró el placer que yo le di, yo el andra-joso, el viejo Zorba. ¿Sabes por qué? Porque todos los Canavaro del mundo, en el preciso momento en que la be-saban estaban pensando en sus navíos, en Creta, en su rey respectivo, en sus galones, en sus esposas. Pero yo me ol-vidaba de todo, de todo, y ella, la zorra, bien que lo com-prendía; y has de saber esto, sapientísimo: para la mujer no existe placer más intenso; la mujer verdadera, anótalo para tu gobierno, goza más con el placer que da que con el que recibe.

Inclinóse para echar leña al fuego y calló.

Yo lo miraba y mi alegría era grande. Percibía que esos minutos, trascurridos en la desierta playa, desbordaban de riquezas, en su sencilla, en su profunda esencia humana. Y nuestras comidas de cada noche se asemejaban a los guisos que los marinos aderezan al desembarcar en alguna costa desierta, con pescados, ostras, cebollas y abundante pimien-ta, más sabrosos que otro manjar alguno y sin par para alimento del alma. Aquí, en un apartado lugar del mundo, ambos éramos como náufragos.

–Pasado mañana inauguramos el teleférico –dijo Zor-ba, siguiendo el hilo de sus pensamientos–. Ya no ando sobre la tierra, soy un ser aéreo, me sostienen poleas de los hombros.

–¿Recuerdas, Zorba, el cebo que me echaste en el café de El Pireo? Me dijiste que sabías preparar sopas suculentas y es ése el plato que más me gusta. ¿Cómo lo adivinaste?

Zorba meneó la cabeza con cierto desdén.

–¡Qué sé yo, patrón! Se me ocurrió así... Te veía sen-tado en un rincón del café, muy tranquilo, reservado, leyen-do un librito de cantos dorados, y no sé por qué, pero me dije que debían de gustarte las sopas. Se me ocurrió así, te digo ¡vaya uno a entenderlo!

Calló prestando oído a algún rumor de afuera.

–Calla –dijo–, alguien viene.

Oyéronse pasos precipitados y el fatigoso respirar de al-guien que corría. Y al instante se nos presentó, iluminado por los reflejos de la llama, un monje con el hábito hecho jirones, descubierta la cabeza, achicharradas las barbas y medio quemado el bigote. Exhalaba fuerte olor a petróleo.

–¡Ea, bienvenido, padre Zaharia! –exclamó Zorba–. ¿Quién te ha puesto de tal manera?

El monje se desplomó junto al fuego. Le temblaba la barba.

Zorba se inclinó y le guiñó un ojo.

–Sí –respondió el monje.

–¡Bravo, monje! –exclamó–. Ahora sí que vas derecho al Paraíso, y con una lata de petróleo en la mano.

–¡Amén! –murmuró el monje, persignándose.

–¿Cómo fue eso? ¿Cuándo? ¡Cuéntanos!

–Vi al arcángel san Miguel, hermano Canavaro. Me or-denó que lo hiciera. Escúchame: me hallaba en la cocina des-vainando guisantes, solo, con la puerta cerrada, mientras los padres cantaban vísperas, en la mayor tranquilidad. Oía los cantos de los pájaros y me parecía que eran ángeles. Me

sentía muy sereno; todo lo tenía listo y esperaba. Había comprado una lata de petróleo y la tenía oculta en la capilla del cementerio, bajo la mesa del altar, para que el arcángel Miguel la bendijera.

»—Así, pues, ayer después de mediodía, desvainaba guisantes y pensaba en el Paraíso, diciendo: ¡Jesús mío, concédeme que entre en el reino de los Cielos y consiento en desvainar guisantes durante toda la eternidad en las cocinas del Paraíso! En eso pensaba yo y me rodaban las lágrimas. De pronto oí sobre mi cabeza el batir de alas. Comprendí. Incliné la cabeza tembloroso. Y entonces escuché una voz: «Zaharia, alza la mirada, no temas.» Pero yo temblaba y me eché al suelo: «¡Alza la mirada, Zaharia!», ordenó la voz. Levanté la mirada y vi: la puerta se había abierto y en el umbral aparecía el arcángel Miguel tal como está pintado en la pared, sobre la puerta del santuario, idéntico: alas negras, sandalias rojas, aureola de oro. Sólo que en lugar de espada llevaba en la mano una tea encendida.

»—«¡Salve, Zaharia!», me dijo. «¡Soy el servidor de Dios», contestéle, «ordena!»

»—«¡Toma esta tea y que el Señor sea contigo!» Tendí la mano y sentí que la palma me quemaba. Pero el arcángel había desaparecido. He visto solamente una línea de fuego en el cielo, como la que deja una estrella fugaz.

El monje se enjugó el sudor del rostro. Se había puesto pálido. Le castañeaban los dientes como si ardiera en fiebre.

—¿Y después? —dijo Zorba—. ¡Ánimo monje!

—En ese momento salían los padres de la iglesia y entraban en el refectorio. Al pasar, el higúmeno me dio un punta-pié como a un perro. Rieron la gracia los otros padres. Yo, calladito. Desde el paso del arcángel quedaba en el aire como un olor a azufre, aunque nadie lo advertía. Sentáronse a la mesa. «Zaharia» me dijo el padre encargado de la mesa, «¿no vienes a comer?» Yo, siempre con la boca cerrada. «El pan de los ángeles le basta», dijo Dometios el sodomita. Los padres rieron de nuevo. Entonces me levanté y me fui al cementerio. Me arrojé de bruces a las plantas del arcángel. Durante horas y horas sentí la presión de su pie en la nuca. Y el tiempo transcurrió como un relámpago. Así han de pasar las horas y los siglos en el Paraíso. Llegó la media-noche. Todo estaba en calma. Los monjes acostados. Yo me levanté, hice la señal de la santa cruz y besé los pies del arcángel: «¡Cúmplase tu voluntad!», le dije. Tomé la lata de petróleo, la destapé. Llevaba atiborrado el hábito de trapos. Salí.

»—La noche como tinta. La luna no se había levantado aún. El monasterio negro como el infierno. Entré en el patio, subí la escalera, llegué hasta la celda del higúmeno, regué de petróleo puerta, ventanas, muros. Corríme a la de Dometios y desde allí empecé a echar petróleo a las celdas y a la larga galería de madera, tal como me lo indicaste. Y luego entré en la iglesia, puse un cirio ante la imagen de Cristo y di fuego a todo.

Sofocado, calló el monje. Le echaban chispas los ojos.

–¡Loado sea Dios! –exclamó, persignándose–. ¡Loado sea Dios! De golpe se envolvió en llamas el monasterio. «¡Fuego de infierno!», grité con todas mis fuerzas y huí. Corrí cuanto pude, mientras oía sonar las campanas y los gritos de los monjes, y no paré de correr y correr... Amaneció el día. Me oculté en el bosque. Tiritaba. El sol salió; oí que los monjes exploraban el bosque buscándome. Mas el Señor tenía tendida una niebla sobre mí y no me veían. Hacia el anochecer, escuché una voz: «¡Vete hacia el mar, huye!» «¡Guíame, tú, arcángel!», exclamé, y emprendí de nuevo el camino. No sabía adónde iba, sino que el arcángel me guiaba, a veces en forma de relámpago, a veces como un pájaro negro desde la copa de los árboles, a veces como sendero cuesta abajo. Y yo corría cuanto podía tras él, con entera confianza. ¡Y he aquí que en su infinita bondad me trajo hasta ti, querido hermano Canavaro! Ahora me hallo en salvo.

Zorba no decía nada, pero el rostro se le dilataba en una risa muda, amplia, carnal, que le corría desde las comisuras de la boca hasta las peludas orejas de asno.

La comida estaba en su punto: la retiró del fuego.

–Zaharia –preguntó–, ¿qué es eso del «pan de los ángeles»?

–El espíritu –dijo el monje persignándose.

–¿El espíritu? ¿O sea, dicho de otro modo, aire? Eso no alimenta, viejo; ven y come pan, sopa de pescado y un bocadito de carne para recobrar fuerzas. ¡Has trabajado bien, monje, come ahora!

–No tengo apetito –dijo el monje.

–Zaharia no tiene apetito, ¿pero José? ¿Tampoco tiene apetito José?

–José –dijo en voz baja el monje como confiando un secreto–, José el maldito, ardió ¡gracias a Dios!

–¿Ardió? –exclamó Zorba riendo–. ¿Cómo así? ¿Cuándo? ¿Lo viste tú?

–Hermano Canavaro, ardió en el mismo momento en que le encendía el cirio a Jesús. Yo lo vi con mis propios ojos cuando se salió de mi boca como una cinta negra con letras de fuego. La llama del cirio se inclinó hacia él y re-torciéndose como una serpiente quedó reducido a cenizas. ¡Qué alivio! ¡Gloria a Dios! ¡Me parece que ya entré en el Paraíso!

Se levantó de junto al fuego, donde había permanecido enroscado.

–Iré a acostarme a la orilla del mar, tal como me ha sido ordenado.

Dio unos pasos hacia la ribera y desapareció en la oscuridad.

–Pesa sobre ti la responsabilidad de lo que le ocurra a este hombre, Zorba; si los monjes dan con él, está perdido.

–No darán, te lo aseguro, patrón. Yo entiendo en contra-bando de esta índole: mañana temprano, lo afeitó, le pongo un traje humano y lo embarco. No te carcomas la sangre, patrón, que no vale la pena. ¿Está buena la sopa? Cómete con buen apetito el pan de los hombres y deja que las cosas sigan su curso sin preocuparte.

Zorba cenó con ganas, bebió, se enjugó el bigote. Ahora tenía de nuevo deseos de charlar.

–Viste –dijo– que se le murió el demonio. Y así a estas horas el infeliz se halla huero, completamente vacío, perdido sin remedio. Ha vuelto a ser un hombre como los demás.

Meditó un instante.

–¿Crees, patrón, que ese demonio era...?

–Por cierto –interrumpí–. La idea de quemar el monasterio se había apoderado de su ánimo; lo quemó; quedó aliviado. Esa idea quería comer carne, beber vino, madurar, convertirse en acción. El otro Zaharia no había menester de carnes ni vinos. Maduraba en el ayuno.

Zorba dio vueltas y vueltas en su imaginación a estas palabras mías.

–¡Claro está! Creo que tienes razón, patrón, como creo que hay en mí cinco o seis demonios atareados.

–Todos los tenemos, Zorba, no te espante. Y cuantos más tenemos, mejor es. Basta con que todos ellos tiendan hacia el mismo fin por diferentes caminos.

Este pensamiento lo conmovió: metióse la cabeza entre las rodillas, meditando.

–¿Y cuál es el fin? –preguntó al rato levantando la mirada.

–¿Acaso lo sé yo, Zorba? Me preguntas cosas muy difíciles, no sé cómo explicártelas.

–Dilo lo más sencillamente, para que lo entienda. Hasta la hora presente yo he dejado a mis demonios en libertad de obrar como se les antojara, de encaminarse hacia donde quisieran, y por eso algunos me tachan de deshonesto, unos me creen muy honrado, otros me dicen loco, y los de más allá me creen tan sabio como Salomón. Y yo soy todo eso y muchas cosas más todavía, una verdadera ensalada rusa. Así, pues, ilumina mi mente, dime ¿cuál es el fin a que han de tender?

–Creo, Zorba, aunque bien puedo estar errado, que hay tres distintas índoles de hombres: los que fijan como objeto de su vida el vivir la vida, como dicen, con lo que entienden comer, beber, amar, enriquecerse, cobrar fama. Luego, los que tienen por fin no su propia vida, sino la de todos los hombres; los que consideran que los hombres todos son como uno solo, y se esfuerzan por ilustrarlos, por amarlos tanto como puedan, por brindarles todo el bien de que son capaces. Por último, hay aquellos cuyo fin es el de vivir la vida del universo entero: hombres, animales, plantas, astros, para ellos somos una sola cosa, la misma sustancia que está empeñada en el mismo terrible combate. ¿Qué combate? Pues el de transformar la materia en espíritu.

Zorba se rascó la cabeza.

—Tengo el cráneo duro, no me resulta fácil entender ciertas cosas... ¡Ah, patrón, si pudieras bailar todo lo que dices, para que yo entienda!

Me mordí los labios, consternado. ¡Si pudiera traducir en danza todas estas meditaciones desesperadas! Pero no lo podía; mi vida estaba malograda.

—O, por lo menos, si pudieras decírmelo como un cuento. Como lo hacía Hussein Agá. Era éste un viejo turco, nuestro vecino; muy viejo, muy pobre, sin mujer ni hijos, completamente solo. Sus ropas gastadas eran un sol de limpias, él mismo las lavaba. Cocinaba, daba brillo al piso y al anochecer se venía a casa. Sentábase en el patio a la vera de mi abuela y otras viejas, y tejía medias.

»—Así pues, como te decía, este Hussein Agá era un santo varón. Un día me puso a horcajadas en las rodillas y posando la mano en mi cabeza como para bendecirme, me dijo: «Hijo, quiero confiarte algo. Eres muy pequeño aún para comprenderlo, Alexis, pero lo comprenderás cuando hayas crecido. Escucha, hijito: tú sabes que ni los siete círculos del cielo ni los siete círculos de la tierra bastan para contener a Dios. Y el corazón del hombre lo contiene. ¡Ten mucho cuidado, Alexis, que mi bendición te acompañe, de herir nunca el corazón del hombre!

Escuchaba yo callado a Zorba. ¡Si me fuera dado, pensaba, no abrir la boca sino cuando el pensamiento abstracto hubiera alcanzado su punto más alto, cuando se presentara en fama de cuento! Pero eso sólo lo logra un gran poeta, o bien, un pueblo, tras largos siglos de esfuerzos silenciosos. Zorba se levantó.

—Iré a ver qué está haciendo nuestro incendiario y le echaré una manta para que no tome frío. Llevaré las tijeras, que no estarán de más.

Provisto de ambas cosas, salió, riéndose, hacia la orilla del mar. Acababa de asomarse la luna. Arrojaba sobre la tierra una luz lívida, enfermiza.

Solo, cerca del fuego, iba yo pesando las palabras de Zorba, tan plenas de sentido y que exhalaban como un cálido olor a tierra. Advertíase que surgían de la raíz de sus entrañas y traían consigo todavía la tibieza de la humana temperatura. Las palabras mías eran de papel. Bajaban de la cabeza apenas regadas con una gota de sangre. Y si algún valor tenían era el que esa gota de sangre les daba.

De bruces en el suelo, estaba removiendo las cenizas calientes, cuando entró Zorba sorpresivamente, caídos los brazos, aturdido.

—Patrón, no te asustes...

Me levanté de un brinco.

—El monje ha muerto —dijo.

–¿Ha muerto?

–Lo vi acostado en una roca. Lo iluminaba la luna. Me arrodillé a su lado y comencé a cortarle las barbas y lo que quedaba del bigote. Mientras yo cortaba, él permanecía quieto. Llevado del entusiasmo le corté también los mechones de pelo; por lo menos una libra de pelo le quité. Al verlo así esquilado como una oveja, solté la risa: «¡Oye, señor Zaharia», le dije, «despierta y mira qué milagro hizo la Virgen!» ¡Que si quieres! ¡No se movía! Lo sacudo de nuevo ¡y nada! «¿No habrá liado los petates el pobre vie-jo?», me pregunto. Le abro el hábito, desnudo el pecho, le pongo la mano en el corazón. ¿Tac, tac, tac? ¡Nada! La máquina estaba parada.

Al paso que hablaba, volvía la jovialidad a Zorba. La muerte por un instante lo dejó suspenso; pero pronto la colocó en el sitio que le correspondía.

–¿Y qué hacemos ahora, patrón? Mi parecer es que le prendamos fuego. Quien a petróleo mata, a petróleo muere, ¿no lo dice así el Evangelio? Y con el hábito endurecido por la grasa amontonada en tanto tiempo de uso, y, además, impregnado de petróleo, arderá como un Judas de Jueves Santo.

–Haz lo que quieras –dije incómodo.

Zorba se sumió en intensa meditación.

–¡Qué fastidio! –dijo por fin–. ¡Qué gran fastidio! La ropa, sí, arderá como una antorcha; pero él, pobre tipo, que no tiene más que piel y huesos... Tan delgado está que tardaría mucho en reducirse a cenizas. Ni siquiera una onza de grasa hay en él para ayudar al fuego.

Meneando la cabeza, agregó:

–Si existiera Dios, ¿no habría previsto el caso y no lo hubiera hecho bien gordito, con grasa en abundancia, para librarnos de fatigas? ¿Qué piensas tú?

–No me enredes en esta historia, te he dicho. Haz lo que te parezca, y pronto.

–Lo mejor sería que de todo este embrollo saliera algún milagro. Que los monjes se convencieran de que Dios mismo se hizo barbero y que después de afeitarlo le dio muerte en castigo de haber dañado al monasterio.

Se rascó el cuero cabelludo.

–Sí, ¿pero qué milagro? ¿Qué milagro? Aquí quiero verte, Zorba.

La luna en cuarto creciente, a punto de ocultarse, se hallaba al borde del horizonte, de color de cobre en ignición.

Cansado, me acosté. Cuando desperté al alba, vi junto a mí a Zorba que preparaba café. Estaba pálido y con los ojos enrojecidos e hinchados por haber pasado en vela toda la noche. Pero los gruesos labios de macho cabrío sonreían con malicia.

–No dormí en toda la noche, patrón; tuve mucho que hacer.

–¿Qué tenías que hacer, desalmado?

–El milagro.

Rióse y apoyó un dedo en los labios.

–No te lo diré. Mañana inauguramos el teleférico. Los tocinos andantes han de venir a bendecir las obras y entonces se revelará el nuevo milagro de la Virgen de la Venganza ¡infinita es su Gracia!

Sirvió el café.

–Viejo, bien podría ser yo hígumeno. Si abriera un monasterio, cerrarían todos los demás por falta de parroquia. ¿Queréis lágrimas? Pues con una esponjita detrás de los iconos haría llorar a todos los santos. ¿Truenos queréis? Con un aparato de estruendo bajo la Santa Mesa, satisfago a los más exigentes. ¿Fantasmas deseáis? Con dos monjes de confianza errabundos por la noche en los tejados del monasterio envueltos en sábanas jabur! Y cada año aprontaría para la festividad del santo patrono una cáfila de cojos, ciegos y paralíticos que recobrarán la vista y se echarán a bailar con frenesí. ¿Por qué ríes, patrón? Un tío mío encontró una vez un pobre mulo viejo en trance de muerte. Abandonado en la montaña para que reventara en paz. Mi tío se lo llevó. Todas las mañanas lo dejaba en un prado y recogíalo por la noche. «¡Eh!, tío Haralambos», le decía la gente, «¿qué piensas sacar de esa ruina andante?» «Me sirve como fábrica de estiércol», respondía mi tío. ¡Pues bien, a mí, patrón, el monasterio me serviría como fábrica de milagros!

XXV

Aquella víspera del 19 de mayo no he de olvidarla en los días de mi vida. El aparato teleférico estaba pronto con todos sus pilares, cable y poleas que brillaban al sol mañanero. Enormes troncos de pino, apilados en la cima de la montaña, y un conjunto de obreros esperaban allá arriba el momento de colgar los troncos del cable para lanzarlos hacia el mar.

Una gran bandera griega ondeaba en el pilar de partida, en la montaña, y otra en el pilar de llegada, en la orilla. Frente a la barraca, Zorba tenía listo un barrilito de vino y por allí cerca un cordero bien gordo se cocía al asador. Después de la bendición y de la inauguración del aparato, los invitados beberían un vaso de vino, brindando por nuestra prosperidad.

Zorba había descolgado la jaula del loro y la había colgado en una alta roca, junto al primero de los pilares.

–Como si estuviera presente su dueña –murmuró, y le dio un puñado de cacahuetes.

Vestía ropas domingueras, camisa blanca desabrochada, pantalones grises y sus mejores botas de pala elástica. Ade–más, habíase untado el bigote, que comenzaba a desteñirse, con una sustancia cosmética.

Recibió, con la cortesía de un gran señor rendida a otros grandes señores, a los notables, y les explicaba qué era el teleférico y las ventajas que significaría para la zona, agre–gando que la Santísima Virgen, en su infinita misericordia, le había concedido las luces necesarias para llevar a término obra tan perfecta como aquélla.

–Es obra de importancia –les decía–. Y difícil: hay que hallar la pendiente exacta ¡toda una ciencia!, para lo cual me estrujé los sesos durante meses sin resultado. Para los trabajos de gran alcance, no basta la inteligencia del hombre; es menester que la ilumine el aliento de Dios. Así pues, viendo lo que yo penaba, la Santísima Virgen se com–padeció y dijo: «Este pobre Zorba es un buen tipo; lo que realiza es en beneficio de la aldea; ayudémoslo un poqui–llo...» ¡Y, oh, milagro...!

Zorba se interrumpió, persignése tres veces y continuó luego:

–¡Oh, milagro! Una noche se me presentó en sueños una mujer vestida de negro: era Nuestra Señora. Llevaba en la mano un minúsculo transportador aéreo, no mayor que esto. «Zorba», me dijo, «del cielo te traigo el proyecto realizado. Toma, ponle esta inclinación al cable y sea contigo mi ben–dición.» Dicho lo cual desapareció de pronto. Entonces des–perté sobresaltado; corrí hacia el lugar en que ensayaba mi invento ¿y qué veo allí? ¡Pues que el hilo había tomado por sí la inclinación exacta y olía aún a benjuí, lo que prueba que la Virgen lo había tenido en sus manos!

Kondomanolio abría la boca para preguntar algo, cuando del sendero pedregoso salieron cinco monjes montados en sendas mulas. Otro monje corría delante de ellos con una gran cruz de leña al hombro, y gritaba. ¿Qué gritaba? No podíamos todavía distinguir sus palabras.

Oíanse salmos; los monjes agitaban los brazos, se persig–naban; los cascos de las mulas arrancaban chispas de las piedras.

El monje que iba a pie llegó junto a nosotros, bañado en sudor. Alzó muy alta la cruz y exclamó:

–¡Cristianos, milagro! ¡Milagro, cristianos! Los padres os traen a la Santísima Virgen María. ¡De rodillas, adoradla!

Los aldeanos acudieron conmovidos –notables y obre–ros– y rodearon al monje persignándose. Yo me mantenía apartado. Zorba me echó una mirada rápida y centelleante.

–Acércate, patrón. ¡Entérate del milagro de la Santísima Virgen!

El monje, de prisa, sofocado, comenzó el relato:

–¡De rodillas, cristianos! ¡Escuchad el milagro divino! ¡Escuchadlo, cristianos! El diablo se apoderó del alma del maldito Zaharia y antes de ayer lo incitó a incendiar el santo monasterio. A medianoche nos sorprendieron las llamas que hacían pasto de él. Nos levantamos apresuradamente: el priorato, la galería, las celdas, ardían en modo espantoso. Tocamos a rebato las campanas y clamamos: «¡Socórrenos, Virgen de la Venganza!» Y acudimos todos con jarras y baldes de agua. Al amanecer, habíamos dominado el fuego con ayuda de la Santísima ¡mil y mil veces loada sea!

»–Fuimos a postrarnos ante el icono milagroso que muestra su imagen en la capilla y le pedimos con hondo fervor: «¡Virgen de la Esperanza, blande la lanza y hiere al cul-pable!» Luego nos congregamos en el patio y allí hemos advertido la ausencia de Zaharia, el Judas. «¡Él es el incen-diario!», exclamamos, y al instante marchamos todos en su busca. Todo el día exploramos el contorno inútilmente, toda la noche seguimos explorando en vano. Y sabed ahora que esta mañana, al rayar el día, cuando volvimos a la capilla vimos ¡oh, hermanos! ¡oh, terrible milagro ejemplar!, al entrar en la capilla vimos que el cruel Zaharia yacía muerto al pie del santo icono y que la lanza de la Virgen tenía aún en la punta una gota de sangre del hereje traidor!

–¡Kyrie eleison! ¡Kyrie eleison! –murmuraban los es-pantados aldeanos.

–¡Y algo más habéis de saber, oh, hermanos, algo que pone pavor en el ánimo –continuó el monje tragando sali-va-. Cuando nos inclinamos para retirar el cuerpo del ré-probo Zaharia, tremenda sorpresa nos llevamos: la Virgen le había afeitado cabellos, bigotes y barbas ¡tal como a un cura católico, oh hermanos!

Contuve con esfuerzo las ganas de reír y le dije a Zorba en voz baja:

–¡Pérfido farsante!

Pero él contemplaba al monje con los ojos extremadamen-te abiertos y muy compungido se persignaba sin cesar, en manifestación del más hondo asombro: «¡Grande eres, Se-ñor; grande eres, Señor, y admirables son tus obras», mur-muraba.

Entretanto, los demás monjes habían llegado y desmon-tado de sus caballerías. El padre hospitalario conducía el icono; se subió con él a una roca y todos los presentes se humillaron ante la imagen de la Virgen milagrosa. Detrás, el gordo Dometios recogía la limosna en un platillo e hisopeaba con agua de rosas las duras frentes campesinas. Tres monjes, junto a él, con las manos cruzadas en el abultado vientre, sudaban a mares y entonaban cánticos.

–Recorreremos todos los pueblos de Creta –dijo Do-metios–, para que los creyentes se hinquen ante la Virgen y nos traigan sus ofrendas. Debemos recaudar mucho dinero para restaurar el monasterio...

–¡Tocinos! –gruñó Zorba-. ¡Poco provecho esperan de este trance!

Se aproximó al higúmeno:

–Santo higúmeno, todo está pronto ya para la ceremonia. ¡Bendiga la Virgen nuestra obra!

El sol refulgía en la altura; ni la más leve brisa movía las hojas de los árboles; apretaba el calor. Los monjes se ubicaron al pie del pilar en que se había izado la bandera. Se enjugaron las frentes sudorosas con las amplias mangas de los hábitos y entonaron la plegaria destinada a invocar la protección divina para los cimientos de las casas:

«¡Señor, Señor, que sea el fundamento de esta fábrica sólida roca, resistente a los embates del viento y de la lluvia...»

Humedecieron el hisopo en el platillo de cobre y rociaron con él a gentes y cosas, pilares, cable, poleas, a Zorba, a mí, a los aldeanos, a los obreros, al mar.

Luego con infinitas precauciones, como si condujeran a una mujer enferma, alzaron el icono; lo colocaron en la roca, cerca de donde estaba el loro y lo rodearon. A un lado se ubicaron los notables, y en medio de ellos Zorba. Yo me había retirado hacia la orilla del mar y esperaba.

Las pruebas habrían de realizarse con tres troncos, en homenaje a la Santísima Trinidad. A última hora se pensó en agregarles un cuarto tronco, como expresión de gratitud a la Virgen de la Venganza.

Monjes, aldeanos y obreros se persignaron.

–¡En nombre de la Santísima Trinidad y de la Virgen! –murmuraron todos.

De una zancada, Zorba llegó al pie del primer pilar. Tiró de la cuerda para arriar la bandera, señal que esperaban los obreros en lo alto de la montaña. Todos los presentes retrocedieron clavando las miradas en la cima.

–¡En nombre del Padre! –exclamó el higúmeno.

Difícil de relatar lo que entonces ocurrió. La catástrofe se desató con la rapidez del rayo. Apenas tuvimos tiempo para buscar dónde ampararnos. El pino que los obreros habían colgado del cable se lanzó al espacio con ímpetu demoníaco. El aparato transportador tembló de una punta a otra. Surgieron multitud de chispas, grandes trozos de leña volaron por los aires y cuando el tronco llegó a la parte baja, segundos después de lanzado, estaba convertido en un madero abrasado y medio consumido ya.

Zorba me dirigió una mirada de can castigado. Retiraron-se prudentes a cierta distancia monjes y campesinos. Las mulas, atadas, coceaban azuzadas por el temor. El gordo Dometios se desplomó jadeante:

–¡Señor, ten piedad de mí! –murmuraba asustadísimo.

Zorba alzó los brazos.

–No es nada –dijo–. Siempre sucede semejante cosa al lanzar el primer tronco. Ahora se asentará la máquina. ¡Mirad!

Izó de nuevo la bandera, la bajó como señal para los de arriba, y se apartó del lugar a toda prisa.

–¡Y del Hijo! –exclamó con voz algo temblorosa el higúmeno.

Salió el segundo tronco. Los pilares se sacudían. El leño tomó impulso y brincando como un delfín se lanzó hacia nosotros. Pero no llegó muy lejos, pues quedó pulverizado a media altura del monte.

–¡El diablo se lo lleve! –musitó Zorba mordisqueándose el bigote–. ¡Condenada inclinación! ¡Todavía no está en su punto!

De un salto llegó al pilar y con rabioso ademán dio la señal para la tercera salida. Los monjes atrincherados detrás de las mulas se persignaron. Los notables esperaban con un pie en alto, listos para emprender la fuga.

–¡Y del Espíritu Santo! –murmuró el higúmeno, mien–tras se levantaba el hábito hasta las rodillas.

El tercero era un tronco enorme. Apenas lo largaron, oyóse un estruendo aterrador.

–¡Echaos de bruces, desdichados! –gritó Zorba mien–tras huía.

Los monjes cayeron de panza al suelo; los aldeanos se apartaron precipitadamente.

Dio un salto el tronco; volvió a caer sobre el cable; ro–deólo un haz de chispas, y antes de que alcanzáramos a ver lo que ocurría, había dejado atrás montaña y ribera para hundirse a lo lejos en el mar, entre inmenso surtidor de espuma.

Los pilares vibraban de modo inquietante. Varios se incli–naban ya. Las mulas rompieron las cuerdas que las sujetaban y huyeron.

–¡No es nada! ¡No es nada! –gritaba enajenado Zor–ba–. ¡Ahora está asentado el aparato! ¡Adelante!

Otra vez alzó la bandera. Se le veía presa de la desespera–ción y con tremendo afán porque todo aquello terminara.

–¡Y de la Virgen de la Venganza! –farfulló el higúmeno echando a correr.

Desprendióse el cuarto tronco. Un ¡crac! terrorífico re–tumbó en el espacio; luego otro ¡crac! y todos los pilares, uno tras otro se derrumbaron como una construcción hecha con naipes.

–¡Kyrie eleison! ¡Kyrie eleison! –chillaron obreros, al–deanos y monjes, huyendo tumultuosamente.

Una astilla se le clavó a Dometios en el muslo. Por un pelillo otra le saca un ojo al higúmeno. Los aldeanos habían desaparecido. Sólo la Virgen permanecía quieta en la roca empuñando la lanza y observando a los hombres con severa mirada. A su lado, con las verdes plumas erizadas, el pobre loro temblaba más muerto que vivo.

Los monjes se llevaron a la Virgen, recogieron al lastima-do Dometios entre ayes de dolor, volvieron a reunir las mulas, montaron en ellas y tocaron retirada. El obrero encargado del asador había desaparecido y el cordero se que-maba entre las brasas.

–¡Se nos carboniza! –gritó Zorba con gran inquietud acudiendo a salvarlo del desastre.

Me senté a su lado. Nadie quedaba en la playa, estábamos solos. Me dirigió una mirada insegura, vacilante: no sabía cómo tomaría yo las cosas ni en qué acabaría la aventura.

Cortó una porción del cordero, la probó, retiró en seguida del fuego al animal y apoyó el asador contra un árbol.

–¡Está en su punto, patrón! ¿Quieres probarlo?

–Trae vino y pan –le dije–, que tengo apetito.

Zorba saltó ágilmente, arrimó el barrilito cerca del cor-dero, trajo pan blanco y dos vasos.

Tomamos un cuchillo cada uno, cortamos una tajada de asado, unas rebanadas de pan y nos dedicamos a masticar con avidez.

–¿Ves qué bueno está, patrón? ¡Se derrite en la boca! En esta región no hay grandes pasturas y las bestias pacen hierbas secas; de ahí que la carne sea tan sabrosa. Recuerdo que sólo en cierta ocasión he comido carne de tanto sabor como ésta. Era en los tiempos, que tú sabes, en que llevaba bordada con mis cabellos una imagen de Santa Sofía... ¡Historias viejas!

–¡Cuenta! ¡Cuenta!

–¡Viejas historias, te digo, patrón! ¡Caprichos de griego, extravagancias de loco!

–¡Anda, cuenta Zorba, que me agrada!

–Pues bien, sea entonces. Los búlgaros nos tenían ro-deados. Los veíamos en torno de nosotros, que encendían fuegos en la montaña. Para asustarnos, sonaban furiosamente los platillos y aullaban como lobos. Serían unos trescientos. Y nosotros, veintiocho, más el capitán Ruvas, ¡que Dios haya su alma, si ha muerto, pues era un buen muchacho!, nuestro jefe. «¡Eh, Zorba!», me dice. «Pon un cordero al asador.» «Resulta mucho mejor si se le cuece en un hoyo, capitán», le contesto: «Hazlo como quieras, pero de prisa, que hay apetito.» Cavamos un hoyo, lo forro con la piel del cordero, le coloco encima una capa de brasas, sacamos pan de las mochilas y nos sentamos alrededor del fuego. «¡Qui-zás sea el último que comamos», dice el capitán Ruvas. «¿Alguno de ustedes siente miedo?» Todos rieron, sin dig-narse contestar a la pregunta. Alzamos

la cantimplora: «¡A tu salud, Capitán, y que una bala misericordiosa dé con nosotros!» Bebemos un trago, bebemos dos, sacamos del hoyo el cordero. ¡Ah, qué corderillo, patrón! ¡Cuando lo recuerdo se me hace agua la boca! Con buen diente, dimos todos cuenta de él. «En la vida probé carne más sabrosa», dijo el Capitán. «¡Así nos ampare Dios!» Y se echó al colete, de un trago, el contenido del vaso, él que nunca bebía. «Cantad alguna canción kléftica, muchachos», ordenó. «Aquellos de allá aúllan como lobos; nosotros cantaremos como hombres.» Entonamos el Viejo Dimos. Comemos de prisa, bebemos otro trago y surge el canto despertando ecos en las barrancas: «He envejecido, mozos, tras cuarenta años de klefte...» Un entusiasmo extraordinario nos impele.

»—«¡Eh, eh, Dios nos ayude, qué alegría! Dime, Alexis, ¿por qué no examinas la piel del cordero para saber qué nos anuncia?» Con la navaja rasco la piel, la acerco al fuego:

»—«¡No veo anuncio de tumbas, Capitán!», exclamo. «¡Nos libramos de ésta también, muchachos!» «Dios te oiga», dijo nuestro jefe que se había casado poco antes. «¡Ojalá al-cance a tener un hijo y sea después lo que viniere!»

Zorba cortó un trozo, alrededor de los riñones.

—Bueno estaba aquel cordero —dijo—, pero éste no le va en zaga.

—Llena los vasos, Zorba, y dejémoslos limpios.

Después del brindis, apuramos el vino, exquisito vino cretense, púrpura como sangre de liebre. Cuando lo bebéis es como si comulgais con la sangre de la tierra y os sentís convertidos en ogros. Las venas os desbordan de energía, el corazón de bondad. Así fueseis un cordero, os volvéis león. Olvidáis al instante las mezquindades de la vida y toda su-jeción estrecha se desgarran. En comunión con los hombres, con las bestias, con Dios, os sentís confundidos con la vida del universo.

—Veamos también nosotros, Zorba, lo que anuncia la piel del cordero. ¡Anda, examínala!

Con cuidado rascó el dorso, lo acercó a la luz, lo miró con atención.

—Todo va bien —dijo—. Viviremos mil años, patrón. ¡Corazón de acero!

Se inclinó para examinar de nuevo la piel del cordero.

—Veo un viaje —dijo—; un gran viaje. Al cabo advierto una gran casa, con numerosas puertas. Quizás la capital de un reino, patrón. O bien el monasterio donde me pondrás de portero para el contrabando que dijimos en otra ocasión.

—Sírvenos bebida, Zorba, y déjate de profecías. Yo te diré qué casa es ésa de las innúmeras puertas: es la tierra con las tumbas, Zorba, fin y meta del viaje. ¡A tu salud, bandido!

–¡A tu salud, patrón! Dicen que la suerte es ciega. No sabe por dónde va, choca con los transeúntes, y a los que reciben el choque los llama afortunados. ¡Al diablo, con semejante fortuna! Nosotros no queremos saber de ella ¿verdad patrón?

–No lo queremos, Zorba. ¡A tu salud!

Bebimos; terminamos el cordero; el mundo se ponía más leve; reía el mar; la tierra danzaba como el puente de un navío; dos gaviotas caminaban por el guijarral, charlando como personas.

Me levanté.

–Ven, Zorba, enséñame a bailar.

Zorba dio un salto; le centelleaba el rostro.

–¿Bailar, patrón? ¿Bailar? ¡Anda! ¡Ven!

–¡Vamos, Zorba, mi vida ha cambiado, ánimo!

–Te enseñaré, para empezar, el zeimbekiko. Una danza salvaje, marcial. La bailábamos nosotros, los comitadjis, an-tes del combate.

Se quitó los zapatos, las medias de color de berenjena, quedando sólo en camisa. Pero como aún le daba calor, no tardó en quitársela también.

–Mírame el pie, patrón. ¡Fíjate!

Tendió el pie, tocó apenas con él el suelo; tendió luego el otro; ambos se confundieron violentamente, alegremen-te; el suelo retumbó como un tambor. Me tomó del hombro:

–Ven conmigo, joven: los dos a la vez.

Nos lanzamos a bailar ambos juntos. Zorba corregía mis pasos, serio, paciente, con cariño. Yo cobraba ánimos y sen-tía libre el corazón como unaavecilla.

–¡Bravo! ¡No tienes par! –exclamó Zorba en tanto daba palmadas para llevar el compás–. ¡Muy bien, jovencito! ¡Llévese ahora el diablo papeluchos y escribanías! ¡Al diablo con los bienes y sus intereses! ¡Al diablo con las minas, los obreros y los monasterios! ¡Eh, muchacho mío, ahora tú bailas también y aprendes a conversar en mi lengua! ¿Qué no hemos de decirnos en lo sucesivo?

Apisonó los guijarros de la playa con los pies descalzos, dio palmadas infatigables.

–Patrón, muchas cosas tengo que decirte: a nadie quise como a ti, pero mi lengua no halla la expresión justa. ¡Te las danzaré, entonces! ¡Apártate que no te pise! ¡Adelante! ¡Bop! ¡Bop!

Dio un salto y fue como si le saliesen alas en los pies y en las manos. Al brincar, muy erguido, separado del suelo, sobre el fondo del cielo y mar, asemejábase a un arcángel rebelde. Pues la danza de Zorba era todo desafío, obstinación y rebeldía. Creyérase que exclamaba al bailar: «¿Qué

puedo temer de Ti, oh Omnipotente? Nada, salvo que me mates. ¡Mátame, si quieres! Ya he descargado el alma de lo que la oprimía, ya lo he dicho todo: ¡tuve la libertad de bailar y no necesito ya de Ti!»

Viendo como Zorba bailaba, comprendí por vez primera el esfuerzo quimérico del hombre por liberarse de la gravedad, de la pesadez. Admiraba la fuerza, la resistencia, la agilidad, el orgullo que mostraba su cuerpo en el movimiento. En el guijarral, los pasos de Zorba, impetuosos y hábiles, iban trazando la historia demoníaca del hombre.

Se detuvo; contempló el aparato aéreo derribado en una serie de montones. El sol ocultábase en poniente, las sombras se alargaban. Zorba se volvió hacia mí con el ademán que le era habitual de cubrirse la boca con la palma de la mano.

—¡Oh, oh, patrón! ¿Viste el derroche de chispas que se gastó el condenado?

Estallamos en carcajadas. Zorba se arrojó contra mí, me estrechó entre sus brazos y me besó.

—¿Tú también te ríes? —exclamó enternecido—. ¿Tú también te ríes, patrón? ¡Bravo, muchachito mío!

Desternillándonos de risa, luchamos largo rato sobre los guijarros de la playa. Luego permanecemos tendidos y nos dormidos, al fin, abrazados.

Al rayar el día me levanté y eché a andar con paso rápido, a lo largo de la orilla, hacia la aldea; el corazón me latía fuertemente en el pecho. Jamás había experimentado semejante júbilo en mi vida. No era sólo alegría; era un sublime, absurdo e injustificado contentamiento del alma. No solamente injustificado, sino contrario a toda justificación. Porque tenía perdido en la empresa todo mi dinero, los jornales de los obreros, el material del cable aéreo, las vagonetas; habíamos construido un puertecito para exportar el carbón, y ahora no nos quedaba nada que exportar. Todo se había perdido definitivamente.

Pues bien, tal era el instante en que experimentaba imprevisto sentimiento de liberación. Como si en alguno de los duros y sombríos repliegues de la necesidad hubiera sorprendido a la libertad juguetona oculta, y yo me ponía a jugar con la libertad.

Cuando las cosas andan mal ¡qué placer da el poner a prueba el alma para saber si tiene resistencia y valor! Dijérase que un enemigo invisible y todopoderoso —que unos llaman Dios, y otros diablo— se empeñara en derribarnos; pero nosotros nos mantenemos en pie. Cada vez que interiormente salimos victoriosos, aunque por fuera nos hayan zurrado de lo lindo, el verdadero hombre siente orgullo y alegría indecibles. La calamidad externa se convierte en suprema y dura felicidad interior.

Recuerdo a este respecto lo que me contaba Zorba en cierta ocasión:

—Una noche, en una montaña de Macedonia, cubierta de nieve, me sorprendió tremendo vendaval. Sacudía con extrema violencia la barraquilla en que yo me refugiara, empeñado en derribarla. Pero yo la había afirmado bien. Sentado a solas ante el hogar encendido, reíame y desafiaba al ventarrón a gritos: «¡No has de entrar en mi cabaña, no te he de abrir la puerta, no me apagarás el fuego, no lograrás nunca derribarme!»

Estas palabras de Zorba me enseñaron cómo debe portarse el hombre y qué debe decir frente a la necesidad potente y ciega.

Caminaba, pues, a toda prisa, por la orilla y desafiaba yo también al enemigo invisible, gritándole: «¡No has de entrar en mi alma, no te abriré las puertas, no lograrás apagar la llama que arde en ella ni me derribarás nunca!»

No había asomado aún las narices el sol por encima de la montaña; matizaban juguetones colores al cielo y al mar: verdes, rosas, nacarados; más allá, en los olivares, los pajarrillos despertaban y piaban ebrios de luz.

Iba yo por la orilla del agua, para despedirme de la solitaria ribera, para grabar su imagen en mi espíritu y llevarmela por siempre conmigo.

Muchas alegrías me procuró esta apartada costa; el haber vivido en ella con Zorba ensanchándome el corazón; algunas de las palabras que le oyera fueron bálsamo de paz y sosiego para el alma. Ese hombre, de infalible instinto, de primitiva mirada como de ojo de águila, cortaba camino por atajos seguros y llegaba, sin perder el aliento, a la cima del esfuerzo; más allá del esfuerzo.

Pasó un grupo de hombres y mujeres, cargados de cestos llenos y de botellas de vino. Íbanse a los huertos, a celebrar el 1º de mayo. Una voz de moza surgió como agua de surtidor desgranando una canción. Una niña, de pecho precozmente henchido, pasó ante mí, jadeante, y se refugió en lo alto de una peña. Persegúiala un hombre de barbas negras, pálido, irritado.

—¡Baja, baja...! —exclamaba con voz ronca.

Pero la niña, con las mejillas encendidas, alzó los brazos, los cruzó por detrás de la cabeza y meciendo lentamente el cuerpo sudoroso, continuó con la canción:

Dímelo en broma, con arrumacos dilo,

Di que no me quieres, que a mí tanto me da...

–¡Baja, baja...! –exclamaba el hombre de las barbas, y la voz ronca suplicaba y amenazaba a la vez. De pronto, dando un salto le cogió un pie, lo apretó con fuerza, y la niña, como si no esperara más que ese ademán brutal para aliviarse, estalló en sollozos.

Caminaba yo con paso rápido. Aquellas alegrías me irri-taban el corazón. Evoqué a la vieja sirena, rechoncha y perfumada, harta de besos, tendida bajo tierra. Ya estaría hinchada y verde, hendida la piel desbordante de humores; ya estarían apareciendo los gusanos. Sacudí la cabeza con asco y horror. A veces la tierra se hace transparente y dis-tinguimos al amo verdadero, el gusano, en su labor ince-sante, día y noche continuada en sus talleres subterráneos. Pero nos apresuramos a volver la mirada, pues el hombre puede soportarlo todo, salvo la vista del minúsculo gusanillo blanco.

A la entrada de la aldea, me crucé con el cartero que se preparaba para sonar su corneta. –

–Una carta, mi amo –dijo alcanzándome un sobre azul.

Sentí gratisima emoción al reconocer la fina escritura. Pasé de prisa por la aldea, salí a un olivar, abrí la carta con impaciencia. Era breve y concisa; la leí de un tirón:

«Llegados a las fronteras de Georgia, nos vemos a salvo de los kurdos, todo va bien, querido maestro. Al fin sé qué es la dicha, pues sólo ahora revestí de carne y sangre la antiquísima sentencia: la dicha reside en cumplir con el deber. Y cuanto más difícil fuere el deber, mayor será la dicha.

»Dentro de pocos días, estas criaturas perseguidas y des-fallecientes se hallarán en Batum, de donde recibí un telegrama: “Primeros barcos a la vista.”

»Estos millares de griegos inteligentes y laboriosos, con sus mujeres de amplias caderas y sus hijos de ojos llamean-tes, se verán transplantados en Macedonia y en Tracia. Ha-remos una transfusión de sangre nueva y rica en las viejas venas de Grecia.

»Algo me fatigué; pero no importa. Hemos combatido, maestro, hemos vencido: me siento hondamente feliz.»

Guardé la carta, apresuré el paso. También yo me sentía feliz. Seguí el escarpado sendero de la montaña estrujando entre los dedos una ramita de tomillo en flor. Poco faltaba para el mediodía; la sombra se estrechaba a mis plantas; un gavián se deslizaba muy alto, con tan rápido movimiento de alas que parecía inmóvil. Oyendo el rumor de mis pasos, salió de entre la maleza una perdiz y su vuelo metálico rasgó el aire.

Estaba muy contento; me hubiera echado a cantar, de haberlo podido, pero sólo salían de la garganta gritos in-articulados. «¿Qué te ocurre?», decía entre mí, mofándome de mí mismo.

«¿Tan patriota eras, sin saberlo? ¿O es el gran cariño que sientes por tu amigo? ¡Hombre! ¿No te sonrojas? ¡Domínate, recobra la calma!»

En tanto, con ánimo jubiloso, hallaba, chillando, el áspero sendero de la montaña. Un campanilleo me anunció la pre-sencia de un hato de cabras, negras, pardas, grises, entre las peñas, bañadas de sol. Adelante avanzaba el macho, enhiesta la cerviz, apestando el aire con su hedor.

–¡Eh, compadre! ¿A dónde vas? ¿Qué buscas?

Un pastor, subido a una roca, silbando con los dedos entre los labios, me llamaba.

–¡Llevo prisa! –contesté, y seguí escalando la ladera.

–¡Detente y ven a refrescarte con un trago de leche! –exclamó el pastor brincando de peña en peña.

–¡Llevo prisa! –repetí; no quería interrumpir con la charla la expansión de mi júbilo interior.

–¡Hola, compadre, conque desdeñas la leche que te brindo! –dijo ofendido el pastor–. ¡Vete, pues, y que tengas buen viaje!

Con los dedos en la boca silbó para juntar el rebaño y todos, cabras, perros y pastor desaparecieron detrás de las rocas.

Pronto hube llegado a la cima. Al instante, como si aquella fuera la meta de mi marcha, me sentí calmado. Me tendí a la sombra de un peñasco y contemplé la llanura y el mar que se extendían a la distancia. Respiré hondamente; el aire olía a salvia y a tomillo.

Me levanté, cogí una brazada de salvia, la coloqué a guisa de almohada y me tendí de nuevo. Estaba fatigado; cerré los ojos.

Por un momento voló mi espíritu muy lejos, hacia los al-tiplanos cubiertos de nieve, esforzándose por evocar un rebaño de hombres, mujeres, niños y bueyes que se encami-naban hacia el norte, guiados por mi amigo como el hato por el macho cabrío. Pero al instante se me oscureció el cerebro, dominado por intenso deseo de dormir.

Quise resistirme, no permitir que me engullera el sueño y abrí los ojos. Posado frente a mí en la saliente de la roca se hallaba un cuervo, cuyas plumas de color negro azulado brillaban al sol; yo veía con nitidez la curva del gran pico amarillo. Me disgustó su presencia, pues lo tuve a mal agüero; tomé una piedra y se la arrojé: el cuervo, tranquila-mente, con lentitud, desplegó las alas.

Cerré de nuevo los ojos, vencido, y de golpe caí en sueño profundo.

No debía de haber dormido más de unos segundos, cuando me incorporé lanzando un grito. El cuervo pasaba en ese momento sobre mi cabeza. Tembloroso me acodé a la roca. Una visión violenta había cruzado mi sueño como un tajo de sable.

Veíame en Atenas, caminando solo por la calle de Her-mes. Ardía el sol; la calle se mostraba desierta; las tiendas cerradas; la soledad absoluta. Al pasar por frente a la iglesia de Kapnikarea, vi que desde la plaza de la Constitución venía mi amigo, pálido y sofocado; iba detrás de un hombre muy alto, muy delgado, que a pasos de gigante regresaba a su casa. Mi amigo llevaba el uniforme de gala de los diplomá-ticos; al advertir mi presencia me gritó desde lejos, jadeante.

–¡Hola, maestro! ¿Qué es de ti? Hace un siglo que no te veo; ven esta tarde y conversaremos.

–¿A dónde? –grité también muy fuerte, como si mi amigo estuviera muy lejos y hubiera yo de alzar al extremo mi voz para que me oyera.

–En la plaza de la Concordia, esta tarde, a las seis. En el café «La Fuente del Paraíso».

–Bien –respondí– iré.

–Lo dices –agregó con tono de reproche–, lo dices, pero no irás.

–¡Iré, por cierto! ¡Dame la mano! –grité.

–Tengo prisa.

–¿Por qué tanta prisa? Dame la mano.

Tendió el brazo hacia mí, y, de repente, el brazo se le desprendió del hombro y cruzando el espacio vino a cogerme de la mano.

Me espantó el helado contacto, di un grito y desperté sobresaltado.

El cuervo volaba por sobre mi cabeza. De mis labios ma-naba veneno.

Volvíme hacia el este, posando la mirada en el horizonte, cual si quisiera horadar con ella la distancia y ver... Mi amigo estaba en peligro, no me quedaba duda. Tres veces grité su nombre:

«¡Stavridaki! ¡Stavridaki! ¡Stavridaki!», como para darle ánimo; pero mi voz se perdió a las pocas brazas, en el aire.

Emprendí el camino del descenso. Rodaba por la ladera, tratando de que la fatiga desalojara al dolor. La mente intentaba en vano recoger los misteriosos mensajes que a veces logran abrirse paso por los cuerpos y llegar al alma. En lo íntimo de mi ser, la certidumbre inexplicable, más honda que la razón, enteramente animal, me embargaba de terror. La misma certidumbre que mueve a ciertos animales, ovejas, ratas, antes que se desencadene un terremoto. En mí des-pertaba el alma de los hombres primitivos, tal como era antes que se apartaran enteramente de la vida universal, cuando percibían aún directamente, sin las deformaciones de la razón, la verdad.

«¡Se halla en peligro! Se halla en peligro...», murmu-raba. «Quizás él no lo sepa todavía. Yo lo sé, estoy seguro de ello...»

Bajé corriendo por la montaña; tropezaba en montones de piedras y rodaba arrastrando en la caída cantidad de gui-jarros. Me levantaba, sangrantes manos y piernas, desollado por todas partes.

«¡Se muere, se muere!», decíame, y se me anudaba la garganta.

El hombre, eterno miedoso, alzó en torno de su mísera existencia una fortaleza que supone inexpugnable; refúgiase en ella y trata de darle cierto orden y alguna seguridad. Un poco de dicha. Todo ha de seguir los caminos trillados, la sacrosanta rutina, obedecer a leyes sencillas y firmes. En ese claustro fortificado, al abrigo de las violentas incursiones del misterio, se arrastran, todopoderosas, las pequeñas certezas de mil patas. Sólo existe un enemigo formidable, temido y odiado a muerte: la gran certidumbre. Ahora bien, precisamente esa gran certidumbre, tras asaltar las murallas, se arrojaba con incontenible ímpetu sobre mi alma.

Cuando llegué a la playa, respiré un momento. «Todos esos mensajes», pensé, «nacen de nuestra propia intranquilidad y durante el sueño toman las vestiduras del símbolo. Pero nosotros mismos les damos vida; no vienen de afuera.» Y tal pensamiento apaciguóme un tanto. La razón restauraba el orden en mi corazón, le cortaba las alas al extraño murciélago, lo tajaba, lo cercenaba, hasta dejarlo convertido en ratoncillo doméstico.

Al entrar en la cabaña, sonreía ante mi ingenuidad; me avergonzaba de haber permitido que el pánico me dominara de tal modo. Volví a caer en rutinaria realidad; sentía hambre, sed, escocíanme las desolladuras. Se me calmaba el corazón: el terrible enemigo que salvara las murallas exteriores se veía contenido en la segunda línea fortificada de mi alma.

XXVI

Aquello había terminado, Zorba juntó herramientas, cable, vagonetas, hierro viejo, maderos, y fue apilándolos en la playa, de donde los llevaría un caique poco después.

—Todo eso es tuyo, Zorba; yo te lo doy. ¡Buena suerte!

Zorba se llevó la mano al cuello, como para ahogar un sollozo.

—¿Nos separamos? —murmuró—. ¿A dónde piensas irte, patrón?

—Iré a países extranjeros, Zorba. Todavía le quedan muchos papeluchos por roer a la cabra que alienta en mí.

–¿No te has enmendado, patrón?

–Sí, Zorba, gracias a ti; pero quiero hacer con los libros lo que tú con las cerezas; darme tal atracón que me provoque vómitos y me quite las ganas.

–¿Y qué será de mí cuando te vayas, patrón?

–No te aflijas, Zorba, volveremos a encontrarnos, y ¡quién sabe!, tan fuerte es la voluntad del hombre que, sin duda, un día realizaremos nuestro grandioso proyecto: edificaremos un monasterio propio, sin dios ni diablo, sólo para hombres libres; y en él tú guardarás la puerta, Zorba; de tu cintura penderán las grandes llaves que lo abran y lo cierren, como las de san Pedro...

Sentado en el suelo, Zorba, apoyada la espalda a la barra-ca, llenaba vaso tras vaso y bebía sin decir palabra.

Había caído la noche; terminada nuestra cena conversá-bamos por última vez, echando tragos. Al día siguiente, muy temprano, habríamos de separarnos.

–Sí, sí... –decía Zorba, mientras se tironeaba del bigote y bebía-. Sí, sí...

El cielo colmado de estrellas; la noche bañada de azul; el corazón, tratando de cicatrizar, se contenía.

«Despídete de él para siempre», pensaba yo, «¡nunca ya, nunca jamás volverán tus ojos a verlo!»

A punto estuve de echarme contra el curtido pecho y dar rienda suelta a las lágrimas; pero me avergoncé de tal impul-so y reí para disimular la emoción que me embargaba. No lo conseguí; se me había cerrado la garganta.

Miré cómo tendía Zorba el cuello de ave rapaz mientras bebía callado. Lo miraba y se me empañaban los ojos. ¿Qué misterio atroz es el de la vida? Los hombres se unen y se separan como las hojas que arrastra el viento; en vano quiere la retina guardar una imagen del rostro, del cuerpo, de los gestos del ser querido: a los pocos años no recordaréis ya si eran azules o negros sus ojos.

«¡De bronce habría de ser, de acero templado, el alma humana», exclamaba yo dentro de mí, «y no de viento!»

Zorba bebía, inmóvil, con la cabeza erguida. Pensárase que escuchaba rumor de pasos que se aproximaban en la noche, o que se alejaban en las profundas intimidades de su ser.

–¿En qué piensas, Zorba?

–¿En qué había de pensar, patrón? En nada. En nada. ¡Te digo que no pienso en nada!

Al cabo de un instante, alzando el vaso lleno de nuevo:

–¡Por ti, patrón!

Brindamos. Comprendíamos ambos que tal áspera tristeza no podía durar indefinidamente. O estallábamos en sollozos, o nos embriagábamos, o nos entregábamos a una danza frenética.

–Toca algo, Zorba.

–El santuri, ya lo sabes, patrón, exige corazón contento. Dentro de un mes tocaré; de dos meses, de dos años ¡qué sé yo! Cantaré, entonces, la separación, para siempre jamás, de dos seres.

–¡Para siempre! –exclamé acongojado. En mi interior pronunciaba, sí, las palabras irreparables; pero el alma se sorprendió al oírlas de otros labios. Me espantaron.

–¡Para siempre! –repitió Zorba, tragando saliva con dificultad–. Sí, para siempre. Pues eso que me dices de que volveremos a encontrarnos, de que formaremos un monas–terio, son paliativos indignos y no los acepto. ¡No los quie–ro! ¿Somos, acaso, unas mujercillas, que tengamos necesidad de consuelo? No tenemos necesidad de consuelos. ¡Y es para siempre!

–Quizás me quede aquí contigo, Zorba... –dije, alar–mado por el desesperado enternecimiento de Zorba–. Qui–zás vuelva aquí contigo. ¡Tengo entera libertad de mis actos!

Zorba meneó la cabeza.

–No, patrón, no la tienes. La cuerda que te sujeta es un tanto más larga que la de los demás. No hay otra cosa. Tu cuerda, patrón, es larga; vas y vienes, crees que libre–mente; pero no cortas la cuerda. Y mientras no se la haya cortado...

–¡La cortaré algún día! –dije desafiante, pues las pa–labras de Zorba herían en mí una llaga abierta y me escocían.

–Difícil es, patrón, muy difícil. Para ello es menester una pizca de locura, de locura ¿oyes? ¡Y arriesgarlo todo! En cambio, tú tienes muy sano el cerebro y él podrá más que tú. El cerebro es buen tendero que lleva correcto registro de gastos, de entradas, de beneficios logrados y de pérdidas. Es un prudente tenderillo que no arriesga todo, sino que aparta reservas para las contingencias inesperadas. No corta la cuerda; al contrario, la tiene bien sujeta en la mano, el muy pillito; porque si se le escapa está perdido. ¡Perdido sin remedio! Pero, dime tú: si no cortas la cuerda, ¿qué sabor tiene la vida? ¡A infusión de manzanilla, a insípida infusión de manzanilla, no a ron que te permite ver el mundo del revés!

Calló y llenó otro vaso; pero lo dejó sin beberlo.

–Tienes que disculparme, patrón –dijo–, yo sólo soy un necio. Las palabras se me pegan a los dientes como el barro a los pies. No logro trenzar bonitas frases y gastar cumplidos. No lo puedo. Pero tú me entiendes.

Vació el vaso y me miró.

–¡Tú entiendes! –exclamó como si de pronto lo domi–nara la ira–. ¡Tú entiendes y por eso no hallarás nunca paz! Si no entendieras serías dichoso. ¿Qué te falta? Eres joven, tienes dinero, gozas de buena salud, eres inteligente, de buena índole. ¡Nada te falta, rayos! A no ser una cosilla única: un grano de locura. Y cuando eso falta, patrón...

Meneó la cabezota y calló de nuevo.

Por poco me echo a llorar, pues cuanto decía Zorba era exacto. De niño sentía yo impulsos desatinados, deseos por sobre lo factible; el mundo no bastaba para contener mis ansias.

Con el correr del tiempo, poco a poco, fui asentando el juicio. Trazaba límites, establecía separación entre lo posible y lo imposible; entre lo humano y lo divino; sujetaba con fuerza mi cometa para que no se me fuera.

Una gran estrella fugaz rayó el cielo; Zorba se sorprendió y abrió los ojos como si por vez primera contemplara tal fenómeno.

–¿Viste esa estrella? –me preguntó.

–Sí.

Callamos.

De improviso, Zorba alargó desmesuradamente el delgado cuello, hinchó el pecho y lanzó un grito salvaje y desesperado. Y al instante el grito canalizó en humanas palabras y de las entrañas de Zorba surgió un viejo canto monótono, impregnado de tristeza y de soledad. Como si se hendiera el corazón de la tierra, se derramó el sutilísimo veneno oriental y yo sentí que se desmenuzaban en mí todas las fibras que me ligaban aún a la virtud y a la esperanza:

Iki kiklik bir tependé otiyor

Otme dé, kiklik, benim dertim yetiyor.

amán! amán!

El desierto; finas arenas hasta el horizonte; aire vibrador, rosado, azul, amarillo; las sienas abiertas, doloridas; el alma lanza un grito enloquecido y se regocija porque ningún otro grito hace eco al que ella lanza. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

En la colina cantan dos perdices;

¡No cantes, oh, perdiz; mi propia pena basta,
amán, amán!

Calló Zorba; con rápido ademán se pasó un dedo por la frente para enjugarse el sudor. Luego se inclinó y clavó la mirada en el suelo.

–¿Qué canto turco es ése, Zorba? –le pregunté al cabo de largo rato.

–Es el canto del camellero. Lo entona el camellero al cruzar el desierto. Años hacía que lo tenía olvidado y esta noche...

Alzó la cabeza; la voz le salía áspera: tenía la garganta seca.

–Patrón, es hora de que te acuestes. Mañana has de levantarte con el alba, si te propones embarcarte en Candía. ¡Buenas noches!

–No tengo sueño –le respondí–. Me quedaré contigo. Es la última velada que pasamos juntos.

–Precisamente por eso es preciso darle pronto término –exclamó y puso boca abajo el vaso vacío, lo que indicaba que no quería beber más. Así, decidido, como los valientes apartan de sí el tabaco, el vino, el juego. Con energía y resolución de palicario.

–Mi padre, sí, te lo aseguro, era un palicario de los buenos. No me mires a mí; yo no soy nada, comparado con él, ni a la suela de los zapatos le llego. Él era de aquellos viejos griegos que dejaron memoria de sus hazañas. Si te apretaba la mano, te trituraba los huesos. Yo hablo a veces, muy de cuando en cuando; mi padre no hablaba: rugía, relinchaba y cantaba: en rara ocasión salía de sus labios una palabra verdaderamente humana. Pues bien: él sufría el embate de todas las pasiones, pero las tajaba a sablazos. Gus-tábale echar humo como una chimenea; un día se levanta y se dirige a labrar su campo; llega, se recuesta en el cerco, mete mano a la faja para sacar la tabaquera y armar un cigarrillo antes de dar comienzo a la labor: saca la tabaquera, pero la halla vacía; había olvidado llenarla antes de salir de casa. El despecho lo irrita sobremanera; brama; corre hacia el pueblo (como adviertes, la pasión le turbaba el seso); pero de repente, mientras corría, ¡si te digo yo que el hombre es un misterio!, se avergüenza de la debilidad que mos-traba, se detiene, desgarró en mil pedazos con los dientes la tabaquera, la pateó, la escupe: «¡Cochina! ¡Cochina!», bramaba. «¡Basura!» Y desde ese instante hasta el fin de sus días no volvió a llevar jamás un cigarrillo a la boca. ¡Así proceden los hombres que son hombres, patrón; buenas noches!

Se levantó, cruzó la playa a largas zancadas, sin volver una vez la cabeza. Llegó así al borde del mar y se tendió en la arena.

No volví a verlo. Antes que cantaran los gallos llegó el arriero. Monté en una mula y partí. Sospecho, aunque de ello no tenga certeza, que quizás se hallaba oculto en algún lugar esa mañana para presenciar mi partida; pero no acudió a decir las consabidas palabras de adiós, a provocar enterne-cimiento y lloriqueos, a sacudir las manos y el pañuelo y a cruzar vanas promesas. La separación se produjo como por un tajo de sable.

En Candía me entregaron un telegrama. Lo tomé en las manos temblorosas y lo miré largo rato. Sabía lo que me anunciaba; veía con tremenda certidumbre las palabras que en él había escritas, letra por letra. Me asaltó el deseo de rasgarlo sin abrirlo. ¿Para qué leer lo que yo ya sabía? Pero ¡ay! poca confianza ponemos en nuestra alma. La razón, práctica tendera, se mofa del alma como nos mofamos de las viejas agoreras y de las brujas. Y también de las ancianas damas de alcurnia un tanto chifladas. Abrí, pues, el telegrama. Veníame desde Tiflis. Por un momento bailaron las letras ante mi vista, sin que pudiera ver las palabras que formaban. Poco a poco recobraron la inmovilidad y leí:

En la tarde de ayer, a consecuencia de una pulmonía, falleció Stavridaki.

Transcurrieron cinco años, cinco largos años de terror, durante los cuales el tiempo corrió desenfrenado: las fronteras geográficas entraban en danza, los Estados se desplegaban y se contraían como acordeones. Zorba y yo nos vimos arrastrados por la borrasca; de tanto en tanto, los primeros años, recibía una esquelita suya.

Una vez, desde el Monte Atos, me envió una tarjeta postal con la imagen de la Virgen, Guardiana de la Puerta, de grandes ojos tristes y barbilla enérgica; debajo de la Virgen, Zorba había escrito con su pesada y gruesa pluma que rompía el papel: «Aquí no hay medio de realizar negocios, patrón. Si hasta a las pulgas tienen herradas los monjes. ¡Me largaré de aquí pronto!» Unos días después, otra postal: «No puedo ir de monasterio en monasterio con el loro auestas, como vendedor de feria; se lo regalé a un curioso tipo de monje que le enseñó a un mirlo a cantar el Kyrie Eleison. ¡Canta el muy pillo como un verdadero monje, dejándote boquiabierto! Le enseñaré a cantar a nuestro pobre loro. ¡Las cosas que llevará vistas en su vida este pícaro! ¡Por el momento, aquí lo tienes convertido en Pater Loro! Te abraza cordialmente Pater Alexis, santo anacoreta.»

Seis o siete meses más tarde, recibí desde Rumania una tarjeta postal en que se veía a una rolliza dama de amplio escote: «Todavía vivo; como mamaliga, bebo vodka, trabajo en pozos petrolíferos, sucio, hediondo, cual rata de albañal. ¡No importa! En estos lugares se halla cuanto el corazón y el estómago puedan exigir. Un verdadero paraíso para un hombre de mi índole. Ya me

entiendes, patrón: buena vida, gallina en el puchero, una pollita, además. ¡Dios sea loado! Te abraza cordialmente Alexis Zorbesco, rata de albañal.»

Corrieron dos años; recibí otra esquela, procedente de Servia esta vez: «Vivo aún; hace un frío de mil demonios, por lo que me he visto forzado a casarme. Mira a la vuelta y verás sus morros; una real moza. Se le ha hinchado algo el vientre, pues ¿sabes? anda preparándome un Zorbita. A su lado, yo, con el traje que me regalaste; la sortija que ves en el dedo es la de la pobrecilla Bubulina, ¡todo ocurre en este mundo! ¡Haya paz su alma! Ésta que aquí ves se llama Liuba. La capa de cuello de zorro que luzco es parte de la dote de mi mujer, que me trajo, además, una yegua y siete marranos. Y dos niños de sus primeras nupcias, pues olvidé decirte que es viuda. Descubrí en la montaña, muy cerca de aquí, una mina de cobre. Ya logré engatusar a un capitalista. Paso muy buena vida, como un bajá. Te abraza cordialmente Alexis Zorbietch, ex viudo.»

Al dorso, la tarjeta traía una fotografía de Zorba, flore-ciente, con traje de recién casado, gorro de pieles, bastoncillo de barbilindo, amplia capa flamante. Tomada de su brazo una bonita eslava de no más de veinticinco años, yegüita briosa de ancas amplias, de ojos provocadores, revoltosa, calzada con altas botas y provista de abundante pechuga. Al pie de la fotografía, otras grandes letras puestas por Zorba a golpe de azada: «Yo, Zorba, y el asunto interminable: la mujer; ésta se llama Liuba.»

Durante todos esos años estuve viajando por tierras ex-tranjeras. Llevaba también yo un asunto interminable; pero no lucía el mío opulentos pechos, ni me traía en dote capas de pieles ni marranos.

Un día, en Berlín, recibí un telegrama: «Encontré mag-nífica piedra verde. Ven inmediatamente. Zorba.»

Era en tiempo en que Alemania padecía hambre. Había caído tan bajo el marco que para comprar lo más insignificante –un sello de correos, por ejemplo– os veáis obliga-dos a llevar millones en valijas. Hambre, frío, ropas hara-pientas, zapatos rotos, muy empaldecidas las antes rubicun-das mejillas germanas; al soplo de la brisa, cual hojas secas, caían los hombres en las calles. A los niñitos les daban un trozo de goma para que lo chuparan y cesaran en sus llantos. Por la noche, la policía montaba guardia en los puentes del río, para evitar que las madres se arrojaran al agua con sus pequeñuelos.

Era pleno invierno; nevaba. En la habitación contigua a la que yo ocupaba, un profesor alemán, orientalista, para entrar en calor tomaba el largo pincel, al modo trabajoso que se usa en extremo Oriente, y esforzábese por copiar en chino algunos viejos poemas de aquel país, o alguna sen-tencia de Confucio. La punta del pincel, el codo alzado y el corazón del sabio habían de formar un triángulo. «Al cabo de unos minutos», me decía satisfecho, «me sudan los sobacos y entro en calor.»

En tales días de amargura, llegábame el telegrama de Zor-ba. En un principio me irrité: millones de hombres se en-vilecen y flaquean porque no tienen siquiera un mendrugo para sostén de su

alma y de sus huesos, y he aquí un telegrama que te invita a recorrer miles de kilómetros para ver una hermosa piedra verde... ¡Maldita sea la belleza! exclamé. Pues carece de corazón y no la aflige el dolor humano.

Pero enseguida quedé pasmado: la indignación se aventaba y advertía yo que al llamado inhumano de Zorba hacía eco otro inhumano llamado en mi interior. También dentro de mí un pájaro silvestre tendía las alas, dispuesto a alzar el vuelo.

Sin embargo, no salí. De nuevo faltóme el ánimo. No quise escuchar el divino y feroz clamor que en mí se levantaba; no emprendí la acción generosa e insensata. Presté oídos a la voz prudente, humana, de la lógica, y tomé la pluma para explicarle a Zorba la razón de mi conducta.

Me contestó:

«Sin que sea faltarte al respeto, patrón, te diré que tienes alma de cagatinta. ¡Desdichado, se te brinda la oportunidad de ver una vez en tu vida una hermosa piedra verde y la desdeñas! A fe que algunas veces, cuando no tenía cosa mejor que hacer, he cavilado acerca de si habrá o no habrá infierno. Pues ayer, en cuanto recibí tu carta, exclamé: ¡No cabe duda de que existe un infierno adonde van a parar los cagatintas como tú!»

Desde entonces no volvió a escribir. Nuevamente, acontecimientos terribles se interpusieron entre nosotros; el mundo seguía tambaleándose como un ebrio, la tierra se desgarró, las amistades y preocupaciones personales cayeron al abismo.

A menudo hablábales a mis amigos de aquella alma superior; admirábamos el andar firme y altivo, despreocupado de la razón, de aquel hombre inculto. Las alturas espirituales que nos cuestan años y fatigas alcanzar, las escalaba Zorba de un brinco. Decíamos, entonces: «Zorba es una gran alma.» A veces el brinco lo llevaba más alto que aquellas alturas y entonces decíamos: «Zorba está loco.»

Así transcurría el tiempo, suavemente envenenado por los recuerdos. Pesaba también en mi alma la otra sombra, la de mi amigo; no se apartaba de mí, pues yo no me apartaba de ella.

Pero con nadie hablaba de esa sombra. Conversaba con ella a escondidas, y gracias a ella me sentía reconciliado con la muerte. Era un puente oculto que me unía con la otra orilla. Cuando el alma de mi amigo cruzaba el puente, veíala agotada y pálida; sin fuerzas para estrecharme la mano.

A veces pensaba con espanto que quizás a mi amigo no le haya alcanzado el tiempo en la tierra para sublimar en libertad la esclavitud del cuerpo, para preparar y fortalecer el alma de modo que en el instante postrero no la dominara el pánico de la muerte y quedara aniquilada. Quizás, pensaba, faltóle tiempo para inmortalizar lo que en él podía ser inmortalizado.

Pero de cuando en cuando recobraba fuerzas –¿él las recobraba o se las daba yo al recordarlo con intensificada ternura?– y acudía entonces rejuvenecido y exigente y hasta me parecía oír el rumor de sus pasos en la escalera.

Ese invierno había cumplido yo solo una peregrinación a las altas montañas de Engadina, donde alguna vez en com-pañía de mi amigo y de una mujer muy querida, habíamos vivido horas deleitables.

Dormía en el mismo hotel en que entonces nos alojamos. La luz de la luna penetraba por la abierta ventana y sentía en el sueño que con ella entraban las montañas, los pinos cubiertos de nieve y la plácida noche azul.

Experimentaba indecible contentamiento, como si el sueño fuera profundo mar, tranquilo y transparente, y yo estuviera acostado en su seno, inmóvil y feliz, con tan delicada sensi-bilidad que si una barca surcara la superficie a miles de brazadas por encima de mí, me hubiera cortado el cuerpo. De pronto, cayó una sombra sobre mi sueño. Comprendí quien era. Resonó su acento, cargado de reproche:

–¿Duermes?

Yo le contesté con igual tono:

–Mucho te hiciste esperar; hace meses que no oigo el sonido de tu voz. ¿Por dónde vagabas?

–Estoy incesantemente a tu lado; eres tú quien me olvi-da. No siempre hallo fuerzas para llamarte y tú tratas de abandonarme. ¡Bien está el claro de luna y los árboles cubiertos de nieve y la vida en la superficie de la tierra; pero, por favor, no te olvides de mí!

–Nunca me olvido de ti, bien lo sabes. En los primeros días que siguieron al de tu partida, corría por abruptas mon-tañas fatigando mi cuerpo hasta rendirlo; pasaba noches enteras en vela pensando en ti. Hasta compuse unos poemas para desahogar la pena de mi alma; pero eran mezquinas poesías que no me traían alivio alguno. Una de esas poesías comienza así:

Mientras te ibas, al lado de Caronte, yo admiraba su estatura y la

tuya, el paso ágil de ambos al hollar el áspero sendero.

Eran como dos patos salvajes que al rayar el alba despiertan y

alzan el vuelo.

Otra poesía, también inconclusa, era para decirte:

¡Aprieta los dientes, oh, amigo muy querido,

para que no pueda huir de ti el alma!

Sonrió amargamente. Incluyó el rostro hacia mí y me estre-meció la palidez de su semblante. Miróme largamente con las órbitas huecas, donde faltaban los ojos. Solamente había en ellas dos pizquitas de tierra.

—¿En qué piensas? —murmuré—. ¿Por qué callas?

Y de nuevo sonó su voz como lejano suspiro:

—¿Qué queda ¡ay! de un alma para la que el mundo resultaba demasiado pequeño? Algunos versos de otro, dis-persos y mutilados ¡ni siquiera una estrofa completa! Voy y vengo por la tierra, visito a los que me eran caros, pero hallo cerrados los corazones. ¿Por dónde entrar? ¿Cómo reanimarme? Giro en círculo como el perro de la casa frente a la puerta a la que echaron el cerrojo. ¡Ah, si pudiera yo vivir libremente, sin tener que aferrarme, como un náufrago, a vuestros cuerpos tibios y vivientes!

Manaron lágrimas de sus órbitas; la tierra que había en ellas se hizo barro.

Pero pronto la voz se le afirmó:

—La mayor alegría que me diste fue aquel día de fiesta, en Zurich ¿recuerdas? cuando alzaste la copa para brindar por mi salud. ¿Lo tienes presente? Alguien estaba con nosotros...

—Lo recuerdo —dije—. Era la que nosotros llamábamos «señora de nuestros pensamientos»...

Callamos. ¡Cuántos siglos transcurridos desde entonces! Zurich; nevaba afuera; en la mesa, flores; y éramos tres...

—¿En qué piensas, mi buen maestro? —preguntó la sombra con leve ironía.

—En muchas cosas, en todo...

—Yo, en las últimas palabras que dijiste aquella noche: alzaste la copa y pronunciaste estas palabras con voz temblo-rosa: «Amigo, cuando eras un niño, tu abuelo te subía a una de sus rodillas y apoyaba en la otra la lira cretense y arrancaba de ella melodías palikarias. ¡Brindo esta noche por tu salud: y quiera el sino que te halles sentado como enton-ces en las rodillas de Dios!»

»—¡Muy pronto Dios satisfizo tu deseo!

—¡No importa! —exclamé—. El amor triunfa de la muerte.

Sonrió con amargura; pero no dijo nada. Yo notaba cómo se diluía su cuerpo en la oscuridad, convirtiéndose en sollozo, suspiro, chanza irónica.

Durante muchos días conservaron mis labios el sabor de la muerte. Pero el corazón se sintió aliviado. Entraba la muerte en mi vida con un semblante conocido y dilecto, tal como un amigo que viene en busca de nuestra compañía y espera en un rincón que hayamos terminado la tarea, sin impaciencia.

Sin embargo, la sombra de Zorba rodaba en torno de mí, celosa.

Una noche me hallaba solo en mi casa, a orillas del mar, en la isla de Egina, y me sentía dichoso. Por la ventana abierta al mar, penetraba la luz de la luna; suspiraba el mar; mi cuerpo, en el cansancio voluptuoso de haber nadado largo rato, dormía profundamente.

Y he aquí que en medio de tal dicha, hacia el alba, se me apareció Zorba en sueños. No recuerdo lo que dijo, ni para qué había venido. Sólo sé que al despertar tenía henchido el corazón y sin saber por qué llenos de lágrimas los ojos. Asaltóme imperiosamente el deseo de evocar las horas que juntos habíamos vivido en la costa de Creta, de forzar la memoria a recordarlo todo, a reunir los dichos, los gritos, los gestos, las risas, los lloros, las danzas de Zorba, esparcidos en el tiempo y en el espacio, para salvarlos del olvido.

Tan intenso fue el deseo que temí fuera el anuncio de que en algún rincón de la tierra Zorba se hallaba agonizando. Pues me parecía que un vínculo tan fuerte ligaba nuestras almas que no podía ser que una de ellas muriera sin que la otra se quebrantara y clamara de dolor.

Vacilé un momento en agrupar todos los recuerdos que me quedaban de Zorba y expresarlos en palabras. Un temor infantil me dominaba. Decía entre sí: «Si así lo hiciere, significaría esto que en verdad se halla Zorba en trance de muerte. He de resistirme a la mano que pretende guiar a la mía.»

Resistíme dos días, tres días, una semana. Sumíme en otras tareas literarias, realicé excursiones, leí mucho. Con semejantes ardides trataba de eludir la invisible presencia. Pero mi espíritu por entero se concentraba en Zorba con densa inquietud.

Un día me hallaba sentado en la terraza de mi casa, frente al mar. Ardía el sol meridiano y yo contemplaba a la distancia las costas desnudas y airosas de Salamina. De pronto, movido por la mano invisible, tomé papel, me tendí de bruces en las losas ardientes de la terraza y comencé el relato de las proezas de Zorba.

Escribí con ardor, traté de revivir apresuradamente lo pasado, de recordar y resucitar de cuerpo entero al Zorba que yo había conocido. Dijérase que si llegaba a desaparecer su recuerdo la responsabilidad de la pérdida recaería sobre mí; trabajaba, pues, día y noche, en el afán de dejar reproducido tal cual era el rostro de mi Gerontas.

Trabajaba como los brujos de las tribus salvajes que dibujan en las grutas la imagen del antepasado que se les apareció en sueños, y se empeñan en reproducirla con la mayor fidelidad para que el alma del antepasado pueda reconocer su cuerpo y penetrar en él.

En algunas semanas la leyenda áurea de Zorba quedó terminada.

El día que la concluí, me hallaba igualmente sentado en la terraza, al caer de la tarde, contemplando el mar. El manuscrito descansaba en mis rodillas. Sentía placer y alivio, como si me hubiera quitado un peso de encima. Me asemejaba a una mujer que mece en los brazos al recién nacido.

Tras las montañas del Peloponeso, poníase el sol, disco de fuego.

Sula, la aldeanita que me trae la correspondencia desde el pueblo, subió a la terraza. Me entregó una carta y se alejó corriendo. Comprendí al instante. O por lo menos, me pareció que había comprendido, pues al terminar la lectura de la carta no lancé grito alguno, ni me sobrecogió el espanto. Estaba seguro; sabía con toda certeza que en el preciso minuto en que descansara en mis rodillas el manuscrito terminado y estuviera contemplando la puesta del sol, habría de recibir esa carta.

Tranquilo, sin prisa, la leí. Venía de una aldea cercana de Skoplje, en Servia, escrita mal que bien en alemán. La traduzco:

«Soy maestro de escuela en la aldea y os escribo para anunciaros la triste nueva de que Alexis Zorba, dueño de una mina de cobre en esta región, falleció el domingo último, a las seis de la tarde. En la agonía me llamó y me dijo: “Ven aquí, maestro de escuela; tengo en Grecia un amigo, Fulano; cuando me muera escríbele y dile que hasta el postrer instante conservé todos mis sentidos y que pensé en él. Que todo cuanto hice, no lo lamento. Que deseo que goce de buena salud, y dile, también, que hora es que asiente el juicio. Escucha, además: si viniere un pope con intención de confesarme y administrarme los sacramentos, ordénale que se marche al punto. Muchas cosas hice en mi vida; sin embargo, no han sido bastantes. Hombres como yo debían vivir mil años. ¡Buenas Noches!”

»Tales fueron las últimas palabras que dijo, y enseguida se incorporó, separó las sábanas, quiso levantarse. Acudimos a contenerlo, su mujer Liuba, yo y algunos vecinos de robustos puños. Sin embargo, nos apartó violentamente, saltó del lecho y llegó hasta la ventana. Allí, prendido del marco, contempló a lo lejos las montañas, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó una carcajada y luego relinchó como un potro. De tal modo, en pie, con las uñas hundidas en el marco de la ventana, lo sorprendió la muerte.

»La esposa de Zorba, Liuba, me encarga que os salude en su nombre y que os diga que el difunto le hablaba a menudo de vos, y que le ha ordenado que os sea entregado un santuri de su propiedad, como recuerdo suyo.

»Ruégaos, por lo tanto, la viuda, que cuando tengáis oportunidad de pasar por nuestra aldea os dignéis alojaros en su casa y al retiraros os llevéis el santuri que os pertenece.»

FIN